



ENSEÑANZAS JERÁRQUICAS

COMPILACIÓN TEMÁTICA

Título XXVIII: FILOSOFÍA
Parte II





PRESENTACIÓN

COMENTARIOS DEL COMPILADOR

Este trabajo de compilación que aquí se presenta se ha ido organizado a lo largo de varios años y se presentó en Febrero del año 2.013. Desde entonces, se ha procedido a incorporar nuevos textos que antes no constaban en la obra. En conjunto ha sido una tarea muy laboriosa, pero creo que a la vista del resultado bien merece la pena el esfuerzo realizado. La idea que siempre ha movido esta labor ha sido la utilidad que puede tener en los aspirantes y discípulos que, durante los próximos años, estén interesados en enseñanzas provenientes de la Jerarquía de Maestros.

Este trabajo está sobre todo estructurado alrededor de las enseñanzas de la Maestra H. P. Blavatsky y de los Maestros indios Ekkirala Krishnamacharya y K. Parvathi Kumar y otros, aunque esos otros son mucho más esporádicos y concretos.

Las enseñanzas son extracciones de los libros de los autores, haciendo siempre referencia al título del libro y/o el número o números de páginas. El trabajo se ha organizado a lo largo de 70 temas diferentes, en los que se han ido volcando todas las enseñanzas consideradas de valor y que se han encontrado en los libros de referencia.

En ocasiones, se ha preferido escribir sólo las iniciales o parte del título de la obra de referencia, por ejemplo se verá que la Doctrina Secreta se señala como D.S e Isis Sin Velo, simplemente como Isis. Así las enseñanzas y las citas de esa obra aparecen como D.S., seguidas del número del volumen y las páginas extractadas. Por ejemplo si vemos (D.S., V, 200-210), significará que la enseñanza fue tomada de la Doctrina Secreta, tomo V, desde la página 200 hasta la 210).

Existen varios textos extractados que se han repetido en dos o más temas, debido a que esas enseñanzas tienen que ver con esos mismos temas, por lo que los textos se han situado en todas aquellas temáticas que se han visto como de referencia para los escritos escogidos.

En muchos casos se verá también que hay numerosos textos de los que en parte se han resaltado en negrita, por tal de distinguirse del resto, ya que se ha encontrado que los mismos son de una más destacada significación.

Las partes extractadas lo han sido, naturalmente, en base al propio criterio del compilador, pero debido a que el estudiante tendrá la información necesaria sobre



su fuente, o el libro y página del cual se han recogido, siempre podrá acceder a buscar más información directamente en el libro en cuestión.

Se debe tener en cuenta también que todos los extractos de los libros de los Maestros K. Parvathi Kumar y Ekkirala Krishnamacharya, lo son de las primeras ediciones de Editorial Dhanishtha de Barcelona (España), salvo si se indica lo contrario. La Doctrina Secreta utilizada es la de la edición de 1.988 de Editorial Sirio, de Málaga (España) y en cuanto a Isis sin Velo se trata de la edición de 1.985 de Ediciones Teorema, de Barcelona (España).

También hay que tener en cuenta que, muchas veces, los vocablos y la construcción de las frases empleados tanto en Isis sin Velo como en la Doctrina Secreta, pueden distar mucho de los empleados hoy en día, pues hay que recordar que estos dos grandes obras de H.P. Blavatsky fueron escritas en el siglo XIX.

Sólo espero que esta compilación sea útil a todos los aspirantes, discípulos y buscadores de la verdad que deseen consultarlo. Este es y ha sido mi único propósito al realizar este trabajo que humildemente pongo a su disposición y a los venerables pies de “Aquellos” que nos instruyen y que con su ejemplo iluminan nuestro propio camino.

Gracias.

Sabadell (Barcelona) – España. Septiembre de 2.014.

Un estudiante.



Título XXVIII: FILOSOFÍA Parte II

EVOLUCIONISMO OCCIDENTAL: LA ANATOMÍA COMPARADA DEL HOMBRE Y DEL ANTROPOIDE NO ES EN MODO ALGUNO LA CONFIRMACIÓN DEL DARWINISMO.

Se nos dice que al paso que todas las demás herejías contra la Ciencia Moderna pueden pasarse por alto, nuestra negación de la teoría darwinista referente al hombre será considerada como un pecado “imperdonable”. Los Evolucionistas se mantienen firmes como rocas, en la evidencia de la semejanza de estructura entre el mono y el hombre. Las pruebas anatómicas, se arguye, son en este caso completamente abrumadoras; hueso por hueso, músculo por músculo, y hasta la conformación del cerebro, se parecen muchísimo.

Bien, ¿y qué? Todo esto se sabía antes del rey Herodes; y los escritores del *Râmâyana*, los poetas que cantaron las proezas y el valor de Hanumán, el Dios–Mono, “cuyos hechos fueron grandes y cuya sabiduría no tuvo rival”, deben haber sabido tanto de su anatomía y cerebro como cualquier Hæckel o Huxley en nuestros días.

Volúmenes sobre volúmenes se han escrito en la antigüedad respecto de esta semejanza, como se han escrito en los tiempos modernos. Por tanto, nada hay de nuevo para el mundo, ni para la filosofía, en libros tales como *Man and Apes* de Mivart, o en la defensa del darwinismo de los señores Fiske y Huxley. Pero ¿cuáles son esas pruebas decisivas de la descendencia del hombre de un antecesor pitecoide? Si la teoría darwinista no es la verdadera, se nos dice; si el hombre y el mono no descienden de un antecesor común, entonces tenemos que explicar la razón de:

I. La semejanza de estructura entre los dos; el hecho de que el mundo animal superior –el hombre y la bestia– sea físicamente de un tipo o modelo.

II. La presencia de órganos rudimentarios en el hombre, esto es, rastros de órganos anteriores, ahora atrofiados por falta de uso. Algunos de estos órganos, se asegura, no hubieran tenido ningún objeto, excepto en un monstruo semi-animal, semi-arbóreo. ¿Por qué, además, encontramos en el hombre esos órganos “rudimentarios” –tan inútiles como inútil es el ala rudimentaria al aptérnix de Australia–, el apéndice vermiforme del cæcum, los músculos de los oídos (El profesor Owen cree que estos músculos –los attollens, retrahens y atrahens aurem– funcionaban activamente en el hombre de la edad de piedra. Esto puede ser o no. El asunto cae bajo la



explicación ordinaria “oculta”, y no envuelve postulado alguno de un “progenitor animal” para resolverlo), la “cola rudimentaria” con la cual nacen todavía algunos niños, etc.?

Tal es el grito de guerra; ¡y el murmullo del enjambre menor de los darwinistas es más ruidoso, a ser posible, que el de los mismos Evolucionistas científicos!

Además, estos últimos (con su gran jefe Mr. Huxley, y zoólogos eminentes como Mr. Romanes y otros), al paso que defienden la teoría darwinista, son los primeros en confesar las casi insuperables dificultades que se presentan para su demostración final. Y hay hombres de ciencia, tan eminentes como los antes nombrados, que niegan, del modo más enfático, la malhadada afirmación, y denuncian bien alto las exageraciones sin fundamento sobre la cuestión de esta supuesta igualdad. Basta mirar las obras de Broca, Gratiolet, Owen, Pruner-Bey y finalmente la gran obra de De Quatrefages, *Introduction à l'Étude des Races Humaines, Questions Générales*, para descubrir la falacia de los Evolucionistas. Podemos decir más: las exageraciones referentes a esta supuesta semejanza de estructura entre el hombre y el mono antropomorfo han sido tan marcadas y absurdas en los últimos tiempos que hasta el mismo Mr. Huxley se ha visto obligado a protestar contra las presunciones demasiado confiadas. Ese gran anatómico fue quien personalmente llamó al orden al “enjambre menor”, declarando en uno de sus artículos que las diferencias entre la estructura del cuerpo humano y la del pitecoide antropomorfo superior, no sólo estaban *muy lejos de ser insignificantes y sin importancia*, sino que, por el contrario, eran muy grandes y sugestivas:

Cada hueso del gorila tiene señales por las cuales pueden distinguirse de los huesos correspondientes del hombre (*Man's Place in Nature*, pág. 104. Para otra gran autoridad: “Vemos uno de los monos más semejantes al hombre (el gibón) en la época Terciaria, y esta especie *continúa en el mismo grado inferior, y junto a él*; al final del período glacial, se ve al hombre en el mismo grado superior que hoy, sin que el mono se haya aproximado más al hombre, y sin que el hombre moderno se haya distanciado más del mono que el primer hombre (fósil)... estos hechos contradicen la teoría del desarrollo progresivo constante” (Pfaff). Cuando se ve, según Vogt, que el término medio del cerebro, australiano es 99'35 pulgadas cúbicas, el del gorila 30'51 y el del chimpancé sólo 25'45, se hace bien aparente el *enorme vacío* que tienen que salvar los defensores de la Selección “Natural”).

Entre las criaturas existentes no hay una sola forma intermedia que pueda llenar el vacío que existe entre el hombre y el mono. Ignorar este vacío, añadía, “sería tan injusto como absurdo”.

Finalmente, lo absurdo de semejante descendencia *antinatural* del hombre es tan palpable, en vista de todas las pruebas y testimonios que resultan de la comparación del cráneo del pitecoide con el del hombre, que De Quatrefages acudió inconscientemente a nuestra teoría esotérica, diciendo que más bien son



los monos los que pueden pretender su descendencia del hombre, que no lo contrario. Según Gratiolet ha probado, respecto de las cavidades del cerebro de los antropoides –en cuyas especies se desarrolla este órgano en razón inversa a lo que sucedería si los órganos correspondientes en el hombre fueran realmente producto del desarrollo de tales órganos en el mono–, el tamaño del cráneo humano y de su cerebro, así como las cavidades, aumentan con el desarrollo individual del hombre. Su inteligencia se desarrolla y aumenta con la edad, al paso que sus huesos faciales y quijadas disminuyen y se fortalecen, haciéndose así más y más espiritual, mientras que con el mono sucede lo contrario. En su juventud, el antropoide es mucho más inteligente y bueno, al paso que con la edad se hace más obtuso; y, a medida que su cráneo retrocede y parece disminuir, según va creciendo, sus huesos faciales y quijadas se desarrollan, y el cráneo se aplasta finalmente y se echa por completo atrás, marcándose cada día más el tipo animal. El órgano del pensamiento, el cerebro, retrocede y disminuye, completamente dominado y reemplazado por el de la fiera, el aparato de las quijadas.

De este modo, como se observa ingeniosamente en la obra francesa, un gorila podría con justicia dirigirse a un Evolucionista, reclamando su derecho de descendencia de él. Le diría: Nosotros, monos antropoides, constituimos un punto de partida retrógrado del tipo humano, y por tanto, nuestro desenvolvimiento y evolución se expresan por una transición desde una estructura orgánica semejante a la humana, a una semejante a la animal; pero ¿de qué modo podéis *vosotros*, los hombres, descender de nosotros; cómo podéis constituir una continuación de nuestro género? Porque, para que esto fuera posible, vuestra organización tendría que diferir aún más que la nuestra de la estructura humana: tendría que estar aún más próxima a la de la bestia que la nuestra; y en tal caso, la justicia exige que nos cedáis vuestro lugar en la naturaleza. Sois inferiores a nosotros, desde el momento en que insistís en derivar vuestra genealogía de nuestra especie; pues la estructura de nuestro organismo y su desarrollo son tales, que no podemos generar formas de una organización superior a la nuestra.

En esto están las Ciencias Ocultas de completo acuerdo con De Quatrefages. Debido al tipo mismo de su desarrollo, el hombre no puede *descender* ni del mono ni de un antecesor común al mono y al hombre, sino que indica que su origen es de un tipo muy superior a él mismo. Y este tipo es el “Hombre Celeste”: los Dhyân Chohans, o los llamados Pitris, según se ha manifestado en la Parte I del volumen III. Por otra parte, el pitecoide, el orangután, el gorila y el chimpancé, *pueden*, como la Ciencia Oculta lo enseña, descender de la Cuarta Raza–Raíz humana animalizada, siendo un producto del hombre y de especies de mamíferos ya extinguidas –cuyos remotos antecesores eran, a su vez, producto de la bestialidad lemura– y que vivían en el período Mioceno. La ascendencia de este



monstruo semi-humano se explica en las Estancias como teniendo origen en el pecado de las razas “sin mente”, en el período medio de la Tercera Raza.

Cuando se tiene presente que todas las formas que hoy pueblan la Tierra son otras tantas variaciones de *tipos fundamentales*, producidos originalmente por el Hombre de la Tercera y Cuarta Rondas, semejante argumento evolucionista, como el de insistir sobre la “unidad del plan estructural” que caracteriza a todos los vertebrados, pierde su fuerza. Los mencionados tipos fundamentales eran muy pocos en número, comparados con la multitud de organismos que últimamente ellos originaron; pero, sin embargo, se ha conservado una unidad general de tipo a través de las edades. La economía de la Naturaleza no sanciona la coexistencia de varios “planes fundamentales” completamente opuestos de evolución orgánica, en un planeta. Sin embargo, una vez formuladas las líneas generales de la explicación Oculta, la deducción de los detalles puede muy bien dejarse a la intuición del lector.

Lo mismo acontece con la importante cuestión de los órganos “rudimentarios” descubiertos por los anatómicos en el organismo humano. Indudablemente, esta clase de argumentación, manejada por Darwin y Hæckel contra sus adversarios europeos, resultó de gran peso. Los antropólogos, que se atrevieron a disputar la derivación del hombre de antecesores animales, se encontraron totalmente embarazados para explicar la presencia de agallas, el problema de la “cola”, etc. En este punto también viene el Ocultismo en nuestro apoyo, con los informes necesarios.

El hecho es que, según se ha dicho ya, el tipo humano es el repertorio de todas las formas orgánicas potenciales y el punto central de donde éstas irradian. En este postulado encontramos una verdadera “evolución” o “desenvolvimiento” en un sentido que no puede decirse que pertenezca a la teoría mecánica de la Selección Natural.

Criticando las deducciones de Darwin de los “rudimentos” un hábil escritor observa:

¿Por qué no ha de tener la misma probabilidad de ser una hipótesis verdadera el suponer que el hombre fue primeramente creado con esas señales rudimentarias en su organización, las cuales se convirtieron en apéndices útiles en los animales inferiores en que el hombre degeneró, como suponer que estas partes existían en completo desarrollo, actividad y uso práctico en los animales inferiores de los cuales fue generado el hombre? (Geo. T. Curtis: *Creation or Evolution?*, pág. 76).

Léase en lugar de “en los cuales el hombre degeneró”, “los prototipos que el hombre *esparció*, en el curso de sus desenvolvimientos astrales” y tendremos



ante nosotros un aspecto de la verdadera solución esotérica. Pero ahora vamos a formular una generalización más amplia.

En lo que concierne a nuestro presente período terrestre de la *Cuarta Ronda*, sólo la fauna mamífera puede considerarse originada de los prototipos desprendidos del Hombre. Los anfibios, los pájaros, reptiles, peces etcétera, son los resultados de la Tercera Ronda, formas astrales fósiles, almacenadas en la cubierta áurica de la Tierra, y proyectadas en objetividad física, subsiguientemente a la deposición de las primeras rocas laurentianas. La “Evolución” tiene efecto en las modificaciones progresivas que la Paleontología muestra que han afectado a los reinos inferiores, animal y vegetal, en el curso del tiempo geológico. No toca, ni puede tocar, por la misma naturaleza de las cosas, al asunto de los tipos pre-físicos que sirvieron de base a la futura diferenciación. Puede, seguramente, determinar las leyes generales que dirigen el desarrollo de los organismos físicos; y, hasta cierto punto, ha desempeñado hábilmente la tarea.

Volviendo al objeto que se discute. Los mamíferos cuyos primeros rastros se descubren en los marsupiales de las rocas triásicas de la época Secundaria, fueron evolucionados de progenitores *puramente* astrales, contemporáneos de la Segunda Raza. Son, pues, post-humanos, y, por consiguiente, es fácil explicarse la semejanza general entre sus estados embrionarios y los del Hombre, quien necesariamente encierra en sí y compendia en su desarrollo los rasgos del grupo que originó. Esta explicación desecha una parte del epítome darwinista.

Pero ¿cómo explicar la presencia de las agallas en el feto humano, las cuales representan el estado por el cual pasan en su desarrollo las branquias del pez (“En este período –escribe Darwin– las arterias transcurren en ramales en forma de arco, como para llevar la sangre a las branquias que no se encuentran en los vertebrados superiores, aunque las hendiduras en el lado del cuello permanecen siempre, marcando su posición primera” (¿)).

Es digno de notar que, aun cuando las agallas son absolutamente inútiles a todo lo que no sea anfibios y peces, etc., su aparición se observa con regularidad en el desarrollo del feto en los vertebrados. Hasta los niños nacen algunas veces con abertura en el cuello, correspondiente a una de las hendiduras); el vaso palpitante que corresponde al corazón de los peces inferiores y el cual constituye el corazón del feto; la completa analogía que presenta la segmentación del óvulo humano, la formación del blastodermo y la aparición del estado “gástrula” con estados correspondientes de la vida vertebrada inferior y aun entre las esponjas; los diversos tipos de la vida animal inferior que la forma del futuro niño delinea en el ciclo de su crecimiento?... ¿Cómo es que sucede que ciertos estados de la vida de los peces, cuyos antecesores nadaron (evos antes de la época de la Primera Raza Raíz) en los mares del período Siluriano, así como también estados de la fauna anfibia y reptil posterior, se reflejen en la “historia compendiada” del desarrollo del feto humano?

Esta objeción plausible es contestada con la explicación de que las formas animales terrestres de la *Tercera Ronda* se referían tanto a los tipos plasmados



por el Hombre de la Tercera Ronda, como esa nueva importación en el área de nuestro planeta –el tronco mamífero– se refiere a la Humanidad de la Segunda Raza–Raíz de la Cuarta Ronda. El proceso del desarrollo del feto humano compendia, no sólo las características generales de la vida terrestre de la Cuarta Ronda, sino también las de la Tercera. El diapasón del tipo es recorrido en compendio. Los Ocultistas, pues, no se ven apurados para explicarse” el nacimiento de niños con un verdadero apéndice caudal, o el hecho de que la cola en el feto humano sea, en cierto período, de doble tamaño que las nacientes piernas. La potencialidad de todos los órganos útiles a la vida animal está encerrada en el Hombre –el Microcosmo del Macrocosmos– y con alguna frecuencia condiciones anormales pueden dar por resultado los extraños fenómenos que los darwinistas consideran como una “reversión a rasgos de antecesores” (Los que, como Hæckel, consideran las agallas y sus fenómenos como ejemplo de una función activa de nuestros antecesores anfibios y de piscina (véanse sus estados doce y trece) debieran explicar por qué los “vegetales con hojillas” (profesor André Lefèvre), representados en el crecimiento fetal, no aparecen en sus veintidós estados a través de los cuales ha pasado la Monera en su ascensión hacia el Hombre. Hæckel *no* presume un antecesor *vegetal*. El argumento embriológico es así una espada de dos filos, y en este punto corta a su poseedor). Reversión, verdaderamente; pero no en el sentido que suponen nuestros empíricos de hoy. (D.S. IV, 396-405).

EL DARWINISMO Y LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE: LOS ANTROPOIDES Y SUS ANTECESORES

Se ha notificado al público por más de un eminente geólogo y hombre de ciencia modernos, que:

Todo cálculo de las duraciones geológicas no tan sólo es imperfecto, sino necesariamente imposible; pues ignoramos las causas que han debido existir y que apresuraban o retardaban el progreso de los depósitos sedimentarios (Lefèvre, *Philosophy Historical and Critical*, parte II, pág. 480, “Library of Contemporary Science”).

Y como otro hombre de ciencia igualmente conocido (el Dr. Croll) calcula que la edad Terciaria pudo principiar hace quince millones de años, o hace dos y medio –siendo lo primero un cálculo más exacto con arreglo a la Doctrina Esotérica–, parece, en este caso por lo menos, que no hay gran discrepancia. La Ciencia exacta, al rehusar ver en el hombre una “creación especial” (hasta cierto punto la Ciencia Secreta hace lo mismo), queda en libertad de ignorar las tres, o mejor dicho, las dos y media primeras Razas –la *espiritual*, la *semi-astral* y la *semi-humana*– de nuestras enseñanzas. Pero difícilmente puede hacer lo mismo en el caso del período final de la Tercera Raza, de la Cuarta y de la Quinta, puesto que ya distingue en la humanidad el hombre Paleolítico y el Neolítico (Confesamos que no podemos ver ninguna buena razón para la afirmación positiva de Mr. E. Clodd en *Knowledge*.



Hablando de los hombres del tiempo Neolítico, “acerca de los cuales ha dado Mr. Grant Allen... un vívido y exacto bosquejo”, y que son “los antecesores directos de pueblos, de los cuales existen restos en extraviados rincones de Europa, en donde se han metido o han encallado”; añade: “pero los hombres de los tiempos Paleolíticos no pueden ser identificados con ninguna raza existente; eran salvajes de un tipo más degradado que todos los de hoy; altos, y, sin embargo, apenas erguidos, con piernas cortas y rodillas torcidas, con prognatismo, esto es, con mandíbulas salientes como los monos, y con cerebros pequeños. De dónde vinieron no podemos decirlo, y su tumba “no la conoce ningún hombre hasta hoy”.

Además de la posibilidad de que pueda haber hombres que *sepan* de dónde vinieron y cómo perecieron, no es verdad el decir que los hombres paleolíticos o sus fósiles que se encuentran son todos de “cerebros pequeños”. El cráneo más antiguo de todos los encontrados hasta ahora, el “cráneo de Neanderthal”, es de una capacidad término medio, y Mr. Huxley se vio obligado a confesar que no era una real aproximación al del “eslabón perdido”. Hay en la India tribus aborígenes cuyos cerebros son mucho más pequeños y más próximos a los de los monos que ninguno de los encontrados hasta ahora entre los cráneos del hombre paleolítico). Los geólogos franceses colocan al hombre en el período medio Mioceno (Gabriel de Mortillet), y algunos hasta en el período Secundario, como indica De Quatrefages; al paso que los *savants* ingleses no aceptan generalmente tal antigüedad para sus razas. Pero quizás lleguen a saberlo mejor algún día; pues, como dice Sir Charles Lyell:

Si tenemos en cuenta la carencia o rareza extrema de huesos humanos y obras de arte en todos los estratos, ya sean marinos o de agua dulce, aun en aquellos formados en las inmediaciones de tierra habitada por millones de seres humanos, no debe sorprendernos la escasez general de memoriales humanos, ya sean recientes, pleistocenos o de fecha más antigua, en las formaciones glaciares. Si hubo algunos vagabundos en las tierras cubiertas de hielos, o en mares llenos de témpanos; y si algunos de ellos dejaron sus huesos o armas en las morenas o en los témpanos marinos, las probabilidades de que un geólogo encuentre uno de ellos, después de transcurrir miles de años, deben ser excesivamente escasas (*Antiquity of Man*, pág. 246).

Los hombres de ciencia evitan sujetarse a ninguna afirmación definida referente a la edad del hombre, toda vez que verdaderamente apenas pueden calcularla, y dejan así una latitud enorme a las especulaciones más atrevidas. A pesar de ello, al paso que la mayor parte de los antropólogos remontan la edad del hombre sólo al período del acarreo post-glacial, o lo que se llama la era Cuaternaria, los que de entre ellos, como Evolucionistas, atribuyen al hombre un origen común con el mono, no muestran ser muy consecuentes en sus especulaciones. La hipótesis darwinista exige, realmente, una antigüedad aún mucho mayor para el hombre, que la que entrevén vagamente los pensadores superficiales. Esto se halla probado por las más grandes autoridades en la cuestión; Mr. Huxley, por ejemplo. Aquellos, por tanto, que aceptan la evolución darwinista sostienen *ipso facto* tenazmente una antigüedad del hombre tan grande, en verdad, que no se distancia mucho del cálculo Ocultista (El tiempo efectivo que se requiere para tal teórica transformación es necesariamente enorme. “Sí –dice el profesor Pfaff–; en los cientos de miles de



años que vosotros (los Evolucionistas) aceptáis entre el hombre paleolítico y nuestros días, no se ve demostrada una distancia mayor entre el hombre y el bruto (*el hombre más antiguo estaba exactamente tan distanciado del bruto, como el hombre viviente actual*); ¿qué fundamentos razonables pueden aducirse para creer que el hombre proviene del bruto, y que se ha alejado más de él por gradaciones infinitesimales?... *Mientras más grande sea el intervalo de tiempo que se coloque entre nuestra época y la de los llamados hombres paleolíticos, tanto más ominoso y destructor será el resultado referido para la teoría del desarrollo gradual del hombre desde el reino animal.* "Huxley escribe (*Man's Place in Nature*, pág. 208) que los cálculos más liberales de la antigüedad del hombre *tienen que extenderse aún más*). Los modestos miles de años de la *Encyclopaedia Britannica*, y los 100.000 años a que, por regla general, limita la Antropología la edad del género humano, parecen casi microscópicos cuando se comparan con las cifras que implican las especulaciones atrevidas de Mr. Huxley. Los primeros, a la verdad, hacen de la raza original, hombres semejantes a los monos moradores en cavernas. El gran biólogo inglés, en su deseo de probar el origen pitecoide del hombre, insiste en que la transformación del mono primordial en ser humano, debe haber ocurrido *hace millones de años*. Pues el criticar la excelente capacidad del cráneo Neanderthal, a pesar de su aserto de que está recargado de "paredes osudas pitecoideas" que corre parejo con las afirmaciones de Mr. Grant Allen de que este cráneo

Tiene grandes protuberancias en la frente, que de modo muy chocante [?] recuerdan las que dan al gorila su apariencia de fiereza peculiar (*Fornightly Review*, 1882. La falta de fundamento de esta aserción, sí como la de otras muchas exageraciones del imaginativo Mr. Grant Allen, fue hábilmente expuesta por el eminente anatómico profesor R. Owen, en *Longman's Magazine*, núm. I. ¿Será necesario repetir, sin embargo, que el tipo paleolítico Cro-Magnon es superior a un grandísimo número de razas existentes?),

sin embargo, Mr. Huxley se ve obligado a admitir que, con el referido cráneo, su teoría es nuevamente destruida por las

Proporciones completamente humanas de los demás huesos de los miembros, juntamente con el hermoso desarrollo del cráneo Engis.

A consecuencia de todo esto se nos notifica que estos cráneos

Indican claramente que los primeros indicios del tronco primordial de que procede el hombre no deben seguirse buscando en los Terciarios más recientes por los que creen de algún modo en la doctrina del desarrollo progresivo; sino que deben buscarse en una época más distante de la edad de *elephas primigenius*, que lo que ésta se halla de nosotros (Es, pues, evidente que la ciencia no soñaría nunca con un hombre Preterciario, y que el hombre Secundario de De Quatrefages hace desmayarse de horror a todos los académicos y F. R. S., porque, para conservar la teoría del mono, la Ciencia tiene que hacer al hombre Postsecundario. Esto es lo que ha echado en cara De Quatrefages a los darwinistas, añadiendo que en conjunto había más razones científicas para hacer proceder el mono del hombre, que a éste del antropoide. Exceptuando esto, la Ciencia no tiene un solo argumento válido que oponer a la antigüedad del hombre. Pero en este caso la Evolución moderna exige mucho más de los quince millones de años de Croll para la era Terciaria, por dos sencillas aunque buenas razones:



a) ningún mono antropeide ha sido encontrado antes del Período Mioceno; b) las reliquias pedernales del hombre se atribuyen al período Plioceno, y se *sospecha* su presencia, ya que no todos lo aceptan, en las capas Miocenas. ¿Dónde está también en este caso el “eslabón perdido”? Y ¿cómo podía, aun salvaje paleolítico, un “hombre de Canstadt”, convertirse en animal driopiteco del período Mioceno, en un hombre *pensante*, en *tan corto* tiempo? Se ve ahora la razón por qué Darwin rechazaba la teoría de que sólo hubieran transcurrido 60.000.000 de años desde el período Cambriano. “Juzga él por el poco cambio orgánico que ha tenido lugar desde el principio del período glacial, y añade que los 140 millones de años anteriores apenas pueden considerarse suficientes para el desarrollo de las diversas formas de vida que seguramente existían hacia el final del período Cambriano. “ (Ch. Gould, *Mythical Monsters*, pág. 84).

Así, pues, una antigüedad *desconocida* para el hombre, es el *sine qua non* científico en el asunto de la Evolución darwinista, puesto que el hombre paleolítico más antiguo no presenta aún diferencia apreciable de su descendiente moderno. Sólo últimamente es cuando la Ciencia Moderna, a cada año que pasa, ensancha el abismo que ahora la separa de la Ciencia antigua tal como la de Plinio e Hipócrates; ninguno de los escritores antiguos hubiera menospreciado las Enseñanzas Arcaicas, respecto de la evolución de las razas humanas y especies animales, como los hombres científicos del día –los geólogos y antropólogos– es seguro que hagan.

Sosteniendo, como sostenemos, que el tipo mamífero fue un producto post–humano de la Cuarta Ronda (ver el diagrama en la pág. 410 del volumen IV de la DS), según la escritora comprende la enseñanza, puede dar una idea clara del proceso.

La unión antinatural era invariablemente fértil, porque los tipos mamíferos de entonces no estaban lo bastante distanciados de su tipo–raíz (Recordemos a este propósito la Enseñanza Esotérica, que dice que el Hombre en la Tercera Ronda tenía en la región etérea una *forma gigantesca y simia*. Sucede análoga cosa al final de la Tercera Raza de esta Ronda. Esto explica las facciones *humanas* de los monos, especialmente de los antropoides posteriores – aparte del hecho de que estos últimos conservan por herencia un parecido con sus antepasados Atlanto–Lemures)–el Hombre Etéreo primordial– para levantar la barrera necesaria. La ciencia médica registra casos, aun en nuestros días, de monstruos producidos de padres humanos y de animales. La posibilidad, por tanto, es sólo de *grado*, no de hecho. De este modo, pues, resuelve el Ocultismo uno de los problemas más extraños que se han presentado a la consideración de los antropólogos.

El péndulo del pensamiento oscila entre dos extremos. Habiéndose emancipado finalmente de los grillos de la Teología, la Ciencia ha abrazado la falsedad opuesta; y en su intento de interpretar la Naturaleza en la senda puramente materialista, ha construido la teoría más extravagante de los tiempos: la procedencia del hombre de un mono feroz y brutal. Tan arraigada se ha hecho ahora esta doctrina, en una forma o en otra, que serán necesarios los esfuerzos



más hercúleos para conseguir que finalmente sea rechazada. La antropología darwinista es el íncubo del etnólogo, hija robusta del materialismo moderno, que se ha desarrollado adquiriendo cada vez más vigor a medida que la ineptitud de la leyenda teológica de la “creación” del Hombre se hacía más y más aparente. Ha prosperado a causa de la extraña ilusión de que, según dice un reputado hombre científico:

Todas las hipótesis y teorías acerca del origen del hombre pueden reducirse a dos [la explicación evolucionista y la exotérica bíblica]... No hay otras hipótesis concebibles [¡!].

La antropología de los Libros Secretos es, sin embargo, la contestación mejor posible a tan despreciable contienda.

La semejanza anatómica entre el hombre y el mono superior, que los darwinistas citan con tanta frecuencia como indicando un antecesor común a ambos, presenta un problema interesante, cuya debida solución hay que buscar en la explicación esotérica de la génesis de los troncos pitecoides. Nosotros la hemos expuesto en aquello que era útil, declarando que la bestialidad de las razas primitivas sin mente trajo la producción de monstruos enormes de parecido humano, frutos de padres humanos y de animales. A medida que transcurrió el tiempo y las aún formas semi-etéreas se consolidaron en físicas, los descendientes de estos seres fueron modificados por las condiciones externas, hasta que la especie, disminuyendo en tamaño, culminó en los monos inferiores del período Mioceno. Con éstos, los últimos Atlantes renovaron el pecado de los “Sin Mente”, pero esta vez con plena responsabilidad. Los resultados de su crimen fueron los monos conocidos ahora por antropoides.

Puede ser útil comparar esta sencillísima teoría –que estamos prontos a presentar como una mera hipótesis a los incrédulos– con el esquema darwinista, tan lleno de obstáculos insuperables que tan pronto se vence alguno con una hipótesis más o menos ingeniosa, se presentan diez dificultades peores, tras de aquella que se venció. (D.S. IV, 405-412).

DURACIÓN DE LOS PERÍODOS GEOLÓGICOS, CICLOS DE RAZA Y

LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE

Millones de años se han hundido en el Leteo sin dejar otro recuerdo en la memoria del profano que los pocos milenios de la cronología ortodoxa occidental acerca del origen del Hombre y de la historia de las razas primitivas.



Todo depende de las pruebas que se han encontrado de la antigüedad de la Raza Humana. Si el aun debatido hombre del período Plioceno, o siquiera del Mioceno, fuese el *Homo primigenius*, entonces la Ciencia tendría razón (*argumenti causa*) en fundar su Antropología presente (en cuanto a la época y clase de origen del *Homo sapiens*) en la teoría darwinista (Observaremos en este punto que los darwinistas que, como Mr. Grant Allen, colocan nuestros antecesores “peludos arbóreos” en una época tan remota como el período Eoceno, se han metido en un embarazoso dilema. Ningún mono antropoide fósil, y mucho menos el fabuloso antecesor común asignado al hombre y al pitecoide, aparece en las capas Eocenas. La primera presentación de un mono antropoide es Miocena). Pero si se encontrasen algún día esqueletos de hombres en las capas Eocenas, al paso que no se descubre ningún mono fósil, probándose de este modo que la existencia del hombre es anterior a la del antropoide, entonces los darwinistas tendrían que ejercitar su ingenio en otra dirección. Por otra parte, en regiones bien informadas se dice que en las primeras decenas del siglo XX se presentarán estas pruebas innegables de la prioridad del hombre.

Ahora mismo se están presentando muchas pruebas que demuestran que las épocas asignadas hasta ahora a las fundaciones de ciudades, civilizaciones y otros varios sucesos históricos han sido reducidas de un modo absurdo. Esto se hizo como una oferta de paz a la cronología bíblica. El muy conocido paleontólogo Ed. Lartet, escribe:

No se encuentra en el *Génesis* ninguna fecha que determine tiempo al nacimiento de la humanidad primitiva.

Pero los cronólogos, durante quince siglos, han tratado de obligar a los hechos de la *Biblia* a estar de acuerdo con sus sistemas. De este modo se han formado no menos de ciento cuarenta opiniones diferentes acerca de la sola fecha de la “Creación”.

Y entre las variaciones extremas hay una discrepancia de 3.194 años en el cálculo del período entre el principio del mundo y el nacimiento de Cristo. En los últimos años, los arqueólogos han tenido que hacer retroceder los comienzos de la civilización babilónica, en cerca de 3.000 años. En el cilindro de fundación depositado por Nabonidus, rey de Babilonia, vencido por Ciro, se encuentran los anales del primero, en que habla de su descubrimiento de la piedra fundamental que perteneció al templo primitivo construido por Navam–Sin, hijo de Sargon de Accadia, conquistador de Babilonia, el cual, dice Nabonidus, vivió 3.200 años antes de su tiempo (Ed. Lartet, “Nouvelles Recherches sur la Co–existence de l’Homme et des Grands Mammifères Fossils de la Dernière Période Géologique”. *Annales des Soc. Nat.*, XV, 256).

Hemos indicado en *Isis sin Velo* que los que basaban la historia en la cronología de los judíos –raza que no tenía cronología ninguna propia, y que rechazaba la occidental hasta el siglo XII– se extraviarían, porque la relación judía sólo puede seguirse por la computación kabalística, y esto sólo poseyendo la clave. Hemos



calificado la cronología del difunto George Smith sobre los asirios y caldeos, la cual había hecho de modo que se ajustase a la de Moisés, como completamente fantástica. Y ahora, por lo menos en este punto, otros asiriólogos posteriores han corroborado nuestra negación.

Pues mientras George Smith hace reinar a Sargon I (el prototipo de Moisés) en la ciudad de Accadia, cosa de 1.600 años antes de Cristo –probablemente a causa de su respeto latente por Moisés, a quien la *Biblia* hace florecer en 1571 antes de Cristo–, hemos sabido ahora por la primera de las seis conferencias de Hibbert, dadas por el profesor A. H. Sayce, de Oxford, en 1887, que:

Las antiguas opiniones acerca de los primeros anales de Babilonia y de sus religiones han sido muy modificadas por descubrimientos recientes. El primer Imperio semítico es cosa decidida ahora, que fue el de Sargon de Accadia, el cual estableció una gran biblioteca, protegió la literatura y extendió sus conquistas a través del mar, en Chipre. Se sabe ahora que reinó en una época tan remota como 3.750 años antes de Cristo... Los monumentos Accadios encontrados por los franceses en Tel-loh deben de ser aún más antiguos, llegando quizá a 4.000 años antes de Cristo.

En otras palabras: en el cuarto año de la creación del mundo, según la cronología bíblica, y cuando Adán estaba en pañales. Quizás dentro de pocos años se aumenten más los 4.000. El bien conocido conferenciante de Oxford observaba en sus disquisiciones sobre “El Origen y desarrollo de la Religión, según lo que demuestra la de los Antiguos Babilonios”, que:

Las dificultades para buscar sistemáticamente el origen e historia de la religión babilónica eran considerables. Las fuentes de nuestro conocimiento en el asunto eran todas monumentales, siendo muy poca la ayuda que nos proporcionaban los escritores clásicos u orientales. Verdaderamente, era un hecho innegable que el clero babilónico envolvió intencionalmente el estudio de los textos religiosos de un modo tan laberíntico, que presentaba dificultades casi insuperables.

Que ellos confundieron las fechas y especialmente el orden de los sucesos “intencionalmente”, es indudable, y por una razón muy buena: sus escritos y anales eran todos esotéricos. Los sacerdotes babilónicos hicieron lo mismo que los sacerdotes de otras naciones. Sus anales eran sólo para los Iniciados y sus discípulos, y únicamente a estos últimos se les daba la clave del verdadero significado. Pero las observaciones del profesor Sayce encierran promesas. Pues él explica la dificultad diciendo que:

La biblioteca de Nínive contenía, sobre todo, copias de textos babilónicos más antiguos, y los copistas tomaron de tales tablillas sólo lo que era de interés especial para los conquistadores asirios, perteneciente a una época comparativamente reciente, lo cual ha aumentado mucho la mayor de nuestras dificultades, a saber: el estar tan frecuentemente



a oscuras respecto del tiempo de nuestras pruebas documentales, y el valor preciso de nuestros materiales históricos.

De modo que tenemos el derecho de deducir que nuevos descubrimientos pueden obligar a que retrocedan los tiempos babilónicos tan lejos de los 4.000 años antes de Cristo, que lleguen a parecer *precósmicos* con arreglo a la opinión de todos los adoradores de la *Biblia*.

¡Cuánto más hubiera aprendido la Paleontología si no hubiesen sido destruidas millones de obras! Hablamos de la Biblioteca de Alejandría, que ha sido destruida tres veces, a saber: por julio César, el 48 antes de Cristo; en 390 después de Cristo, y últimamente en el año 640 después de Cristo, por el general del Califa Omar. ¿Qué es esto en comparación con las obras y anales destruidos en las primitivas bibliotecas Atlantes, en donde se dice que los anales estaban trazados sobre pieles curtidas de monstruos gigantescos antediluvianos? ¿O bien en comparación de la destrucción de los innumerables libros chinos por orden del fundador de la dinastía imperial Tsin, Tsin Shi Hwang-ti en 213 antes de Cristo? Seguramente las tablillas de barro de la Biblioteca Imperial Babilónica y los inapreciables tesoros de las colecciones chinas no han podido contener jamás datos semejantes a los que hubiera proporcionado al mundo una de las mencionadas pieles “Atlantes”.

Pero aun con la extremada pobreza de datos de que se dispone, la Ciencia ha podido ver la necesidad de hacer retroceder casi todas las épocas Babilónicas, y lo ha hecho muy generosamente. Sabemos por el profesor Sayce que hasta a las estatuas arcaicas de Tel-loh, en la baja Babilonia, les ha sido repentinamente atribuida una fecha contemporánea de la cuarta dinastía de Egipto (Véanse las Conferencias de Hibbert, de 1887, pág. 33). Desgraciadamente, las dinastías y pirámides comparten el destino de los períodos geológicos; sus fechas son arbitrarias y dependen de la fantasía de los respectivos hombres de ciencia. Los arqueólogos saben ahora, según se dice, que las mencionadas estatuas están construidas con diorita verde, que sólo puede encontrarse en la Península del Sinaí; y

Concuerdan en el estilo del arte, y en el sistema de medidas empleado con las estatuas de diorita de los constructores de pirámides de la tercera y cuarta dinastías de Egipto... Por otra parte, la única época posible de una ocupación babilónica de las canteras Sinaíticas tiene que establecerse poco después de la terminación de la época en que fueron construidas las pirámides; y sólo de este modo podemos comprender cómo el nombre de Sinaí pudo haberse derivado del de Sin, el dios-lunar babilónico primitivo.

Esto es muy lógico; pero, ¿cuál es la fecha asignada a estas dinastías? Las tablas sincrónicas de Sanchoniaton y de Manethon –o lo que quiera que quede de ellas, después que el santo Eusebio pudo manejarlas– han sido rechazadas; y todavía



tenemos que darnos por satisfechos, con los cuatro o cinco mil años antes de Cristo, tan liberalmente concedidos a Egipto. En todo caso, se gana un punto. Hay al menos una ciudad sobre la faz de la Tierra a la que se conceden, por lo menos, 6.000 años, y es Eridu. La geología la ha descubierto. Igualmente según el profesor Sayce:

Ahora se tiene tiempo para la obstrucción del extremo del Golfo Pérsico, que exige un transcurso de 5.000 ó 6.000 años desde el período en que Eridu, que ahora está a veinticinco millas al interior, era el puerto de la desembocadura del Éufrates y el asiento del comercio babilónico con la Arabia del Sur y de la India. Más que todo, la nueva cronología da tiempo para la larga serie de eclipses registrada en la gran obra astronómica llamada “Las Observaciones del Bel”; y podemos también comprender el cambio en la posición del equinoccio vernal, de otro modo inexplicable, que ha ocurrido desde que nuestros presentes signos zodiacales fueron mencionados por los primeros astrónomos babilónicos.

Cuando el calendario accadio fue arreglado y nombrados los meses accadios, el sol, en el equinoccio vernal, no estaba, como ahora, en Piscis, ni aun en Aries, sino en Tauro. Siendo conocida la marcha de la precesión de los equinoccios, se nos dice que en el equinoccio vernal el sol estaba en Tauro hace cosa de 4.700 años antes de Cristo, y de este modo obtenemos límites astronómicos de fechas que no pueden impugnarse (De un extracto de las Conferencias de Hibbert, 1887. *Lectures on the Origin and Growth of Religion, as Illustrated by the Religion of the Ancient Babylonians*. Por A. H. Sayce).

Puede hacer nuestra posición más clara el declarar, desde luego, que usamos la nomenclatura de Sir C. Lyell para las edades y períodos y que cuando hablamos de las edades Secundaria y Terciaria, de los períodos Eoceno, Mioceno y Plioceno, es simplemente para hacer nuestros hechos más comprensibles. Desde el momento en que no se han concedido a estas edades y períodos duraciones fijas y determinadas, habiéndosele asignado en diferentes ocasiones a una misma edad (a la edad Terciaria) dos millones y medio, y quince millones de años; y desde el momento en que no hay dos geólogos o naturalistas que estén de acuerdo en este punto, las Enseñanzas Esotéricas pueden permanecer completamente indiferentes a la aparición del hombre en la edad Secundaria o en la Terciaria. Si a esta última se le pueden conceder siquiera sean quince millones de años de duración, tanto mejor; pues la Doctrina Oculta, al paso que reserva celosamente sus cifras verdaderas y exactas en lo que concierne a la Primera, Segunda y dos terceras partes de la Tercera Raza–Raíz, presenta datos claros únicamente sobre un punto: el tiempo de la humanidad del Manu Vaivasvata (Véase la Parte I del volumen III, “La Cronología de los Brahmanes”).

Otra afirmación definida es que durante el llamado período Eoceno, el Continente al que pertenecía la Cuarta Raza, y en el cual vivió y pereció, mostró los primeros síntomas de hundimiento, y que en la edad Miocena fue finalmente destruido, a



excepción de la pequeña isla mencionada por Platón. Estos puntos tienen ahora que ser comprobados por los datos científicos. (D.S. IV, 413-420).

ESPECULACIONES CIENTÍFICAS MODERNAS ACERCA DE LA EDAD DEL GLOBO, DE LA EVOLUCIÓN ANIMAL Y DEL HOMBRE

¿Nos será permitido lanzar una ojeada a las obras de los especialistas? La obra *World-Life: Comparative Geology*, por el profesor A. Winchell, nos proporciona informes curiosos. Aquí encontramos un adversario de la teoría nebular golpeando con toda la fuerza del martillo de *su odium theologicum* en las hipótesis un tanto contradictorias de las grandes eminencias científicas, sobre los fenómenos siderales y cósmicos, basadas en sus respectivas relaciones con las duraciones terrestres. Los “físicos y naturalistas demasiado imaginativos” no quedan muy bien parados bajo este chaparrón de cálculos especulativos colocados frente a frente, y hacen más bien una triste figura. He aquí lo que expresa:

Sir William Thompson, basándose en los principios de enfriamiento observados, deduce que no pueden haber transcurrido más de 10 millones de años (en otra parte dice 100.000.000) desde que la temperatura de la tierra se redujo lo suficiente para sostener la vida vegetal (*Nat. Philos.*, por Thompson and Tait., App. D. Trad., Soc. Real., Edin., XXIII, parte I, 157 (1862). Helmholtz calcula que 20 millones de años serían suficientes para la condensación de la nebulosa primitiva en las presentes dimensiones del sol. El profesor S. Newcomb exige sólo 10 millones para alcanzar una temperatura de 212 Fahr. (*Popular Astronomy*, pág. 509). Croll calcula 70 millones de años para la difusión del calor... (*Climate and Time*, pág. 335). Bischof estima que la tierra necesitaría 350 millones de años para enfriarse desde una temperatura de 2.000° a 200° centígrados. Reade, basando sus cálculos en la marcha de la denudación, exige 500 millones de años desde que la sedimentación principió en Europa (Discurso en la Sociedad Geológica de Liverpool, 1876). Lyell conjetura unos 240 millones de años; Darwin creyó que eran necesarios 300 millones de años para las transformaciones orgánicas que su teoría expone, y Huxley está dispuesto a pedir 1.000 millones... [!;]. Algunos biólogos... parecen cerrar fuertemente los ojos, y dan un salto en el abismo de los millones de años, de los cuales no parece que tengan una idea más adecuada que la que tienen del infinito (*World Life*, págs. 179 y 180).

Luego procede a presentar lo que cree ser las cifras geológicas más exactas: unas pocas bastarán.

Según Sir William Thompson, “el total de la edad de la incrustación del mundo, es de 80.000.000 de años”; y con arreglo a los cálculos del profesor Houghton, de un límite mínimo para el tiempo transcurrido desde el surgimiento de Europa y Asia, se dan tres edades hipotéticas para tres modos *posibles* y diferentes de



surgimiento: primeramente, la modesta cantidad de 640.730 años; luego la de 4.170.000 años, y por último, la tremenda cifra de 27.491.000 años.

Esto es *bastante*, como puede verse, para cubrir nuestras declaraciones respecto de los cuatro Continentes y aun para las cifras de los brahmanes.

Otros cálculos, cuyos detalles puede ver el lector en la obra del profesor Winchell (*Ibid.*, págs. 367 y 368), llevan a Houghton al cálculo aproximado de la edad sedimentaria del globo de 11.700.000 años. Estas cifras las encuentra el autor demasiado pequeñas, y las extiende a 37.000.000 de años.

Además, según el Dr. Croll (*Climate and Time*), 2.500.000 años “representan el tiempo desde el principio de la edad Terciaria” en una de sus obras; y según otra modificación de su opinión, han transcurrido 15.000.000 de años desde el principio del período Eoceno (Citado en *Mythical Monsters*, de Mr. Ch. Gould, pág. 84), y esto, siendo el Eoceno el primero de los tres períodos Terciarios, deja al lector suspendido entre los dos y medio y quince millones. Pero si uno ha de atenerse a las primeras moderadas cifras, entonces el total de la edad de incrustación de la Tierra sería de 131.600.000 años (Según Bischof, 1. 004. 177 años; según los cálculos de Chevandier, 672. 788 años se necesitaron para la llamada formación carbonífera. “El tiempo exigido para el desarrollo de las capas del período Terciario, fluctuando entre 3. 000 y 5. 000 pies de espesor, tiene que haber sido cuando menos 350. 000 años”. (Véase *Force and Matter*, Buchner, pág. 159, ed. 1884).

Como el último período Glacial se extendió desde hace 240.000 años hasta hace 80.000 (opinión del Dr. Croll), el hombre, por tanto, debería haber aparecido en la Tierra hace 100.000 ó 120.000 años. Pero, según dice el profesor Winchell, refiriéndose a la antigüedad de la raza mediterránea:

Se cree generalmente que ella hizo su aparición durante la última desviación de los glaciares continentales. No tiene esto que ver, sin embargo, con la antigüedad de las razas morenas y negras, puesto que hay numerosas pruebas de su existencia en regiones más al Sur, en tiempos remotos pre-glaciales (*Ob. cit.*, pág. 379).

Como un ejemplo de la *certeza* y *acuerdo* geológicos, podemos añadir también las siguientes cifras. Tres autoridades, los señores T. Belt, F. G. S., Roberto Hunt, F. R. S., y J. Croll, F. R. S., al calcular el tiempo transcurrido desde la época Glacial, dan cifras que varían de un modo casi increíble .

Belt..... 20.000 años

Hunt.....80.000 “

Croll.....240.000 “ (Pero véase “The Ice–Age Climate and Time”, *Popular Science Review*, XIV, 242).



No es, pues, de maravillarse que Mr. Pengelly confiese que:

En la actualidad es imposible, y quizá lo sea siempre, reducir el tiempo geológico, siquiera sea aproximadamente, a años ni aun a milenios.

Un consejo prudente que los Ocultistas dan a los señores geólogos es que deben imitar la conducta precavida de los masones. Como la cronología, dicen ellos, no puede medir la era de la creación, por eso su “Antiguo y Primitivo Rito” usa 000.000.000 como la mayor aproximación a la realidad.

La misma inseguridad, contradicciones y desacuerdos reinan en todos los demás asuntos.

Las opiniones de las llamadas autoridades científicas, sobre el Origen del Hombre, son también, para todo objeto práctico, una ilusión y una trampa. Hay muchos antidarwinistas en la Asociación Británica, y la Selección Natural principia a perder terreno. Aunque fue en un tiempo la salvación que parecía librar a los sabios teóricos de una caída intelectual final en el abismo de las hipótesis estériles, principia a ser mirada con desconfianza. Hasta el mismo Mr. Huxley está dando muestras de infidelidad, y cree que “la selección natural *no es el único factor*”:

Sospechamos mucho que ella (la Naturaleza) da saltos considerables en el sentido de variar de vez en cuando, y que estos saltos dan lugar a algunos de los vacíos que parecen existir en la serie de formas conocidas (Revista de las Críticas de Kölliker).

También C. R. Bree, M. D., arguye de este modo, considerando los fatales vacíos en la teoría de Mr. Darwin.

Hay que tener presente, además, que las formas intermedias deben haber sido en vasto número... Mr. St. George Mivart cree que el cambio en la evolución puede ocurrir con más rapidez que lo que generalmente se piensa; pero Mr. Darwin se sostiene firmemente en su creencia, y nos vuelve a decir que “*natura non facit saltum*” (*Fallacies of Darwinism*, pág. 160).

En lo cual están los Ocultistas de completo acuerdo con Mr. Darwin.

La Enseñanza Esotérica corrobora plenamente la idea del progreso lento y majestuoso en la Naturaleza. “Los impulsos Planetarios” son todos periódicos. Sin embargo, esta teoría darwinista, exacta como es en detalles menores, no está de acuerdo con el Ocultismo, como no lo está tampoco con Mr. Wallace, quien en su *Contributions to the Theory of Natural Selection* demuestra concluyentemente que se necesita algo más que la Selección Natural para producir el hombre físico.

Examinemos, mientras tanto, las objeciones *científicas* a esta teoría científica, y veamos lo que son.



Mr. St. George Mivart arguye que:

Es un cómputo moderado conceder 25.000.000 de años para el depósito de las capas hasta las Silurianas superiores, e incluyendo éstas. Si, pues, el trabajo evolucionario hecho durante esta deposición representa solamente una centésima parte de la suma total, serían necesarios 2.500.000.000 (dos mil quinientos millones) de años para el desarrollo completo de todo el reino animal hasta su estado presente. Basta la cuarta parte, sin embargo, para exceder con mucho el tiempo que la física y la astronomía parece que pueden conceder para el desarrollo completo del proceso.

Finalmente, existe una dificultad respecto de la razón de la falta de ricos depósitos de fósiles en las capas más antiguas, si la vida era entonces tan abundante y variada como indica la teoría darwinista. Mr. Darwin mismo admite que “el caso tiene en el presente que permanecer inexplicable; y esto puede presentarse como un verdadero y válido argumento en contra de las opiniones” sustentadas en su libro.

Así, pues, vemos una carencia notable (y con arreglo a los principios darwinistas por completo incomprensible) de formas de transición graduadas minuciosamente. Todos los grupos más marcados –murciélagos, terodáctilos, quelonianos, ictiosauros, amaura, etc. – aparecen desde luego en escena. Aun el caballo, animal cuya genealogía ha sido probablemente la que se ha conservado mejor, no proporciona pruebas concluyentes de origen específico, por medio de variaciones fortuitas significativas; mientras que otras formas, como los laberintodontes y los trilobitas, que parecían presentar cambio gradual, se ha demostrado por investigaciones posteriores que no hay tal cosa... Todas estas dificultades se evitan si admitimos que de tiempo en tiempo aparecen con relativa precipitación formas nuevas de vida animal en todos los grados de complejidad, las cuales evolucionan con arreglo a leyes que dependen en parte de las condiciones que las rodean, y que en parte son internas – semejante al modo como los cristales (y quizá, según las últimas investigaciones, las formas inferiores de la vida) se construyen con arreglo a las leyes internas de su substancia constitutiva, y en armonía y correspondencia con todas las influencias y condiciones del medio ambiente (*The Genesis of Species*, cap. VI, págs. 160–162, ed. 1871).

“Las leyes internas de su substancia constitutiva”. Éstas son palabras sabias y la admisión de la posibilidad es prudente. Pero ¿cómo podrán jamás ser conocidas esas leyes internas, si se descarta la enseñanza Oculta? Según escribe un amigo, al llamar nuestra atención sobre estas especulaciones:

En otras palabras, la doctrina de los Impulsos de Vida Planetarios tiene que admitirse. De otro modo, ¿por qué están hoy *estereotipadas* las especies, y por qué hasta las crías domésticas de palomas y muchos animales vuelven a sus tipos antecesores cuando se las abandona a sí mismas?

Pero la enseñanza sobre los impulsos de Vida Planetarios hay que definirla claramente, a fin de que se comprenda bien, si queremos evitar que aumente la confusión actual. Todas estas dificultades se desvanecerían, como las sombras



de la noche desaparecen ante la luz del sol naciente, si se admitiesen los siguientes Axiomas Esotéricos:

- a) La existencia y la antigüedad enorme de nuestra Cadena Planetaria;
- b) La realidad de las Siete Rondas;
- c) La separación de las Razas humanas (aparte de la división puramente antropológica) en siete Razas–Raíces distintas, de las cuales es la Quinta nuestra presente humanidad europea;
- d) La antigüedad del hombre en esta (Cuarta) Ronda; y finalmente
- e) Que así como estas razas evolucionan de lo etéreo a la materialidad, y desde ésta vuelven de nuevo a una relativa tenuidad física de contextura, así también todas las especies vivas de animales (llamadas) *orgánicas*, inclusive la vegetación, cambian con cada nueva Raza–Raíz.

Si esto se admitiese, siquiera fuera como otras suposiciones, que bien consideradas no son menos absurdas –si las teorías Ocultas tienen que ser consideradas “absurdas” en el presente–, entonces toda dificultad desaparecería. Seguramente la Ciencia debiera ensayar y ser más lógica que lo es ahora, toda vez que no puede sostener la teoría de la descendencia del hombre de un antecesor antropoide, y negar al mismo tiempo una antigüedad razonable a este mismo hombre. Una vez que Mr. Huxley habla del “gran abismo intelectual entre el hombre y el mono” y del “presente enorme vacío entre ellos” (*Man’s Place in Nature*, pág. 142, nota), y admite la necesidad de extender las concesiones científicas a la edad del hombre en la Tierra, ante semejante lento y progresivo desarrollo, todos aquellos hombres de ciencia que piensan del mismo modo, debieran, en todo caso, convenir en algunas cifras aproximadas por lo menos, y ponerse de acuerdo en la duración probable de esos período; Plioceno, Mioceno y Eoceno, de los cuales se habla tanto, sin que se sepa nada definido; si no se aventuran a pasar *más allá*. Pero no hay dos hombres de ciencia que estén de acuerdo. Cada período parece ser un misterio en su duración, y una espina en el costado de los geólogos; y, como acabamos de exponer, no pueden armonizar sus conclusiones ni siquiera respecto a las formaciones geológicas relativamente recientes. Así, pues, ninguna confianza pueden inspirar sus cifras, cuando exponen alguna; pues, para ellos, o bien son todos millones o simplemente miles de años.

Lo que se ha dicho puede reforzarse con las confesiones que ellos mismos han hecho, y la sinopsis de éstas se encuentra en ese “Círculo de Ciencias” la *Enciclopedia Britannica*, que indica el medio aceptado en los enigmas geológicos y antropológicos. En esa obra se halla recogida y presentada la flor y nata de las



opiniones más autorizadas; sin embargo, vemos que en ellas se niegan a asignar una fecha cronológica definida aun para aquellas épocas relativamente recientes, como la era Neolítica, aunque, por milagro, se ve establecida una edad para los comienzos de ciertos períodos geológicos; a lo menos para unos pocos, cuya duración no podría reducirse más sin un conflicto inmediato con los hechos.

Así, en la gran Enciclopedia se conjetura que:

Cien millones de años han pasado... desde la solidificación de nuestra tierra, cuando la primera forma de la vida apareció en ella (Vol. X, art. "Geología" pág. 227. "100. 000. 000 de años son probablemente suficientes para todas las exigencias de la Geología", dice el texto. En Francia, algunos *savants* no lo encuentran casi suficiente". Le Couturier exige 350.000.000 de años; Buffon se satisfacía con 34.000.000 – pero hay entre los más modernos sabios quien no se satisface con menos de 500. 000.000 de años).

Pero parece tan imposible tratar de convertir a los geólogos y etnólogos modernos, como hacer que los naturalistas partidarios de Darwin comprendan sus errores. Acerca de la Raza–Raíz Aria y sus orígenes, sabe la Ciencia tan poco como de los hombres de otros Planetas. Excepto Flammarion y unos cuantos astrónomos místicos, la mayor parte niega hasta la habitabilidad de los otros Planetas. Sin embargo, tan grandes Astrónomos–Adeptos eran los hombres científicos de las primeras razas del tronco Ario, que al parecer sabían mucho más, de las razas de Marte y de Venus, que los antropólogos modernos de las razas de los primeros estados de la Tierra.

Dejemos por un momento a la Ciencia Moderna y volvamos al conocimiento Antiguo. Como los hombres científicos arcaicos nos aseguran que todos los cataclismos geológicos –desde el levantamiento de los océanos, los diluvios, y las alteraciones de continentes, hasta los actuales ciclones de todos los años, huracanes, terremotos, erupciones volcánicas, las olas de las mareas, y hasta el tiempo extraordinario y aparente cambio de estaciones, que tienen perplejos a todos los meteorólogos europeos y americanos– son debidos y dependen de la Luna y los Planetas; más aún: que hasta desdeñadas constelaciones modestas tienen la mayor influencia en los cambios meteorológicos y cósmicos –sobre y dentro de nuestra Tierra–, prestemos un momento de atención a nuestros déspotas siderales, los regentes de nuestro globo y sus hombres. La Ciencia moderna niega semejante influencia; la Ciencia Arcaica la afirma. Veamos lo que ambas dicen respecto de esta cuestión. (D.S. IV, 420-429).

SOBRE LAS CADENAS DE PLANETAS Y SU PLURALIDAD

¿Conocían los antiguos otros mundos además del nuestro? ¿Cuáles son los datos de los Ocultistas para afirmar que cada Globo es una Cadena Septenaria



de Mundos –de los cuales sólo uno es visible– y que éstos son, han sido o serán “portadores de hombres”, lo mismo que todos las Estrellas y Planetas visibles? ¿Qué quieren significar cuando se refieren a una “influencia moral y física” ejercida sobre nuestro Globo por los Mundos Siderales?

Tales son las preguntas que se nos dirigen y que debemos considerar en todos sus aspectos. A la primera de las dos preguntas, la contestación es: Lo creemos porque la primera ley en la naturaleza es la uniformidad en la diversidad; y la segunda es la analogía. “Como es arriba, así es abajo.” Los tiempos en que nuestros piadosos antepasados creían que la Tierra estaba en el centro del Universo y en que la Iglesia y sus arrogantes servidores podían insistir en que la suposición de que otros Planetas estuvieran habitados debía considerarse como una blasfemia, han pasado para siempre. Adán y Eva, la Serpiente y el Pecado Original, seguidos de la Redención por medio de la Sangre, se han interpuesto por demasiado tiempo en el camino del progreso; y la verdad universal ha sido sacrificada al insano amor propio de nosotros, hombres diminutos.

Ahora bien; ¿cuáles son las pruebas de ello? Fuera de las pruebas de evidencia y del razonamiento lógico, no hay ninguna para el profano. Para los ocultistas, que creen en el conocimiento adquirido por innumerables generaciones de Videntes e Iniciados, los datos que se exponen en los Libros Secretos son suficientes. El público en general, sin embargo, necesita otras pruebas. Hay algunos kabalistas y hasta ocultistas occidentales que, no pudiendo encontrar pruebas uniformes sobre este punto en todas las obras místicas de las naciones, vacilan en aceptar la enseñanza. Hasta esas “pruebas uniformes” serán presentadas ahora. En todo caso podemos tratar el asunto en su aspecto general, y ver si esta creencia es tan sumamente absurda como dicen algunos hombres de ciencia, juntamente con otros Nicodemos. Inconscientemente, quizá, al pensar en la pluralidad de “Mundos” habitados, nos imaginamos que son como nuestro Globo y que están poblados por seres más o menos semejantes a nosotros. Y al hacerlo así, sólo seguimos un instinto natural. A la verdad, mientras que la investigación se limita a la historia de la vida de este Globo, podremos especular sobre el asunto con algún provecho, y preguntarnos, con alguna esperanza por lo menos de que hacemos una pregunta inteligible, cuáles eran los “Mundos” de que hablan todas las antiguas escrituras de la Humanidad. ¿Pero qué sabemos (a) de la clase de seres que habitan los Globos en general; y (b) si los que gobiernan Planetas superiores al nuestro no ejercen la misma influencia en nuestra Tierra *conscientemente*, que la que nosotros podemos ejercer a la larga *inconscientemente*, pongamos, por ejemplo, en los pequeños planetas (planetoides o asteroides), cuando desgarramos nuestra Tierra, abriendo canales y cambiando con ello por completo nuestros climas? Por supuesto, como la mujer de César, los planetoides no pueden ser afectados por nuestras sospechas. Están



demasiado lejos, etc. Creyendo en la Astronomía Esotérica, sin embargo, no estamos seguros de ello.

Pero cuando, al extender nuestras especulaciones más allá de nuestra Cadena Planetaria, tratamos de cruzar los límites del Sistema Solar, entonces, verdaderamente, obramos como necios presuntuosos. Pues –a la vez que aceptamos el axioma hermético, “como es arriba es abajo?”– así como podemos creer muy bien que la Naturaleza en la Tierra despliega la economía más cuidadosa, utilizando todas las cosas viles e inútiles en sus transformaciones maravillosas, y sin repetirse *jamás* por ello, así podemos deducir justamente que no hay otro Globo en todos sus infinitos sistemas que se parezca tanto a la Tierra, que la capacidad ordinaria del pensamiento del hombre pueda imaginárselo y reproducir su semejanza y contenido (Se nos enseña que los más elevados Dhyán Chohans, o Espíritus Planetarios, ignoran (fuera del conocimiento por medio de la ley de la analogía) lo que hay más allá de los Sistemas Planetarios visibles, porque su esencia no puede asimilarse a la de los mundos más allá de nuestro Sistema Solar. Cuando lleguen ellos a un estado de evolución más elevado, estos otros universos se abrirán para ellos; mientras tanto tienen completo conocimiento de todos los mundos, dentro de los límites de nuestro Sistema Solar).

Y en efecto, vemos en las novelas, así como en todas esas llamadas ficciones científicas y “revelaciones” espiritistas sobre la Luna, las Estrellas y Planetas, tan sólo nuevas combinaciones o modificaciones de los hombres y de las cosas, las pasiones y formas de la vida que nos son familiares, aunque hasta en los demás planetas de nuestro Sistema, la naturaleza y la vida son completamente diferentes de las que prevalecen en el nuestro. Swedenborg fue uno de los que principalmente inculcaron semejante creencia errónea.

Pero hay más. El hombre ordinario no tiene experiencia de ningún otro estado de conciencia distinto de aquel al que le atan los sentidos físicos. Los hombres sueñan; duermen en profundo letargo, que lo es demasiado, para que sus sueños se impriman en el cerebro físico; y en estos estados debe haber conciencia aún. ¿Cómo, pues, mientras permanezcan estos misterios sin explorar, podemos *nosotros* pretender especular con provecho sobre la naturaleza de Globos que, en la economía de la Naturaleza, deben pertenecer a otros estados de conciencia muy distintos de *todos* los que el hombre experimenta aquí?

Y esto es verdad a la letra. Pues hasta los grandes Adeptos (por supuesto, los que están iniciados), por buenos videntes que sean, sólo pueden pretender el conocimiento completo de la naturaleza y apariencia de los Planetas y habitantes que pertenecen a nuestro Sistema Solar. *Saben* ellos que casi todos los Mundos Planetarios están habitados, pero –aun en espíritu– sólo pueden penetrar en los de nuestro sistema; y saben también cuán difícil es, *aun para ellos*, el ponerse en



completa relación hasta con los planos de conciencia *dentro* de nuestro Sistema, difiriendo como difieren de los estados de conciencia posibles en este Globo; tales, por ejemplo, como los que existen en la Cadena de Esferas de los tres planos más allá del de nuestra Tierra. Semejantes conocimientos y relación les es posible porque han aprendido el modo de penetrar en planos de conciencia cerrados a la percepción ordinaria de los hombres; pero si ellos comunicasen sus conocimientos, el mundo no sería por ello más sabio, porque a los hombres les falta la experiencia de otras formas de percepción, que es lo único que podría permitirles comprender lo que se les dijese.

Sin embargo, queda el hecho de que la mayor parte de los Planetas, lo mismo que las Estrellas más allá de nuestro Sistema, están habitados, hecho que ha sido admitido por los mismos hombres de ciencia. Laplace y Herschel lo creían, aunque sabiamente se abstenían de especulaciones imprudentes; y la misma conclusión ha sido expuesta, apoyándola en infinidad de consideraciones científicas, por C. Flammarion, el bien conocido astrónomo francés. Los argumentos que presenta son estrictamente científicos, y de tal naturaleza que impresionan a la misma mente materialista, que permanecería impasible ante pensamientos como los de Sir David Brewster, el famoso físico, que escribe:

Esos “espíritus estériles” o “almas bajas” como les llama el poeta, que pudieran llegar a creer que la tierra es el único cuerpo habitado en el universo, no tendrían dificultad en concebir que la tierra ha estado también destituida de habitantes. Más aún, si tales mentes conociesen las deducciones de la geología, admitirían que ha estado sin habitar durante miríadas de años, y aquí llegamos a la imposible conclusión de que durante esas miríadas de años no hubo una sola criatura inteligente en los vastos dominios del Rey Universal, y que antes de las formaciones protozoicas, no existían ni plantas ni animales en toda la infinidad del espacio (Puesto que no hay un solo átomo en todo el Kosmos que carezca de vida y conciencia, ¡cuántos más deben poseer ambas sus poderosos globos, aunque sea como libros cerrados para nosotros los hombres, que ni aun podemos penetrar en la conciencia de las formas de vida más cerca de nosotros!

Si no nos conocemos a *nosotros mismos*, ¿Cómo podemos, sin haber sido jamás iniciados, ni habernos ejercitado nunca, imaginarnos que podemos penetrar en la conciencia del animal más pequeño de los que nos rodean?)

Flammarion muestra, aparte de eso, que todas las condiciones de la vida –aun tal como las *conocemos*– están presentes por lo menos en algunos de los Planetas; y señala el hecho de que estas condiciones deben ser mucho más favorables en ellos que lo son en nuestra Tierra.

De este modo el razonamiento científico, así como los hechos observados, concuerdan con las declaraciones del Vidente, y la voz innata en el propio



corazón del hombre declarando que la vida –la vida consciente, inteligente– *debe* existir en otros mundos más que en el nuestro.

Pero éste es el límite más allá del cual las facultades del hombre ordinario no pueden llegar. Muchas son las novelas y cuentos, algunos puramente fantásticos, otros llenos de conocimiento científico, que han intentado imaginar y describir la vida en otros Globos. Pero todos ellos no exponen más que alguna copia desfigurada del drama de la vida a nuestro alrededor. Una vez es Voltaire con hombres de nuestra propia raza vistos al microscopio, o de Bergerac con un gracioso juego de imaginación y sátira; pero siempre vemos que, en el fondo, el nuevo mundo es el mismo en que vivimos. Tan fuerte es esta tendencia, que aun grandes Videntes naturales no iniciados son víctimas de ella cuando no están ejercitados; testigo Swedenborg, que llega hasta el punto de vestir a los habitantes de Mercurio que encuentra en el mundo de los espíritus, con trajes como los que usan en Europa.

Comentando esta tendencia, dice Flammarion:

Parece como si a los ojos de aquellos autores que han escrito sobre el asunto, la Tierra fuera el patrón del Universo, y el hombre de la Tierra, el modelo de los habitantes de los Cielos. Por el contrario, es mucho más probable que, puesto que la naturaleza de los otros planetas es esencialmente variada, y las circunstancias y condiciones de la vida esencialmente diferentes, al paso que las fuerzas que presiden sobre la creación de los seres, y las substancias que entran en su constitución mutua esencialmente distintas, nuestro modo de existencia no pueda ser considerado en modo alguno aplicable a otros globos. Los que han escrito acerca de este asunto se han dejado dominar por ideas terrestres, y han caído, por lo tanto, en el error (*Pluralité des Mondes*, pág. 439).

Pero el mismo Flammarion cae en el error que aquí condena, pues tácitamente toma las condiciones de vida sobre la Tierra como regla para determinar el grado de habitabilidad de otros planetas por “otras humanidades”.

Dejemos, sin embargo, estas especulaciones inútiles y sin provecho, que pareciendo llenar nuestros corazones con una llamarada de entusiasmo, y ampliar nuestra comprensión mental y espiritual, en realidad no hacen más que causar un estímulo ficticio y cegarnos más y más en nuestra ignorancia, no sólo del mundo que habitamos, sino también de lo infinito contenido en nosotros.

Por tanto, cuando vemos que las Biblias de la Humanidad mencionan “otros mundos”, podemos deducir sin temor que no sólo se refieren a otros estados de nuestra Cadena Planetaria y Tierra, sino también a otros Globos habitados: Estrellas y Planetas, aunque no se hayan hecho nunca especulaciones sobre ellos. Toda la antigüedad creía en la Universalidad de la Vida. Pero ningún Vidente verdaderamente iniciado de ninguna nación civilizada ha enseñado jamás



que la vida en otras Estrellas pudiera juzgarse por las reglas de la vida terrestre. Lo que generalmente se significa por “Tierras” y “Mundos”, se relaciona (a) con los “renacimientos” de nuestro Globo después de cada Manvantara y un largo período de obscuración; y (b) con los cambios periódicos y completos de la superficie de la Tierra, cuando los continentes desaparecen para dar lugar a los mares, y los océanos son desplazados violentamente e impulsados hacia los polos, para ceder su sitio a nuevos continentes.

Podemos principiar con la *Biblia* (la más joven de las Escrituras del Mundo). En el *Eclesiastés* leemos estas palabras del Rey Iniciado:

Una generación pasa y otra generación viene, pero la tierra perdura siempre... Lo que ha sido es lo que será, y lo que se hace es lo que se hará, y nada hay nuevo bajo el sol (*Ob. cit.*, I, 4, 9).

Bajo estas palabras no es fácil ver la referencia a los cataclismos sucesivos que barren las Razas de la humanidad, ni tampoco remontándonos más atrás a las varias transiciones del Globo durante el proceso de su formación. Pero si se nos dice que esto sólo se refiere a *nuestro mundo tal como ahora le vemos*, entonces enviaremos al lector al *Nuevo Testamento*, donde San Pablo habla del Hijo (el Poder manifestado) a quien Dios ha nombrado heredero de todas las cosas, “por medio de quien hizo también los mundos” (plural) (*Hebreos*, I, 2. Esto se relaciona con el Logos de todas las Cosmogonías. La Luz *ignota* –con la que se dice que es coeterno y coevo– se refleja en el Primogénito, el Protogonos; y el Demiurgo, o la Mente Universal, dirige su Pensamiento Divino dentro del Caos, que bajo la obra de Dioses menores será dividido en Siete Océanos – *Sapta Samudras*. Purusha, Ahura Mazda, Osiris, etc., y finalmente el Christos Gnóstico, son en la *Kabalah Chokmah* o la Sabiduría, el “Verbo”). Este “Poder” es Chokmah, la Sabiduría y el Verbo. Probablemente se nos dirá que por el término “mundos” se significaba las estrellas, los cuerpos celestes, etc. Pero aparte el hecho de que las “estrellas” no eran conocidas como “mundos” por los ignorantes editores de las Epístolas, aun cuando fuesen conocidas como tales por Pablo, que era un Iniciado, un “Maestro–Constructor”, podemos citar en este punto a un eminente teólogo, el Cardenal Wiseman. En su obra (I, 309), tratando del período indefinido de los seis días –o diremos “demasiado definido” período de los seis días– de la creación y de los 6.000 años, confiesa que nos hallamos en la más completa obscuridad respecto del significado de esta manifestación de San Pablo, a menos que se nos permita suponer que en ella se hace alusión al período que transcurrió entre los versículos *primero* y *segundo* del cap. I del *Génesis*, y por tanto, a aquellas primitivas revoluciones, esto es, las destrucciones y reproducciones del mundo, indicadas en el cap. I del *Eclesiastés*; o aceptar como tantos otros, y en su *sentido literal*, el pasaje del cap. I de los *Hebreos*, que habla de la creación de *mundos* – en plural. Es muy singular, añade, que todas las cosmogonías estén de



acuerdo en sugerir la misma idea y en preservar la tradición de una primera serie de revoluciones, debido a las cuales el mundo fue destruido y vuelto a renovar.

Si el Cardenal hubiese estudiado el *Zohar*, sus dudas se hubiesen convertido en certidumbres. El “Idra Suta” dice:

Hubo mundos antiguos que perecieron tan pronto vinieron a la existencia; mundos con o sin forma llamados Centellas –pues eran como las chispas bajo el martillo del herrero, volando en todas direcciones. Algunos eran los mundos primordiales que no podían continuar por largo tiempo porque el “Anciano!” – santificado sea su nombre– no había asumido todavía su forma (La *forma* de Tikkun o el Protogonos, el “Primogénito”, esto es, la Forma e Idea Universales, no se habían todavía reflejado en el Caos), el obrero no era todavía el “Hombre Celeste” (*Zohar*, III, 292 c. El “Hombre Celeste” es Adam Kadmon – la síntesis de los Sephiroth, como “Manu Svâyambhuva” es la síntesis de los Prajâpatis).

También en el *Midrash*, escrito mucho antes de la *Kabalah* de Simeón Ben Yochai, el Rabino Abahu explica:

El Santo Uno, bendito sea su nombre, ha formado y destruido sucesivamente muchos mundos antes de este... (*Bereshit Rabba*, Parsha IX). Ahora bien: esto se refiere tanto a las primeras razas [los “Reyes de Edom”] como a los mundos destruidos (Esto se refiere a las tres Rondas que precedieron a nuestra *Cuarta Ronda*).

“Destruídos” significa aquí lo que nosotros llamamos en “obscuración”. Esto se ve claro cuando leemos la explicación que se da más adelante:

Sin embargo, cuando se dice que *perecieron* [los mundos], sólo se quiere significar con ello que [a sus humanidades] les faltaba la verdadera forma, hasta que la forma humana [la nuestra] vino a la existencia, en la cual todas las cosas están comprendidas y que contiene todas las formas... (Esta frase contiene un doble sentido y un misterio profundo en las Ciencias Ocultas, cuyo secreto, una vez *conocido*, confiere tremendos poderes al Adepto para *cambiar su forma visible*); ello no significa la muerte, sino que sólo denota una decadencia de su estado [el de mundos en actividad] (“Idra Suta”, *Zohar*, III, 136 c. “Una decadencia de su estado”; está claro; de Mundos en actividad, han caído en una obscuración temporal –ellos reposan–, y de aquí que cambien por completo).

Por tanto, cuando leemos de la “destrucción” de los Mundos, la palabra tiene muchos sentidos que son muy claros en varios de los Comentarios sobre el *Zohar* y en los tratados kabalísticos. Como ya se ha dicho, no sólo significa la destrucción de muchos mundos que han terminado su carrera en la vida, sino también la de los diversos Continentes que han desaparecido, así como su decadencia y cambio de lugar geográfico.

Los misteriosos “Reyes de Edom” son a veces aludidos en el sentido de los “Mundos” que han sido destruidos; pero esto es un “velo”. Los Reyes que reinaron en Edom antes de que hubiese un Rey en Israel, o los “Reyes



Edomitas”, no podían simbolizar nunca los “mundos precedentes”, sino sólo las “tentativas de hombres” en este Globo, las Razas Pre-Adámicas de que habla el *Zohar*, y que indicamos como *Primera Raza-Raíz*. Porque, así como al hablar de las seis Tierras (los seis “Miembros” del Microposopus), se dice que la séptima (nuestra Tierra) no entró en el cómputo cuando fueron creadas las seis (las seis Esferas sobre nuestro Globo en la Cadena Terrestre), así también los primeros siete Reyes de Edom son dejados fuera del cálculo en el *Génesis*. Por ley de analogía y permutación, tanto en el *Libro de los Números* caldeo como en los *Libros del Conocimiento* y de la *Sabiduría*, los “siete mundos primordiales” significan también las “siete razas primordiales” (subrazas de la Primera Raza-Raíz de las Sombras); y además los Reyes de Edom son los hijos de “Esaú, el padre de los Edomitas” (*Génesis*, XXXVI, 43); esto es, Esaú representa en la *Biblia* la raza que se halla entre la Cuarta y la Quinta, la Atlante y la Aria. “Dos naciones están en tu seno” – dice el Señor a Rebeca; y Esaú era *rojo y velludo*. Desde el versículo 24 al 34, el cap. XXV del *Génesis* contiene la historia alegórica del nacimiento de la Quinta Raza.

Dice el *Siphra Dtzenioutha*:

Y los Reyes de tiempos antiguos murieron, y sus superiores [las coronas] no parecieron más.

Y el *Zohar* declara:

La Cabeza de una nación que no ha sido formada en el principio a semejanza de la Cabeza Blanca: su gente no es de esta Forma... Antes que ella [la Cabeza Blanca, la Quinta Raza o Anciano, de los Ancianos] se arreglase en su [propia, o presente] Forma... todos los Mundos habían sido destruidos; por tanto, está escrito: y Bela, el Hijo de Beor, reinó en Edom [*Gen. XXXVI*. Aquí los “Mundos” representan Razas]. Y él [este Rey u otro de Edom] murió, y otro reinó en su lugar.

Ningún kabalista que hasta hoy se haya ocupado del simbolismo y alegoría ocultos bajo estos “Reyes de Edom”, parece haberse percatado más que de uno de sus aspectos. No son ellos ni los “mundos que fueron destruidos” ni los “Reyes que murieron” solamente; sino ambas cosas, y mucho más, de que no podemos tratar por falta de espacio. Por tanto, dejando las parábolas místicas del *Zohar*, volveremos a los hechos rígidos de la ciencia materialista; citando primeramente, sin embargo, unos pocos de la extensa lista de grandes pensadores que han creído en la pluralidad de mundos habitados en general, y en mundos que han precedido al nuestro. Tales son los grandes matemáticos Leibniz y Bernouilli; el mismo Sir Isaac Newton, según puede leerse en su *Optics*; Buffon, el naturalista; Condillac, el escéptico; Bailly, Lavater, Bernardin de Saint Pierre; y, como contraste de los dos últimos nombrados (al menos sospechosos de Misticismo),



Diderot y la mayor parte de los escritores de la *Encyclopædia*. Siguiendo a éstos vienen Kant, el fundador de la filosofía moderna; los filósofos poetas, Goethe, Krause, Schelling; y muchos astrónomos, desde Bode, Fergussón y Hérshel, hasta Lalande y Laplace, con sus muchos discípulos en años más recientes.

Una lista brillante de nombres respetados, en verdad; pero los hechos de la astronomía física hablan aún más fuertemente que estos nombres en favor de la vida y hasta de la vida organizada, en otros planetas. Así, en el análisis de cuatro meteoritos que cayeron respectivamente en Alais (Francia), en el Cabo de Buena Esperanza, en Hungría, y de nuevo en Francia, se encontró grafito, forma del carbono que se sabe está invariablemente asociada con la vida orgánica en nuestra Tierra. Y que la presencia de este carbón no es debida a ninguna acción dentro de nuestra atmósfera lo muestra el hecho de que ese carbón se ha encontrado en el centro mismo del meteorito; mientras que en uno que cayó en Argueil, en el Sur de Francia, en 1857, se encontró agua y turba, formándose siempre esta última por la descomposición de substancias vegetales.

Por otra parte, examinando las condiciones astronómicas de los demás planetas, es fácil notar que algunos son mucho más adecuados para el desarrollo de la vida y de la inteligencia –aun bajo las condiciones conocidas por los hombres– que nuestra Tierra. Por ejemplo, en el planeta Júpiter, las estaciones, en lugar de variar dentro de límites amplios, como sucede con las nuestras, cambian por grados casi imperceptibles, y duran doce veces más que las nuestras. Debido a la inclinación de su eje, las estaciones en Júpiter son debidas casi por completo a la excentricidad de su órbita, y de aquí que cambien lenta y regularmente. Se nos dirá que en Júpiter no es posible la vida, por estar en estado incandescente. Pero no todos los astrónomos están de acuerdo con esto. Por ejemplo, lo que decimos lo ha declarado M. Flammarion; y él debe saberlo.

Por otra parte, Venus sería menos a propósito para la vida humana, tal como existe en la Tierra, puesto que sus estaciones son más extremadas y los cambios de temperatura mas repentinos; aunque es curioso que la duración del día sea casi la misma en los cuatro planetas interiores Mercurio, Venus, la Tierra y Marte.

En Mercurio, el calor y la luz del Sol son siete veces más intensos que en la Tierra, y la Astronomía enseña que está envuelto en una atmósfera muy densa. Y como quiera que vemos que la vida se presenta en la Tierra en proporción al calor y la luz del Sol, parece más probable que su intensidad sea mucho, muchísimo mayor, en Mercurio que aquí.

Venus, como Mercurio y Marte, tiene una atmósfera muy densa; y las nieves que cubren sus polos, las nubes que ocultan su superficie, La configuración geográfica de sus mares y continentes, las variaciones de estaciones y climas, son muy



análogas; al menos a los ojos del astrónomo físico. Pero tales hechos, y las consideraciones que de ellos se deducen, sólo se relacionan con la posibilidad de la existencia en estos planetas de vida humana, tal como se conoce en la Tierra. Que algunas formas de vida como las que conocemos son *posibles* en esos planetas, ha sido hace tiempo bien demostrado, y parece completamente inútil entrar en cuestiones detalladas de fisiología, etc., de estos hipotéticos habitantes; porque, después de todo, el lector sólo puede llegar a una ampliación imaginaria del medio ambiente que le es familiar. Mejor es darse por satisfecho con las tres conclusiones que M. Flammarion, a quien hemos citado tan extensamente, formula, como deducciones rigurosas y exactas de los *hechos* conocidos y de las leyes de la ciencia.

I. Las diversas fuerzas, que eran activas en el principio de la evolución, produjeron una gran variedad de seres en los diversos mundos; tanto en el reino orgánico como en el inorgánico.

II. Los seres animados fueron constituidos desde el principio con arreglo a formas y organismos en relación con el estado fisiológico de cada globo habitado.

III. Las humanidades de otros mundos difieren de nosotros tanto en su organización interna como en su tipo externo físico.

Finalmente, el lector que esté dispuesto a poner en duda la validez de estas conclusiones por ser opuestas a la *Biblia*, puede dirigirse a un Apéndice de la obra de M. Flammarion que trata detalladamente el asunto; pues en una obra como la presente parece innecesario señalar el absurdo lógico de esos eclesiásticos que niegan la pluralidad de los mundos fundándose en la autoridad de la *Biblia*.

En relación con esto, no estará de más recordar aquellos días en que el celo ardiente de la Iglesia Primitiva se oponía a la doctrina de la redondez de la Tierra fundándose en que las naciones de los antípodas estarían fuera de la esfera de salvación; así como también podemos recordar cuánto tiempo necesitó la ciencia naciente para destruir la idea de un firmamento sólido, en cuyas estrías se movían las estrellas para la edificación especial de la humanidad terrestre.

La teoría de la rotación de la Tierra tuvo igual oposición (hasta el punto del martirio de los descubridores); porque, además de privar a nuestro orbe de su majestuosa posición central en el espacio, la teoría producía una tremenda confusión de ideas acerca de la Ascensión, probándose que los términos “arriba” y “abajo” eran puramente relativos, complicando así no poco la cuestión de la situación precisa del Cielo (La sabia e ingeniosa obra *God and his Book*, por el temible “Saladin”, de reputación agnóstica, nos hace recordar vívidamente el divertido cálculo de que si



Cristo hubiese ascendido con la rapidez de una bala de cañón, no hubiera todavía llegado ni siquiera a Sirio. Ello da lugar también a la no infundada suposición de que nuestra misma época, de ilustración científica, puede ser tan groseramente absurda en sus negaciones materialistas como los hombres de la Edad Media eran absurdos y materialistas en sus afirmaciones religiosas).

Según los cálculos modernos más exactos, no hay menos de 500.000.000 de estrellas de varias magnitudes dentro del alcance de los mejores telescopios. En cuanto a las distancias entre ellas, son incalculables. ¿Es, pues, nuestra microscópica Tierra –“grano de arena en las orillas de un mar infinito”– el único centro de vida inteligente? Nuestro propio Sol, 1.300.000 veces más grande que nuestro Planeta, resulta insignificante al lado del Sol gigantesco, Sirio; y este último queda a su vez empequeñecido por otros luminares del Espacio infinito. El concepto mezquino de Jehovah, como guardián especial de una tribu oscura y semi-nómada, es tolerable comparado con el que limita la existencia senciente a nuestro Globo microscópico. Las razones primitivas eran sin duda: (a) la ignorancia astronómica de los primeros cristianos, unida a una apreciación exagerada de la importancia del hombre –una forma grosera de egoísmo, y (b) el temor de que, si se aceptaba la hipótesis de millones de otros Globos habitados, se seguiría la réplica aplastante: “¿Hubo pues una Revelación para cada Mundo?”, envolviendo la idea del Hijo de Dios “viajando” eternamente, por decirlo así. Por fortuna, ya no es necesario gastar tiempo y energía en probar la posibilidad de la existencia de tales Mundos. Toda persona inteligente los admite. Lo que ahora hay que demostrar es que si se prueba que, además de la Tierra, hay Mundos habitados por humanidades tan completamente diferentes unas de otras como de la nuestra –según sostienen las Ciencias Ocultas–, entonces la evolución de las Razas precedentes queda medio probada. Pues ¿dónde está el físico o el geólogo pronto a sostener que la Tierra no ha cambiado docenas de veces en los millones de años que han transcurrido en el curso de su existencia; y que en ese cambio de su “piel” como se la llama en Ocultismo, no haya tenido la Tierra cada vez su humanidad especial, adaptada a las condiciones atmosféricas y de clima propias de tales cambios? Y siendo así, ¿por qué no hubieran podido existir y prosperar nuestras cuatro precedentes y enteramente distintas humanidades, antes de nuestra Quinta Raza–Raíz Adámica?

Antes de cerrar nuestro debate, sin embargo, tenemos que examinar de más cerca la llamada evolución orgánica. Busquemos bien y veamos si es completamente imposible hacer que nuestros datos y cronología ocultos concuerden (hasta cierto punto) con los de la Ciencia. (D.S. IV, 429-445).

OBSERVACIONES SUPLEMENTARIAS SOBRE LA CRONOLOGÍA

GEOLÓGICA ESOTÉRICA



En todo caso parece posible calcular la aproximada duración de los períodos geológicos, con los datos combinados de la Ciencia y del Ocultismo, que ahora tenemos. La Geología, por supuesto, puede determinar casi con certeza una cosa: el espesor de los diversos depósitos. Ahora bien; es también de razón que el tiempo requerido para la deposición de un estrato en un fondo marino tiene que estar en estricta proporción con el espesor de la masa así formada. Sin duda alguna que la *cuantía* de la erosión de la tierra y de la aglomeración de la materia en los lechos oceánicos ha variado de una edad a otra, y que los cambios debidos a cataclismos de diferentes clases han roto la “uniformidad” de los procesos geológicos ordinarios. Así, pues, con tal que tengamos algunas bases numéricas definidas sobre que fundarnos, nuestra tarea se hace menos dificultosa de lo que a primera vista aparece. Concediendo lo debido a las variaciones en la cuantía de los depósitos, el profesor Lefèvre nos presenta las cifras relativas que resumen el tiempo geológico. No intenta él calcular los años transcurridos desde que se depositó el primer lecho de rocas laurentianas, pero representando a ese tiempo como *x*, nos presenta las proporciones relativas en que se hallan los diversos períodos respecto de él. Sentemos las premisas de nuestro cálculo diciendo que, *grosso modo*, las rocas Primordiales tienen 70.000 pies de espesor; las Primarias, 42.000; las Secundarias, 15.000; las Terciarias, 5.000, y las Cuaternarias, 500:

Dividiendo en cien partes el tiempo, *cualquiera que sea su verdadera duración*, que ha pasado desde la aurora de la vida en esta tierra [capas inferiores laurentianas], tendremos que atribuir a la edad Primordial más de la mitad de la duración total, o sea 53’5; a la Primaria, 32’2; a la Secundaria, 11’5; a la Terciaria, 2’3, y a la Cuaternaria, 0’5, o sea un medio por ciento (*Philosophy Historical and Critical*, pág. 481).

Ahora bien; como, según los datos Ocultos, es cierto que el tiempo transcurrido desde los primeros depósitos sedimentarios es de 320.000.00 de años, podemos construir la siguiente tabla:

CÁLCULO APROXIMADO DE LA DURACIÓN DE LOS PERÍODOS GEOLÓGICOS EN AÑOS

		Leaurentiano
Primordial	171.200.000	Cambriano
		Siluriano
		Devoniano
Primario	103.040.000	Carbonífero
		Permiano



		Triásico
Secundario	36.800.000	Jurásico
		Cretáceo
		Eoceno
Terciario	7.360.000 (*)	Mioceno
		Plioceno
Cuaternario	1.600.000 (*)	

(*) Probablemente en exceso.

Estas cifras armonizan con los asertos de la Etnología Esotérica en casi todos los particulares. La parte del ciclo *Terciario* Atlante, desde el “apogeo de la gloria” de aquella Raza en el primer tiempo Eoceno, hasta el gran cataclismo en la mitad del medio Mioceno, resultaría haber durado de tres y medio a cuatro millones de años. Si la duración del período Cuaternario no se ha calculado con exceso, como parece, entonces la sumersión de Ruta y Daitya sería pos-terciaria. Es probable que los resultados que aquí hemos presentado concedan un período demasiado largo, tanto a la edad Terciaria como a la Cuaternaria, dado que la Tercera Raza retrocede mucho dentro de la edad Secundaria. Sin embargo, las cifras son de lo más sugestivo.

Pero como el argumento de las pruebas geológicas está a favor de sólo 100.000.000 de años, comparemos nuestros asertos y enseñanzas con los de la Ciencia exacta.

Mr. Edward Clodd (*Knowledge*: Art. “The Antiquity of Man in Western Europe”, marzo 31 de 1882), refiriéndose a la obra de M. de Mortillet, *Matériaux pour L’Histoire de L’Homme*, que coloca al hombre en la mitad del período Mioceno (Y el cual en otra obra, *La Préhistorique Antiquité de L’Homme*, concedía generosamente, hace unos veinte años, a nuestra humanidad, solamente 230.000 años. Toda vez que ahora coloca al hombre en la mitad del período Mioceno, debemos decir que el muy respetado profesor de Antropología Prehistórica de París es algo contradictorio e inconsecuente, si no *naïf* en sus opiniones), observa que:

Sería contrario a todo lo que enseña la doctrina de la evolución, sin que además se adquiriera el apoyo de los creyentes en una creación especial y en la invariabilidad de las especies, el buscar un mamífero tan altamente especializado como el hombre, en un período primitivo de la historia de la vida del globo.



A esto se podría contestar: (a) la doctrina de la evolución, según la inauguró Darwin y la desarrollaron otros evolucionistas posteriores, no solamente es lo contrario de lo infalible, sino que es desechada por varios grandes hombres de ciencia como De Quatrefages en Francia, el Dr. Weismann, un ex evolucionista, en Alemania, y muchos otros, que van engrosando cada vez más las filas de los anti-darwinistas (La idea raíz fundamental del origen y transformación de las especies –la *herencia* de las facultades adquiridas– parece haber encontrado últimamente adversarios muy serios en Alemania. Los fisiólogos Du Bois–Reymond y el doctor Pflüger, además de otros hombres tan eminentes como el que más, encuentran en esta doctrina dificultades insuperables y hasta imposibilidades); y (b) la verdad, para ser digna de su nombre y seguir siendo verdad y hecho, no necesita mendigar el apoyo de ninguna clase o secta. Porque si adquiriese el apoyo de los creyentes en una creación especial, nunca obtendría el favor de los evolucionistas y *viceversa*. La verdad debe apoyarse sobre sus propios y firmes fundamentos de los hechos, y esperar la oportunidad de ser reconocida, una vez destruidos todos los prejuicios que se le oponen. Aun cuando la cuestión ha sido ya tratada de lleno en su aspecto principal, no está, sin embargo, de más el combatir todas las llamadas objeciones “científicas”, a medida que proseguimos exponiendo afirmaciones consideradas como heréticas y anticientíficas.

Echemos una breve ojeada sobre las divergencias entre la Ciencia ortodoxa y la esotérica, en la cuestión de la edad del Globo y del hombre. Con las dos tablas sincrónicas (Aquí solo se muestra una, ya que las hipótesis científicas de la época son muy diferentes de las actuales del siglo XXI) respectivas ante sí, el lector podrá ver de una ojeada la importancia de estas divergencias; y percibir, al mismo tiempo, que no es imposible; más aún, que es muy probable que posteriores descubrimientos de la Geología y el hallazgo de restos fósiles del hombre obliguen a la Ciencia a confesar que, después de todo, la Filosofía Esotérica es la que tiene la razón, o que, por lo menos; es la que más se acerca a la verdad.

La edad geológica del Globo y del Hombre según la Filosofía Esotérica:

Dejando la clasificación de los períodos geológicos a la Ciencia Occidental, la Filosofía Esotérica divide solamente los períodos de vida del Globo. En el Manvantara presente, el período actual está dividido en siete Kalpas y siete grandes Razas humanas. Su primer Kalpa, que corresponde a la Época Primordial, es la edad de los

“PRIMITIVOS”

Devas u Hombres Divinos, los “Creadores” y Progenitores (Tenga presente el estudiante que la Doctrina enseña que hay siete grados de Devas o “Progenitores”, o siete clases, desde la más perfecta a la menos exaltada).



La Filosofía Esotérica está de acuerdo con la declaración de la Ciencia, exceptuando, sin embargo, en un particular. **Los 300.000.000 de años de vida vegetal precedieron a los “Hombres Divinos” o Progenitores. Además ninguna enseñanza niega que hubiese vestigios de vida dentro de la Tierra además del Eozoon canadiense en la Época Primordial.** Pero al paso que la mencionada vegetación pertenecía a esta Ronda, las reliquias zoológicas que se han encontrado ahora en los sistemas llamados Laurentiano, Cambriano y Siluriano, son las *reliquias* de la Tercera Ronda. Al principio, etéreos como las demás, se consolidaron y materializaron *paripassu* con la nueva vegetación.

“PRIMARIA”

Los progenitores Divinos (Grupos Secundarios), y las dos Razas y media. La Doctrina Esotérica repite lo que se dijo antes. Todas estas son reliquias de la Ronda Precedente (Durante el *ínterin* entre una Raza y otra, el Globo y todo lo que hay en él, permanece *in statu quo*. Téngase presente que la vegetación principió en su forma etérea antes de lo que se llama la edad primordial, pasando por la Primaria y condensándose en ella, y alcanzando su vida física completa en la Secundaria).

Sin embargo, una vez que los prototipos son proyectados de la envoltura Astral de la Tierra, se sigue un número indefinido de modificaciones.

“SECUNDARIA”

Según todos los cálculos, la Tercera Raza había hecho ya su aparición, pues durante el período Triásico había ya algunos mamíferos, y debió haberse separado antes de la aparición de éstos.

Esta es, pues, la edad de la tercera Raza, en la cual pudieran quizá descubrirse los orígenes de la primitiva Cuarta Raza. En este punto, sin embargo, sólo podemos hacer conjeturas, pues los Iniciados no han dado aún ningún dato concreto.

La analogía es insignificante; sin embargo, puede argüirse que, así como a los primeros mamíferos y pre-mamíferos se les muestra en su evolución saliendo de una especie y pasando a otra, anatómicamente superior, lo mismo sucede con las razas humanas en su proceso procreativo. Pudiera seguramente encontrarse un paralelo entre los mamíferos monotrematos, didelfos (o marsupiales) y los placentales, divididos a su vez en tres órdenes (Estos placentales de la tercera subclase están divididos, según parece, en villiplacentalia (placenta compuesta de muchos copos separados esparcidos), los zonoplacentalia (placenta en forma de cinturón) y los discoplacentalia (o discoides). ¡Hæckel ve en los marsupiales didelfos uno de los eslabones que relacionan *genealógicamente* el hombre y la mónera!), lo mismo que la Primera, Segunda y Tercera Razas-Raíces de hombres (Esta inclusión de la Primera Raza en la edad Secundaria es, necesariamente, una hipótesis provisional, pues la verdadera cronología de la Primera y Segunda Razas y la primera parte de la Tercera se halla extremadamente velada por los Iniciados. Todo lo que puede decirse sobre el asunto es que la Primera Raza Raíz puede haber sido pre-secundaria como, en efecto, se enseña). Pero esto requeriría más espacio que el que ahora puede dedicarse al asunto.

“TERCIARIA”



La Tercera Raza casi ha desaparecido por completo, barrida por los espantosos cataclismos geológicos de la Edad Secundaria, dejando sólo tras sí algunas razas híbridas.

La Cuarta nacida millones de años antes (Aun cuando aplicamos el término “verdaderamente humano” sólo a la Cuarta raza-Raíz Atlante, sin embargo, la Tercera Raza es casi humana en su última parte, puesto que durante su quinta sub-raza fue cuando la humanidad se separó sexualmente y cuando *nació el primer hombre* con arreglo al proceso ahora normal. **Este “primer hombre” corresponde, en la Biblia, a Enos o Enoch, hijo de Seth) de que tuvieron lugar los mencionados cataclismos, pereció durante el período Mioceno, cuando la Quinta (nuestra Raza aria) tenía ya 1.000.000 años de existencia independiente.** Cuanta más edad tiene desde su origen, ¿quién lo sabe? Cómo el período histórico principió para los indos Arios con los *Vedas* para sus multitudes, y mucho antes en los Anales Esotéricos, es inútil establecer aquí paralelos.

“CUATERNARIO”

Si al período Cuaternario se le conceden 1.500.000 años, entonces sólo pertenece al mismo nuestra Quinta Raza.

Sin embargo –*mirabile dictu*–, al paso que se ha demostrado que el hombre paleolítico, no caníbal, que ha debido ciertamente anteceder al hombre caníbal neolítico cientos de miles de años (La Geología admite “estar fuera de duda que debió transcurrir un período de tiempo considerable después de la desaparición del hombre paleolítico y antes de la llegada de su sucesor neolítico”. (Véase *Prehistoric Europe*, de James Geikie, y *Mythical Monsters*, de Ch. Gould, pág. 98), fue un artista notable, el hombre neolítico resulta casi un salvaje abyecto, a pesar de sus moradas lacustres (Parecidas en algún modo a las aldeas de pilotes del Norte de Borneo). Pues véase lo que un sabio geólogo, Mr. Charles Gould, dice a sus lectores en su *Mythical Monsters*:

Los hombres paleolíticos no conocían la alfarería ni el arte de tejer, y aparentemente carecían de animales domésticos y de sistemas de cultivo; pero los moradores neolíticos de los lagos de Suiza tenían telares, alfarería, cereales, ganados, caballos, etcétera. Ambas razas usaban utensilios de cuerno, de hueso y de madera; pero los de la más antigua se distinguen con frecuencia por estar esculpidos con gran habilidad o adornados con grabados animados representando varios animales existentes entonces; mientras que por parte del hombre neolítico (“El escultor más hábil de los tiempos modernos no lo haría probablemente mucho mejor si su buril fuese un pedazo de pedernal, y la materia sobre que grabase fuese piedra y hueso”. (Profesor Boyd Dawkins. *Cave-Hunting*, pág. 344). Después de esta concesión, es inútil insistir más en las declaraciones de Huxley, Schmidt, Laing y otros mostrando que el hombre paleolítico no puede considerarse que nos haga derivar en modo alguno de una raza humana pitecoide; y así ellos echan por tierra las fantasías de muchos evolucionistas superficiales. La reliquia de mérito artístico que *vuelve a aparecer* en los hombres de la edad de las piedras talladas puede remontarse a su linaje *Atlante*. El hombre neolítico fue un precursor de la gran invasión aria y procedía de otro punto muy distinto: del Asia, y en cierto modo del Norte de África. Las tribus que poblaban el Noroeste de esta última eran seguramente de origen Atlante – cientos de miles de años antes del período Neolítico en Europa–, pero habían divergido tanto del



tipo padre, que ya no presentaban ninguna característica marcada peculiar de aquel. En cuanto al contraste entre el hombre neolítico y el Paleolítico, es un hecho notable, según Carlos Vogt hace notar, pues mientras el *primero era un caníbal, el hombre mucho más antiguo de la época del mamut no lo era*. Entonces, ¿es que las costumbres humanas no progresan con el tiempo? En todo caso, no sucede así en este ejemplo) aparece una ausencia marcada de semejantes, habilidades artísticas (*Ob. cit.*, pág. 97).

Explicemos las razones de esto:

1º El hombre fósil más antiguo, los primitivos hombres de las cavernas del remoto período Paleolítico, y del período Pre-glacial (sea la que quiera su duración y antigüedad), es siempre hombre, y no hay restos fósiles que prueben respecto de él

lo que el Hipparion y Anchitherium han probado respecto del caballo; esto es, la especialización gradual progresiva desde un simple tipo antecesor a las formas más complejas existentes (*Modern Science and Modern Thought*, pág. 181).

2º Así como las llamadas hachas paleolíticas:

Si se las coloca al lado de las formas más toscas de las hachas de piedra, usadas en la actualidad por los australianos y otros salvajes, es muy difícil encontrar diferencia alguna (*Ibid.*, pág. 112).

Esto prueba que ha habido salvajes *en todos los tiempos*; y la deducción debiera ser que ha podido haber también gente civilizada en aquellos tiempos; naciones cultas contemporáneas de aquellos salvajes toscos. Una cosa semejante vemos en Egipto hace 7.000 años.

3º Un obstáculo, consecuencia directa de lo anterior, es que: si el hombre no es más antiguo que el período paleolítico, entonces no sería posible que haya tenido el tiempo necesario para su transformación, desde el “eslabón perdido”, en lo que se sabe haber sido durante aquel remoto período geológico, esto es, *una especie de hombres superior a muchas de las razas que hoy existen*.

Lo que antecede se presta, naturalmente, al siguiente silogismo: 1) El hombre *primitivo* (conocido por la Ciencia) era, en algunos aspectos, superior en su género a lo que es ahora. 2) El mono más antiguo conocido, el lemurino, era *menos* antropoide que las especies pitecoides modernas. 3) Conclusión: aun cuando se encontrase un *eslabón perdido*, la balanza de las pruebas se inclinaría más en favor de *ser el mono un hombre degenerado*, que enmudeció por alguna coincidencia fortuita (Partiendo de los datos que proporciona la Ciencia Moderna, la Fisiología y la Selección Natural, y sin recurrir a ninguna creación milagrosa, dos ejemplares de negros de la más ínfima inteligencia –pongamos, por ejemplo, dos idiotas mudos de nacimiento– podrían, apareándose, producir una especie Pastrana muda, que sería el origen de una raza modificada, y producir así, en el transcurso de los tiempos geológicos, el mono antropoide regular), que en



favor de la descendencia del hombre de un antecesor pitecoide. La teoría presenta dos filos.

Por otra parte, si se acepta la existencia de la Atlántida, y se cree en la declaración de que en la edad Eocena

Aun en su primer período, el gran ciclo de los hombres de la Cuarta Raza, los Atlantes, había alcanzado ya su punto culminante (*Buddhismo Esotérico*, pág. 67 (octava edición inglesa)).

entonces podrían hacerse desaparecer fácilmente algunas de las presentes dificultades de la Ciencia. La tosca hechura de los utensilios paleolíticos no prueba nada en contra de la idea de que, al lado de los que los fabricaron, existieron naciones altamente civilizadas. Se nos dice que:

Sólo se ha explorado una parte muy pequeña de la superficie de la tierra, y de ésta, una parte muy reducida consiste en superficies de tierras antiguas o formaciones de aguas recientes, en donde únicamente puede esperarse encontrar las huellas de las formas superiores de la vida animal. Y aun éstas han sido exploradas tan imperfectamente, que donde ahora encontramos miles y decenas de miles de indudables restos humanos casi bajo nuestros pies, hace sólo treinta años que su existencia empezó a sospecharse (*Modern Science and Modern Thought*, pág. 98).

Es también muy sugestivo que, juntamente con las toscas hachas de los salvajes más degradados, los exploradores encuentran ejemplares de trabajos de mérito tan artístico, que a duras penas podrían encontrarse o suponerse entre los modernos campesinos de un país europeo, más que en casos excepcionales. El “retrato” del “Rangífero Pastando” de la gruta de Thayugin en Suiza, y los del hombre corriendo, con dos cabezas de caballo dibujadas junto a él —obra del período Rangífero, o sea de hace lo menos 50.000 años—, son declarados por Mr. Laing, no sólo muy bien hechos, sino que al primero, el “Rangífero Pastando”, se le describe como que “podría hacer honor a cualquier moderno pintor de animales”, lo cual no es ninguna alabanza exagerada, como puede verse por el dibujo que damos más adelante, tomado de la obra de Mr. Gould. Ahora bien; dado que tenemos a nuestros más grandes pintores europeos coexistiendo con los esquimales modernos, que también tienen la tendencia, lo mismo que sus antecesores paleolíticos del período Rengífero, especies humanas rudas y salvajes, a estar haciendo constantemente con la punta de sus cuchillos bosquejos de animales, escenas de la caza, etc., ¿por qué no pudo pasar lo mismo en aquellos tiempos? Comparados con los ejemplares de dibujos y bosquejos egipcios de hace 7.000 años, los “retratos más primitivos” de hombres, cabezas de caballos y rengíferos, hechos hace 50.000 años, *son ciertamente superiores*. Sin embargo, se sabe que los egipcios de aquella época fueron una nación altamente civilizada, mientras que los hombres paleolíticos son llamados



salvajes de tipo inferior. Esto, al parecer, no tiene importancia; sin embargo, es sumamente sugestivo, porque muestra de qué modo se trata de amoldar cada nuevo descubrimiento geológico a las teorías corrientes, en lugar de hacer que las teorías se adapten a los descubrimientos. Sí; Mr. Huxley tiene razón al decir: “El tiempo dirá”. Lo dirá, y vindicará al Ocultismo.

En todo caso, los materialistas de criterio más libre se ven arrastrados por la necesidad a reconocer conceptos de los más *ocultistas*. Es extraño; pero los más materialistas (los de la escuela alemana) son los que, en cuanto se refiere al desarrollo físico, se acercan más a las teorías de los ocultistas. Así, el profesor Baumgärter cree que:

Los gérmenes de los animales superiores podían únicamente ser los huevos de los animales inferiores...; además del adelanto en el desarrollo del mundo vegetal y animal, ocurrió en aquel período la formación de nuevos gérmenes originales (los cuales formaron la base de nuevas metamorfosis, etc.)... los primeros hombres que procedieron de los gérmenes de animales inferiores a ellos, vivieron primeramente en estado de larva.

Así es precisamente; en un estado de larva, decimos nosotros también, sólo que no procedía de un germen “animal”; y esa “larva” era la forma etérea sin alma de las Razas pre-físicas. Y nosotros creemos, como cree el profesor alemán, juntamente con otros hombres científicos de Europa, que las razas humanas

no han descendido de una pareja, sino que aparecieron inmediatamente en razas numerosas (*Anfänge zu einer Physiologischen Schöpfungs-geschichte der Pflanzen und Thierwelt, 1885*).

Por tanto, cuando leemos *Fuerza y Materia*, y vemos al Emperador de los materialistas, Büchner, repitiendo con Manu y Hermes, que:

Imperceptiblemente se insinúa la planta en el animal; el animal en el hombre (*Ob. cit.*, pág. 212).

sólo tenemos que añadir “y el hombre en un espíritu” para completar el axioma kabalístico. Tanto más cuanto que leemos la admisión siguiente:

Evolucionado por generación espontánea... ese mundo orgánico, rico y multiforme... se ha desarrollado progresivamente, en el curso de períodos de tiempo interminables, con el auxilio de fenómenos naturales (*Ibid.*, pág. 11).

Toda la diferencia consiste en lo siguiente: La Ciencia Moderna coloca su teoría materialista de los gérmenes primordiales en la Tierra, y el *último germen* de la vida en este Globo, del hombre y de todo; lo demás, entre *dos vacíos*. ¿De dónde vino el *primer germen*, si tanto la generación espontánea como la intervención de fuerzas externas se rechazan en absoluto ahora? Sir William Thompson nos dice



que los gérmenes de la vida orgánica vinieron a nuestra Tierra en algún meteoro. Esto no resuelve nada, sino que sólo transfiere la dificultad de la Tierra al meteoro supuesto.

Tales son nuestros acuerdos y desacuerdos con la Ciencia. Respecto de los “períodos interminables” estamos, por supuesto, conformes con la misma especulación materialista; porque nosotros creemos en la Evolución, aunque en líneas distintas. El profesor Huxley dice muy sabiamente:

Si la doctrina del desarrollo progresivo es correcta en alguna de sus formas, tenemos que extender por largas épocas los cálculos más avanzados que hasta ahora se han hecho de la antigüedad del hombre (*Man's Place in Nature*, pág. 208).

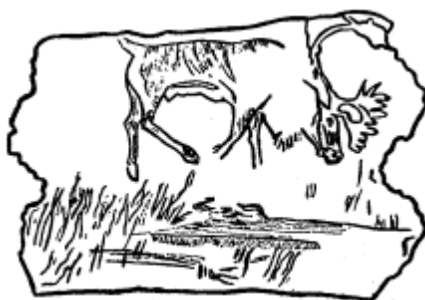
Pero cuando se nos dice que este hombre es un producto de las fuerzas naturales –inherentes en la Materia –siendo la Fuerza, según la opinión moderna, sólo una cualidad de la Materia, un “modo de movimiento”, etcétera– y cuando vemos a Sir William Thompson repitiendo en 1885 lo que Büchner y su escuela aseguraban hace treinta años, sentimos que todo nuestro respeto por la Ciencia real se desvanece. No puede uno por menos de pensar que el materialismo es, en algunos casos, una *enfermedad*. Pues cuando los hombres de ciencia, a la faz del fenómeno magnético y de la atracción de las partículas de hierro a través de sustancias aisladoras como el cristal, sostienen que esta atracción es debida al “movimiento molecular” o a la “rotación de las moléculas del imán”, entonces, ya proceda tal doctrina de un teósofo “crédulo”, inocente de toda noción de física, o de un eminente hombre de ciencia, es ella igualmente ridícula. El individuo que afirma semejante teoría frente a los *hechos*, es sólo una prueba más de que: “Cuando los hombres no tienen una casilla en sus mentes en donde acomodar los hechos, tanto peor para los hechos.”

Al presente la disputa entre los partidarios de la generación espontánea y sus adversarios está en suspenso, habiendo terminado con la victoria provisional de los últimos. Pero aun éstos se ven forzados a admitir, como admitió Büchner y admiten aún los señores Tyndall y Huxley, que la generación espontánea *tuvo que ocurrir una vez* bajo ciertas “condiciones especiales termales”. Virchow rehúsa hasta discutir la cuestión; *debió* haber tenido lugar en algún tiempo de la historia de nuestro planeta, y punto concluido. Esto parece más natural que la antes citada hipótesis de Sir William Thompson, de que los gérmenes de la vida orgánica cayeron en nuestra Tierra en algún meteoro; o que la otra hipótesis “científica” apareada con la creencia recientemente adoptada, de que *no* existe “principio vital” alguno, sino solamente fenómenos vitales que pueden atribuirse a las fuerzas moleculares del protoplasma original. Pero esto no ayuda a la Ciencia a resolver el problema, aún mayor, del origen y *descendencia* del hombre, pues he aquí una queja y un lamento aún peores:



Al paso que podemos seguir los esqueletos de los mamíferos eocenos a través de diferentes direcciones de especialización en sucesivos tiempos terciarios, el hombre presenta el fenómeno de un esqueleto *no especializado*, que no puede relacionarse en justicia con ninguna de estas líneas (*Origen of the World*, pág. 39, de Sir W. Dawson L. L. D., F. R. S.).

El secreto pudiera decirse pronto, no sólo desde el punto de vista esotérico, sino desde el de todas las religiones del mundo, sin mencionar a los ocultistas. Al “esqueleto especializado” se lo busca en el sitio indebido, donde nunca puede encontrarse. Los hombres de ciencia esperan descubrirlo en los restos físicos del hombre, en algún “eslabón perdido” pitecoide, con un cráneo mayor que el del mono, y con una capacidad craneal menor que la del hombre, en lugar de buscar esa especialización en *la esencia supra-física de su constitución etérea interna, que no puede ser desenterrada de ninguna capa geológica*. Semejante apego tenaz a una teoría degradante del ser es el rasgo más sorprendente del día.



Rengífero grabado sobre un cuerno por el Hombre Paleolítico (*Según Geikie*)
Mythical Monsters, pág. 97.

En todo caso, el anterior bosquejo es un ejemplar de uno de los grabados hechos por un “salvaje” paleolítico: paleolítico significando el hombre de la “edad de piedra primitiva”, que se supone fue tan salvaje y bestial como los brutos con quienes vivía.

Dejando a un lado al insular moderno del Mar del Sur, y hasta toda la raza asiática, desafiamos a cualquier escolar crecido y hasta al jovenzuelo europeo que no haya estudiado dibujo, a hacer un grabado semejante o un bosquejo al lápiz tan bueno. Aquí tenemos el verdadero *raccourci* artístico, y luces y sombras correctas sin ningún modelo *plano* ante el artista, que copió directamente de la naturaleza, mostrando así un conocimiento de la anatomía y de la proporción. Se nos quiere hacer creer que al artista que grabó este rengífero perteneció a los salvajes “semi-animales” primitivos (contemporáneos del mamut y del rinoceronte lanudo) que algunos evolucionistas, demasiado celosos, quisieron una vez describirnos como una clara aproximación al tipo de su hipotético “hombre pitecoide”.



Este cuerno grabado prueba, tan elocuentemente como puede hacerlo un hecho, que la evolución de las Razas ha procedido siempre por una serie de elevaciones y caídas; que el hombre es, quizá, tan antiguo como la Tierra incrustada; y que si podemos llamar “hombre” a su antecesor divino, entonces es aún mucho más antiguo.

Hasta el mismo De Mortillet parece experimentar una vaga desconfianza de las conclusiones de los arqueólogos modernos, cuando escribe:

Lo prehistórico es una nueva ciencia que está lejos, muy lejos de haber dicho su última palabra (*Prehistoric Antiquity of Man*, 1883).

Según Lyell, que es una de las principales autoridades sobre el asunto y el “padre” de la Geología:

La constante expectación de llegar a encontrar un tipo inferior de cráneo humano, mientras más antigua sea la formación en que el hecho ocurra, está *basada en la teoría del desarrollo progresivo*, la cual *puede* resultar cierta; sin embargo, debemos recordar que hasta hoy *no tenemos ninguna prueba geológica clara de que la aparición de lo que se llaman las razas inferiores de la humanidad haya precedido siempre en el orden cronológico a la de las razas superiores* (*Antiquity of Man*, pág. 25).

Ni semejante prueba ha sido encontrada hasta hoy. De este modo la Ciencia pone a la venta la piel de un oso que ningún ojo mortal ha visto nunca.

Esta concesión de Lyell armoniza del modo más sugestivo con lo que dice el profesor Max Müller, cuyo ataque a la Antropología darwinista, desde el punto de vista del LENGUAJE, nunca ha sido, dicho sea de paso, satisfactoriamente contestado.

¿Qué sabemos nosotros de las tribus salvajes fuera del último capítulo de su historia? [Compárese esto con la opinión esotérica acerca de los australianos, de los bosquimanos, así como del hombre paleolítico europeo, reteniendo estos retoños Atlantes, restos de una cultura perdida que prosperaba cuando la Raza–Raíz padre estaba en su apogeo]. ¿Podremos penetrar nunca sus antecedentes? ¿Podremos saber nunca lo que, después de todo, es en todas partes la lección más importante y más instructiva que hay que aprender: cómo han llegado a ser lo que son?... Su lenguaje prueba, en verdad, que estos llamados paganos, con sus complicados sistemas de mitología, sus costumbres artificiales, sus ininteligibles fantasías y salvajismos, no son criaturas de hoy ni de ayer. A menos que admitamos una creación especial para estos salvajes, tienen que ser tan antiguos como los indos, los griegos y los romanos [mucho más antiguos]... Pueden haber pasado por tantas vicisitudes como aquellos, y lo que consideramos como primitivo, pudiera ser, por lo que sabemos, una recaída en el estado salvaje, o una corrupción de algo que era más racional e inteligible en estados anteriores (*India, What can it Teach Us?* Curso de conferencias dadas ante la Universidad de Cambridge en 1882. Conferencia III, pág. 110, edición de 1892).



El Profesor Jorge Rawlinson M. A., observa que:

“El salvaje primitivo” es un término familiar en la literatura moderna, pero no hay prueba alguna de que haya existido jamás. Más bien todo prueba lo contrario (*Antiquity of Man Historically Considered*; “Present Day Tracts”; vol. II, ensayo IX, pág. 25).

En su *Origin of Nations*, añade él justamente:

Las tradiciones míticas de casi todas las naciones colocan al principio de la historia de la humanidad un tiempo de dicha y perfección, una “edad de oro” que no tiene rasgo alguno de salvajismo o barbarie, sino muchos de civilización y refinamiento (Ob. cit., págs. 10, 11).

¿Cómo contesta el evolucionista moderno a esta conformidad de pruebas?

Repetimos la pregunta hecha en *Isis sin Velo*:

¿Prueban los restos encontrados en la cueva de Devon que no hubiera entonces razas contemporáneas altamente civilizadas? Cuando la población presente de la Tierra haya desaparecido, y algunos arqueólogos de la “raza futura” del lejano porvenir desentierren los utensilios domésticos de una de nuestras tribus de la India o de la Isla Adaman, ¿estará justificado que saquen la conclusión de que la humanidad del siglo XIX estaba “saliendo precisamente de la edad de piedra”? (*Ob. cit.*, I, 4).

Otra inconsecuencia extraña de las teorías científicas es que al hombre neolítico se le muestre como un salvaje mucho más primitivo que el paleolítico. O el *Prehistoric Man* de Lubbock, o el *Ancient Stone Implement* de Evan, tienen que estar en el error, o lo están ambos. Pues he aquí lo que se nos dice en estas y otras obras:

1º A medida que pasamos del hombre neolítico al paleolítico, los utensilios de piedra se convierten en toscas y pesadas herramientas, en lugar de instrumentos pulimentados de formas primorosas. La alfarería y otras artes útiles desaparecen a medida que descendemos en la escala. ¡Y sin embargo, los últimos podían grabar semejante rengífero!

2º El hombre paleolítico vivía en cuevas que compartía con hienas y leones (El hombre paleolítico debía estar dotado en su tiempo de una fuerza tres veces hercúlea y de invulnerabilidad mágica, o bien el león era tan débil como un cordero en aquella época, puesto que ambos compartían la misma morada. Es lo mismo que tratar de hacernos creer que aquel león o hiena fue el que grabó el reno en el cuerno, el decirnos que esta obra maestra fue ejecutada por semejante salvaje), mientras que el hombre neolítico vivía en aldeas y edificios lacustres.

Todos los que han seguido, aunque no sea sino superficialmente, los descubrimientos geológicos de nuestros días, saben que se encuentra un progreso gradual en las obras de arte, desde el tosco lascado y grosera labra de



las primeras hachas paleolíticas, a las relativamente primorosas celts de piedra de aquella parte del período Neolítico, que precedió inmediatamente al uso de los metales. Pero esto es *en Europa*, de la cual sólo unas pocas porciones se acababan de levantar sobre las aguas en los días de la civilización culminante de los Atlantes. Entonces, lo mismo que ahora, había salvajes rudos y pueblos altamente civilizados. Si dentro de 50.000 años se desenterrasen bosquimanos pigmeos, en alguna caverna del África, juntamente con elefantes pigmeos – mucho más antiguos, tales como los que se encontraron en las cuevas depósitos de Malta por Milne Edwards, ¿sería ésa una razón para sostener que en nuestra edad todos los hombres y todos los elefantes eran pigmeos? O si se encontrasen las armas de los Veddhas de Ceilán, ¿estarán justificados nuestros descendientes en clasificarnos a todos como salvajes paleolíticos? Todos los artículos que los geólogos desentierren ahora en Europa pueden seguramente no ser anteriores al período Eoceno, puesto que las tierras de Europa no estaban siquiera sobre las aguas antes de aquel período. Ni lo que hemos dicho puede ser invalidado por los teóricos que nos digan que estos esmerados bosquejos de animales y hombres fueron hechos por el hombre paleolítico *hacia el final del período renjífero*; pues esta explicación sería verdaderamente muy deficiente, dada la ignorancia de los geólogos de la duración, siquiera aproximada, de los períodos.

La Doctrina Esotérica enseña claramente el dogma de las elevaciones y caídas de la civilización; y ahora se nos dice que:

Es un hecho notable que el canibalismo parece haber sido más frecuente a medida que el hombre avanzaba en civilización, y que, al paso que su rastro abunda en los tiempos neolíticos, es más escaso, y hasta desaparece por completo, en la edad del mamut y del renjífero... (*Modern Science and Modern Thought*, pág. 164).

Otra prueba de la ley cíclica y de la verdad de nuestras enseñanzas. La historia esotérica enseña que los ídolos y su culto desaparecieron con la Cuarta Raza, hasta que los supervivientes de las razas híbridas de esta última (chinos, negros africanos, etc.) volvieron gradualmente a resucitar el culto. Los *Vedas* no amparan a ídolo alguno, pero sí todos los escritos indos modernos.

En las primeras tumbas de Egipto, y en los restos de las ciudades prehistóricas desenterradas por el doctor Schliemann, se encuentran en abundancia imágenes de diosas con cabezas de lechuzas y de bueyes, y otras figuras simbólicas o ídolos. Pero cuando nos remontamos a los tiempos neolíticos, ya no se encuentran tales ídolos, o, si se encuentran, es tan raramente, que los arqueólogos disputan todavía acerca de su existencia...; los únicos que puede decirse, con alguna certeza, que han sido ídolos, son uno o dos descubiertos por M. de Braye en algunas cuevas artificiales del período Neolítico... que parecían representar figuras de mujer de tamaño natural (*Ibíd.*, pág. 199).



Y éstas pueden haber sido sencillamente estatuas. De todos modos, todo esto es una de las muchas pruebas de la elevación y caída cíclicas de la civilización y de la religión. El hecho de que no se hayan encontrado hasta ahora vestigios de restos humanos o esqueletos más allá de los tiempos Post-terciario o Cuaternario –aun cuando los pedernales del Abate Bourgeois puedan servir de aviso (Más de veinte ejemplares de monos fósiles han sido encontrados en una sola localidad en capas Miocenas (Pikermi, cerca de Atenas). Si el hombre no existía entonces, el período resulta demasiado corto para su *transformación*, por más que se haga para alargarlo. Y si existía y no se encuentra al mono en época anterior, ¿qué se deduce entonces?)– parece indicar la verdad de la siguiente declaración esotérica:

Busca los restos de sus antepasados en los sitios elevados. Los valles se han convertido en montañas, y las montañas se han hundido en el fondo de los mares.

La humanidad de la Cuarta Raza, reducida a una tercera parte de su población después del último cataclismo, en lugar de establecerse en los nuevos continentes e islas que *volvían a aparecer* –mientras que sus predecesores formaban los lechos de nuevos océanos–, abandonaron lo que hoy es Europa y partes del Asia y África, por las cúspides de montañas gigantes, habiéndose “retirado” desde entonces los mares que rodeaban algunas de éstas, dando lugar a las planicies del Asia Central.

El ejemplo más interesante de esta marcha progresiva lo proporciona quizá la célebre caverna de Kent en Torquay. En aquel extraño retiro, socavado por el agua en la piedra caliza devoniana, vemos uno de los anales más curiosos conservados para nosotros en las memorias geológicas de la Tierra. Bajo los bloques calizos amontonados en el suelo de la caverna, se descubrieron, enterrados en un depósito de tierra negra, muchos utensilios del período Neolítico de *una ejecución excelente*, con unos cuantos fragmentos de alfarería – que posiblemente podían atribuirse a la era de la colonización romana. No existe allí rastro alguno del hombre paleolítico; ningún pedernal ni rastro de los animales extinguidos del período Cuaternario. Sin embargo, cuando se profundiza a través de la densa capa de estalagmitas en la tierra roja que se halla bajo la negra, y que, por supuesto, constituyó una vez el piso de aquel retiro, las cosas toman un aspecto muy distinto. *No se ve ningún utensilio capaz de sufrir comparación con las armas finamente cortadas que se encuentran en las capas superiores*; sólo una porción de pequeñas hachas toscas amontonadas (¿con las cuales los monstruosos gigantes del mundo animal eran domados y muertos por el hombre pigmeo, según hemos de creer?) y de raspadores de la edad Paleolítica, mezclados confusamente con huesos de especies que, o bien se han extinguido, o emigraron, impulsadas por el cambio de clima. ¡El artífice de estas feas hachuelas que vemos, es el que esculpió el rengífero sobre el arroyo, en el cuerno, según se ha dicho ya! En todos los casos nos encontramos con el mismo



testimonio; que desde el hombre histórico al neolítico y del neolítico al paleolítico, el estado de cosas se desliza en retroceso sobre un plano inclinado desde los rudimentos de la civilización a la barbarie más abyecta –*siempre en Europa*. Se nos presenta igualmente la “edad del mamut” –el extremo de la primera división de la edad Paleolítica–, en la cual la extremada tosquedad de los instrumentos llega a su máximo, y en que la apariencia *brutal* (?) de los cráneos contemporáneos, tales como el de Neanderthal, señala un tipo muy inferior de la humanidad. Pero ellos pueden señalar algunas veces otra cosa: una especie de hombres completamente distinta de nuestra Humanidad (de la Quinta Raza o Especie).

Según se expresa un antropólogo en *Modern Thought*:

La teoría de Peyrère, ya esté o no científicamente basada, puede considerarse equivalente a la que dividía al hombre en dos especies. Broca, Virey y cierto número de antropólogos franceses, han reconocido que la especie inferior del hombre, comprendiendo la raza australiana, la tasmania y la negra, excluyendo los hotentotes y los africanos del Norte, *debe ponerse aparte*. El hecho de que en esta especie, o más bien subespecie, los molares terceros inferiores sean generalmente más grandes que los segundos, y los huesos escamosal y frontal estén por regla general unidos por sutura, coloca al *Homo afer* en el nivel de una especie distinta, como en muchas de las clases de pinzones. En la presente ocasión me abstendré de mencionar los hechos de la hibridación, los cuales ha comentado tan extensamente el difunto profesor Broca. La historia de esta especie, en las edades pasadas del mundo, es peculiar. *Ella no originó jamás un sistema de arquitectura ni una religión suya propia* (Doctor C. Carter Black, art. “*La Génesis del Hombre*”).

Es peculiar, en efecto, como hemos mostrado en el caso de los tasmanios. Como quiera que sea, el hombre fósil de Europa no puede probar ni impugnar la antigüedad del hombre en esta Tierra, ni la edad de sus primeras civilizaciones.

Tiempo es ya de que los Ocultistas no se preocupen de la burla que se les haga, despreciando los cañonazos de la sátira de los hombres de ciencia, así como los tiros más insignificantes del profano, puesto que es imposible, hoy por hoy, obtener prueba alguna en pro ni en contra; al paso que sus teorías pueden sostenerse mejor, en todo caso, que las hipótesis de los científicos. En cuanto a la prueba de la antigüedad que ellos asignan al hombre, tienen de su parte al mismo Darwin y a Lyell. Este último confiesa que los naturalistas:

Han obtenido ya pruebas de la existencia del hombre en un periodo tan remoto, que ha habido tiempo de que muchos mamíferos principales, que fueron sus contemporáneos, se hayan extinguido, y *esto aun antes de la era de los primeros anales históricos* (*Antiquity of Man*, pág. 530).



Ésta es una declaración hecha por una de las más grandes autoridades de Inglaterra sobre la cuestión. Las dos frases que siguen son igualmente sugestivas, y pueden bien tenerse en cuenta por los estudiantes de Ocultismo, pues como todos los demás, dice que:

A pesar del largo transcurso de las edades prehistóricas, durante las cuales ha debido él [el hombre] florecer en la tierra, *no hay pruebas de cambio alguno perceptible en su estructura corporal*. Por lo tanto, si ha divergido alguna vez de un sucesor bruto irracional, tenemos que suponer que ha existido en una época mucho más distante, *probablemente en algunos continentes o islas sumergidos ahora bajo el Océano*.

Así, pues, se sospecha oficialmente la desaparición de continentes. Que los mundos y también las razas o especies son destruidos periódicamente por el fuego (volcanes y terremotos) y el agua, por turno, y se renuevan periódicamente, es una doctrina tan vieja como el hombre. Manu, Hermes, los caldeos, la antigüedad toda, creían en esto.

Por dos veces ha cambiado ya por el fuego la faz del Globo, y dos por el agua, desde que el hombre apareció en ella. Así como la tierra necesita reposo y renovación, nuevas fuerzas y un cambio de su suelo, lo mismo sucede con el agua. De aquí se origina una nueva distribución periódica de la tierra y del agua, cambio de climas, etc., acarreado todo por revoluciones geológicas, y terminando por un cambio final en el eje de la tierra. Los astrónomos pueden encogerse de hombros ante la idea de un cambio periódico en el eje del Globo, y reírse de la conversación que se lee en el *Libro de Enoch*, entre Noé y su “abuelo” Enoch; la alegoría es, sin embargo, un hecho astronómico y geológico. Existe un cambio secular en la inclinación del eje de la Tierra, y su época determinada se halla registrada en uno de los grandes Ciclos Secretos. Lo mismo que en muchas otras cuestiones, la Ciencia marcha gradualmente hacia nuestro modo de pensar. El doctor Henry Wodwaord, F. R. S., F. G. S., escribe en *Popular Science Review*:

Si fuera necesario recurrir a causas extra-mundanas para explicar el gran aumento del hielo en este período glacial, preferiría la teoría expuesta por el doctor Robert Hooke, en 1688; después por Sir Richard Phillips y otros; y últimamente por Mr. Thomas Belt, C. E., F. G. S.; a saber: un ligero aumento en la presente oblicuidad de la eclíptica, proposición que está en perfecto acuerdo con otros hechos astronómicos conocidos, y cuya introducción no envuelve perturbación alguna de la armonía esencial a nuestro estado cósmico, como unidad en el gran sistema solar (Nueva Serie, I, 115, art. “Pruebas de la edad Glacial”).

Lo que sigue, citado de una conferencia de W. Pengelly, F. R. S., F. G. S., dada en marzo de 1885, sobre “El Lago Extinguido de Boverly tracey” muestra la



vacilación, frente a todos los testimonios en favor de la Atlántida, para aceptar el hecho.

Higueras siempre verdes, laureles, palmeras y helechos con gigantescos rizomas, tienen sus existentes congéneres *en un clima subtropical, semejante indudablemente al que había en el Devonshire en los tiempos Miocenos*, y por tanto, deben ponemos en guardia, siempre que el *clima actual* de alguna región se considere normal.

Por otra parte, cuando se encuentran plantas miocenas en la Isla Disco, costa occidental de la Groenlandia, entre los 69° 20' y 70° 30' lat. N.; cuando sabemos que entre ellas había dos especies que se encuentran también en Bovey (*Sequoia couttsiæ*, *Quercus lyelli*); cuando, citando al profesor Heer, vemos que “la “espléndida siempreviva” (*Magnolia ingelefieldi*) maduraba sus frutos tan lejos hacia el Norte como el paralelo de 70°” (*Phil. trans.*, CLIX, 457, 1869); cuando vemos también que el número, variedad y exuberancia de las plantas miocenas de la Groenlandia han sido tales, que si la tierra hubiese llegado al Polo hubieran florecido allí mismo algunas de ellas, según toda probabilidad; el problema de los cambios de clima se presenta claramente a la vista, aunque sólo para ser desechado, al parecer, con el sentimiento de que el *tiempo de su solución no ha llegado aún*.

Parece ser que todos admiten que las plantas miocenas de Europa tienen sus análogas, las más parecidas y más numerosas que existen, en la América del Norte; y de aquí se origina la pregunta: ¿cómo se efectuó la emigración desde un área a la otra? ¿Hubo una Atlántida, como algunos creen (un continente o un archipiélago de grandes islas, que ocupaba el área del Atlántico del Norte)? No hay, quizá, nada antifilosófico en esta hipótesis; pues dado, como declaran los geólogos, que “los Alpes han adquirido 4.000 pies y en algunos sitios más de 10.000 de su presente altitud desde el principio del período Eoceno” (*Principles*, de Lyell, 11ª edición, págs. 256, 1872), una depresión Postmiocena [?], pudo haber hundido la hipotética Atlántida en profundidades casi insondables. Pero una Atlántida es aparentemente innecesaria y fuera de lugar. Según el profesor Oliver: “Subsiste una estrecha y curiosa analogía entre la Flora de la Europa Central Terciaria y las Floras recientes de los Estados de América y de la región japonesa; analogía mucho más estrecha e íntima que la que se encuentra entre la Flora Terciaria y la reciente en Europa. Vemos que el elemento terciario del Antiguo Mundo es más preponderante hacia su margen oriental extrema, si no en la preponderancia numérica de géneros, sí en rasgos que dan especialmente un carácter a la Flora fósil... Este acceso del elemento terciario es más bien gradual y no repentino, sólo en las islas del Japón. Aunque allí alcanza un máximum, podemos seguir su huella en el Mediterráneo, Levante, Cáucaso y Persia...; luego a lo largo del Himálaya y a través de la China... Se nos dice también que durante la época Terciaria crecían ciertamente en el Noroeste de América duplicados de los géneros miocenos de la Europa Central... Observamos además que la Flora presente de las islas atlánticas no presenta pruebas substanciales de una comunicación directa anterior con el continente del Nuevo Mundo... La consideración de estos hechos me hace suponer que las pruebas de la Botánica no favorecen la hipótesis de una Atlántida. Por otra parte, apoya ella mucho la opinión de



que en algún período de la época Terciaria el Nordeste de Asia estaba unido al Noroeste de América, quizá por la línea que marca en la actualidad la cadena de las islas Aleutianas” (*Nat. Hist. Rev.*, II, 164, 1862, art. “The Atlantis Hypothesis in its Botanical Aspect”).

Sobre estos particulares, véanse, sin embargo, “Pruebas Científicas y Geológicas de la Realidad de Varios Continentes Sumergidos.”

Pero nada que no sea un hombre pitecoide satisfará nunca a los poco afortunados buscadores del tres veces hipotético “eslabón perdido”. Sin embargo, si bajo los vastos lechos del Atlántico, desde el Pico de Tenerife a Gibraltar, antiguo emplazamiento de la perdida Atlántida, se registrasen a millas de profundidad todas las capas submarinas, no se encontraría un cráneo tal que satisficiera a los darwinistas. Según observa el doctor C. R. Bree, no habiéndose descubierto ningún eslabón perdido entre el hombre y el mono, en varios arrastres y formaciones sobre las capas terciarias, si estas formas se han hundido con los continentes cubiertos hoy por el mar, podrían todavía encontrarse—

en aquellos lechos de capas geológicas contemporáneas que no se han hundido en el fondo del mar (*Fallacies of Darwinism*).

Sin embargo, están fatalmente ausentes, tanto en estas últimas como en las primeras. Si los prejuicios no se aferrasen como vampiros a la mente del hombre, el autor de *The Antiquity of Man* hubiera encontrado la clave de la dificultad en esa misma obra suya, retrocediendo diez páginas (a la página 530), y leyendo una cita suya de la obra del profesor G. Rolleston. Este fisiólogo, dice él, sugiere que como hay una plasticidad considerable en la constitución humana, no sólo en la juventud y durante el desarrollo, sino hasta en el adulto, no debemos considerar como un hecho, como hacen algunos defensores de la teoría del desarrollo, que cada adelanto del poder físico dependa de un progreso en la estructura corporal; pues *¿por qué no han de representar el alma o la intelectualidad superior y las facultades morales el papel principal, en lugar del secundario, en el esquema del progreso?*

Esta hipótesis se presenta respecto de que la evolución *no se debe enteramente* a la “selección natural”; pero se aplica igualmente al caso que nos ocupa. Porque nosotros también pretendemos que el “Alma” o el *Hombre Interno* es lo que descende primero a la Tierra, lo Astral psíquico, el molde sobre el cual se construye gradualmente el hombre físico, despertándose más tarde su Espíritu, sus facultades morales e intelectuales a medida que la estatura física crece y se desarrolla.

“Así los espíritus incorpóreos redujeron sus inmensas formas a estructuras más pequeñas” y se convirtieron en los hombres de la Tercera o Cuarta Raza. Más tarde aún, edades después, aparecieron los hombres de la Quinta Raza,



reducidos ahora a cosa de la mitad de la estatura, que aún llamaríamos gigantesca, de sus primeros antepasados.

El hombre *no* es, ciertamente, una creación especial. Es el producto de la obra gradual progresiva de la Naturaleza, como cualquiera otra mitad viviente de esta Tierra. Pero esto es sólo respecto del tabernáculo humano. Lo que vive y piensa en el hombre y sobrevive a esa estructura, obra maestra de la evolución, es el “Eterno Peregrino”, la diferenciación Protea, en el Espacio y en el Tiempo, del Uno Absoluto “Ignoto”.

En su *Antiquity of Man* (*Ob. cit.*, pág. 501, ed. 1883), Sir Charles Lylle cita –quizás con espíritu un tanto burlón– lo que dice Hallam en su *Introduction to the Literature of Europe*:

Si el hombre fue hecho a la imagen de Dios, fue hecho también a la imagen de un mono. La Constitución del cuerpo de aquel que ha pesado las estrellas y ha hecho esclavo suyo al rayo, se aproxima a la del bruto mudo que vaga por los bosques de Sumatra. Hallándose, pues, en la frontera entre la naturaleza animal y la angélica, ¿qué milagro es que participe de ambas? (*Ob. cit.*, IV, 162).

Un Ocultista lo hubiera expresado de otro modo. Diría que el hombre fue hecho, verdaderamente, a la imagen de un tipo proyectado por su progenitor, la creadora Fuerza–Ángel, o Dhyân Chohan; mientras que el vagabundo de los bosques de Sumatra fue hecho a imagen del hombre, puesto que la constitución del mono, repetimos, es el establecimiento, la resurrección por medios anormales, de la forma que existió del hombre de la Tercera Ronda, así como más adelante de la Cuarta. Nada se pierde en la Naturaleza, ni un átomo; esto es cierto, por lo menos con arreglo a la Ciencia. La Analogía parece debería exigir que la forma estuviese igualmente dotada de estabilidad.

Y, sin embargo, ¿qué es lo que vemos? Sir William Dawson, F. R. S., dice:

Es además significativo que el profesor Huxley, en sus conferencias en Nueva York, al paso que apoyaba su opinión respecto de los animales inferiores en la supuesta genealogía del caballo, la cual se ha demostrado muchas veces que no llega a ser una prueba cierta, evitaba por completo la discusión sobre que el hombre descienda de los monos, actualmente tan complicada con muchas dificultades, que lo mismo Wallace que Mivart se encuentran confundidos. El profesor Thomas, en sus recientes conferencias (*Nature*, 1876) admite que no se conoce hombre inferior al australiano, y que no existe eslabón alguno de unión conocido con los monos; y Hæckel tiene que admitir que el eslabón penúltimo en su filogenia, el hombre semejante al mono, es absolutamente desconocido (*History of Creation*)... Las llamadas “muescas” encontradas con los huesos de hombres paleocósmicos en cuevas europeas, e ilustradas en las admirables obras de Christy y de Lartet, muestran que hasta los rudimentos de la escritura estaban ya en



poder de la raza más antigua de hombres conocida de la arqueología o geología (Véase, sobre este particular, *Prehistoric Man*, II, 54, de Wilson; *Origin of the World*, págs. 393–394).

También leemos en *Fallacies of Darwinism*, del doctor C. R. Bree:

Mr. Darwin dice justamente que la diferencia física, y más especialmente la mental, entre la forma más ínfima del hombre y el mono antropomorfo superior, es enorme. Por tanto, el *tiempo* –que en la evolución darwinista debe ser casi inconcebiblemente lento– tuvo que haber sido *enorme* también durante el desenvolvimiento del hombre desde el mono (Y cuánto mucho más “enorme” sería si trocáramos los asuntos, y dijéramos durante el desenvolvimiento del mono desde el Hombre de la Tercera Raza). Así, pues, las probabilidades de que se hallen algunas de estas variedades en los diversos acarreos o formaciones de aguas dulces sobre las capas terciarias, deben ser muchas. ¡Y, sin embargo, ni una sola variedad, ni un solo ejemplar de un ser intermedio entre el hombre y el mono, se ha encontrado jamás! Ni en los acarreos, ni en los bancos de arcilla, ni en los lechos de las aguas dulces, ni en sus arenas y bancos, ni en las capas terciarias de bajo ellos, se han descubierto jamás restos de individuos de las familias que faltan entre el hombre y el mono, según Mr. Darwin *supone* que han existido. ¿Es que se han hundido con la depresión de la superficie de la tierra, y se hallan ahora cubiertos por el mar? Si es así, hay toda probabilidad de que se encuentren también en aquellos lechos de capas geológicas contemporáneas, que no se han hundido en el fondo del mar; siendo aún más improbable que algunas porciones no sean extraídas de los lechos del Océano, como los restos del mamut y del rinoceronte, que se encuentra también en los lechos de aguas dulces y en los acarreos y bancos... El famoso cráneo de Neanderthal, acerca del cual se ha hablado tanto, pertenece, según se ha dicho, a este remoto período (edades del bronce y de piedra), y, sin embargo, presenta, aunque puede haber sido el cráneo de un idiota, inmensas diferencias con el mono antropomorfo más elevado conocido (*Ob. cit.*, págs. 160–161).

Pasando nuestro Globo por convulsiones, cada vez que *vuelve a despertar* para un nuevo período de actividad, lo mismo que un campo tiene que ser arado y surcado antes de sembrar la semilla de la nueva cosecha, parece completamente imposible que se encuentren fósiles pertenecientes a sus rondas anteriores, ni en sus capas geológicas más antiguas, ni en las más recientes. Cada nuevo Manvantara trae consigo la renovación de las formas, tipos y especies; todos los tipos de las formas orgánicas precedentes –vegetales, animales y humanos– cambian y se perfeccionan en la siguiente, hasta el mineral mismo, que ha recibido en esta Ronda su opacidad y dureza últimas; sus partes más blandas formaron la vegetación presente; y los restos astrales de la vegetación y fauna anteriores fueron utilizados en la formación de los animales inferiores y en determinar la estructura de los Tipos–Raíces primitivos de los mamíferos más elevados. Y, finalmente, la forma del hombre–mono gigantesco de la Ronda anterior ha sido reproducida en ésta por bestialidad humana, y transformada en la forma padre del antropoide moderno.



Esta doctrina, aunque imperfectamente bosquejada como está bajo nuestra deficiente pluma, es seguramente más lógica, más consecuente con los hechos, y *mucho más probable*, que muchas teorías “científicas”; como por ejemplo, aquella del primer germen orgánico descendiendo a nuestra Tierra sobre un meteoro – lo mismo que Ain Soph sobre su Vehículo, Adam Kadmon. Sólo que este último descenso es alegórico, como todos saben, y los kabalistas nunca han presentado esta figura del lenguaje para que se acepte en su apariencia de la letra muerta. Pero la teoría del germen en el meteoro, proviniendo de tan elevado origen científico, es un candidato a la verdad y ley axiomáticas; una teoría que la gente se ve en el caso de admitir si quiere estar en armonía con la Ciencia moderna. Lo que será la próxima teoría requerida por las premisas materialistas, nadie puede decirlo. Mientras tanto, las *actuales* teorías, como todos pueden observar, chocan entre sí de un modo mucho más discordante que con las mismas teorías de los ocultistas, fuera de los sagrados recintos del saber. Porque, ¿qué es lo que queda después que la Ciencia exacta ha hecho hasta del principio de la vida una palabra vacía, un término sin sentido, e insiste en que la vida es un efecto *debido a la acción molecular del protoplasma primordial*? La nueva doctrina de los darwinistas puede definirse y resumirse en unas cuantas palabras, de Herbert Spencer:

La hipótesis de las creaciones especiales resulta sin ningún valor: sin valor, por su derivación; sin valor, en su incoherencia intrínseca; sin valor, como careciendo en absoluto de pruebas; sin valor, porque no satisface a una necesidad intelectual; sin valor, porque no llena necesidad moral alguna. Por tanto, debemos considerarla sin ninguna importancia frente a cualquier otra hipótesis respecto del origen de los seres orgánicos (*Principles of Biology*, I, 345). (D.S. IV, 445-481).

EVOLUCIÓN ORGÁNICA Y CENTROS CREADORES

Se arguye que la Evolución Universal, o, de otro modo, el desarrollo gradual de las especies en todos los reinos de la naturaleza, obra por medio de leyes uniformes. Esto se admite, y la ley se impone mucho más estrictamente en la Ciencia Esotérica que en la Moderna. Pero también se nos dice que es ello igualmente una ley que:

Opera el desenvolvimiento desde lo menos perfecto a lo más perfecto, y desde lo sencillo a lo más complicado, por cambios incesantes, pequeños en sí, pero que se acumulan constantemente en la dirección requerida (*Modern Science and Modern Thought*, pág. 94).

De las especies infinitamente pequeñas es de lo que se forman las comparativamente gigantescas.

La Ciencia Esotérica está de acuerdo con esto, pero añade que esta ley se aplica solamente a lo que ella conoce como *Creación Primaria*: la evolución de los



Mundos partiendo de los Átomos Primordiales, y del ÁTOMO *pre-primordial*, en la primera diferenciación de los primeros; y que durante el período de la evolución cíclica en el Espacio y en el Tiempo, esta ley está limitada y opera solamente en los reinos inferiores. Así actuó en los primeros períodos geológicos, desde lo simple a lo complejo, sobre los toscos materiales que sobrevivieron de los restos de la Tercera Ronda, cuyos restos son proyectados a la objetividad, cuando vuelve a principiar la actividad terrestre.

Lo mismo que la Ciencia, la Filosofía Esotérica no admite “diseño” ni “creación especial”. Rechaza toda pretensión a lo “milagroso”, y no acepta nada fuera de las leyes uniformes e inmutables de la Naturaleza. Pero ella enseña una ley cíclica, una doble corriente de la Fuerza (o Espíritu) y de la Materia que, partiendo del *Centro Neutral* del Ser, se desarrolla por su progreso cíclico y transformaciones incesantes. Siendo el germen primitivo del que se ha desenvuelto toda la vida vertebrada a través de las edades, distinto del germen primitivo del cual ha evolucionado la vida vegetal y animal, hay leyes secundarias cuya obra está determinada por las condiciones en que se encuentran los materiales sobre que operan, y de las cuales parece saber poco la Ciencia, especialmente la fisiología y la antropología. Sus partidarios hablan de este “germen primitivo”, y sostienen que está demostrado fuera de toda duda que:

El diseño [y el *designador*], si es que hay alguno [en el caso del hombre, con la maravillosa estructura de sus miembros, y de su mano especialmente], tiene que ser colocado en un tiempo mucho más lejano, y está contenido, realmente, en el germen primitivo, del cual con certeza se ha desarrollado lentamente toda vida vertebrada, y probablemente toda la vida animal o vegetal (*Ibíd.*).

Es esto tan verdad en cuanto al “germen primitivo”, como es falso que el “germen” sea solamente “mucho más remoto” que el hombre; pues se halla a una distancia inconmensurable e inconcebible, *en el Tiempo*, aunque no en el Espacio, del origen mismo de nuestro Sistema Solar. Como enseña muy justamente la filosofía hindú, el “*Aniyâmsam Aniyasâm*” sólo puede ser conocido por falsas nociones. Los “Muchos” han procedido del UNO –*los gérmenes vivos espirituales o centros de fuerzas*– cada uno en una forma septenaria, que genera primeramente, y da luego el IMPULSO PRIMORDIAL a la ley de evolución y de desenvolvimiento lento gradual.

Limitando la enseñanza estrictamente a esta nuestra Tierra, puede indicarse que, así como las formas etéreas de nuestros primeros hombres son primeramente proyectadas en siete zonas por siete *Centros* de Fuerza Dhyân Chohánicos, asimismo hay centros de poder creador para cada especie fundamental o padre, de la hueste de formas de la vida vegetal y animal. Ésta no es tampoco una “creación especial”, ni hay “diseño” alguno, excepto en el “plano de proyección”



general, señalado por la Ley Universal. Pero hay seguramente “designadores”, aunque no sean omnipotentes ni omniscientes, en el sentido absoluto del término. Ellos son simplemente *Constructores*, o *Masones*, que obran bajo el impulso que les da el Maestro Masón siempre desconocido (en nuestro plano): la VIDA y LEY ÚNICAS. Perteneciendo a esta esfera, no tienen ellos, por tanto, intervención ni posibilidad de actuar en ninguna otra, por lo menos en el presente Manvantara. Que obran ellos por ciclos y en una escala de proyección estrictamente geométrica y matemática, es lo que demuestra ampliamente el instinto de las especies animales; y que actúan con un fin en los detalles de las vidas menores (resultantes secundarias, animales, etc.), es suficientemente probado por la historia natural. En la “creación” de especies nuevas que se apartan algunas veces mucho del tronco padre, según acontece en la gran variedad del género felino (como el lince, el tigre, el gato, etc.), los “designadores” son los que dirigen la nueva evolución, añadiendo a las especies ciertos apéndices o privándoles de ellos, porque sean necesarios, o porque dejan de serlo, en el nuevo medio ambiente. Así, cuando decimos que la Naturaleza provee a todos los animales y plantas de lo que necesitan, ya sean grandes o pequeños, hablamos correctamente. Porque estos espíritus terrestres de la Naturaleza son los que forman la Naturaleza integral; la cual, si falla algunas veces en su designio, no se debe considerar ciega, ni culparse del fracaso; puesto que, perteneciendo a una suma *diferenciada* de cualidades y atributos, es, en virtud de esto, sólo *condicionada e imperfecta*.

Si no hubiese ciclos evolucionarios, como un progreso eterno en espiral en la Materia con una *obscuración* proporcionada del Espíritu (aunque los dos son uno), seguido por un ascenso inverso en el Espíritu y la anulación de la Materia – activa y pasiva por turno–, ¿cómo podrían explicarse los descubrimientos de la Zoología y la Geología? ¿Cómo es que, según lo dicta la autoridad de la Ciencia, puede seguirse el rastro de la vida animal, desde el molusco al gran dragón marino, desde el más pequeño gusano de tierra a los animales gigantescos del período Terciario? Y que estos demuestran por el hecho de que todas aquellas especies *decrecieron, menguaron y se empequeñecieron*. Si el aparente proceso de desenvolvimiento, obrando desde lo menos a lo más perfecto, y desde lo simple a lo más complejo, fuera verdaderamente una ley universal, en lugar de ser una generalización muy imperfecta de naturaleza meramente secundaria en el gran proceso cósmico, y si no hubiese otros ciclos que los que se pretende, entonces la fauna y flora mesozoicas deberían cambiar de sitio con las últimas neolíticas. Los plesiosauros y los ictiosauros son los que debiéramos encontrar desarrollándose de los actuales reptiles de mares y ríos, en lugar de haber sido reemplazados por sus empequeñecidas semejanzas modernas. También nuestro antiguo amigo, el bondadoso elefante, debiera ser el antecesor antediluviano fósil,



y el mamut de la edad Pliocena debiera estar en la *menagerie*; se vería al megalonix y al gigantesco Megaterio en lugar de los perezosos, en los bosques del Sur de América, en donde los helechos colosales de los períodos carboníferos ocuparían el lugar de los musgos; y los árboles actuales, hasta los gigantes de California, son enanos en comparación de los árboles titanes de pasados períodos geológicos. Seguramente los organismos del mundo megasteniano de las edades Terciaria y Mesozoica debieron haber sido *más complejos y perfectos* que los de las plantas y animales microstenianos de la edad presente. El driopiteco, por ejemplo, es más perfecto anatómicamente, es más apto para un desenvolvimiento mayor del poder cerebral, que el gorila o gibbon modernos. ¿Cómo es, pues, esto? ¿Hemos de creer que la constitución de todos esos colosales dragones de mar y tierra, de los gigantes reptiles voladores, no fuera mucho más desarrollada y compleja que la anatomía de los lagartos, tortugas, cocodrilos, y hasta de las ballenas; en una palabra, de todos los animales que conocemos?

Admitamos en gracia del argumento, sin embargo, que todos esos cielos, razas, formas septenarias de evolución, y el *tutti quanti* de la doctrina Esotérica, no sean más que una ilusión engañosa y un lazo. Pongámonos de acuerdo con la Ciencia y digamos que el hombre –en lugar de ser un “espíritu” aprisionado, y su vehículo, la *concha* o cuerpo, un mecanismo gradualmente perfeccionado y ahora completo para usos materiales y terrestres, según pretenden los ocultistas– es simplemente un animal más desarrollado, cuya forma primitiva surgió del mismo germen primitivo en esta Tierra, que el dragón volador y el mosquito, la ballena y la amoeba, el cocodrilo y la rana, etc.

En este caso, ha debido pasar por los mismos desarrollos y por idéntico proceso de crecimiento que todos los demás mamíferos. Si el hombre es un animal y *nada más*, un “ex bruto” altamente intelectual, debe concedérsele, por lo menos, que fue un mamífero gigantesco en su género, un “megántropo” en su época. Esto es exactamente lo que la Ciencia Esotérica indica que ocurrió en las primeras tres Rondas, en esto, como en la mayor parte de las cosas, es más lógica y consecuente que la Ciencia Moderna. Clasifica ella al cuerpo humano con la creación animal, y lo sostiene en la senda de la evolución animal, desde el principio al fin; mientras que la Ciencia deja al hombre huérfano de padres, nacido de antepasados desconocidos, un “esqueleto no especializado” verdaderamente. Y este terror es debido a que se rechaza de un modo pertinaz la doctrina de los ciclos. (D.S. IV, 482-487).

No es la materia constituida molecularmente, y menos todavía el cuerpo humano Sthula Sharira, el más grosero de todos nuestros “Principios”, sino en realidad el Principio *medio*, el verdadero centro animal; al paso que



nuestro cuerpo es tan solo su envoltura, el factor e instrumento irresponsable, por medio del cual actúa la bestia en nosotros. Todo teósofo inteligente comprenderá lo que quiero decir. Así es que la idea de que el tabernáculo humano está construido por Vidas innumerables lo mismo precisamente que la corteza rocosa de nuestra Tierra, no tiene nada de repulsiva en sí para el místico verdadero. No puede la Ciencia oponerse a la enseñanza ocultista pues no porque el microscopio no logre jamás descubrir la vida última o el último átomo viviente, puede rechazar la doctrina. (D.S. I, 456-457).

Nos enseña la Ciencia que en los organismos del hombre y del animal, lo mismo vivos que muertos, hormiguean las bacterias de un centenar de diversas especies; que nos vemos amenazados desde fuera con la invasión de microbios a cada una de nuestras inspiraciones, y de dentro por leucomaínas, aerobios, anaerobios y muchas más cosas. Pero la Ciencia no ha ido todavía tan lejos como la doctrina oculta, la cual asegura que nuestros cuerpos, lo mismo que los de los animales, plantas y piedras, están por completo contruidos de semejantes seres, a los que, exceptuando sus mayores especies, ningún microscopio puede observar. En lo que se refiere a las porciones puramente animal y material en el hombre, se halla la Ciencia en camino de descubrimientos, que irán muy lejos, corroborando esta teoría. La Química y la Fisiología son los dos grandes magos del futuro, que están destinados a abrir los ojos de la humanidad a las grandes verdades físicas. Cada día se demuestra más y más claramente la identidad entre el animal y el hombre físico, entre la planta y el hombre, y aún entre el reptil y su madriguera, la roca, y el hombre. Una vez comprobada la identidad de los constituyentes físicos y químicos de todos los seres, puede muy bien decir la ciencia química que no existe diferencia alguna entre la materia de que se forma un buey y la que forma al hombre. Pero la doctrina oculta es mucho mas explicita. Ella dice: No solamente los constituyentes químicos son los mismos, sino que las mismas *Vidas invisibles* infinitesimales forman los átomos de los cuerpos de la montaña y de la margarita, del hombre y de la hormiga, del elefante y del árbol que le resguarda del sol. Toda partícula (ya la llamen orgánica o inorgánica) es *una Vida*. Todo átomo y molécula en el Universo es a la par *dador de vida* y *dador de muerte* para las formas, por cuanto construye por agregación universos, y los efímeros vehículos dispuestos para recibir el alma que transmigra; así como del mismo modo destruye y cambia eternamente las *formas*, y expele las almas de sus mansiones temporales. Crea y mata; genera y destruye por sí; trae a la existencia, y aniquila, a ese misterio de los misterios, el *cuerpo viviente* del hombre, animal o planta, a cada segundo en el tiempo y en el espacio; genera igualmente la vida y la muerte la belleza y la fealdad, el bien y el mal, y aun las sensaciones agradables y desagradables, las benéficas y las maléficas. Es esa



VIDA misteriosa, representada colectivamente por millones innumerables de Vidas, la que sigue, en su camino propio y esporádico, la ley del atavismo hasta el presente incomprensible; la que copia parecidos de familia, como asimismo los que encuentra impresos en el aura de los generadores de cada ser humano futuro; un misterio, en resumen, al cual se concederá mayor atención en otra parte. Por ahora, puede citarse un ejemplo como ilustración. La ciencia moderna empieza a descubrir que la ptomaina, el alcaloide venenoso generado por la materia en descomposición y por los cadáveres –una *vida* también–, extraído con auxilio del éter volátil, produce un olor tan fuerte como el de las más lozanas flores de azahar; y que privados de oxígeno, estos alcaloides, o bien producen el más repugnante y desagradable de los olores, o el más agradable de los aromas, que recuerda el de las flores más delicadas; y se sospecha que esas flores deben su agradable perfume a la venenosa ptomaina. La esencia ponzoñosa de ciertos hongos es casi idéntica al veneno de la cobra de la India, la más mortífera de las serpientes. Los sabios franceses Arnaud, Gautier y Villiers han encontrado en la saliva de hombres vivos el mismo alcaloide venenoso que en la del sapo, la salamandra, la cobra y el trigonocéfalo de Portugal. Se ha probado que el veneno más mortal, llámese ptomaina, leucomaina o alcaloide, es generado por los hombres, animales y plantas vivas. El mismo sabio Gautier ha descubierto un alcaloide en la carne fresca y en los sesos de un buey, y un veneno al cual llama xanthocreatinina, semejante a la sustancia extraída de la saliva venenosa de los reptiles. Los tejidos musculares, los órganos más activos en la economía animal, se sospecha que son los generadores o factores de venenos que tienen la misma importancia que el ácido carbónico y la urea en las funciones de la vida, y son los productos postreros de la combustión interna. Y aunque no se ha determinado todavía por completo si los venenos pueden ser generados por el sistema animal de los seres vivientes, sin la participación e intervención de los microbios, se ha visto, sin embargo, que el animal produce sustancias venenosas en su estado fisiológico o vivo.

Así, habiendo descubierto los efectos, tiene la Ciencia que buscar sus causas *primarias*, y jamás podrá encontrarlas sin el auxilio de las antiguas ciencias, la alquimia, la física y la botánica ocultas. A nosotros se nos enseña que cada cambio fisiológico, además de los fenómenos patológicos, enfermedades (aun más, la vida misma, o más bien los fenómenos objetivos de la vida, producidos por ciertas condiciones y cambios en los tejidos del cuerpo, que permiten y fuerzan a la vida a que actúe en aquel cuerpo), que todo esto es debido a esos invisibles “Creadores” y “Destruyores” llamados microbios de un modo tan vago y general. Pudiera suponerse que estas Vidas Ígneas y los microbios de la ciencia son idénticos. Esto no es verdad. Las Vidas Ígneas constituyen la séptima y más elevada subdivisión del plano de la materia, y corresponden en el individuo a la



Vida Una del Universo, si bien únicamente en aquel plano de materia. Los microbios de la Ciencia son la subdivisión primera y más inferior en el segundo plano, el del Prana material o Vida. El cuerpo físico del hombre sufre un completo cambio de estructura cada siete años, y su destrucción y conservación son debidas a las funciones alternadas de las Vidas Ígneas, como Destruedores y Constructores. Son Constructores sacrificándose ellas mismas, en forma de vitalidad, para contener la influencia destructora de los microbios; y proporcionando a estos lo que es necesario, les obligan bajo esa restricción a construir el cuerpo material y sus células. También son ellas Destruedoras, cuando aquella restricción desaparece; y faltándoles a los microbios la energía vital constructora, quedan en libertad para convertirse en agentes destructores. Así, durante la primera mitad de la vida del hombre, los primeros períodos de siete años, se hallan las Vidas Ígneas indirectamente dedicadas a construir el cuerpo material del hombre; la Vida se halla en una escala ascendente, y se emplea la fuerza en la construcción y el aumento. Después de pasado este período, principia la edad de retroceso, y agotando su energía, la obra de las Vidas Ígneas, comienza también la obra de la destrucción y de la decadencia.

Puede encontrarse aquí una analogía entre los sucesos cósmicos en el descenso del Espíritu hacia la materia, durante la primera mitad de un Manvantara (lo mismo planetario que humano), y su ascenso, a expensas de la materia, en la segunda mitad. Estas consideraciones tienen que ver tan solo con el plano de la materia; pero la influencia restrictiva de las Vidas Ígneas en la subdivisión más inferior del segundo plano (los microbios) es confirmada por el hecho descrito en la teoría de Pasteur antes mencionada de que las células de los órganos, cuando no encuentran el oxígeno suficiente para sí mismas, se adaptan a aquella condición y forman *fermentos*, los cuales, absorbiendo oxígeno de las sustancias con que se ponen en contacto, las destruyen. Así comienza el proceso de destrucción por la célula que priva a su vecina de la fuente de su vitalidad cuando es insuficiente el suministro; y una vez comenzada la ruina de este modo, progresa constantemente.

Experimentadores tales como Pasteur son los mejores amigos y auxiliares de los Destruedores, y los peores enemigos de los Creadores, si los últimos no fuesen al mismo tiempo destructores también. Sea como fuese, una cosa hay cierta en esto: el conocimiento de estas causas primarias y de la última esencia de cada Elemento, de sus Vidas, sus funciones, propiedades y condiciones de cambio, constituye la base de la MAGIA. Paracelso ha sido, quizás, el único ocultista en Europa, durante los últimos siglos de la Era Cristiana, que estaba versado en este misterio. Si una mano criminal no hubiese puesto fin a su vida años antes del tiempo que la Naturaleza le había concedido, la Magia fisiológica tendría muchos



menos secretos para el mundo civilizado, que los que ahora tiene. (D.S. I, 457-461).

. . . El día en que la Chispa se vuelva a convertir en la Llama; cuando el hombre se confunda con su Dhyan Chohan, “yo mismo y otros, tú mismo y yo”, como dice la Estancia, significa que en Paranirvana (cuando el Pralaya haya reducido no solo los cuerpos materiales y psíquicos, sino aun los mismos Egos espirituales, a su principio original), las Pasadas, las Presentes y aun las Futuras Humanidades, así como todas las cosas, serán uno y lo mismo. Todo habrá reingresado en el Gran Aliento. En otras palabras: “todo será sumergido en Brahman” o la Divina Unidad.

¿Es esto la aniquilación como algunos piensan? ¿Es *ateísmo* como otros críticos –los adoradores de una deidad personal y creyentes en un paraíso antifilosófico– se inclinan a creer? Ni lo uno ni lo otro. Es más que inútil volver a la cuestión de un supuesto ateísmo en lo que es *espiritualismo* del carácter más refinado. El ver aniquilación en el Nirvana, equivale a decir también que es aniquilado un hombre sumido en sueño, profundo, *sin ensueños, que no deja impresión ninguna ni en la memoria ni en el cerebro físico, por hallarse entonces el “Yo Superior” del durmiente en su estado original de Conciencia Absoluta.* Pero este ejemplo responde tan solo a un aspecto de la cuestión –el más material; puesto que *reabsorción* no es, en manera alguna, tal “sueño sin ensueños” sino al contrario, *Existencia Absoluta*; una unidad incondicionada o un estado, para cuya descripción es el lenguaje humano absoluta y desesperadamente inadecuado. La única aproximación a algo parecido a un concepto del mismo, puede intentarse únicamente en las visiones panorámicas del Alma, a través de las ideaciones espirituales de la Mónada divina. Ni se pierde la Individualidad, *ni siquiera la esencia de la Personalidad*, si es que queda alguna, por ser reabsorbida. Pues por ilimitado que sea, con arreglo al concepto humano, el estado paranirvanico, tiene, sin embargo, un límite en la Eternidad. Una vez alcanzado, la misma Mónada resurgirá de allí como un ser todavía más perfecto, en un plano mucho más elevado, para volver a comenzar su ciclo de actividad perfeccionada. La mente humana no puede, en su estado actual de desarrollo, trascender y apenas puede alcanzar a estas alturas de pensamiento. Vacila ante el borde de lo Absoluto y de la Eternidad incomprensibles.

Los “Vigilantes” reinan sobre los hombres durante todo el período del Satya Yuga y los Yugas subsiguientes menores, hasta el principio de la Tercera Raza-Raíz; después de la cual lo verifican los Patriarcas, los Héroes y los Manes, como en las Dinastías egipcias enumeradas por los sacerdotes a



Solón, los Dhyanis encarnados de un orden inferior, hasta el Rey Menes y los reyes humanos de otras naciones. Todos estaban cuidadosamente anotados. En opinión de los simbologistas, esta edad mito poética debe, por supuesto, considerarse tan solo como un cuento de hadas. Pero desde el momento en que las tradiciones y aun las crónicas de semejantes dinastías de Reyes *Divinos*, de los Dioses reinando sobre los hombres, seguidos por dinastías de Héroes o Gigantes, existen en los anales de todas las naciones, es difícil comprender como todos los pueblos que existen bajo el sol, algunos de los cuales están separados por vastos Océanos y pertenecen a diferentes hemisferios, tales como los antiguos peruanos y mexicanos, así como los caldeos, pueden haber compuesto los mismos “cuentos de hadas”, con igual orden en los sucesos (Véase, por ejemplo, *Sacred Mysteries among the Mayas and the Quiches*, por Auguste le Plongeon, que muestra la identidad entre los ritos y creencias egipcios y los del pueblo que describe. Los antiguos alfabetos hieráticos de los mayas y de los egipcios son casi idénticos). Sea como fuere, comoquiera que la Doctrina Secreta enseña *historia* –la cual, no por ser esotérica y tradicional, deja de ser menos digna de fe que la historia profana–, tenemos tantos títulos a nuestras creencias como el que más, sea religioso o escéptico. Y aquella Doctrina dice que los Dhyani-Buddhas de los dos Grupos superiores, a saber, los Vigilantes o los Arquitectos, proporcionan a las múltiples y diversas Razas, reyes y jefes divinos. Estos últimos son los que enseñaron a la humanidad sus artes y ciencias, y los primeros los que revelaron las grandes verdades espirituales de los mundos trascendentes a las Mónadas encarnadas que acababan de desprenderse de sus Vehículos pertenecientes a los Reinos inferiores, y que habían, por lo tanto, perdido todo recuerdo de su origen divino, las grandes verdades espirituales de los Mundos trascendentes.

De este modo, como se expresa en la Estancia, “descienden los Vigilantes sobre la radiante Tierra y reinan sobre los hombres, *que son ellos mismos*”. Los Reyes reinantes terminaron su ciclo en la Tierra y en otros Mundos, en las Rondas precedentes. En los Manvantaras futuros, ascenderán ellos a Sistemas más elevados que nuestro Mundo planetario; y los Elegidos de nuestra humanidad, los Precursores en el duro y difícil camino del Progreso, son los que ocuparán el lugar de sus predecesores. El próximo gran Manvantara contemplará a los hombres de nuestro propio Ciclo de Vida, convertidos en los instructores y guías de una humanidad cuyas Mónadas puede que se hallen ahora aprisionadas – semiconscientes– en lo más inteligente del reino animal, al paso que sus principios inferiores estarán animando, quizás, a los ejemplares más elevados del mundo vegetal.

Así han procedido los ciclos de la evolución septenaria, en la Naturaleza Séptuple: la espiritual o divina; la psíquica o semidivina; la intelectual, la pasional,



la instintiva o *cognicional*; la semicorporal y la puramente material o física. Todas estas se desenvuelven y progresan cíclicamente, pasando de una a otra, en un doble sentido, centrífugo y centrípeto, *uno* en su esencia última y *siete* en sus aspectos. El más inferior es, por supuesto, el que depende de nuestros cinco sentidos, y que se halla sujeto a los mismos, los cuales verdaderamente son *siete*, como se demostrará más adelante, con la autoridad de *los Upanishads* más antiguos. Esto en lo referente a las vidas individual, humana, senciente, animal y vegetal, cada una de ellas microcosmo de su macrocosmo superior. Lo mismo en cuanto al Universo, el cual manifiesta periódicamente al objeto de los progresos colectivos de las Vidas innumerables, las expiraciones de la Vida Una; a fin de que, por medio del constante *Volver a ser*, cada átomo cósmico en este Universo infinito, pasando de lo informe y lo intangible, a través de las naturalezas complejas de lo semiterrestre, a la materia en plena generación, y volviendo después atrás, re-ascendiendo a cada nuevo período a estados más elevados y más próximos a la meta final; a fin de que, repetimos, pueda cada átomo alcanzar, por *medio de esfuerzos y méritos individuales*, aquel estado en que vuelve a convertirse en el TODO UNO e Incondicionado. Pero entre el Alfa y la Omega discurre el “Camino” abrumador, bordeado de espinas, que primero se dirige hacia abajo, y después

... serpentea el sendero hacia lo alto del collado;

Sí, hasta la misma cumbre.

Partiendo inmaculado para el largo viaje, descendiendo más y más en la materia pecadora, y habiéndose relacionado con cada uno de los átomos del Espacio manifestado, el Peregrino (después de haber luchado y sufrido a través de cada una de las formas de vida y de existencia), tan solo en el fondo del valle de la materia, y a la mitad de su ciclo es cuando llega a identificarse con la humanidad colectiva. Esta, *la ha hecho según su propia imagen*. **A fin de progresar hacia lo alto y hacia su patria, tiene el “Dios” ahora que ascender el sendero fatigoso y escarpado del Gólgota de la Vida. Es el martirio de la existencia consciente de sí misma. Como Vishvakarman, tiene que sacrificarse a sí mismo para redimir a todas las criaturas para resucitar de entre las Muchas a la Vida Una. Entonces asciende, en verdad, a los cielos; en donde, sumido en la incomprensible Existencia y Bienaventuranza Absolutas del Paranirvana, reina incondicionalmente, y de donde volverá a descender en el próximo “Advenimiento” que una porción de la humanidad espera, según el sentido de la letra muerta, como el “segundo Advenimiento”, y la otra como el último “Kalki Avatara”.** (D.S. I, 464-469).

Pues ya se llame a los genios de Hermes y a sus “Dioses” “Poderes de las Tinieblas” y “Ángeles”, como en las Iglesias griega y latina; o “Espíritus de los



Muertos”, como en el Espiritismo; o Bhuts, Devas, Shaitan y Djin, como, son todavía llamados en la India y en los países musulmanes –*todos ellos son una y la misma cosa*– ILUSION. Sin embargo, no quisiéramos que lo dicho se comprendiese erróneamente, en el sentido en que la gran doctrina filosófica de los vedantinos ha sido últimamente alterada por escuelas occidentales.

Todo cuanto es, emana de lo ABSOLUTO, que, por razón de esta calificación tan solo, permanece como única realidad; de aquí que cada una de las cosas extrañas a este Absoluto, el Elemento causativo y generador, debe ser una ilusión sin genero alguno de duda. Pero esto es así solo desde el punto de vista puramente metafísico. Un hombre que se considera sano mentalmente, y que por tal es tenido por los demás, llama asimismo desvaríos e ilusiones a las visiones de un hermano *loco* (alucinaciones que pueden, hacer a la victima *muy feliz o en extremo desgraciada*, según el caso). Pero, ¿dónde se halla el loco para quien las sombras horribles de su trastornada mente, sus *ilusiones*, no sean para él entonces tan efectivas y reales como las cosas que puedan ver su médico o su enfermero? Todo es relativo en este Universo; todo es ilusión. Pero la experiencia de cualquier plano es efectiva para el ser que percibe, y cuya conciencia pertenece a aquel estado; a pesar de que dicha experiencia, mirada desde un punto de vista puramente metafísico, puede considerarse que no tiene ninguna realidad objetiva. Pero no es contra los metafísicos, sino contra los físicos y materialistas, contra quienes la enseñanza Esotérica tiene que combatir; y para estos últimos, la Fuerza Vital, la Luz, el Sonido, la Electricidad y aún la fuerza tan objetivamente marcada del Magnetismo, no poseen existencia alguna objetiva, y se dice que existen únicamente como “modos de movimiento”, “sensaciones y *afecciones* de la materia”.

Ni los ocultistas en general, ni los teósofos, desechan, como creen algunos erróneamente, las opiniones y teorías de los sabios modernos, sólo o porque sus opiniones estén en oposición con la Teosofía. La primera regla de nuestra Sociedad es dar al Cesar lo que es del Cesar. Los teósofos, por lo tanto, son los primeros en reconocer el valor intrínseco de la Ciencia. Pero cuando sus sumos sacerdotes resuelven la conciencia en una secreción de la materia gris del cerebro, y cada una de las cosas que en la Naturaleza existen en un modo de movimiento, protestamos contra la doctrina por antifilosófica, contradictoria en sí misma, y sencillamente absurda, mirada desde un punto de vista *científico*, tanto y aún más que desde el aspecto oculto del saber esotérico. Cuán profundamente ciertas son las palabras de H.T. Buckle, en su admirable *History of Civilization*, cuando dice:

Debido a circunstancias todavía desconocidas [provisión Karmica], aparecen de tiempo en tiempo grandes pensadores que, consagrando sus vidas a un propósito único, son



capaces de anticiparse a los progresos de la humanidad y de producir una religión o filosofía, por medio de la cual se producen eventualmente efectos importantes. Pero si echamos una ojeada a la historia, claramente veremos que, aun cuando el origen de una opinión nueva pueda ser debido así a un solo hombre, el resultado que la nueva opinión produce dependerá de la condición de las gentes entre quienes se propague. Si se trata de una religión o de una filosofía que esté muy por encima de una nación, no puede prestarle ningún servicio contemporáneo; necesita su tiempo (Esta es la ley Cíclica; pero esta ley misma es *con* frecuencia desafiada por la terquedad humana) hasta que las inteligencias se hallen maduras para su recepción... Cada ciencia, cada creencia ha tenido sus mártires. *Según el curso ordinario de las cosas, algunas generaciones desaparecen, y viene después en período en el cual estas verdades mismas se contemplan como hechos vulgares, y poco después viene otro período durante el cual, se las declara necesarias, y aun las inteligencias más obtusas se admiran de que puedan haber sido negadas alguna vez* (Vol. I, pág. 256).

Es muy posible que las mentes de las generaciones actuales no estén del todo maduras para la recepción de las verdades ocultas. Tal será, quizás, la visión retrospectiva, que contemplarán los pensadores avanzados de la Sexta Raza Raíz, de la historia de la aceptación plena e incondicional de la Filosofía Esotérica. Mientras tanto, las generaciones de nuestra Quinta Raza continuarán extraviadas por sus prejuicios y preocupaciones. Las ciencias ocultas se encontraran con el dedo del desprecio que las señala, y todos procuraran ridiculizarlas y aplastarlas, en nombre y para mayor gloria del Materialismo y de su llamada Ciencia. Estos volúmenes, sin embargo, presentan como contestación anticipada a varias de las objeciones científicas futuras, las posiciones respectivas y verdaderas del acusador y del acusado. A teósofos y ocultistas les acusa la opinión pública, que mantiene todavía izada la bandera de las ciencias inductivas. Estas últimas tienen, pues, que ser examinadas; y debe mostrarse hasta que punto sus adelantos y descubrimientos en el reino de las leyes naturales se oponen, no tanto a lo que pretendemos como a los hechos de la Naturaleza. Ha soñado ya la hora de ver si los muros de la Jericó moderna son tan inexpugnables, que ningún son de la trompeta ocultista puede hacerlos derrumbar.

Debe examinarse cuidadosamente todo lo que se refiera a las llamadas “Fuerzas” principalmente la Luz y la Electricidad, y la constitución del globo solar, así como también las teorías referentes a la gravitación y a las nebulosas. La naturaleza del Éter y de otros elementos debe ser discutida, contrastando las enseñanzas científicas con las ocultistas, y revelando al mismo tiempo algunos de los principios del Ocultismo, hasta la fecha secretos.

Hará unos quince años, quien estas líneas escribe era la primera en repetir, como los kabalistas, los sabios Preceptos del Catecismo Esotérico:



Cierra tu boca, no sea que hables de esto [el misterio], y tu corazón, no sea que pienses en alta voz; y si tu corazón se te ha escapado, ponlo otra vez en su lugar, porque tal es el objeto de nuestra alianza (*Sepher Yetzirah*).

Y también, de las *Reglas de la Iniciación*.

Éste es un secreto que da la muerte; cierra tu boca, no sea que lo reveles al vulgo; comprime tu cerebro, no sea que algo se escape del mismo y vaya a los profanos.

Pocos años después, una punta del Velo de Isis tuvo que levantarse; y ahora se ha hecho en el otro desgarrón mayor.

Pero los antiguos errores sancionados por el tiempo —esos que se hacen cada día más claros y evidentes— permanecen formados en batalla lo mismo ahora que entonces. Dirigidos por un conservadorismo ciego, por la vanidad y por las preocupaciones, se hallan constantemente en acecho, dispuestos a estrangular a cualquier verdad que, despertando de su largo sueño de siglos, reclame la admisión. Tal ha sido el caso siempre, desde que el hombre se ha animalizado. Que esto, en toda ocasión, da la *muerte moral* a los reveladores que manifiestan a la luz cualquiera de estas antiguas, muy antiguas verdades, es tan cierto como que da la *Vida* y la *Regeneración* a aquellos que se hallan dispuestos a aprovechar hasta lo poco que en la actualidad se les revela. (D.S. I, 508-515).

Nuestras ideas sobre el Mal. El mal no tiene existencia per se; no es más que la ausencia del bien y existe sólo para aquel que se transforma en su víctima. Procede de dos causas y, como el bien, no es una cosa independiente de la Naturaleza. La Naturaleza carece de bondad o de maldad; ella sigue solamente leyes inmutables, tanto cuando prodiga vida y alegría como cuando envía sufrimiento y muerte y destruye lo que ha creado. La Naturaleza tiene un antídoto para cada veneno y sus leyes, una recompensa para cada sufrimiento. La mariposa devorada por un pájaro se convierte en ese pájaro, y el pajarillo muerto por un animal entra en una forma superior. Es la ley ciega de la necesidad y de la adaptación eterna de las cosas, y por eso no puede llamarse Mal en la Naturaleza. El verdadero mal procede del intelecto humano y su origen recae enteramente en el hombre racional que se separa a sí mismo de la Naturaleza. Sólo la humanidad, pues, es la verdadera fuente del mal. El mal es la exageración del bien, la progenie de la codicia y del egoísmo humano. Piense profundamente y descubrirá que, excepto la muerte, que no es ningún mal sino una ley necesaria, y excepto los accidentes, que siempre encontrarán su contribución en una vida futura, el *origen* del mal, tanto



pequeño como grande, está en la acción humana, en el hombre cuya inteligencia hace de él la única entidad libre en la Naturaleza. No es la naturaleza la que crea las enfermedades, sino el hombre. La misión y el destino de este último en la economía de la naturaleza es morir de muerte natural y alcanzar la vejez; exceptuando los accidentes, ni un hombre salvaje, ni un animal salvaje (en libertad) mueren de enfermedad. La alimentación, las relaciones sexuales, beber, todo son necesidades naturales de la vida; sin embargo, el exceso de ellas conduce a la enfermedad, la miseria, el sufrimiento mental y físico, y todo ello es transmitido como los mayores azotes a las generaciones venideras, la progenie de los culpables. La ambición, el deseo de asegurar la felicidad y el bienestar de los que amamos, consiguiendo honores y riquezas, son sentimientos naturales muy loables; pero cuando éstos transforman al hombre en un ególatra egoísta, ambicioso, cruel y miserable acarrearán indecible sufrimiento a los que le rodean; a las naciones, así como a los individuos. Todo eso, pues, la alimentación, la riqueza, la ambición y otras il cosas imposibles de enumerar, se convierten en el origen y en la causa del mal, tanto por exceso como por defecto. Conviértase en un glotón, en un libertino, en un tirano, y se convertirá en iniciador de enfermedades, de sufrimiento y de miseria humanos. A falta de todo esto, si usted pasa apuros se le despreciará como un *don nadie*, y la mayoría de la gente, sus semejantes, le harán sentirse desdichado toda su vida. Por lo tanto, no hay que culpar ni a una deidad imaginaria ni a la naturaleza, sino a la condición humana envilecida por el *egoísmo*. Piense bien en estas pocas palabras; desentrañe cada causa de mal que usted pueda imaginar y sígala hasta su origen y habrá resuelto una *tercera parte* del problema del mal. Y ahora, hecha la debida concesión a los males naturales e inevitables –y son tan pocos que desafío a toda la hueste de metafísicos occidentales a que los llamen males o a seguirlos directamente hasta descubrir una causa independiente- señalaré el mayor de todos ellos, la causa principal de casi los dos tercios de los males que afligen a la humanidad desde que esa causa se convirtió en un poder. Se trata de la religión, bajo cualquier forma y en cualquier nación. Es la casta sacerdotal, el clero y las iglesias. Es en esas ilusiones que el hombre tiene por sagradas, donde debe buscarse el origen de esta cantidad de males que son el gran azote de la humanidad y que amenaza con aplastarla. La ignorancia creó a los Dioses y la astucia se aprovechó de la oportunidad. Mire la India y mire la Cristiandad y el islam, el Judaísmo y el Fetichismo. Es la impostura de los sacerdotes lo que hizo a estos Dioses tan terribles para el hombre; es la religión la que hace de él un santurrón egoísta, un fanático que odia a toda la humanidad, aparte de su propia secta, sin que por ello se vuelva ni mejor ni más moral. Es la creencia en Dios y en los Dioses lo que convierte a dos terceras partes de la humanidad en esclavos del puñado de aquellos que la engañan bajo el falso pretexto de salvarla. ¿No es el hombre, que siempre está dispuesto a cometer cualquier clase de crímenes si se le dice que su



Dios o sus Dioses se lo piden, la víctima propiciatoria de un Dios ilusorio, el vil esclavo de sus taimados sacerdotes? El campesino irlandés, el italiano o el eslavo pasará necesidades y verá a su familia hambrienta y desnuda, para poder ofrecer alimento y vestido a su sacerdote y a su Papa. Durante dos mil años, la India ha soportado el peso de las castas, mientras que sólo los brahmines vivían en la opulencia; actualmente, los seguidores de Cristo y los de Mahoma se degüellan mutuamente en nombre y para mayor gloria de sus mitos respectivos. Recordemos que toda la miseria humana jamás disminuirá hasta el día en que la mejor parte de la humanidad destruya, en nombre de la Verdad, de la moralidad y de la caridad universal, los altares de sus falsos dioses. (LAS CARTAS DE LOS MAHATMAS, Carta nº 10, págs. 82-84, Maestro K.H.).

Todo el orden de la Naturaleza demuestra una marcha progresiva hacia una vida superior. Existe designio en la acción de las fuerzas, al parecer más ciegas. La evolución completa con sus adaptaciones interminables, es una prueba de ello. Las leyes inmutables que hacen desaparecer a las especies débiles, para hacer lugar a las fuertes, y que aseguran la “supervivencia de los más aptos” aunque resulten tan crueles en su acción inmediata, obran todas en dirección de la gran meta final. El *hecho* mismo de que tienen lugar adaptaciones; de que los más aptos *son* los que sobreviven en la lucha por la existencia, demuestra que lo llamado “Naturaleza inconsciente” es, en realidad, un conjunto de fuerzas manipuladas por seres semi-inteligentes (Elementales), guiados por Elevados Espíritus Planetarios (Dhyan Chohans), cuya agregación colectiva forma el Verbo manifestado del Logos Inmanifestado y constituye a la vez la Mente del Universo y su Ley inmutable.

La Naturaleza, tomada en su sentido abstracto, no puede ser inconsciente”; pues es la emanación de la Conciencia Absoluta, y por tanto, un aspecto suyo en el plano de la manifestación. Donde está el atrevido que niegue a la vegetación y aun a los minerales *una conciencia propia especial?* Todo cuanto puede decir, es que esta conciencia se halla más allá de los límites de su comprensión. (D.S. I, 483).

Dice la cosmogonía egipcia:

“Emepht, el principio supremo engendró un huevo y después de incubarlo impregnándolo de su propia esencia, se desarrolló el germen del cual nació Phtha, el activo y creador principio que dio comienzo a su obra. De esta ilimitada expansión de materia cósmica (También se puede llamar luz astral, éter,



niebla inflamada o principio de vida, pues poco importa el nombre. La filosofía moderna la denomina ley de evolución), que Él mismo había engendrado con su soplo (voluntad), puso en actividad las potencias latentes y formó los soles, planetas y satélites en armónica é inmutable ordenación y los pobló de todas y cada una de las formas y cualidades de vida”.

El mito de las cosmogonías orientales dice que en el principio sólo había agua (el padre) y limo prolífico (*Illus* o *Hylé*, la madre), del que surgió la mundana serpiente (materia), símbolo del dios *Phanes*, el manifestado, la Palabra o Logos.

Veamos ahora cuán fácilmente remedaron este mito los compiladores del Nuevo Testamento. *Phanes*, el dios manifiesto, está representado en el símbolo de la serpiente en forma de *protogonos*, es decir, con cuatro cabezas respectivas de hombre, águila, toro y león, y alas en ambos costados. Las cabezas aluden al zodíaco y simbolizan las cuatro estaciones, pues la serpiente mundanal es el año terrestre, mientras que la serpiente por sí misma simboliza a *Knepk*, el Dios inmanifestado, el Padre. La serpiente es alada como el tiempo, y todo este simbolismo nos explica la razón de que las iglesias latina y griega acostumbren a representar a los cuatro evangelistas con los respectivos animales simbólicos cuyas cabezas lleva el *Protogonos*, así como también se ven dichos animales agrupados junto al sello de Salomón, en el pentágono de Ezequiel y en los querubines del Arca de la Alianza. También se explica la insistencia de Ireneo, obispo de Lyon, en que necesariamente había de haber un cuarto evangelio, pues cuatro eran las zonas del mundo y cuatro los puntos cardinales (Ireneo, libro III, cap. II sec. 8). **Dice un mito egipcio que la fantástica configuración de la isla de Chemmis (Chemi, antiguo nombre de Egipto), que flota en las etéreas ondas del empíreo, fue puesta en existencia por obra de Horus–Apolo, el dios–sol que la sacó del huevo del mundo.**

En el poema cosmogónico de *Völuspa* (cántico de la profetisa), que contiene las leyendas escandinavas relativas a la aurora de los tiempos, el fantástico germen del universo yace en la *ginnungagap* (copa de ilusión), símbolo del abismo vacío y sin límites, el *nebelheim* o paraje de las tinieblas. En esta tenebrosa y desolada matriz del mundo cae un rayo de cálida luz (éter), que llena la copa hasta los bordes y en ella se congela. Entonces el Invisible levantó con un soplo un viento abrasador que derribó las heladas aguas y disipó la niebla. Las aguas (corrientes de *Elivâgar*), cayeron en vivificantes gotas de que surgió la tierra con el gigante Imir (principio masculino), quien sólo tenía “semejanza de hombre”. Al mismo tiempo nació la vaca *Audhumla* (La vaca es el símbolo de la generación prolífica y de la naturaleza intelectual. En Egipto estaba consagrada a Isis y en la India a Krishna y muchos otros dioses y diosas que personificaban las diversas fuerzas productoras de la naturaleza. En resumen la vaca era el símbolo de la Madre



suprema de todas las cosas y de todos los seres, así dioses como hombres; el emblema de la generación espiritual y física) (principio femenino) de cuyas ubres fluyeron cuatro ríos de leche que se derramaron por el espacio (Según el Génesis, el Paraíso terrenal estaba cruzado por un río dividido en cuatro brazos) (emanación pura de luz astral). La vaca Audhumla engendra un potente y bello ser superior, llamado *Bur*, que lamía las piedras cubiertas de *sales minerales*.

Comprenderemos con mayor facilidad el oculto sentido de la alegoría de la creación del hombre, si tenemos en cuenta que los antiguos filósofos consideraban universalmente la sal como uno de los más importantes principios constituyentes de la creación orgánica, y que los alquimistas la tenían por el menstruo universal extraído del agua, aparte de que tanto la ciencia moderna como el concepto popular la diputan por elemento indispensable para el hombre y los animales. Paracelso llama a la sal “centro de agua en que han de morir los metales”; y Van Helmont dice que el alkahest es *summum et felicissimum omnium salium* (la sal más superior y afortunada).

Cuando Jesús dijo a sus discípulos:

Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?.. Vosotros sois la luz del mundo. (San Mateo, V. 14.)

Con estas palabras significaba directa é inequívocamente la doble naturaleza del hombre físico y espiritual, demostrando por otra parte su conocimiento de la doctrina secreta cuyos vestigios se descubren en las más antiguas y populares tradiciones de ambos Testamentos, así como en las obras de los místicos y filósofos antiguos y medioevales. Pero volvamos a la cosmogonía escandinava expuesta en los *Eddas*. El gigante Imir se queda dormido y suda copiosamente. La transpiración engendra de su sobaco izquierdo un hombre y una mujer, a quienes del pie del gigante les nace un hijo. Así tenemos que mientras la mítica “vaca” produce una raza de hombres superiores y espirituales, el gigante Imir engendra una raza de hombres malos y depravados, los *hrimthursen* (gigantes helados). Salvo ligeras modificaciones, vemos la misma leyenda cosmogónica en los *Vedas* de la India. Tan luego como Brahmâ recibe de Bliagavâd, el Supremo Dios, la potestad creadora, engendra seres animados puramente espirituales los *dejotas*, que por residir en el Svarga (región celeste), no están dispuestos a morar en la tierra, y en consecuencia engendra Brahmâ a los *daityas*, de gigantesca estatura, que habitan en el Pâtala (región inferior del espacio) y tampoco están en condiciones de poblar el *Mirtloka* (la tierra). Para remediar este mal, Brahmâ engendra *de su boca* al primer brahmán, progenitor de nuestra raza; de su brazo derecho engendra a Raettris, el primer guerrero; de su brazo izquierdo a Shaterany, esposa de Raettris; del pie derecho nace su hijo Bais y del izquierdo su mujer Basany. Así como en la leyenda escandinava, Bur, el espiritual hijo de la



vaca Audhumla, se casa con Besla, de la depravada estirpe de los gigantes, también en la leyenda inda el primer brahmán se casa con Daintary, de raza de gigantes. Igualmente nos dice el Génesis que los hijos de Dios tomaron por esposas a las hijas de los hombres, de cuya unión nacieron poderosos linajes. Resulta de ello evidente la originaria identidad entre el Génesis y las leyendas de la Escandinavia y el Indostán, a pesar de que se les niega a éstos la inspiración atribuida al primero. Examinadas detenidamente, conducen a idéntico resultado las tradiciones de casi todos los demás países.

¿Qué cosmólogo moderno sería capaz de resumir en símbolo tan sencillo como la serpiente egipcia tal cúmulo de significados? En la serpiente se compendia toda la filosofía del universo. La materia está vivificada por el espíritu y ambos elementos desenvuelven del caos (energía) cuanto ha de existir. El *nudo* en la cola de la serpiente simboliza la íntima latencia de los elementos en la materia cósmica.

Otro símbolo aún más importante es la muda de la piel de la serpiente, que según se nos alcanza no han acertado hasta ahora a interpretar los simbolistas. Así como el reptil al despojarse de la piel se libra de una envoltura de grosera materia, demasiado enojosa ya para su cuerpo, y entra en un nuevo período de actividad, así también *el hombre al desprenderse de su cuerpo grosero y material pasa a un nuevo estado de existencia con mayores facultades y más enérgica vitalidad*. Por el contrario, los cabalistas caldeos dicen que cuando el hombre primitivo (en discrepancia con la teoría de Darwin, los hombres primitivos fueron más puros, sabios y espirituales que la raza de Adán, según enseñan los mitos del *Bur* escandinavo, los *dejotas* indos y los “hijos de Dios” del Génesis) se des-espiritualizó por su contacto con la materia, le fue dado por vez primera *cuerpo carnal*, y así lo simboliza aquel significativo versículo: “Hizo también el señor Dios a Adán y a su mujer unas túnicas de pieles y los vistió” (*Génesis*, III, 21). A menos que los intérpretes quieran convertir a Dios en sastre celeste, ¿qué otra cosa significan estas frases aparentemente absurdas, sino que el hombre espiritual en el curso de su involución había llegado al punto en que el predominio de la materia le transformó en hombre de carne (El segundo Adán a que se refiere el capítulo segundo del *Génesis*)? (Isis I, 272-277).

. . . Cada Ego tiene tras sí el karma de pasados manvantaras. Hay siete Jerarquías de Egos, algunos de los cuales, como por ejemplo los de las tribus salvajes, están comenzando, por decirlo así, su actual ciclo. El Ego surge con conciencia divina; sin pasado, ni futuro ni separación; pues tarda mucho en advertir que él es él, y solo al cabo de muchas vidas discierne por experiencia que es un individuo. Terminado el ciclo de sus reencarnaciones, continua siendo la misma conciencia divina, pero se ha convertido en una



conciencia autónoma e individualizada. El sentimiento de la responsabilidad dimana de la presencia de la luz del Ego Superior. Según va individualizándose el Ego, en su ciclo de renacimientos, reconoce con mayor advertencia por efecto del sufrimiento, la responsabilidad que, finalmente, le lleva a la conciencia propia, la de todos los Egos del universo. Ser Absoluto, para tener idea o sensación de todo, ha de pasar individual y no universalmente, por todas las experiencias; a fin de que al reintegrarse, vuelva con la misma omnisciencia de la Mente universal, *más* el recuerdo de todo cuanto paso.

El día de “Sed con nosotros”, ha de recordar el Ego todos los ciclos de sus pasadas reencarnaciones manvantáricas. Entonces, al ponerse el Ego en contacto con la Tierra, los siete Principios se resumen en uno y ve cuanto en la Tierra hizo. Ve la corriente de sus pasadas encarnaciones, iluminada por una divina luz. Ve la humanidad en conjunto; pero todavía perdura el sentimiento de individualidad, un algo que es siempre “yo”.

Por lo tanto hemos de procurar siempre el acrecentamiento de nuestra responsabilidad.

El Ego Superior es a manera de un globo de luz pura y divina, una unidad de un plano superior, en que no cabe diferenciación. Al descender a un plano de diferenciación, emana un rayo, que solo puede manifestarse por medio de la ya diferenciada personalidad. Una porción de este rayo, el Manas inferior, puede cristalizar de tal manera durante la vida, que se identifique con Kama y permanezca asimilado a la materia; mas la porción que se conserva pura, forma el Antahkarana. Todo el destino de una encarnación, depende de si Antahkarana será o no capaz de subyugar el Manas Kármico. Después de la muerte, la luz superior (Antahkarana) que lleva las impresiones y memoria de todas las aspiraciones nobles y elevadas, se identifica con el Ego Superior, al paso que los malos deseos se disipan en el espacio, y vuelven como mal karma que espera a la personalidad.

El sentimiento de la responsabilidad es el principio de la sabiduría; la prueba de que ya se inicia el desvanecimiento del Ahamkara, el comienzo de la pérdida del sentimiento de la separatividad. (D.S. VI, 315-317).

El curador comparte. Comparte en la vida e incluso comparte la vida. En la Curación, al ser una ciencia oculta, el Espíritu prevalece sobre la materia. El curador, por lo tanto, ha de prevalecer en el Espíritu y presidir sobre la materia. El Espíritu distribuye y la materia acumula. El Espíritu es el polo



positivo y la materia es el polo negativo. El Espíritu es libre y la materia condiciona. La Curación es una liberación de diversos estados de condicionamiento en diversos planos de Existencia. Para permanecer en el Espíritu uno ha de tener una actitud de desapego hacia lo material. El curador puede vivir en lo material, igual que el Espíritu en la materia. Puede estar rodeado de lo material, pero no debe adquirir, acumular ni amasar material en su vida diaria. La adquisición material como actitud actúa contra los esfuerzos por curar. En todos los casos en los que lo que predomina en la mente de los curadores es la ganancia material, estos son menos efectivos. La radiación de las energías de Curación a través de esas personas disminuye gradualmente.

La radiación y la penetración magnética es la cualidad del curador. Cuando el curador se ve impedido por consideraciones materiales, el libre flujo de las energías de Curación no tiene lugar. *La actitud del curador hacia la vida material es por lo tanto de suma importancia.* El curador puede vivir en el mundo de lo material pero no tiene por qué ser necesariamente materialista. Puede utilizar lo material en beneficio suyo y de los demás, pero no puede acumular, amasar, ni almacenar. Tiene que trabajar en la vida con lo material para mantenerse a sí mismo, pero no puede estar predominantemente ocupado en conseguir bienes materiales.

El curador puede vivir normalmente; es decir, en familia, en el mundo material y en la vida social, pero teniendo una consciencia espiritual. El curador es aquel que "es libre aunque esté rodeado". Los bienes materiales, la posición social y las situaciones familiares pueden rodearlo y él no tiene por qué huir de esas situaciones normales de la vida. Puede también aceptarlas, responder a ellas, hasta el punto que le exija la responsabilidad y seguir viviendo en la consciencia espiritual.

Para ser efectivo en la Curación, el curador ha de saber compartir y distribuir todo lo que le llega. Tiene que ser, por lo general, alguien que da más que alguien que recibe. En lo que se refiere al tiempo, al dinero y a la energía, tiene que tener una disposición de procurar el beneficio ajeno más que el beneficio propio. Procurar el beneficio de los demás es otro nombre sinónimo de servicio. El curador tiene que aprender así a servir distribuyendo sus recursos para ayudar a los demás. Es un estilo de vida el que adopta, por el que da respuesta a las necesidades de los demás hasta el punto que sus recursos se lo permiten. A medida que uno adopta este modo de vida, la Naturaleza pone gradualmente a su disposición con la más absoluta confianza, todos los tesoros del mundo. *La actitud de ayudar a los demás, sin tener otro tipo de consideraciones en la mente, es una "actitud de hermano mayor", que recibe apoyo de los círculos divinos de la Naturaleza.*



Vemos que esto es muy corriente en la vida de discípulos que siguen el sendero de la Verdad. La vida del curador no es diferente de la del discípulo. El curador se expande mediante el compartir y la distribución, viviendo en el Espíritu.

La mayoría de las enfermedades físicas se deben a adquisiciones físicas irregulares. El saciar excesivamente los deseos físicos es interpretado en ocultismo como la causa del reumatismo. La actitud de acumular cosas materiales produce la formación excesiva de calcio, y la falta de actitud para dar, es la responsable del afán de poseer. El afán de poseer cosas materiales produce la incapacidad de disolver el calcio, lo que es la causa de las excesivas formaciones.

El afán de poseer es otro factor que nos permite tener sujeto nuestro cuerpo. Pero el afán excesivo produce congestiones y bloqueos. *Agarrar y soltar es un arte que uno ha de aprender.* El aferrarse continuamente a algo sin soltarlo de vez en cuando, es un obstáculo para el flujo de energía. El aferrarse de la mente y de las emociones, son la causa del estreñimiento que padece el hombre moderno. La enfermedad más corriente en los países desarrollados es el estreñimiento, que gradualmente conduce a otras diez enfermedades más. La sabiduría nos dice que "aquello a lo que nosotros nos aferramos nos tiene a su vez aferrados". Cuando nos aferramos a algo, a un artículo, a una emoción, a un concepto o a un pensamiento, podemos creernos que somos nosotros los que los tienen aferrados a ellos. Pero en verdad ellos nos tienen aferrados a nosotros. Por ejemplo, cuando tenemos un trozo de tiza en la mano, el trozo de tiza está agarrando también nuestra mano, porque no podemos hacer nada con ella hasta que no nos liberemos de la tiza. No podemos hacer nada con la mano hasta que no soltemos la tiza. Cuando la soltamos, ella también nos suelta a nosotros. Cuando la agarramos, ella también nos tiene agarrados a nosotros. Imaginemos que destino tienen personas que poseen extensas propiedades. Esas personas están extensivamente en las garras de sus propiedades. Cuando llevamos a un perro de paseo, él también nos lleva a nosotros de paseo. A veces no se sabe bien quién lleva a quién de paseo. **Por lo tanto, cuando aferramos algo nosotros somos también aferrados, es decir, condicionados por ello.** (CURACIÓN ESPIRITUAL, 194-196 – K. Parvathi Kumar).

La máxima responsabilidad del curador es preparar otros curadores que le sustituyan cuando él se vaya, para que el trabajo de curación prosiga y continúe.

La continuidad es la palabra clave de la creación. La actividad humana continúa en todos los campos, aun cuando los hombres puedan ir o venir. Toda la actividad



continúa en la creación al mismo tiempo que las unidades que se han formado surgen, crecen y se disuelven. La formación y la transformación material continúan. El reino vegetal continúa como especie, al mismo tiempo que ciertas unidades de plantas y de árboles pueden estar desapareciendo por envejecimiento. El reino animal también continúa mediante la multiplicación de su especie. Sus cualidades y acciones continúan. El planeta continúa también hasta que no nace otro planeta al que pueda transferirse su actividad. Es como cambiar a la tropa teatral de un teatro a otro. La tropa teatral al igual que el escenario teatral — los seres y el planeta— continúan por siempre durante la creación. Y también la creación no es una simple y aislada creación, ¡sino una dentro de una serie!

La creación sigue su progreso y continúa mediante esta ley de continuidad. Funciona cíclicamente y por consiguiente es conocida como "la rueda". Es una rueda que siempre está dando vueltas, siendo cada vuelta parecida a la anterior, pero no la misma. Los estadios, las edades y eras son, de modo general, las mismas, mientras que su detalle ¡siempre contiene algo nuevo! Cada ciclo tiene su propia frescura. Por eso a la creación se la denomina en sánscrito Navanitam, que significa 'recién hecha'.

Ofrecer o dar es la característica de esta rueda de la creación. Ella da vueltas dentro y fuera de la creación. La creación es su tejido. Causa y efecto están modelados en la creación como la rueda. No hay principio ni fin, sino sólo rotación.

Observemos la rotación de las aguas. En verano las aguas se evaporan subiendo hacia el cielo y forman nubes. Al llegar la siguiente estación éstas descienden en forma de lluvia para nutrir a los seres. Los seres se ofrecen a sí mismos como alimento recíproco. Los vegetales crecen con el agua. Los vegetales sirven de alimento a los animales y seres humanos. Los animales sirven también de alimento a los seres humanos. El alimento se forma debido al poder germinativo y a la capacidad reproductora del agua y se renueva mediante la lluvia. La lluvia a su vez es producida por el movimiento cíclico del planeta. El agua se mueve del estado invisible al estado visible y del estado visible al invisible durante su movimiento cíclico. Todo esto se debe a la rotación de la invisible rueda llamada Yajña, que significa 'sacrificio' (oblación, ofrenda).

Yajña, la rueda del sacrificio, surge del modelo eterno. Este modelo surge de la Consciencia Creadora. La Consciencia Creadora surge de sí misma, el Eterno e Indestructible Ser sin nombre ni forma, del que nada puede decirse.

La Consciencia Creadora es omnipresente y se establece mediante la rueda. "Sigamos el curso de la rueda. Hagamos lo que ella hace. Entonces habremos



realizado también el sacrificio. Aquel que no coopera, se pierde", dice el Señor en el Bhagavad Gita.

Para seguir el curso de la rueda uno tiene que ser creativo, y la omnipresente creatividad no es sino ofrecerse uno mismo al modelo eterno y mediante ello continuar. Las plantas, los animales, el planeta, los seres humanos y, si vamos a eso, todas las especies continúan de este modo mediante la ofrenda.

El padre continúa a través del hijo entregando su energía llamada vida. El Maestro continúa a través del discípulo entregando su energía llamada sabiduría. El árbol continúa viviendo, ofreciendo sus semillas. La continuidad se mantiene de este modo. "No romper el hilo de la continuidad" es un mandato oculto.

Tenemos que dar lo que hemos recibido. Hemos recibido el cuerpo. Por tanto, tenemos que dar cuerpo a las almas que están por encarnarse. Recibimos el amor y el cuidado de nuestros mayores. Por tanto, tenemos que tener un cuidado amoroso de los jóvenes. Cuando somos mayores se nos trata con respeto. Por lo tanto, tenemos que respetar a los mayores. Recibimos dinero y comodidades de la sociedad. Nosotros también tenemos que dar dinero y comodidad a la sociedad. Recibimos alimentos, ropa y tantas otras cosas. Recordemos que también tenemos que dárselas a los demás.

Por encima de todo, en la vida recibimos sabiduría y experiencia, que tenemos que compartir con los demás para que no mueran. La entera actividad creadora es como una "carrera de relevos" o "carrera de posta", en la que uno le pasa al otro la capa de su experiencia. En los círculos domésticos, profesionales, sociales y espirituales, mucho es lo que uno recibe en la vida. Tenemos que seguir pasando la experiencia doméstica a nuestros parientes y amigos, la experiencia profesional a aquellos que nos siguen en la profesión, la experiencia social a aquellos que procuran esa experiencia de nosotros, y la experiencia espiritual a los que la buscan en ese campo. Los que la reciben se enriquecen con ello y están capazmente equipados para ir hacia adelante. La actividad continúa por medio de ellos en estas cuatro esferas de la vida: la doméstica, profesional, social y espiritual. Incluso después, cuando uno deja su cuerpo, sigue viviendo a través de aquellos que le siguen en espíritu. Este es el sendero hacia la inmortalidad y la eternidad. Ofreciendo a los demás lo que tenemos, vivimos a través de ellos en su aspiración. La sabiduría de la vida continúa.

Pitágoras, el gran iniciado de Grecia, dijo: "Antes de que mueras, haz que haya un necio menos en la Tierra, que no es otro sino tú." De este modo nos propone que nos redimamos a nosotros mismos de la ignorancia. Los



Vedas dicen: "Mereces seguir hacia adelante en la Luz cuando hayas preparado a uno que se encargue, sin cambiar de vibración, de los actos de buena voluntad que has estado haciendo." El Maestro sigue hacia adelante cuando sus discípulos realizan con pericia su trabajo. El padre sigue hacia adelante cuando sus hijos realizan con pericia su trabajo. Cada uno de nosotros puede seguir hacia adelante si hay alguien que sabe llenar su hueco con pericia. Esto es válido en el caso de la familia, de la organización o compañía de trabajo, de la organización social e incluso de la organización espiritual. Esta es la clave del funcionamiento institucional. La creación, que es la mayor institución, funciona de este modo. Por lo tanto, tenemos que adaptarnos a ella.

Con frecuencia se dice que "el éxito de una persona está en encontrar al adecuado sucesor". Hubo reinos que florecieron o perecieron al llegar a este punto. Las organizaciones también crecieron o decayeron al llegar a este punto. Las familias no son tampoco excepción a esto. El periodo de sucesión es el período de transición. Cuando el sucesor maneja la sucesión y continúa el trabajo, el predecesor queda liberado y asciende.

Cómo encontrar al sucesor apropiado es la pregunta que se hace la persona que se está haciendo mayor. Con mucha frecuencia, cuando uno busca un sucesor, se equivoca. Uno ha de continuar su trabajo en los cuatro campos (familiar, profesional, social y espiritual) hasta niveles de inspiración e intuición mediante una ofrenda o entrega total de sí mismo a estos cuatro campos. Nuestro trabajo en cada uno de estos campos inspira a la gente que nos rodea en esos campos respectivos. Una vez que se sienten inspirados a unirse a nosotros, podemos empezar a compartir el trabajo gradual y lentamente con ellos. Sin embargo hemos de seguir trabajando, porque el trabajo es el factor de inspiración entre ambos. Deshagámonos del peso hasta el punto que la otra persona más joven esté dispuesta a asumir con facilidad. Nuestro ejemplo en el trabajo es motivo tanto de inspiración como una enseñanza para el joven. Una vez que va adquiriendo gradualmente confianza en el trabajo, dejémosle que lo haga y supervisémoslo. Cuando no necesite supervisión podemos pasar a otros trabajos más elevados.

De modo que, como curadores, tenemos que preparar un sucesor a su debido tiempo obsequiando conocimiento y experiencia a aquellos que la busquen. No tenemos que nombrar a nuestro sucesor. La sociedad lo reconoce por la vibración de los actos que hace. Ella ve al Maestro en el discípulo, al padre en el hijo, al predecesor en el sucesor. De este modo se completa la tarea. (CURACIÓN ESPIRITUAL, 207-211 – K. Parvathi Kumar).



UNA PALABRA SOBRE SANATANA DHARMA (HINDUISMO)

Los sabios védicos eran profundos contempladores y mediante sus contemplaciones concibieron muchas fórmulas de sonido. Sus diversas búsquedas e investigaciones científicas en la Verdad -junto con muchos años de penitencia les revelaron muchos aspectos de la Verdad. El hinduismo es un sistema de pensadores creativos, de contempladores y meditadores que nunca estaban sujetos a ningún sistema rígido ni concretizado. Según el hinduismo, a todos se les permite pensar, escudriñar e investigar en la Naturaleza, contemplando y meditando interna y externamente para encontrar la Verdad. La única doctrina que tenían que respetar era el *Dharma*, las Leyes del Universo. En todos los demás aspectos, eran libres para investigar la Verdad. Así surgió la antigua sabiduría védica de la búsqueda independiente del pensamiento, de la investigación y de la verificación, una y otra vez. Esta Sabiduría antigua se basaba en un acercamiento muy científico. No existía el dogma de la fe y mucho menos la imposición de doctrinas.

Actualmente esto sigue siendo así en India, y cada uno busca la Verdad según su propia manera y utiliza los descubrimientos y experiencias anteriores como medios de ayuda. Buscar la Verdad ha sido una de las principales vocaciones, lo que hace que la Verdad nazca de nuevo y se cumpla la profecía. **Hasta la fecha los hindúes siguen creyendo que hay miles de caminos para llegar a Dios, pero ningún camino puede llevar hasta Dios a menos que esté en sintonía con el *Dharma*.** Por esta razón, cualquier camino o modo de contemplar en Dios o la Verdad, es aceptable en el sistema hindú, cuyos cimientos se basan en *Sanātana Dharma*, la Ley Eterna.

Por eso existe la innumerable variedad, que para quien lo mira desde fuera es como una jungla impenetrable y concluye con el inevitable juicio de valor de que India es una tierra de misterio. Semejante conclusión nace de la impotencia. Hasta la fecha siguen existiendo sabios en la India, pero permanecen inaccesibles, lejanos e incógnitos para la mediocridad de la vida social, y aunque estén en la vida social ¡no pueden ser calibrados!

En India, desde los más antiguos tiempos no existía religión como tal. Había variedad de buscadores de la Verdad que expusieron, exploraron, investigaron y encontraron la Leyes de la naturaleza del Universo y de sus modos de manifestación y de repliegue. Esas eran las leyes que respetaban y seguían. Los hindúes de los tiempos antiguos habían desarrollado "un modo de vida" basado en esas leyes para vivir en armonía con la vida circundante, y lo llamaron *Dharma*. Los Vedas proclaman esos *Dharmas*.



Nunca hubo una religión fundada a raíz de ningún gran Maestro. Muchos Maestros han venido y han pasado. Muchos sistemas han surgido y han sido absorbidos. El *Dharma* hindú acepta todos los caminos hacia la Verdad y es, por lo tanto, tolerante y lo absorbe todo. El gran santo Vivekanda, representante típico de la filosofía hindú, a quien escuchó una gran audiencia de todo el mundo (su exposición acerca de la *Tradición Védica de los Hindúes* afirma con raptó: "Estoy orgulloso de pertenecer a una religión que le ha enseñado al mundo tolerancia y aceptación universal. **Nosotros creemos no sólo en la tolerancia universal, sino que aceptamos todas las religiones como verdaderas. Estoy orgulloso de pertenecer a una nación que ha dado asilo a los perseguidos y a los refugiados de todas las religiones y de todas las naciones de la Tierra. Estoy orgulloso de decirlos que hemos acogido en nuestro seno los restos más puros de los israelitas que vinieron hasta el sur de India y se refugiaron con nosotros en el mismo año en que su templo sagrado fue demolido en pedazos por la tiranía de los romanos. Estoy orgulloso de pertenecer a la religión que dio cobijo y sigue criando al resto de la gran nación de Zoroastro. Citaré para vosotros, hermanos, unas cuantas líneas de un himno que recuerdo haber repetido desde mi más tierna infancia y que es repetido cada día por millones de seres humanos: "Igual que los diferentes ríos que tienen su fuente en diferentes lugares, pero todos mezclan su agua en el mar, así, ¡Oh Señor!, los diferentes senderos que los hombres toman mediante las diferentes tendencias, por muy diversos que parezcan, por muy tortuosos o derechos, ¡todos llevan a Ti!"**

El artículo de Swami Vivekananda sobre el "Hinduismo", leído ante el Parlamento Mundial de las Religiones el 19 de septiembre de 1893 en Chicago, es un buen resumen de la filosofía hindú. Swami Vivekananda describe el vasto lienzo del hinduismo, que incluye las elevadas luces espirituales de la filosofía *vedanta* (de la que los últimos descubrimientos de la ciencia parecen ecos) y las ramplonas ideas de idolatría con su múltiple mitología, el agnosticismo de los budistas y el ateísmo de los *jainistas*. (MANTRAMS, su trascendencia y práctica, 59-62 – K. Parvathi Kumar).

PANCHAYATANAM

Hablando en general, las antiguas investigaciones hindúes en la Verdad se pueden agrupar en cinco categorías. Estas categorías se llaman en sánscrito *Panchayātanam*, que significa los Cinco Senderos. Estos son el Sistema *Sūrya*, el Sistema *Śiva*, el Sistema *Viṣṇu*, el Sistema *Śakti* y el Sistema *Ganapati*. Sus correspondientes términos equivalentes utilizados hoy son:



1. El Sistema del Sol, el Sol Central (Gāyatrī), los 12 soles, y está en relación con el Sistema *Sūrya*, en el que se investiga en el Centro Cósmico, el Centro Solar y el Centro Planetario, se los explica y se los venera.
2. El Sistema *Śiva*, que habla de la Voluntad Cósmica y sus manifestaciones, junto con sus leyes de vibración.
3. El Sistema *Viṣṇu*, que habla del Amor-Sabiduría y sus manifestaciones.
4. El Sistema *Ganapati*, que habla de los sonidos, de sus agrupamientos y de sus consiguientes manifestaciones en cuerpos, en cuerpos planetarios, etc.
5. El Sistema *Śakti*, que habla del poder de la Naturaleza, del poder del Universo y sus manifestaciones.

Estas son las cinco categorías en que se pueden clasificar las exploraciones científicas de los sabios. La Ciencia Tántrica está principalmente dentro de los sistemas *Śakti* y *Ganapati*...

Una palabra de advertencia: estos cinco sistemas, una vez más, no tienen que ser entendidos como compartimentos estancos, sino que se mezclan entre sí. Esta clasificación se da sólo para facilitar la comprensión y no para fijarlos como tales por separado. El intelecto humano es al mismo tiempo una facilidad y un obstáculo. La flexibilidad y la fijación han de ser apropiada-mente utilizadas a través del intelecto. El sentido común es, pues, esencial en todos los intentos de búsqueda espiritual. (MANTRAMS, su trascendencia y práctica, 63-65 – K. Parvathi Kumar).

Después de emplear toda su vida en la egiptología, los hermanos Champollión declararon públicamente, contra los preconcebidos juicios de ciertos críticos superficiales e ignorantes, que los *Libros de Hermes* “acopian gran número de tradiciones egipcias continuamente corroboradas por los más antiguos y auténticos documentos egipcios” (Champollión–Figeac: *Egipto*, pág. 143).

Al resumir las doctrinas psicológicas de los egipcios, las sublimes enseñanzas de los sagrados libros herméticos y los progresos en metafísica y filosofía práctica de los sacerdotes iniciados, pregunta Champollión en presencia de las pruebas logradas:

¿Existió jamás en el mundo otra corporación o casta de hombres que les hayan igualado en fama, poder, sabiduría y capacidad, tanto para el bien como para el mal? ¡Nunca! Y posteriormente fue esta casta maldita y anatematizada por quienes,



supeditados a no sé qué clase de influencias modernas, la declararon enemiga de la humanidad y de la ciencia.

Cuando esto decía Champollión, el sánscrito era poco menos que desconocido en Europa, y por consiguiente no cabía comparar los méritos de los filósofos egipcios con los de los brahmanes. **Pero posteriormente se ha descubierto que las doctrinas de los sacerdotes egipcios están entresacadas de las literaturas induísta y budista. El sistema filosófico basado en nuestros días por los metafísicos alemanes sobre el principio de la ilusión de los sentidos y de la irrealdad de las cosas mundanas, es una derivación de las doctrinas de Kapila y Vyâsa, así como de los dogmas cardinales de la filosofía budista expuestos por Buda en las Cuatro verdades.** La expresión de Pymander: “se convierte en Dios”, está r sumida en la palabra *nirvana*, que los eruditos orientalistas confunden lastimosamente con *aniquilación*.

El juicio crítico de los hermanos Champollión es valiosísimo para nosotros, aunque no sea más que en réplica a nuestros adversarios. Los hermanos Champollión fueron los primeros orientalistas europeos que, tomando de la mano al estudiante de arqueología, le condujeron a las silenciosas criptas para demostrarle que la civilización no tuvo su cuna en Occidente, pues “aunque sean desconocidos los orígenes de Egipto, ha llegado la investigación histórica a estudiar sus leyes y costumbres, a reconstruir sus ciudades y catalogar sus reyes y dioses”. Y yendo todavía más lejos, encontramos ruinas pertenecientes a civilizaciones de mayor esplendor en épocas de indecible antigüedad, pues como dice Champollión:

En Tebas hay ruinas que delatan restos de construcciones aún más antiguas, cuyos materiales sirvieron posteriormente para levantar los edificios que han permanecido en pie durante treinta y seis siglos... Todo cuanto refieren Heródoto y los sacerdotes egipcios ha sido corroborado por los arqueólogos contemporáneos (Champollión: *Egipto*, 2 y II. – Más adelante veremos de dónde derivó la civilización egipcia, y advertiremos que, aunque fundadas nuestras aseveraciones en la Doctrina Secreta, coinciden con las de los más respetables tratadistas. A este propósito citaremos el siguiente pasaje de la *Historia de la India*, por Colluca-Bata: “En el reinado de Viswamitra, primer rey de la dinastía de Somavanga, se libró una batalla de cinco días de duración, en la que Manú-Vina, descendiente de los antiguos reyes, al verse abandonado de los brahmanes, emigró con sus partidarios y después de cruzar el Arya y las comarcas de Barria, llegó a Masra”. Es indudable la identidad de este Manú-Vina con Menes, primer rey de Egipto, porque Arya es Erau o Persia; Barría es Arabia, y Masra el nombre antiguo de El Cairo, que también se llama Masr, Musr y Misro. La historia fenicia da el nombre de Maser a uno de los antepasados de Hermes).

Pero despedámonos ya de la taumatofobia y sus corifeos para considerar la taumatomanía en sus múltiples aspectos. Vamos a revisar los “milagros” del paganismo y pesarlos con los del cristianismo en la misma balanza. No ya inminente sino iniciado está el doble conflicto entre el materialismo científico y el



espiritualismo trascendente, por una parte, y entre la teología y la antiquísima ciencia mágica, por otra. Hemos expuesto multitud de razonadas pruebas en pro de la magia, pero todavía no está agotada su defensa (El pigmeo y miserable mundo, por cuyos gestos de aprobación porfían los científicos escépticos, los magistrados venales, los ultramontanos y el clero fanático, ha emprendido hace poco su última cruzada condenando a dos inocentes, uno en Francia y otro en Inglaterra, con escarnio de la ley y de la justicia. Como el apóstol San Pedro, están siempre dispuestos a renegar del amigo caído en desgracia, temerosos de que sus propios compañeros los condenen al ostracismo). Psicománticos y psicófobos han de chocar necesariamente en fiero conflicto. A la ansiedad que los primeros mostraban de ver sancionados sus fenómenos por la investigación científica, ha sucedido glacial indiferencia. Disgustados de tanto prejuicio y mala fe, pierden todo miramiento a los segundos, quienes a su vez les responden con dicerios reñidos con la cortesía. El tiempo dirá cuál de ambos bandos tiene razón; pero por de pronto podemos predecir que el último reducto de los misterios de Dios con la clave para descifrarlos, no deben buscarse en el torbellino de las moléculas de Avogadro.

Los que juzgan superficialmente, o llevados de la impaciencia quisieran mirar el sol deslumbrador antes de que sus ojos puedan resistir la luz de una lámpara, tildan de ininteligibles las obras de los herméticos antiguos y sus sucesores por el obscuro lenguaje en que están escritas. Respecto a los de superficial criterio, no vale la pena de perder el tiempo; pero a los impacientes les regamos que moderen su ansiedad y recuerden la frase de Espagnet:

La verdad se esconde entre tinieblas... Nunca escriben los filósofos más engañosamente que cuando parecen claros, ni con más verdad que cuando se valen de enigmas.

Por otra parte, también hay quienes resultarían demasiado favorecidos si les dijéramos que no forman juicio alguno del asunto, sino que se contraen a anatematizar *ex cathedra*. Son los positivistas taumatófobos que presumen de monopolizar nada menos que la sabiduría espiritual y tildan de locos y soñadores a los antiguos sabios.

Responda por nosotros Eugenio Filaletes a este linaje de escépticos, diciendo:

Nuestros escritos serán entre el público como un cuchillo cuidadosamente afilado, que a unos sirve de buril en primorosas tallas y a otros no les vale más que para cortarse los dedos. Sin embargo, no merecemos vituperio, pues de antemano advertimos seriamente a cuantos intentaren esta tarea que es la de mayor empeño entre todas las de filosofía natural. Aunque escribimos en el nativo idioma, resultará nuestro tratado de tan difícil comprensión como si estuviera en griego para algunos que, no obstante interpretar pésimamente nuestros conceptos, se figurarán que nos comprenden muy bien. Porque



¿cómo es posible que los locos en la naturaleza sean cuerdos en los libros que de testimonio sirven a la naturaleza?

A las pocas mentes elevadas que interrogan a la naturaleza en vez de señalar leyes para su ordenamiento, que no encierran toda posibilidad en los límites de sus facultades personales y que no identifican la incredulidad con la ignorancia, les recordaremos el apotegma del antiguo filósofo indo Nârada.

Nunca digas: yo ignoro esto, luego es falso. Para saber es preciso estudiar y saber para comprender y comprender para juzgar. (Isis II, 441-445).

LA FUENTE DEL CONOCIMIENTO

La posición del ocultista, por un lado, es algo diferente. Las antiguas doctrinas de la ciencia oculta se fundan, no en especulaciones sino en las observaciones continuamente repetidas y directas de investigadores ocultistas muy preparados. Con el ojo interior plenamente operativo y la técnica de su uso plenamente desarrollada como resultado de instrucción bajo la guía de sus Adeptos más evolucionados, estos videntes perciben directamente los fenómenos de la Naturaleza en todos los planos de la existencia y corroboran los hallazgos de sus hermanos videntes que les precedieron. Por esta razón, "para los Ocultistas que creen en el conocimiento adquirido por incontables generaciones de Videntes e Iniciados, los datos ofrecidos en los Libros Secretos son todos suficientes".

Los asertos de la ciencia oculta "son efectuados sobre la base del acumulado testimonio de una interminable serie de Videntes que testificaron este hecho. Sus visiones espirituales, sus exploraciones reales mediante el (y a través del) sentido psíquico y espiritual sin trabas de la ciega carne, fueron sistemáticamente controladas y comparadas una con otra, y tamizada su naturaleza. Todo lo que no corroboraba la experiencia unánime y colectiva era rechazado, * *The Secret Doctrine*, H. P. Blavatsky. Edición Adyar, Tomo IV, pág. 269 mientras que sólo se documentaba como verdad establecida lo que, en diversas épocas, bajo diferentes climas, y a lo largo de indecibles relatos de incesantes observaciones, se descubría que concordaba y recibía constantemente ulterior corroboración.

"Los métodos usados por nuestros estudiosos y estudiantes de las ciencias psicoespirituales no difieren de los de quienes estudian las ciencias naturales y físicas. Sólo que nuestros campos de indagación están en dos planos diferentes, y nuestros instrumentos (teosóficos) no son confeccionados por manos humanas, por cuya razón tal



vez sean los únicos más confiables." (*The Key to Theosophy*, H. P. Blavatsky, Edición abreviada, págs. 45 – 50).

Aun así, las enseñanzas de las ciencias ocultas como se ofrecen al público en general se presentan invariablemente como ideas a considerar, y jamás como dogmas que representen verdades finales. Por sobre todas las cosas, quienes practican y enseñan los métodos de la ciencia oculta insisten sobre la libre indagación. (El reino de los dioses, 27-28 – Versión digital – Geoffrey Hodson).

Comencemos con el origen de la palabra Dios, *God* en inglés. ¿Cuál es la significación verdadera y primitiva de este término? Sus significados etimológicos son tan numerosos como variados. Según uno de ellos, la palabra se deriva de un término persa antiquísimo y muy místico: *Goda* el cual quiere decir “El mismo”, o algo emanante por sí mismo del Principio absoluto. La raíz de esa palabra es *Godan* de donde se derivan Wotan, Woden y Odín; de forma que la radical oriental no ha sido casi alterada por las razas germánicas que formaron con ella la voz *Gotz*, de la cual derivaron el adjetivo *Gut*, “Good” (bueno en inglés) y el término *Goda* o ídolo. Las palabras *Zeus* y *Theos* de la antigua Grecia dieron origen a la palabra latina *Deus*. *Goda*, la emanación, no es ni puede ser idéntica a aquello de lo que emana y, por consiguiente, es tan sólo su manifestación periódica y finita. Cuando el antiguo Arato dijo que “Todos los caminos y mercados frecuentados por los hombres están llenos de Zeus; llenos de El están los mares y también los puertos”, no limitaba la Idea de Dios a un mero reflejo temporal suyo sobre nuestro plano terrestre, como lo es Zeus o su antecedente Dyao, sino que daba a la palabra la extensión de un Principio universal y omnipresente. Antes de que Dyao, el deslumbrante dios (el cielo) hubiera atraído la atención del hombre, existía ya el védico Tat –“aquello”– (that en inglés), el cual no tiene ni para el filósofo ni para el iniciado nombre alguno definido, porque es la noche absoluta, oculta bajo toda la radiante luz manifestada. Pero no se pudo evitar que el Sol, primera manifestación en el mundo de Maya e hijo de Dyao, fuese llamado por los ignorantes “El Padre” como lo fue también el mítico Júpiter, última y significativa reflexión de Zeus–Surya.

De manera que el sol llegó rápidamente a ser sinónimo de Dyao y fue confundido con él. Para unos, era el Hijo; para otros, “el Padre”, que mora en el radiante cielo. Sin embargo, Dyao–Pitar, el Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre, tiene origen finito, puesto que le fue concedida la Tierra como esposa. Durante la gran decadencia de la filosofía metafísica fue cuando comenzó a representarse a *Dyâvâ–prithivî*, “el Cielo y la Tierra”, en forma de padres universales y cósmicos, no sólo de los hombres, sino también de los dioses. El poético y abstracto



concepto original de la causa Ideal acabó por corromperse. Dyao, el Cielo, llegó a ser rápidamente Dyao el Paraíso, la morada del “Padre” y, finalmente, el mismo Padre. En seguida el Sol fue transformado en símbolo del Padre y recibió el título de *Dína Kara* “el que crea el día”, y de *Bhâskara* “el que crea la luz”, siendo desde ese momento el Padre de su Hijo y viceversa.

A partir de entonces se estableció el reino del ritualismo y del culto antropomórfico que terminó por envilecer al mundo entero, extendiendo su supremacía hasta nuestra época llamada civilizada.

Una vez se ha visto que éste es el origen común, sólo nos resta establecer el contraste entre los dos dioses –el dios de los gentiles y el de los judíos– y deducir intuitivamente, basándonos en su propia revelación y juzgándoles de acuerdo con su definición, cuál de los dioses se encuentra más cerca del ideal más sublime.

Citemos al coronel Ingersoll el cual ha establecido un paralelismo entre Jehová y Brahma. Jehová, oculto tras las nubes y tinieblas del Sinaí, dice a los judíos:

“No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te prosternarás delante de sus imágenes, ni las honrarás, porque yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen, a fin de que me teman”.

Compárense estas palabras con las que pone un hindú en boca de Brahma: “Yo soy el mismo para todos los seres. Quienes sirven honradamente a los otros dioses, me adoran involuntariamente. Yo soy el que participa en toda adoración; yo, la recompensa de todos los adoradores”. Compárense ambos párrafos, El primero es un lugar oscuro en que se insinúan cosas que nacen del fango: el otro, grande como el firmamento, cuya bóveda está sembrada de soles.

El primero es el dios que atormentaba la imaginación de Calvino, cuando añadía a su doctrina de la predestinación la del infierno tapizado de cráneos de niños no *bautizados*. Las creencias y los dogmas de nuestras iglesias son tan blasfemas por las ideas que implican como las de los paganos que se hallan sumergidos en las tinieblas...

Ya pueden disfrazar y enjalbegar cuanto quieran al Dios de Abraham y de Isaac, que nunca serán capaces de refutar las palabras de Marción, quien niega que el Dios del odio pueda ser el mismo Dios que el “Padre de Jesús”. Sea como sea, herejía o no, el “Padre que está en los cielos” ha seguido siendo, a partir de esa época, una criatura híbrida, una mezcolanza del *Jave* (Júpiter) de los paganos con el “Dios celoso” de Moisés, Dios que, exotéricamente, es el sol, cuya morada se encuentra en los cielos y, esotéricamente, es el cielo.



¿No da El nacimiento a la luz “que brilla en las tinieblas”, al día, al brillante Dyao, al Hijo, y no es El, acaso, el Altísimo *Deus coelun*? ¿Y no es *Terra*, la Tierra, la Virgen eternamente inmaculada que, engendrando sin descanso, fecundada por el ardiente abrazo de su “Señor” –los vivificantes rayos solares– se convierte en madre de todo cuanto vive y respira en el vasto seno de la esfera terrestre? Esto explica el carácter sagrado que tiene en el ritual lo que ella produce: o sea, el pan y el vino. De ahí también la antigua *messis*, el gran sacrificio ofrendado a la diosa (Ceres Eleusina, es decir, la tierra) de las cosechas (de la mies): *messis* para los iniciados, *missa* para los profanos (1) que ha llegado a ser hoy en día la misa o liturgia cristiana. La antigua ofrenda de los frutos de la Tierra hecha al Sol, al *Deus Altissimus*, el símbolo del G.A.D.U. de los francmasones contemporáneos, llegó a ser la base más importante del ritual entre las ceremonias de la nueva religión. Las parejas místicas (2) Osiris e Isis (el sol y la tierra) de los egipcios, Bel y la cruciforme Astarté de los babilonios; Odín o

1 De *pro*, “delante” y *fanum*, “el templo”; es decir, los que no están iniciados, los que se encuentran ante el templo sin atreverse a entrar.

2 La Tierra y la Luna su pariente, son similares. Por eso todas las diosas lunares eran también símbolos representativos de la Tierra. (Véase “Simbolismo” de La Doctrina Secreta).

Thor y Freya, de los escandinavos; Belén y la *Virgo Paritura* de los celtas; Apolo y la *Magna Mater* de los griegos, las cuales tenían idéntica significación, pasaron como representación corporal a los cristianos y fueron transformadas por ellos en el Señor–Dios o el Espíritu Santo que desciende sobre la Virgen María.

El *Deus Sol* o *Solus*, o sea el Padre, llegó a confundirse con el Hijo: el “Padre” que brilla deslumbrador en la hora del Mediodía, se transformaba al amanecer en “Hijo”, en cuyo momento se decía el que “había nacido”. Esta idea recibía su gran apoteosis anualmente el día 25 de diciembre, durante el solsticio de Invierno, cuando, según se decía, el sol –acabado de nacer– era igual para los dioses solares de todas las naciones. *Natalis solis invicte*. Y el “precursor” del Sol resucitado, crece y se fortalece hasta el equinoccio de primavera, que es cuando el Dios–Sol comienza su curso anual bajo el reinado de *Ram* o del Carnero (Aries), la primera semana lunar del mes.

En toda la Grecia pagana se conmemoraba el día primero de marzo, cuyas *neomenia* se consagraban a Diana. Por idéntica razón, las naciones paganas celebran su fiesta de Pascua el primer domingo siguiente a la luna llena del equinoccio de primavera. El cristianismo, no sólo ha copiado las fiestas del paganismo, sino también las *vestimentas* canónicas, cosa que es imposible negar. Eusebio confiesa en su *Vida de Constantino*, diciendo quizás la única



verdad proferida en su vida, que *“con el fin de hacer que el cristianismo fuera más atrayente para los gentiles, los sacerdotes (del Cristo) adoptaron las vestimentas externas y los ornamentos utilizados en el culto pagano, y podría haber añadido que habían hecho lo mismo con sus rituales y sus dogmas.* (Los orígenes del ritual en la Iglesia y en la Masonería, (versión digital), 7-9 –H.P. Blavatsky).

La felicidad no es una pertenencia. Es un despliegue de nosotros mismos. Es nosotros mismos. La relación entre un pétalo y una flor es la misma que la relación entre tú y tu felicidad. Los pétalos de la flor no son pertenencias de la flor, sino que son parte integrante de ella. Están en la unidad o síntesis de la flor. Así también la felicidad. La naturaleza nos ofrece laboriosos períodos de nacimientos y muertes para que los utilicemos con el fin de experimentar la felicidad. La naturaleza ha descubierto las espirales de la evolución y nos ha dado repetidas veces un nuevo y delicado cuerpo del que, a menudo, hacemos un uso incorrecto, y entonces se estropea. Tenemos un cuerpo maltratado, una mente a la que exponemos demasiado, igual que la placa sensible de una cámara fotográfica sometida a múltiples impresiones. Así, cuando llegamos a mayores, nos queda un cuerpo muy maltratado en lo que respecta a la alimentación, la bebida, el sueño, el descanso y el sexo. La naturaleza se complace en darnos otro cuerpo, para lo cual nos quita este cuerpo actual en nombre de (lo que nosotros llamamos) muerte. Y de nuevo, nos da otro cuerpo tierno e intenta bendecir al individuo: “Sé más sabio y haz un mejor uso de él hasta que averigües qué es la felicidad”. Así que repetimos el experimento de estropearlo una y otra vez, muchos cientos de veces, en ocasiones hasta miles de veces, pero la naturaleza no se siente decepcionada con nosotros. La naturaleza no está enojada con nosotros. Puede que haya algunos pacientes sin esperanza para los médicos, pero no hay casos sin esperanza para la naturaleza.

Hay un gran poeta que dice:

“Observad como el capullo de la flor guarda celosamente sus pétalos. Sin embargo, sólo es un capullo. Todavía no ha florecido porque guarda celosamente sus pétalos con su egoísmo, su naturaleza avariciosa y su instinto posesivo. Por esta razón no puede exhibir sus propios pétalos. Es inmadura y, por eso, no puede expresar su fragancia”.

Creo que conocéis a este poeta. Su nombre es Rabindranath Tagore. Y él añadió:

“Cuando aprende a exhibir su fragancia ante el mundo, pierde el gusto por exhibirse y mostrarse al mundo, y cuando se hace hermosa mientras se abre y



florece, pierde el espejismo de tener control sobre sus pertenencias, sus pétalos y sobre sí misma”.

Observad cuidadosamente a la naturaleza: hasta que no pierde el control y se suelta, no puede desplegar ni mostrar sus colores naturales. Hasta que no hace un sacrificio o *sanyasa* de su naturaleza expresiva y de su naturaleza fascinadora, no puede ofrecer al mundo su fragancia y su perfume. Así que, ¿cuáles son los retos de la naturaleza? ¿Cuáles son los susurros secretos de la naturaleza a través de la floración de las flores?”. Esto es lo que Tagore nos pregunta. Hay un gran mensaje en el trasfondo de sus palabras.

Tenemos que seguir a la naturaleza e intentar imitar sus procesos. Si queremos ser felices, lo primero que debemos sacrificar es nuestra naturaleza avariciosa, el asir fuertemente alguna cosa. Si yo tengo asido algo, lo asido no pertenece a la mano; la mano es sólo un instrumento; el hecho de asir existe en mi mente. Así pues, a menos que lo suelte en mi mente, la mano no puede soltarlo. Esto es lo que hemos de aprender cuando observamos cómo florecen las flores. (MENSAJES II, Que es servicio y el significado de sacrificio, 164-166 –EKKIRALA KRISHNAMACHARYA).

. . . A menos que aprendamos a actuar sin motivo, tendremos que quedarnos satisfechos con nuestro propio concepto de felicidad, sin probar su genuino sabor. Muchos de nosotros hablamos de la felicidad día y noche. Ganamos dinero para ser felices, compramos cosas valiosas para ser felices, construimos grandes casas para ser felices, para ser felices, ¡para ser felices! Morimos intentando ser felices porque vivimos para ser felices. Nunca vivimos felices; no tenemos tiempo. Estamos demasiado ocupados en obtener cosas que creemos que nos harán felices. Así que, finalmente, morimos sin haber sido felices. ¡Pobre lógica humana! Tenemos que lavar muchas cosas de nuestra lógica. Y para ello, una de las cosas que se requiere es el servicio. A menos que sirvamos con ese espíritu, no podremos tener un verdadero lavado del no ser o falso ser, y no podremos ser felices. De modo que el verdadero incentivo de la vida es la felicidad, y el verdadero sendero que nos conduce a la felicidad es el servicio y el sacrificio. No podemos vanagloriarnos de nuestro servicio y sacrificio, porque lo hacemos por nuestra propia felicidad. Cualquier servicio que hagamos al mundo, nos hace felices. Lo hacemos por nuestra propia felicidad. No nos fascinemos llamándolo con términos altisonantes. Esto es lo que dice la escritura sagrada (el *Bhagavad Gita*) sobre la felicidad.



La escritura sagrada dice: “*Tyagenaikena Amritatva Manasuhu*”. Que quiere decir: “Probad la inmortalidad sólo a través de un proceso de sacrificio”. Sois mortales en vuestro cuerpo, vuestros sentidos y vuestra mente. Pero sois inmortales como la chispa de conciencia que existe en vuestro cuerpo. La conciencia ya estaba allí antes de que vuestro cuerpo os fuera dado. Esta existe en el cuerpo y seguirá existiendo después de que el cuerpo os sea retirado. Tomad el ejemplo del espacio en esta sala. Aparentemente, es el espacio de esta sala. Podemos medirlo y decir que el volumen de esta sala es tanto. Pero recordad que el espacio ya estaba aquí antes de que esta sala fuera construida. Y es la sala la que fue construida en este espacio y no al contrario, es decir, que el espacio fuera construido en la sala. Cuando ya no exista la sala, el espacio seguirá existiendo. Del mismo modo, nosotros ya existíamos antes de que se nos diera este cuerpo. La única diferencia es que, entonces, no nos podíamos llamar a nosotros mismos. Ahora estamos en el cuerpo, de forma similar alguien estaba allí antes de que hubiera ningún cuerpo. A ese alguien lo podemos llamar “Sr. Espacio”. Sentía que hablaba consigo mismo, y así creó los millones de cuerpos que son instrumentos para entrar en contacto e interactuar. Eso es lo que dicen las escrituras sagradas. Mantengamos entonces el estado original de frescura que llamamos Espacio, Ser o felicidad. Para mantener este estado original tenemos que sacrificar los cambios secundarios, terciarios y cuaternarios que han tenido lugar en nosotros.

Había una vez un discípulo que estaba sentado junto al gran Maestro Ramana Maharshi, que vivía en el Sur de India. Este discípulo le preguntó: “Maestro, ¿cuándo alcanzaré la liberación?”. El Maestro sonrió y dijo: “Nunca en tu vida”. El discípulo se sintió apenado, creyó que era un gran pecador y que no tenía acceso a la liberación. A la mañana siguiente, le preguntó nuevamente: “Maestro, ¿por qué no puedo alcanzar la liberación mientras usted está aquí? Podría darme, decirme o sugerirme algo.” Una vez más, el Maestro le dijo: “Nunca en tu vida podrás alcanzar la liberación.” El Maestro sonriéndole, añadió: “Puedes quitarte el condicionamiento que tienes en ti. Originalmente, ya tenías el estado de liberación. Debido a tu estado aberrante, perdiste el estado original de la existencia natural. Debido a tu aberración, piensas en obtener la “liberación”. Tienes que quitarte tu aberración y no “alcanzar la liberación”, porque no hay nada que obtener; el estado original de liberación siempre está presente. Una vez retiras el obstáculo, aparece de nuevo tu estado original. No se trata de un nuevo estado que se ha de alcanzar, conseguir o conquistar”.

Lo mismo ocurre con la felicidad, que no es algo que se pueda alcanzar. Un logro es algo objetivo, algo que no es uno mismo. Sin embargo, la liberación no es algo objetivo, sino algo puramente subjetivo. Así que el Maestro dijo: “Nunca en tu vida podrás alcanzar la liberación; puedes quitarte el obstáculo y entonces queda la



existencia original a la que llamamos liberación”. Así que todo este proceso es el sacrificio.

Tenemos también el concepto de *Vairagya* o desapego como una de las formas de sacrificio. La práctica espiritual necesita de la práctica del desapego. Un hombre tenía a su madre anciana enferma. Ella vivía para él. Tenía un gran espejismo por su hijo que practicaba la espiritualidad con su Maestro. Un día este hombre le preguntó al Maestro: “Maestro, mi madre tiene un gran apego de naturaleza astral hacia mí. No puede vivir en mi ausencia. Mire, esto está muy mal. Es emocional, es astral. ¿Debo desligarme de este vínculo y marcharme?”. El Maestro preguntó: “¿Para qué?”. El discípulo contestó: “Por desapego”. Entonces el Maestro dijo: “No confundas las cosas. Desapego no quiere decir abandono. Hay mucha diferencia entre el desapego y el abandono. Si ahora te vas y abandonas a tu madre, ella se morirá de dolor por ti y tú serás la causa de ello. Si causas tal mal karma, ¿cómo puedes aspirar a la liberación y al desapego? ¡No uses términos nobles! Huir de las propias responsabilidades y deberes y llamarlo desapego es algo disparatado y criminal”. Eso es lo que dijo el Gurú.

Entonces el discípulo preguntó: “¿Qué hay del gran apego y la naturaleza emocional que mi madre siente hacia mí? ¿No deberíamos cortarlos?”. El Maestro contestó: “Tienes derecho a cortarte tu propia nariz, pero no la nariz de los demás. Si quieres hacer experimentos, tanto si son prudentes como si son estúpidos, puedes hacerlos contigo mismo, pero no con los demás. Puedes practicar el desapego contigo mismo. No seas estúpido. Si quieres tener desapego, practica el desapego en presencia de tu madre. Te diré cómo hacerlo. Ve la presencia de Dios en todos. Comprende que cada uno es una forma de Dios, como también lo es tu madre. Comienza a mirar a tu madre como a una de las miles de formas de Dios. Ella preparó tu entrada en la representación de tu vida únicamente para lavar tus emociones y apegos. Dios entra en la vida de cada uno en la forma de sus familiares, amigos, enemigos, compañeros, etc. Es una gran escenificación. Todos son personajes. Todos son máscaras. Las caras no son originales, los llamamos “padre”, “madre”, “hijo”, etc., pero sólo son caras. Dentro sólo hay un ser que interpreta todos esos papeles. Por eso no has de practicar aquello que tú llamas desapego, practica el verdadero desapego. Mira a tu madre y comprende que ella es una de las formas de Dios. Ella está aquí para darte la disciplina que precisas. Mírala cada día, e intenta entender hasta qué punto ves a tu madre y hasta qué punto ves a Dios”. Desde aquel día el discípulo practicó el desapego. Cuando hablaba con su madre, comenzaba a practicar que estaba hablando con Dios, con una forma de Dios. De forma que, al principio, cuando hablaba con su madre, tenía el 1% de conciencia de Dios y el 99% de conciencia de su madre. Algunos días después, alcanzó el 10% de conciencia de



Dios y el 90% de conciencia de su madre. Algunas veces tenía el 50% de conciencia de Dios y otras veces el 80%, 90%, 99% de conciencia de Dios y el 1% de conciencia de su madre y, más tarde, el 100% de conciencia de Dios, y ya no estaba la madre. Inmediatamente, ¿sabéis qué ocurrió? La madre salió una noche oscura, le mordió una serpiente y murió. Esta es una pequeña historia de la escritura sagrada *Srimad Bhagavata* sobre la disciplina espiritual y la práctica del desapego.

Para tener desapego debemos practicar la compasión. El desapego no significa actuar sin corazón o eludir las propias responsabilidades. Si vine al mundo a través de mis padres, educado por ellos, financiado por ellos, y después de que ya he crecido, digo: “No existe madre ni padre, ni tampoco hijo, todas estas relaciones son falsas”, eso es excesivo. Desde el comienzo, las relaciones no son falsas, aunque son condicionantes. Así que, desde el principio, practiquemos para comprender en qué consisten las relaciones y el parentesco. Nos estamos beneficiando de las relaciones. Sacrifiquemos también nuestra idea de parentesco. Este es uno de los conceptos de sacrificio. En nombre del desapego, es de esperar que practiquemos ciertas fases de sacrificio y hagamos servicio a los demás. ¿Por qué razón el marido ayuda a la esposa cuando está enferma? ¿Por qué motivo la esposa ayuda al marido cuando está enfermo? Si hubieran de ser remunerados, no estarían motivados para ayudarse el uno al otro. ¿Cuál es el significado de lo que llamamos simpatía, compasión y amor? Hay palabras que se utilizan siempre que el servicio está presente, es decir, conciencia desinteresada. Así, cuando no existe motivo alguno en la mente, lo llamamos servicio, verdadero servicio.

Finalmente, está el concepto más grande de sacrificio. Se dice que la creación comenzó en la forma del despertar, y había algunos seres despiertos. Son los llamados *devas* o ángeles o arcángeles. De repente, se encontraron haciendo algo, igual que nosotros cuando nos despertamos por la mañana. Comenzaron a diseñar el proyecto de la creación. Trajeron la creación a la existencia. ¿De dónde? Despertaron del gran cuerpo del Ser Eterno. Y en el Trasfondo del mismo cuerpo del Gran Ser Eterno planificaron la creación: las galaxias, los sistemas solares, los planetas, los átomos, los seres vivos y los seres humanos. Lo sacaron todo de este Gran Ser, que es eterno. Cortaron a ese Gran Ser en pedazos y produjeron las galaxias. Desmenuzaron a ese Gran Ser en trocitos pequeños e hicieron los sistemas solares. Así que aquí tenemos el gran sacrificio en el que la víctima propiciatoria del Trasfondo, al que llamamos Dios, el Principio Eterno o Existencia Eterna es sacrificado una y otra vez, y así venimos nosotros a la existencia. En cada momento el sacrificio de la Conciencia de Dios nos trae el nacimiento de la conciencia del hombre. Es decir, la pérdida de la Conciencia del



Trasfondo es para conseguir la conciencia individual. Despertamos una vez más en la conciencia individual o localizada, porque la completa conciencia del Trasfondo se sacrifica a sí misma en nuestra conciencia limitada. De esta forma existimos. Esta es la razón por la que cada uno de nosotros está en deuda con la conciencia del Trasfondo, puesto que vivimos en ella. Nuestro deber es realizar alguna forma de sacrificio, porque hemos nacido del sacrificio de la conciencia del Trasfondo. Y tenemos que sacrificarnos a nosotros mismos completamente en esa conciencia del Trasfondo y hacer algo en su nombre por todos sus seres. Este es el más grandioso de todos los conceptos de sacrificio. Se espera que recordemos este concepto, este espíritu de sacrificio. En uno de los poemas del *Rig Veda (Purusha Sukta)*, el himno que canta la gloria de *Purusha (Purusha significa la Persona Cósmica)*, dice:

“El gran Trasfondo al que llamamos la Persona Cósmica dio a luz a las personas cósmicas, y cada cosmos dio a luz a millones y millones de sistemas solares, cada uno de los cuales es una personalidad solar. Cada sistema solar dio nacimiento a sus planetas, que son personalidades planetarias. Cada planeta dio a luz a millones y millones de átomos, que son personalidades atómicas, y cada átomo comenzó su propia historia de llevar a cabo la evolución, en medio de la cual estamos los seres humanos”.

Recordemos este concepto de sacrificio. Vivamos en ese espíritu de sacrificio.

En los últimos momentos, no nos sintamos desalentados porque nos estemos muriendo, comprendamos que este cuerpo y su materia van a volver a la misma fuente de la que se tomó prestado. Recordemos que somos eternos: antes vivíamos, ahora vivimos y después continuaremos viviendo. Seamos felices ahora y siempre con este mensaje. Este es el conocimiento que nos protege para no ser afectados por el entorno. Este es el conocimiento eterno. Este es el concepto de sacrificio.

(Pausa...) pero tenemos un alba y un crepúsculo a esos efectos en nosotros. De forma similar, la conferencia entera ha estado dirigida y eso es sólo para demostrar la validez de esta afirmación. He citado a menudo las escrituras sagradas y a los grandes poetas, incluido Rabindranath Tagore. He citado también el poema del *Rig Veda*. Simplemente, para probar su validez. Esto es una gran alegría y debíamos también encontrar una gran alegría en sacrificarnos a nosotros mismos a Él y vivir una vida dedicada y ofrecida a Él. (MENSAJES II, Qué es servicio y el significado de sacrificio, 176-183 – EKKIRALA KRISHNAMACHARYA).



¿Qué es la vida? Centenares de las mentes más filosóficas y una miríada de médicos eruditos y muy hábiles, se han hecho esta pregunta, la cual aún queda en suspenso. El velo que cubre al Kosmos primordial y los principios misteriosos de la vida de éste, jamás se han descornado de forma que satisfaga a la ciencia honrada y seria.

Mientras más los científicos autorizados tratan de penetrar las anfractuosidades cósmicas oscuras, más intensas se vuelven estas tinieblas, ofuscándoles la vista. Podríamos compararlos con los buscadores de tesoros que vagaron por los mares a fin de encontrar lo que estaba sepultado en su jardín.

Entonces, ¿qué es esta ciencia? ¿Es la biología o el estudio de la vida en su aspecto general? No. ¿Es la fisiología o la ciencia de la función orgánica? Tampoco; ya que la primera deja el problema como el enigma de la Esfinge y la segunda es más la ciencia de la muerte que de la vida. La fisiología se basa en el estudio de las distintas funciones orgánicas y de los órganos necesarios para que la vida se manifieste. Sin embargo, lo que la ciencia llama materia viva es, en realidad, materia muerta. Cada molécula de los órganos vivientes contiene el germen de la muerte y empieza a fallecer en el momento en que nace, dando la oportunidad de vivir a su molécula sucesora, la cual perecerá también. Un órgano, una parte natural de cada ser viviente es, simplemente, el medio de alguna función particular en la vida y es una combinación de dichas moléculas. El órgano vital, el entero, se pone la máscara de la vida, ocultando el constante decaimiento y la muerte de sus partes. Por lo tanto, el binomio biología y fisiología no es la ciencia, ni siquiera la rama de la Ciencia de la Vida, sino sólo la ciencia de las apariencias de la vida. Mientras la verdadera filosofía es como Edipo delante de la Esfinge de la vida y no se atreve a pronunciar la paradoja contenida en la respuesta al enigma proferido, la ciencia materialista, arrogante como siempre, sin dudar por un momento de su sabiduría, se "biologiza" a sí misma ya muchos otros en la creencia de que ha resuelto este grandioso problema de la existencia. En realidad, es probable que jamás se haya acercado, ni siquiera, a su umbral. Seguramente, nunca podrá promover la verdad, tratando de engañarse a sí misma y a los incautos diciendo que la vida es simplemente el resultado de la complejidad molecular. ¿Es la fuerza vital realmente un simple "fantasma", según la define Du-Bois Raymond? Ya que su invectiva de que la "vida", como algo independiente, es sólo un remanso de la ignorancia de los que buscan refugio en las abstracciones cuando es imposible alcanzar una explicación directa, se aplica con mucha más intensidad y justicia a esos materialistas dispuestos a obcecar la gente a la realidad de los hechos, sustituyéndolos con palabras altilocuentes. Una de las cinco divisiones de las funciones de la vida, cuyos nombres pretenciosos



son: Archebiosis (origen de la vida), Biocrosis (fusión de la vida), Biodiaeresis (división de la vida), Biocaenosis (renovación de la vida) y Bioparodosis (transmisión de la vida), ¿ha, acaso, jamás ayudado a un Huxley o a un Haeckel a hurgar más plenamente el misterio de las generaciones de la humilde hormiga, por no hablar del ser humano? Es cierto que no; ya que la vida y todo lo que le pertenecen, es parte integrante del dominio legal del metafísico y del psicólogo y la ciencia física no puede reclamarlo. "Lo que ha sido es lo que será y lo que ha sido ya tiene un nombre: Hombre." Esta es la respuesta al enigma de la Esfinge. Pero en tal caso, el término "hombre" no se refiere al ser físico, por lo menos cuando hablamos desde el punto de vista esotérico. Los escalpelos y los microscopios pueden solucionar los misterios de las partes materiales de la vestidura del ser humano, pero jamás podrán abrirse una ventana en su alma para asomarse a la vista más pequeña de alguno de los horizontes más amplios del ser.

Los únicos pensadores que reciben alguna recompensa son los que, ateniéndose a la frase del oráculo délfico, han conocido la vida en sus yoes internos, estudiándola meticulosamente en sí mismos antes de tratar de delinear y analizar su reflejo en sus vestiduras externas. Análogamente a los filósofos del fuego medioevales, han soslayado las apariencias de la luz y del fuego en el mundo de los efectos, concentrando su plena atención sobre los entes arcanos productores. Entonces, al percatarse de que se remontaban a la causa abstracta, han probado a sondear el Misterio, cada uno en conformidad con sus capacidades intelectuales. Así se cercioraron de que el mecanismo, aparentemente vivo, llamado hombre físico, es meramente el combustible, el material con el cual la vida se alimenta para poder manifestarse y,

1) 2) mediante éste, el ser interno recibe, como recompensa, la posibilidad de acumular ulterior experiencia de las ilusiones terrenales llamadas vidas.

Uno de dichos filósofos es, innegablemente, el gran novelista y reformador ruso: Conde León Tolstoi. El estudio de algunos fragmentos de una conferencia que presentó a Moscú delante de la Sociedad Psicológica local demostrará cuán cercanas son sus ideas con las enseñanzas esotéricas y filosóficas de la Teosofía superior.

El Conde, hablando del problema de la vida, invita a su audiencia a admitir, en gracia al argumento, una imposibilidad.

El orador dice:

"Supongamos, por un momento, que todo lo que la ciencia moderna anhela aprender sobre la vida ya lo aprendió y ahora lo sabe; que el problema se ha



convertido tan diáfano como el día; que se ha aclarado el asunto de cómo la materia orgánica, mediante una simple adaptación, procede de la materia inorgánica; que es cristalino como las fuerzas naturales pueden transformarse en sentimientos, voluntad, pensamiento y que, al final, todo esto es consabido no sólo por el estudiante urbano; sino por el escolar campesino.

Así, estoy consciente de que tal y tal pensamiento y sentimiento deriva de tal y tal movimiento. Bien: ¿y luego qué? ¿Puedo o no puedo producir y guiar tales movimientos para poder estimular en mi cerebro los pensamientos correspondientes? La cuestión: cuáles son los pensamientos y los sentimientos que debería generar en mí y en los demás, sigue, no sólo sin resolverse, sino que intocada.

Todavía esta cuestión es la interrogante fundamental acerca de la idea central de la vida.

La ciencia ha elegido como su objetivo unas pocas manifestaciones que acompañan a la vida y, confundiendo (1) la parte por el entero, ha llamado estas manifestaciones la vida en su totalidad [...]

La cuestión indisoluble desde la idea de la vida, no es de donde procede esta última, sino ¿cómo se debería vivirla? Sólo usando esta pregunta como punto de partida, es posible esperar llegar a alguna solución en el problema de la existencia.

La respuesta a la interrogante: '¿Cómo deberíamos vivir?', parece muy simple para la persona que no la estima digna de consideración.

[. . .] Uno debe vivir lo mejor que puede y basta. A primera vista parece simple y de dominio público, sin embargo no es tan sencillo, ni consabido como uno puede imaginar [. . .]

Al principio, para el ser humano, la idea de la vida parece un asunto muy simple y evidente. En primer lugar, considera que la vida reside en sí mismo, en su cuerpo. Sin embargo, tan pronto como uno empieza a buscar esa vida en algún sitio particular del cuerpo, incurre en dificultades. La vida no está en el pelo, en las uñas, en el pie, en el brazo, ambos amputables, no está en la sangre, en el corazón, ni en el cerebro. Está por todas partes y por ningún lado. En síntesis: la Vida no es localizable en ninguna de sus moradas. Entonces, el ser humano empieza a buscar la vida en el Tiempo. También esto, al principio, parece un asunto simple [. . .] Sin embargo, cuando empieza su búsqueda, percibe que la cuestión es más complicada de lo que pensaba. Según mi documento bautismal



he vivido 58 años, pero sé que de entre estos 58, he pasado durmiendo al menos 20.

¿Entonces cómo? ¿He vivido todos estos años o no? ¿Si deducimos los meses de gestación y aquellos pasados en los brazos de la nana deberíamos llamarlos también vida? Nuevamente, de entre los remanentes 38 años, sé que una mitad de ese tiempo la pasé durmiendo, aun siendo activo y por lo tanto, en este caso, no puedo decir si durante tal lapso viví o no.

Puede haber sido un alternarse entre la vida y el estado vegetativo. Nuevamente, uno se percató de que la vida, tanto en el tiempo como en el cuerpo, se encuentra por todas partes y en ningún lado. Entonces, surge naturalmente la cuestión: ¿de dónde proviene esa vida que no puedo reconducir a ninguna parte? Ahora empezaré a aprender [. . .] Sin embargo, aun en esta coyuntura, lo que al principio me parecía simple, ahora parece imposible. No cabe duda que estuve buscando algo distinto de la vida. Entonces, una vez que debemos ir en pos de los paraderos de la vida, si buscar debemos, no habría que dirigirse hacia el espacio ni el tiempo, ni siquiera a la causa y al efecto, sino que deberíamos seguir a algo que conozco en mí, independiente de espacio, tiempo y causalidad.

Lo que nos queda por hacer es estudiar el yo. ¿Pero cómo puedo conocer la vida en mí?

He aquí como: en primer lugar, sé que soy vivo y vivo deseando para mí todo lo que es bueno. Deseo esto desde que tengo conciencia de mí y persiste de día y noche. Todo lo que vive fuera de mí es importante a mis ojos sólo si coopera con la creación de lo que produce mi bienestar. Considero que el universo es relevante sólo porque puede deleitarme.

Mientras tanto, algo más se intercala al conocimiento interno de mi existencia. Hay otra percepción que es inseparable de la vida que siento y es también su aliada: además de mi persona, me rodea un mundo entero de criaturas vivientes que, al igual que yo, se percatan, instintivamente, de sus vidas exclusivas y todas estas criaturas viven por sus objetivos ajenos a mí, al mismo tiempo ellas ignoran y ni siquiera les interesa, saber algo de mis pretensiones para una vida exclusiva y, todas estas criaturas, a fin de llenar con éxito sus objetivos, están dispuestas a aniquilarme en cualquier momento. Esto no es todo. Mientras observo la destrucción de criaturas parecidas a mí, estoy consciente de que se me depara, también, un rápido e inevitable decaimiento, aunque me sienta tan precioso y el único en el cual la vida es representada.



Es como si en el ser humano residiesen dos "yoes" que jamás pueden cohabitar en paz. Es como si librarán un combate incesante, tratando de expulsarse mutuamente.

Un "yo" dice: "Soy el único que vive como se debería, todos los demás sólo parecen vivir. Así, la razón por la cual el universo existe, es para que pueda sentirme cómodo."

El otro "yo" replica: "El universo no existe para tí, sino por sus metas y propósitos y no le interesa mucho saber si eres feliz o infeliz."

¡Después de esto la vida se convierte en una cosa asombrosa!

Un "yo" dice: "Quiero gratificar todos mis deseos, por eso necesito el universo."

El otro "yo" contesta: "Toda la vida animal existe sólo para gratificar sus deseos. Sólo los deseos de los animales se gratifican a expensas de otros animales. De ahí la lucha incesante entre las especies animales. Eres un animal y por lo tanto debes pelear. Sin embargo, a pesar del éxito ganado en tu batalla. el resto de las criaturas que luchan deben, a la larga, aplastarte."

¡Peor aún! La vida se hace más asombrosa [...] La cosa más terrible de todas, la síntesis de lo antedicho, es que:

Un "yo" dice: "Quiero vivir, vivir para siempre."

El otro "yo" contesta: "Quizá mueras dentro de unos minutos, así como perecerán tus seres queridos; ya que tú y ellos, en cada movimiento, estáis destruyendo vuestras vidas y por lo tanto os acercáis, siempre más, al sufrimiento ya la muerte, lo que odias y temes más que todo."

Esto es lo peor [. . .]

Cambiar tal condición es imposible [. . .] Se puede evitar el movimiento, el descanso, la comida y aun el respiro, pero no podemos abstraernos del pensamiento. Uno piensa y ese pensamiento, mi pensamiento, está emponzoñando cada paso de mi vida como personalidad.

Tan pronto como un ser humano ha empezado a vivir conscientemente, esa conciencia empieza a repetirle, sin cesar, la misma cosa: "Ya no es posible vivir la existencia que sentiste y viste en tu pasado, la vida de los animales y de muchos seres humanos, vivida de esa forma que te indujo a ser lo que eres ahora. Si trataras de hacerlo, jamás podrías abstraerte a luchar con todo el mundo de criaturas que viven como tú: por sus objetivos personales y entonces, estas criaturas, inevitablemente, te destruirán." [...]



Cambiar dicha situación es imposible. No nos resta más que una cosa, que es lo que hace la persona que, empezando a vivir, transfiere sus objetivos de la vida fuera de sí, proponiéndose alcanzarlos. [. . .] A pesar de lo distante que los coloque de su personalidad, tan pronto como su mente se aclara, ninguno de estos objetivos lo satisfarán.

Bismarck ha unido Alemania y ahora gobierna a Europa. Si su razón ha irradiado un poco de luz sobre los resultados de su actividad, debe percibir, al igual que su cocinero que prepara una cena que dentro de una hora ya será devorada, la misma antinomia sin resolver entre la vanidad y la insensatez de toda su obra y la eternidad y la racionalidad de lo que existe para siempre. Si ellos pensaran en esto, ambos se percatarían de lo siguiente, en primer lugar: la integridad de la cena de Bismarck se debe a la policía, mientras la integridad de Alemania al ejército, siempre que ambos: Bismarck y el cocinero, se mantengan vigilantes. Todo esto porque hay personas muertas de hambre que comerían de buen grado dicha cena y naciones que se alegrarían de ser tan poderosas como Alemania. En segundo lugar, se darían cuenta de que la cena de Bismarck y el portento del imperio teutónico no coinciden con las metas y los propósitos de la vida universal, sino que son tajantemente antitéticos con ellos. En tercer lugar, ya sea el cocinero o el poderío alemán morirán en breve tiempo, por lo tanto, a la cena en cuestión ya Alemania se les depara el mismo destino. El único que sobrevivirá es el Universo, el cual jamás pensará en la cena ni en Alemania y, aun menos, en los que la cocinaron.

Cuando la condición intelectual humana crece, el individuo se da cuenta de que ninguna felicidad conectada con su personalidad es un logro, sino sólo una necesidad. La personalidad es sencillamente ese estado incipiente de la vida y el límite último de ésta [...] Se me preguntará: ¿Dónde comienza y dónde termina la vida? ¿Dónde acaba la noche y dónde empieza el día? ¿Dónde, en la orilla, termina el dominio del océano y comienza el de la tierra? Hay día y hay noche; hay tierra y hay mar, hay vida y hay ausencia de vida.

Nuestra vida, desde que nos hicimos conscientes de ella, es un movimiento pendular entre dos límites.

Un límite es el desinterés absoluto por la vida del Universo infinito, una energía dirigida simplemente hacia la gratificación de la propia personalidad.

El otro límite es una renuncia completa de esa personalidad, el interés más profundo por la vida del Universo infinito, en plena armonía con él, el traspaso de todos nuestros deseos y buena voluntad desde uno mismo hacia ese Universo infinito y todas las criaturas fuera de nuestro perímetro.(2)



Mientras más nos acerquemos al primer límite, menos vida y dicha hay. Mientras más gravitemos hacia el segundo límite, más vida y dicha hay. Por ende, el ser humano siempre oscila de un extremo al otro: vive. Este movimiento es la vida misma.

Cuando hablo de la vida me estoy refiriendo, en mis concepciones, a la idea que está indisolublemente ligada con la de la vida consciente. No conozco, ni hay nadie que conozca, otro tipo de vida que no sea la vida consciente.

Con el término vida aludimos a la de los animales ya la vida orgánica. Pero ésta no es la vida; sólo es cierto estado o condición de vida que se nos manifiesta.

¿Qué es esta conciencia o mente, cuyas exigencias excluyen a la personalidad, transfiriendo la energía del ser humano fuera de él y en ese estado que para nosotros es el estado dichoso del amor?

¿Qué es la mente consciente? Cualquier cosa que queramos definir, hay que definirla con nuestra mente consciente. Entonces, ¿con qué definir a la mente? [. . .]

Si debemos definir todo con nuestra mente, es obvio que la mente consciente no puede definirse. Sin embargo, nosotros, no sólo la conocemos, sino que es la única cosa que conocemos realmente.

Es la misma ley como la de la vida, de todo lo orgánico, lo animal o lo vegetal, con la única diferencia que vemos la realización de una ley inteligente en la vida de una planta. Sin embargo, no vemos la ley de la mente consciente a la cual estamos sujetos, así como el árbol está sujeto a su ley, sino que la cumplimos [...]

Hemos convenido que la vida es lo que no es nuestra vida. Aquí acecha la raíz del error. En lugar de estudiar esa vida, de la cual estamos conscientes dentro de nosotros de forma absoluta y exclusiva; ya que no podemos conocer nada más, observamos lo que está desprovisto del factor y de la facultad más importantes de nuestra vida: la conciencia inteligente. Al comportarnos de esta forma actuamos como el estudiante de un objeto que se vale de su sombra o reflejo para llevar a cabo el estudio.

Si sabemos que, durante la transformación de las partículas de la sustancia, ellas están sujetas a la actividad del organismo, no depende del hecho de que hemos observado o estudiado tal proceso; sino, simplemente, porque poseemos cierto organismo familiar que está unido a nosotros: el organismo de nuestro animal, que conocemos muy bien como el material de nuestra vida, sobre el cual es nuestro deber trabajar y gobernar, sometiéndolo a la ley de la razón [. . .] Tan pronto como el ser humano ha perdido su fe en la vida, tan pronto como ha



transferido esa vida en lo que no es vida, se convierte en un infeliz y ve la muerte [...] Aquél que concibe la vida tal como la encuentra en su conciencia, desconoce la infelicidad y la muerte; ya que para él, todo lo bueno de la vida estriba en la supeditación de su aspecto animal a la ley de la razón. Hacer lo cual no sólo está en su poder; sino que acontece en él inevitablemente. Estamos familiarizados con la muerte de las partículas en el ser animal. Conocemos la muerte de los animales y del ser humano como animal, pero ignoramos la muerte de la mente consciente y no podemos saber algo de esto porque esa mente consciente es la vida misma y la Vida jamás puede ser Muerte [. . .]

El animal vive feliz, no ve la muerte, la desconoce y perece sin darse cuenta. ¿Por qué el ser humano debería haber recibido el don de verla y conocerla y por qué la muerte debería ser tan terrible para él, al grado que le tortura el alma, induciéndolo, a menudo, a suicidarse por el mero miedo a la muerte? ¿Por qué debería ser así? Porque el ser humano que ve la muerte es un enfermo, ha infringido la ley de su vida y ha cesado de vivir una existencia consciente. Se ha convertido en un animal, un animal que ha también infringido la ley de la vida.

La vida del ser humano es una aspiración a la dicha ya él se le entrega el objeto de su anhelo. La luz alumbrada en el alma humana es la dicha de la vida y esta luz jamás podrá ser tinieblas; ya que para el ser humano existe, en verdad, sólo esta luz solitaria que arde en su alma.”

* * *

Hemos traducido este largo extracto del relato de la magnífica conferencia del Conde Tolstoi, porque es eco de las enseñanzas más sublimes de la ética universal de la verdadera teosofía. Su definición de la vida en el sentido abstracto y de la vida que cada teósofo serio debería seguir conforme y en la medida de sus capacidades naturales, es la síntesis y el Alfa y Omega de la vida práctica psíquica, como también la vida espiritual. La conferencia contiene frases que para el teósofo medio parecerán demasiado nebulosas y quizá incompletas. Sin embargo, no encontrará ninguna que el ocultista práctico más exigente impugne. Podríamos llamarlo un tratado sobre la Alquimia del Alma; ya que la luz "solitaria" en el ser humano que arde perpetuamente y que jamás puede ser tiniebla en su naturaleza intrínseca, aunque el "animal" fuera de nosotros puede no percibirla, es esa "Luz" acerca de la cual han sido escritos volúmenes por los Neoplatónicos de la escuela alejandrina y, después de ellos, por los Rosacruces y especialmente los Alquimistas, si bien actualmente, su verdadero sentido es un misterio oscuro para la mayoría de la gente. **Es cierto que el Conde Tolstoi no es un alejandrino ni un teósofo moderno y aun menos un Rosacruz o un Alquimista. Sin embargo, el gran pensador ruso transfiere, del campo de la**



metafísica al de la vida práctica, lo que éstos han ocultado bajo una fraseología particular de los filósofos del Fuego, confundiendo a propósito las transmutaciones cósmicas con la Alquimia Espiritual. El Conde Tolstoi, sin dejar el plano terrenal, ha reunido todo lo que Schilling definiría como un percatarse de la identidad del sujeto y el objeto en el Ego interno humano, eso que une y cohesionan el Ego con el Alma universal, que es simplemente la identidad del sujeto y el objeto en un plano superior o la Deidad desconocida.

Tolstoi es uno de esos pocos electos que empiezan con la intuición y terminan con una parcial omnisciencia. Ha alcanzado la transmutación de los metales inferiores, la masa animal, en oro y plata o la piedra filosofal, el desarrollo y la manifestación del Yo superior del ser humano. El alcahest del Alquimista menor es el All-geist, el Espíritu Divino omniabarcante del Iniciado superior; ya que, como pocos hoy en día saben, la Alquimia era y es una filosofía espiritual y una ciencia física. Aquel que desconoce la primera, no sabrá mucho de la segunda. Aristóteles, hablando a su discípulo Alejandro sobre la piedra filosofal, le dijo lo siguiente: "No es una piedra, se encuentra en cada ser y en todo lugar, en todas las estaciones y se le llama el fin de todos los filósofos", así como la Vedanta es el fin de todas las filosofías. Como epílogo a este ensayo sobre la ciencia de la Vida, agregamos unas palabras acerca del enigma eterno que la Esfinge profirió a los mortales. No lograr resolver el problema que contenía, implicaba ser destinado a una muerte segura; ya que la Esfinge de la vida devoraba al ser no intuitivo que vivía sólo en su "animal." Aquél que vive para la personalidad y sólo por ella, fallecerá seguramente, como le dice el "Yo superior" al yo inferior o "animal", en la conferencia de Tolstoi. El enigma consta de siete claves y el Conde penetra el misterio con una de las más elevadas, dado que, según el bello párrafo del autor de la "Filosofía Hermética": "El auténtico misterio más familiar y al mismo tiempo más desconocido para cada ser humano, en el cual debe iniciarse o perecer como un ateo, es él mismo. Para él es el elixir de la vida, cuya libación antes del descubrimiento de la piedra filosofal implicaría beber el líquido de la muerte, el cual confiere al adepto y al eoptes la verdadera inmortalidad. Puede conocer la verdad en su autenticidad, Aletheia, el aliento de Dios o la Vida, la mente consciente en el ser humano. Este es el "Alcahest que disuelve todo" y el Conde Tolstoi ha comprendido bien el enigma.

NOTAS

(1) "Confundir" es un término erróneo en este caso, porque los científicos saben muy bien que su enseñanza acerca de la vida es una ficción materialista que la lógica y el hecho contradicen a cada paso.



En esto, la ciencia es abusada; ya que se emplea para servir a las nociones personales de los científicos ya la actitud determinada para sofocar en la humanidad toda aspiración y pensamiento espiritual. Sería más correcto decir: "pretenden confundir", - H.P.B.

(2) Esto es lo que los teósofos llamarían "vivir la vida." -H.P.B.

(COLLECTED WRITINGS –versión digital- “La ciencia de la vida”, publicada en Lucifer de noviembre 1887 – H.P. BLAVATSKY).

. . . “Después de tener en cuenta los males que son naturales y no pueden ser evitados –y son tan pocos que yo reto a toda la hueste de metafísicos occidentales a que los llamen males, o que los conduzcan directamente a una causa independiente –, señalaré el mayor y principal motivo de casi los dos tercios de los males que persiguen a la Humanidad desde que éste se convirtió en poder: es la religión, cualquiera que sea su forma, y en la nación que sea; es la casta sacerdotal, el clero y las Iglesias; en esas ilusiones que el hombre tiene como sagradas, es donde se tiene que hallar el origen de esa multitud de males, los cuales son la mayor maldición de la Humanidad y de casi todas las agresiones del género humano.

La ignorancia creó a los Dioses, y los astutos aprovecharon la oportunidad. Miremos la India, el Cristianismo, el Islamismo, el Judaísmo, y el Fetichismo. Es la imposición por parte de los sacerdotes lo que hace aparecer a esos Dioses tan terribles para el hombre. La religión ha convertido a éste en un hipócrita egoísta: el fanático que odia a todo hombre que no pertenezca a su propia secta sin otorgarle nada mejor ni más moral a cambio. Es la creencia en Dios y los Dioses, lo que ha convertido a las dos terceras partes de la Humanidad en esclavos de unos pocos, de aquellos que les engañan bajo la falsa pretensión de salvarlos. ¿No está el hombre siempre dispuesto a cometer cualquier clase de males si se le dice que su Dios o Dioses se lo piden?; víctima voluntaria será de un Dios engañoso, esclavo y abyecto de sus artificiosos ministros.

Los campesinos irlandeses, italianos y eslavos morirían de hambre y verían a su familia sucumbir de inanición y desnuda, por alimentar y vestir a su “padre” y Papa. Durante dos mil años la India gimió bajo el peso de las castas, los brahmanes sólo se alimentaban de las riquezas de la tierra, y hoy los seguidores de Cristo y los de Mahoma se despedazan entre ellos, en el nombre de y por el engrandecimiento y la gloria de sus respectivos mitos.



Recuerden que la suma de las miserias humanas no disminuirá hasta el día en que la mejor parte de la Humanidad destruya los altares de sus falsos dioses en nombre de la Verdad, Moralidad y Caridad Universal.”

En un mundo de ilusión dirigido por la ley de la evolución, nada sería más natural que los ideales del Hombre (entendiendo a éste como la totalidad del género humano) estuvieran siempre cambiando. Una parte de la Naturaleza le rodea, esa proteica y siempre cambiante Naturaleza, y así como cada una de sus partículas es transformada incesantemente, mientras que el armonioso cuerpo permanece como un todo, siempre el mismo, el hombre estará continuamente cambiando, física, intelectual, moral, espiritualmente. En un momento dado, se encontrará en el punto más alto del desarrollo; en otro, en el más bajo. Y como alternativamente sube y baja tanto, su moral natural se expandirá y contraerá; así su código de moral unas veces reunirá los más nobles, altruistas y elevados ideales, mientras que en otras, la conciencia que lo dirige no será sino el reflejo del egoísmo, la brutalidad y la falta de fe. Pero esto, solamente es en lo externo, en el plano ilusorio. En su interior, o mejor dicho en su constitución *esencial*, tanto la Naturaleza como el hombre son lo mismo, porque su esencia es idéntica. Todo nace, se desarrolla y se dirige hacia la perfección en la matriz donde se originó su percepción externa, o como dijo un filósofo “siempre llegando a”.

Pero en el último extremo de la esencia espiritual, todo es y por lo tanto permanece inmutable. Todo va hacia esa *Esencia* eterna, adonde cada cosa y cada ser tienden gradualmente, de manera casi imperceptible, pero con tanta seguridad como el Universo poblado de estrellas y mundos se mueve hacia un misterioso punto, al que la Astronomía aún no ha dado nombre, y que es llamado por los ocultistas el *Sol Central Espiritual*.

Es señalado en casi todas las épocas históricas que un vasto intervalo –casi un vacío – dista entre el ideal de perfección y su aplicación práctica. A pesar de esto, cada cierto tiempo aparecieron en la Tierra grandes genios que enseñaron a la Humanidad a mirar más allá del velo de la ilusión, y el hombre aprendió que ante él no existía un abismo infranqueable, sino que la providencia que guía a la humanidad es quien, mediante sus más altas y espirituales razas, ha de rellenar cada vez más el gran hueco, en cada ciclo venidero. Pues, como una unidad, cada hombre tiene la facultad de poder llenar ese vacío con su propio mito. Sí, todavía existen hombres que, a pesar del presente estado caótico del mundo moral y los tristes despojos de los más altos ideales humanos, persisten en creer y enseñar que el actual *ideal* de perfección humano no es un sueño, sino una ley de naturaleza divina; y que la Humanidad aún deberá esperar quizás millones de años hasta que llegue el día en que se transforme en *una raza de dioses*.



Mientras tanto, los periódicos ascensos y descensos de la naturaleza humana en su aspecto exterior apartan al hombre de su posición, pues la percepción media de la Humanidad es demasiado débil para ver que ambos procesos ocurren cada vez en un nivel más elevado que el precedente. Pero para tales transformaciones no siempre se necesitan siglos, pues algunos cambios externos son forjados por veloces fuerzas activas –por ejemplo: guerras, nuevas teorías, epidemias, devastación por hambre o fanatismo religioso –, y por lo tanto, las masas ciegas imaginarán que el hombre fue, es, y será el mismo. A nuestros ojos, la humanidad es como nuestro globo, aparentemente estacionario; sin embargo ambos se mueven en el espacio y en el tiempo con velocidad semejante, alrededor de sí mismos y *avanzando*.

Además, cualquiera que sea el fin de esta evolución, el hombre era desde el nacimiento de su conciencia, y todavía lo es, el vehículo de un espíritu dual, el bien y el mal. Como las hermanas gemelas del gran poema póstumo de Víctor Hugo, *Satanás* –la progenie surgida respectivamente de la Luz y las Tinieblas –, el ángel “Libertad” y el ángel “Isis-Lilith”, han escogido al hombre como habitáculo en la Tierra, y ambos están en eterna disputa dentro de él.

Las Iglesias dicen al mundo que “el hombre nace en pecado”, y San Juan (I *Epístola* III, 8) agrega que: “Aquel que cometa pecado es del mal, pues el mal pecó, desde el principio”. Aquellos que todavía creen en la fábula de “la costilla y la manzana”, y en «Satanás» –el ángel rebelde creen como consecuencia, por supuesto, en un Diablo personal como contraste –en una religión dualista –un Dios personal. Nosotros, filósofos esoteristas, no creemos en ninguno. Vamos, quizás, más allá de la letra muerta de la Biblia. Pues decimos que, como entidades *extracósmicas*, no hay diablo ni dios; no obstante ambos existen. Y añadimos que ambos habitan en la Tierra, en el hombre, *el verdadero hombre en sí mismo*, que es –como un ser físico –el diablo, el verdadero vehículo del *mal*, y – como una entidad espiritual –es Dios o el *bien*. Por lo tanto, al decirle a la Humanidad “tú tienes el diablo en ti” se dice tanto de verdad metafísica como cuando decimos a todos sus hombres “¿No conocéis a ese dios que habita en vosotros?” Ambas declaraciones son ciertas. . Pero nosotros estamos en el punto crítico del gran ciclo social, y es la primera evidencia la que domina ahora. Sin embargo –parafraseando un texto de San Pablo – “hay muchos diablos... pero no hay más que un Satanás”; así, mientras nosotros tenemos una gran variedad de demonios constituyendo colectivamente la Humanidad, hay pocos, si los hay, de tan grandiosos caracteres satánicos como los descritos por Milton, Byron, y recientemente por Víctor Hugo. **Por lo tanto, debido a tal mediocridad, los ideales humanos están cayendo, para permanecer irremplazados; una vida en prosa tan espiritualmente muerta como la niebla de Londres en noviembre, da tanta vitalidad al materialismo brutal y los vicios –de los que**



los siete pecados capitales no serían más que una pequeña parte – como esa niebla fomenta los microbios patógenos.

Ahora raramente encontramos en el corazón humano aspiraciones dirigidas al ideal eterno, sino que, en lugar de ello, cada pensamiento tiende hacia la única y central idea de nuestro siglo, el gran “Yo”, que es para cada uno el único centro posible alrededor del cual todo el Universo está para girar y rodar.

Cuando el emperador Juliano –llamado “el Apóstata” porque, al creer en los grandes ideales de sus antecesores, los Iniciados, no quiso aceptar la antropomorfización –vio por última vez a sus amados Dioses que se le aparecieron, lloró.

¡Ay!, ellos no fueron los brillantes seres espirituales que él había adorado, sino sólo las decrepitas, pálidas y gastadas sombras de los Dioses que tanto amó. Tal vez ellos fueron las visiones proféticas de los ideales desaparecidos de su época, y también de nuestro propio ciclo. Estos “dioses” son ahora considerados por la Iglesia *demonios*, y así son llamados; mientras que quien les guarde un poético y dilatado amor es inmediatamente tachado como un Anticristo y un Satanás moderno.

Bien, Satanás es un término elástico y nadie ha dado todavía siquiera una definición lógica aproximada del significado simbólico del nombre. El primero que lo antropomorfizó fue John Milton, él es un verdadero padre intelectual putativo, como está ampliamente admitido que el teológico Satanás de la Caída es el “Hijo de la Mente” del poeta ciego. Sin sus atributos teológicos y dogmáticos, Satanás es simplemente *un adversario*; no necesariamente un “diablo travieso” o un “perseguidor de hombres”, sino posiblemente también un enemigo del mal. El pudo, de ese modo, convertirse en el Salvador de los oprimidos, un paladín de los débiles y pobres, aplastado por los demonios, menores (los hombres), los demonios de la avaricia, egoísmo e hipocresía. Michelet lo llama el “Gran Desheredado”, y lo acepta en su corazón. El Satanás gigante del concepto poético no es, en realidad, sino el compendio de todos los descontentos y nobles entendimientos de la época. Pero Víctor Hugo fue el primero en comprender la oculta verdad. Satanás, en su poema así llamado, es una Entidad verdaderamente grandiosa, con la suficiente humanidad en él para poder ser comprendido por un intelecto normal.

Entender el Satanás de Milton y de Byron es como intentar apresar un puñado de niebla: no hay nada humano en ellos. El Satanás de Milton pelea con ángeles que son especie de marionetas volátiles, sin espontaneidad, sacadas al escenario de la existencia y la acción por el hilo invisible de la predestinación teológica. El



Lucifer de Hugo entabla una espantosa batalla con sus propias y terribles pasiones, y nuevamente se convierte en Arcángel de la Luz después de las agonías más pavorosas jamás concebidas por una mente mortal ni escritas por una pluma humana. Todos los demás modelos satánicos palidecen ante su esplendor. El *Mefistófeles* de Goethe es un verdadero diablo de la Teología; el Ahrimán del *Manfredo* de Byron es un personaje demasiado sobrenatural que incluso tiene poca afinidad con el elemento humano, y es tan elevado como fue el genio de su creador. Todas estas figuras se empequeñecen ante el Satanás de Víctor Hugo, quien ama tan intensamente como odia. Manfredo y Caín son las *Protestas* encarnadas de los oprimidos, agraviados y perseguidos individualmente, contra el “Mundo” y la “Sociedad” –aquellos demonios gigantes y monstruos salvajes de injusticia colectiva –. Manfredo es el modelo de una voluntad indomable, orgulloso, que no se doblega ante ninguna influencia terrenal o divina, que valora su absoluta libertad de acción por encima de cualquier sentimiento o consideración social, superior a la Naturaleza y a todo lo que hay en ella.

Pero, tanto en Manfredo como en Caín, el sí-mismo, el “Yo”, es siempre prioritario, y no hay una chispa de amor redentor en ellos, sino de miedo. Manfredo tampoco se someterá al universal Espíritu del Mal; todavía permanece solo, cara a cara, con el oscuro oponente de Ahura-Mazda (luz Universal), Ahrimán y sus incontables huestes de la Oscuridad.

Estos modelos nacen de un intenso preguntarse, de un asombro espantoso y atrevida actitud desafiante, pero que no mueve a resentimientos humanos; además, ellos son *sobrenaturales*. Byron nunca pensó en unificar a su Arcángel con aquella chispa imperecedera de amor, la cual constituye –y *debe* constituir – la esencia del “Primer –Nacido” fuera de la esencia homogénea de la eterna Armonía y Luz, y es el elemento de la piadosa reconciliación, incluso en su (según nuestra filosofía) última progenie terrenal, la Humanidad.

La discordia es el compañero de la diferenciación, y Satanás estando en evolución, debe en este sentido, ser un adversario, un contraste, siendo un símbolo de la materia *caótica*. La esencia del amor no puede extinguirse, sino sólo pervertirse. Sin este poder salvador redentor, imbuido en Satanás, simplemente aparecería como un absurdo fracaso, de una omnipotente y omnisciente imbecilidad, lo cual es llamado, muy justamente, de manera desdeñosa, antagonista, por la teología cristiana. Con ello, él se convierte en una Entidad concebible: los *Asuras* de los mitos puránicos, los primeros *alientos* de Brahma quienes, después de pelearse con los Dioses y derrotarles, son finalmente ellos mismos derrotados y después arrojados a la Tierra donde encarnan en la Humanidad. De este modo la Humanidad Satánica se hace



comprensible. Y después de moverse de un lado a otro en su ciclo de pruebas, puede –con las experiencias acumuladas por todo el dolor de la Humanidad – emerger de nuevo a la luz, como la filosofía oriental enseña.

Si Víctor Hugo hubiera vivido para completar su poema, posiblemente con el discernimiento robustecido, habría combinado su concepto satánico con el de las razas arias, las cuales hacen que todos los poderes menores, buenos o malos, nazcan al comienzo y mueran al final de cada “Era Divina”. **Como la naturaleza humana es siempre la misma y, sociológica, espiritual e intelectualmente, la evolución es una cuestión de superación paso a paso, es muy posible que en vez de apresar una unidad del ideal satánico como hizo Hugo, el siguiente gran poeta pueda hacerlo enteramente; haciéndose eco de su generación, con la eterna idea del equilibrio cósmico tan noblemente enfatizado en la mitología aria.**

La primera mitad de este ideal se aproxima suficientemente al ideal humano como para hacer las torturas morales del Satanás de Hugo completamente comprensibles para los filósofos esoteristas. ¿Cuál es el principal tormento de este Anarquista Cósmico? Es la agonía moral causada por tal dualidad en la Naturaleza, el desgarramiento del Espíritu del Mal y la Oposición por el inmortal elemento del amor originario en el Arcángel. Esta chispa de amor divino, de Luz y Armonía, que ningún odio puede descomponer totalmente, le causa una tortura mucho más insoportable que su Caída y exilio por protestar y rebelarse. Esta brillante y celestial chispa, que irradia Satanás en la negra oscuridad de su reinado de noche moral, le hace visible al lector intuitivo. Esto hizo que Víctor Hugo le viera sollozando con una desesperación sobrehumana, de manera que cada gemido estremecía la Tierra de un polo a otro.

Primero, sollozos de ira al no poder él extirpar el amor por la divina bondad de su naturaleza; luego cambiando a un estado de desesperación por ser separado de ese amor divino que tanto anhela. Todo esto es intensamente humano. Este abismo de desesperación es la salvación de Satanás. En esta *Caída* una pluma se desprende de un ala, antes blanca e inmaculada, siendo iluminada por un rayo de resplandor divino, e inmediatamente transformada en un Ser brillante: el Ángel de la libertad. Esta es la hija de Satanás, la hija conjuntamente de Dios y del Ángel Caído, la progenie del Bien y del Mal, de la Luz y de la Oscuridad, y Dios reconoce esta común y “sublime paternidad” que los une. Es la hija de Satanás quien le salva a él. En la cima de la desesperación, al sentirse odiado por la LUZ, Satanás oye las palabras divinas: “No; yo no te odio”, dice la Voz. “Un Angel está entre nosotros, y sus obras te dan prestigio. El hombre sujeto a ti, por ello está ahora liberado”.



“¡Oh Satanás, tu puedes ahora decir: yo viviré!

Ven, el Ángel de la Libertad, es tu hijo y el mío.

¡Esta paternidad sublime nos une...!”

La concepción total es una eflorescencia de idealidad metafísica. Esta blanca flor de loto del pensamiento nace ahora, como en épocas anteriores, de la corrupción del mundo de la materia, generando Protesta y Libertad. Está naciendo entre nosotros mismos y ante nuestros ojos del fango de la civilización moderna, lecho fecundo de virtudes encontradas. En este sucio suelo crecieron los gérmenes que finalmente se convirtieron en protestones que lo niegan todo, ateístas, nihilistas y anarquistas, hombres del terror. Algunos podrán ser malos, violentos, criminales, pero ninguno igualará a Satanás; pero tomando esta descorazonada, desesperada, amargada porción de la Humanidad, colectivamente son Satanás mismo; pues él es la síntesis ideal de todas las fuerzas discordantes, y cada vicio humano por separado o pasión, no son sino un átomo de su totalidad. En lo profundo del corazón de esta humana-satánica totalidad, arde la chispa divina, a pesar de todas las negaciones. Se llama AMOR POR LA HUMANIDAD, una ardiente aspiración por un reino universal de Justicia, de aquí el deseo latente de Luz, Armonía y Bondad. ¿Dónde encontramos tal chispa divina entre los orgullosos y los ricos? En una sociedad respetable y con una correcta ortodoxia, así llamada por los creyentes, no se encuentra sino el predominio de un sentimiento de egoísmo y el deseo de riquezas a expensas del débil y el desposeído, de ahí el paralelismo entre la indiferencia ante la injusticia y el mal. Ante Satanás, la *Protesta* encarnada se arrepiente y reúne con los hombres en una Hermandad común, y todo motivo de protesta habrá desaparecido de la Tierra. Y eso sólo puede ocurrir cuando la avaricia, la marginación y los prejuicios desaparezcan ante elementos de altruismo y justicia para todos. Ahora mismo, la libertad no es sino una palabra vana en todo el mundo civilizado; libertad no es más que un sinónimo solapado de opresión de las gentes en nombre de las gentes y existe para castas, nunca para unidades. Para conseguir el reino de la libertad, tal como lo contempla el Satanás de Hugo, “el Angel de la Libertad” tiene que nacer simultáneamente, por mutuo amor y con el consentimiento de la más elevada clase dominante, y las clases inferiores –los pobres–; en otras palabras, convertirse en prole de Dios y Satanás, y así reconciliar a ambos.

Pero esto es una utopía en el presente. No puede acontecer antes de que las castas de los modernos levitas y su teología –el fruto del Mar Muerto de la espiritualidad –hayan desaparecido; y que los sacerdotes del Futuro hayan declarado ante el mundo entero en las palabras de su Dios:



“Y yo oscurezco la noche siniestra,

y ya no queda nada,

¡Satanás ha muerto, renace, oh

LUCIFER CELESTE!”

(COLLECTED WRITINGS –versión digital- “La caída de los ideales”, publicada en 1889 – H.P. BLAVATSKY).

El hecho de que el mundo se mueva por ciclos y que los sucesos se repitan en él, es una antigua –aunque siempre vigente– verdad irrefutable. En primer lugar, es nueva para la mayoría porque pertenece a un grupo que se caracteriza por aforismos ocultos *in artibus infidelium*, y porque nuestros rabinos y fariseos de hoy en día no aceptarán nada que provenga de esa Nazareth; y en segundo lugar, porque los que creen a ciegas cualquier cosa –siempre que proceda de autoridades ortodoxas y aceptadas – se molestarán por las pequeñeces más insignificantes –siempre que provengan de ambientes filosóficos –. Sin embargo, esta proposición sobre los ciclos del mundo y los sucesos siempre recurrentes, es muy correcta. Además, cualquier persona puede verificarlo fácilmente por sí misma. Naturalmente, las personas a las que aquí se hace referencia actúan según sus propios criterios; no nos referimos a aquellas que están satisfechas con quedar prendidas desde que nacen hasta que mueren por las creencias e ideas de la mojigata mayoría, como un cardo sujeto al faldón de un cura de pueblo.

No podemos estar de acuerdo con un escritor (¿fue Gilpin?), quien dijo que las mayores verdades son rechazadas frecuentemente “no tanto por la carencia de pruebas directas, como por la falta de inclinación a investigarlas”. Esto sólo es aplicable a unos pocos. Nueve de cada diez personas rechazarán las evidencias más contundentes, aun si se les presentan sin que les causen ningún problema a ellos mismos, sólo porque chocan con sus intereses personales o prejuicios; especialmente si proceden de fuentes impopulares. Vivimos en un ambiente altamente moral; dicho así suena muy bien ¿no?

Sin embargo, si sometemos a prueba la moralidad de esta época, en cuanto a autenticidad y realidad, se verá que su naturaleza es como la piel del cómico disfrazado de negro: asumida para la función y la paga, y lavada al término de cada representación. La cruda verdad es que nuestros oponentes –partidarios de la ciencia oficial, defensores de la religión ortodoxa, y los *tutti quanti* de los detractores de la Filosofía –, que pretenden oponerse a nuestra labor basándose en la “evidencia” *científica*, en el “bien público” y la “verdad”, se parecen mucho a



los abogados de nuestros tribunales, mal llamados de justicia. Estos, en su defensa de ladrones y asesinos, de adúlteros y falsarios, creen tener el deber de intimidar con amenazas, de confundir y difamar a todos los que atestiguan contra sus dientes, y de ignorar –o si es posible, suprimir– todas las pruebas que puedan inculparles. Déjese ocupar a la Sabiduría Antigua el puesto de los testigos, y probar que los bienes encontrados al prisionero que está en el banquillo, fueron tomados de su propia caja de caudales; y ella (la Sabiduría) se verá a sí misma acusada de todo tipo de crímenes, siendo afortunada si sale acusada como impostora común y se le dice que “en adelante tendrá que ser mejor...”

¿Cómo sorprenderse entonces de que en esta época nuestra –preeminentemente llena de engaños y apariencias–, las llamadas *enseñanzas* filosóficas parezcan ser hasta el presente el sistema más impopular de todos; o que el materialismo y la teología, la ciencia y la “filosofía moderna” se hayan unido ellos mismos en santa alianza contra los estudios filosóficos, quizás porque todos ellos están basados en pedazos y fragmentos sueltos del sistema primordial? Cotton se queja en alguna parte de que “los metafísicos han estado aprendiendo su lección durante los últimos cuatro (?) milenios”, y que “ya es hora de que empiecen a enseñar algo”. Pero tan pronto se ofrece la posibilidad de tales estudios –con la completa evidencia de que pertenecen a la doctrina más antigua de la filosofía metafísica de la Humanidad–, la mayoría se quejan, y en lugar de escucharlos imparcialmente, se apartan con una sonrisa de desprecio y con la fría observación: “¡Oh, ustedes deben haber inventado todo lo que dicen!”.

Estimados señores, ¿no se les ha ocurrido pensar alguna vez, cuán verdaderamente grande y casi *divino* sería el hombre o la mujer que pudiera inventar o descubrir algo en este momento de la vida de la Humanidad, que no haya sido conocido e inventado en Edades anteriores? El cargo de ser tan gran inventor daría al acusado el derecho a los más altos honores. Muéstrénnos, si pueden, ese mortal que haya enseñado en este ciclo histórico de nuestra Raza humana algo completamente nuevo. El Ocultismo –el verdadero Ocultismo de Oriente, o la llamada Doctrina Esotérica– contesta las arrogantes pretensiones de esta época a través de sus estudiantes más capacitados; todo el conocimiento del que hacen alarde es naturalmente sólo un acto reflejo del pasado. En el mejor de los casos, son ustedes los modernos popularizadores de ideas muy antiguas. Consciente e inconscientemente han despojado a los clásicos y filósofos antiguos, quienes a su vez, habían sido sólo compiladores superficiales de la Sabiduría Primitiva –cautelosos e inconclusos– debido a los terribles castigos que existían por divulgar los secretos de la Iniciación, enseñados durante los Misterios. ¡Fuera! Sus modernas ciencias y especulaciones no son sino los platos *réchauffés* (recalentados) de la Antigüedad: los huesos muertos –servidos con una *sauce*



piquante (salsa picante) de craso materialismo, para enmascararlas – del alimento intelectual de los Dioses. Ragon (1) estaba en lo cierto al decir en su *Maçonnerie Occulte* que “la Humanidad sólo *parece* progresar al lograr un descubrimiento tras otro, cuando en realidad, únicamente encuentra lo que había perdido. La mayoría de nuestras invenciones modernas por las que reclamamos tanta gloria, después de todo, son cosas conocidas por el hombre desde hace tres o cuatro mil años. (2) Perdida a causa de guerras, inundaciones e incendios, toda huella de su misma existencia quedó borrada de la memoria del hombre. Y ahora empiezan a “redescubrirlas” los pensadores modernos una vez más”.

Permítasenos recapitular algunas de estas cosas y de esta manera refrescar la memoria. Nieguen, si pueden, que lo más importante de nuestras actuales ciencias era conocido por los antiguos. No sólo la literatura oriental y todo el ciclo de estas enseñanzas esotéricas –que un cabalista cristiano francés, extremadamente celoso, ha apodado justamente “las ciencias malditas”– llevarán a una negativa estúpida sino que también lo hará la literatura clásica profana. La demostración de eso es sencilla.

¿No son la Física y las Ciencias Naturales sino una reproducción ampliada de las obras de Anaxágoras, Empédocles, Demócrito y otros? Todo lo que se enseña *ahora* era enseñado por estos filósofos *entonces*. Pues ellos sostenían –incluso en los fragmentos aún existentes de sus obras – que el Universo está compuesto de átomos eternos que, movidos por un sutil Fuego interno, se combinan en millones de maneras diferentes. Según ellos este Fuego era el Aliento Divino de la Mente Universal, pero ahora, con los filósofos modernos, se ha convertido en nada más que una fuerza ciega e insensible. Además enseñaban que no había ni Vida ni Muerte, sino sólo una constante *destrucción de la forma*, producida por perpetuas transformaciones físicas. Esto se ha convertido ahora, mediante una transformación *intelectual*, en lo que se conoce como correlación física de fuerzas, conservación de la energía, ley de continuidad... en el vocabulario de la ciencia moderna. Pero ¿“qué importa el nombre”, o las palabras recién inventadas y términos complicados, una vez que se ha establecido la identidad de las ideas esenciales?

¿No estaba Descartes en deuda con los antiguos Maestros –con Leucipo y Demócrito, con Lucrecio, Anaxágoras y Epicuro – por sus *originales* teorías? Estos enseñaron que los cuerpos celestes estaban formados por una multitud de átomos, cuyo movimiento vertiginoso existía desde la eternidad; que se encontraron, y girando juntos, los más pesados fueron lanzados a los centros y los más ligeros a las circunferencias; cada una de estas concreciones fue llevada en una materia fluida que, al recibir un impulso de esta rotación, hacía que los más fuertes lo comunicaran a los más débiles. Esto parece una descripción muy



semejante a la teoría cartesiana de los Vórtices Elementales, tomada de Anaxágoras y de algunos otros; ¡y se parece muy sospechosamente a los “átomos vorticales” de W. Thomson!

Incluso Isaac Newton, el más grande entre los grandes, alude constantemente a una docena de filósofos antiguos. Al leer sus obras uno ve flotar en el aire las difusas imágenes del mismo Anaxágoras, Demócrito, Pitágoras, Aristóteles, Timeo de Locris, Lucrecio, Macrobio, e incluso de nuestro viejo amigo Plutarco. Todos ellos han sostenido una u otra de las siguientes proposiciones: a) que la más pequeña de las partículas de materia sería suficiente para llenar el espacio infinito, debido a su infinita divisibilidad; b) que existen dos Fuerzas emanadas del Alma Universal, combinadas en proporciones numéricas (las “fuerzas” centrípeta y centrífuga, de los modernos santos de la ciencia); c) que hay una mutua atracción de cuerpos, *atracción* que hace que estos últimos *graviten*, como ahora se dice, y se mantengan dentro de sus respectivas esferas; d) que hacían alusión de modo inconfundible a la relación que existe entre el peso y la densidad, o a la cantidad de materia contenida en una unidad de masa; y e) que la atracción (gravitación) de los planetas por el Sol está en relación proporcional a la distancia de esta luminaria.

Finalmente, ¿no es un hecho histórico que la rotación de la Tierra y el sistema heliocéntrico fueran enseñados por Pitágoras –sin mencionar a Hicetas, Heráclides, Ecfanto, etc. – más de dos mil años antes del grito desesperado y ahora famoso de Galileo: “*Eppur si muove*”. Y mucho antes, ¿no conocían los sacerdotes de Etruria, y los *Rishis* (3) de la India, cómo atraer el relámpago, con muchos siglos de antelación a que se formara el *astral* de B. Franklin en el espacio? Euclides es respetado hasta hoy en día, quizás porque no se pueden falsear tan fácilmente las matemáticas y los números, como los símbolos y las palabras sostenidas en hipótesis improbables.

Es posible que Arquímedes tuviese olvidadas en su época más cosas de las que jamás supieron nuestros matemáticos, astrónomos, geómetras, mecánicos, hidrostáticos y ópticos modernos. De no ser por Arquitas –el discípulo de Pitágoras – la aplicación práctica de la teoría de las matemáticas sería hoy en día todavía desconocida quizás en nuestra gran Era de invenciones y maquinaria. Inútil es recordar al lector todo lo que conocían los arios, por haberse consignado en otras publicaciones y obras nuestras que pueden obtenerse en la India.

Sabio fue Salomón al decir que “nada nuevo existe bajo el Sol” y que todo lo que es “fue ya en los tiempos que nos precedieron”, excepto, quizás, las doctrinas teosóficas, de cuya “invención” acusan algunos a la humilde escritora del presente artículo.



La procedencia originaria de esta cortés acusación es debida a los benévolo esfuerzos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres. Tanto más lo hemos de agradecer a esta “mundialmente famosa y docta Sociedad ” de “Investigaciones ”, ya que sus escritores son, según parece, incapaces en absoluto de inventar nada original por sí mismos, ni siquiera de fabricar una ilustración común.

Así pues, ni los científicamente *meticulosos* catedráticos de Cambridge pueden prescindir de copiar algo de un libro antiguo; y no sólo omiten el reconocer la deuda, sino que incluso se toman la molestia de presentar el asunto al público como cosa *original*, sin tener siquiera el detalle de poner comillas. Y así, todo. En una palabra: puede decirse de las teorías científicas, que aquellas que son ciertas no son nuevas, y que las nuevas no son ciertas, o por lo menos son muy dudosas. Es muy fácil escudarse en “simples hipótesis”, pero lo es menos sostenerlas frente a la lógica y la filosofía. A fin de abreviar este importante asunto, sólo hemos de establecer una pequeña comparación entre las enseñanzas antiguas y las modernas. La ciencia moderna quiere hacernos creer que los átomos poseen propiedades *innatas* e inmutables. Lo que la filosofía oriental exotérica y esotérica llama *divina* Substancia Espiritual (*Purusha –Prakriti*) –o Espíritu –Materia eterna, inseparables el uno de la otra –. lo llama la ciencia moderna fuerza y materia, agregando como lo hacemos nosotros (ya que es un concepto vedantino) que, siendo ambos inseparables, la Materia es tan sólo una abstracción (más bien una ilusión). Los ocultistas orientales resumen y reducen las propiedades de la materia a la atracción y repulsión; los hombres de ciencia, a la gravitación y a las afinidades.

Según esta doctrina, las propiedades de las combinaciones complejas no son más que los resultados necesarios de la composición de propiedades elementales; siendo las existencias más complejas los autómatas físico –químicos llamados hombres. La materia, que en un principio es dispersa e inanimada, engendra vida, sensación, emociones y voluntad, después de una serie completa de “intentos” consecutivos. Esta desafortunada expresión de Tyndall, obligó al escritor filosófico Delboeuf a criticar en términos muy irrespetuosos al científico inglés, y nos fuerza a convenir con el primero.

La materia, o cualquier otra cosa condicionada del mismo modo, desde el momento que se la declara sujeta a leyes inmutables, *no puede* “andar a tientas”. Mas esto es una menudencia, en comparación con aquello de “la materia muerta o *inanimada*, produciendo *vida* y hasta fenómenos psíquicos propios de la mente más elevada”. Finalmente, un rígido determinismo reina sobre toda la Naturaleza. Todo lo que ha sucedido una vez a nuestro Universo *automático*, tenía que suceder, puesto que el porvenir de ese Universo está trazado en la más pequeña



de sus partículas o “átomos”. Devolved –dicen – esos átomos a la misma posición y al orden en que se encontraban en el primer momento de la evolución del Cosmos físico, y se repetirán los mismos fenómenos universales, precisamente con el mismo orden, y el Universo volverá otra vez a sus condiciones presentes. A esto, contestan la lógica y la filosofía diciendo que no puede ser así, puesto que las propiedades de las partículas varían y se modifican. Si los átomos son eternos y la materia es indestructible, estos átomos nunca pudieron haberse originado; por lo tanto, no puede haber nada *innato* en ellos. Su substancia es la substancia homogénea Una (y nosotros añadimos *divina*), mientras que las moléculas compuestas reciben sus propiedades al principio de los ciclos de vida o *Manvantaras* (4) de *dentro hacia fuera*. Los organismos no pueden haberse desarrollado de la materia muerta o *inanimada*: en primer lugar, porque tal materia no existe; y en segundo lugar, porque la filosofía demuestra de manera concluyente, que el Universo no está “sujeto a la fatalidad”.

La Ciencia Oculta enseña que el proceso universal de diferenciación se inicia de nuevo después de cada período de *Mahâ –Pralaya* (5); mas no hay razón alguna para creer que se repita servil y ciegamente. Las leyes *inmutables* duran tan sólo desde la fase incipiente hasta el final de la Vida Universal, siendo simplemente los efectos de una acción primordial, inteligente y completamente libre. Para los filósofos, como también para el Dr. Pirogoff, para Delboeuf y para otros muchos grandes pensadores actuales independientes, la Mente Universal (y para nosotros *impersonal*, ya que *infinita*), es el Demiurgo verdadero y primordial.

¿Qué ilustra mejor la teoría de los ciclos que el hecho siguiente? Unos 700 años aproximadamente a. C., se enseñaba en las escuelas de Thales y de Pitágoras la doctrina del verdadero movimiento de la Tierra, su forma y el sistema heliocéntrico completo. ¡Y en el año 317 d. C., encontramos a Lactancio –preceptor de Crispo César, hijo del emperador Constantino – enseñando a su discípulo que la Tierra era un plano rodeado por el cielo, y compuesto de Fuego y Agua! Además, el venerable Padre de la Iglesia ponía a su discípulo en guardia contra *la doctrina herética de la forma globular de la Tierra*, ni más ni menos como los “Padres Catedráticos” de Cambridge y de Oxford previenen ahora a sus alumnos contra las perjudiciales y supersticiosas doctrinas de la Filosofía Esotérica, tales como las de la Mente Universal, Reencarnación, y así sucesivamente. Muchos esoteristas actuales han resuelto tácitamente adoptar un proverbio del rey Salomón, parafraseado para su uso diario: “Más sabio es un hombre de ciencia a sus propios ojos, que siete filósofos capaces de aportar una razón”. Por eso, no se debe perder el tiempo en discutir con ellos; pero por otra parte, no debe ahorrarse esfuerzo alguno para poner de manifiesto sus errores y torpezas.



El engruimiento científico de los orientalistas, en especial los que pertenecen a la rama más moderna –asiriólogos y egiptólogos – es verdaderamente fenomenal. . Hasta ahora se había concedido alguna credibilidad a los antiguos –sus filósofos e *Iniciados*, en todo caso – de poseer conocimientos sobre algunas cosas que los modernos no podían volver a descubrir. Pero ahora, aun los más grandes *Iniciados*, son presentados al público como locos. He aquí un ejemplo: en la introducción de la obra del profesor Sayce, *Hibbert lectures on the origin and growth of religion as illustrated by the religion of the ancient babylonians*, publicada en 1887, sobre los antiguos babilonios, tropieza el lector con un acertijo capaz de hacer vacilar al más cándido admirador de la ciencia moderna. Lamentándose de las dificultades y obstáculos que a cada paso encuentra el asiriólogo en sus estudios –después de presentar el “catálogo terrible ” de las formidables luchas que ha de sostener el intérprete para encontrar un sentido a las inscripciones sacadas de fragmentos de ladrillos – el profesor confiesa que el estudiante que ha de leer esos caracteres cuneiformes, se ve frecuentemente expuesto “a emplear una construcción errónea respecto a pasajes aislados, cuyo contexto ha de suplirse con conjeturas ”. ¡A pesar de lo cual, el sabio conferenciante pone “al asiriólogo moderno por encima del antiguo *Iniciado* babilónico”, en el conocimiento de los símbolos y de su propia religión! El pasaje merece citarse *por entero*:

“Es cierto que muchos de los textos sagrados fueron escritos de modo que fueran inteligibles sólo para los *Iniciados*; pero los *Iniciados* estaban provistos de claves y aclaraciones, *muchas de las cuales están en nuestras manos (?)*... Podemos penetrar en el verdadero sentido de documentos que para ellos (el vulgo babilónico), constituían un libro cerrado. Pero aún hay más; las investigaciones que se han llevado a cabo durante el último medio siglo acerca de las creencias de las naciones del mundo, tanto pasadas como presentes, *nos han suministrado indicios* para la interpretación de esos documentos, *que ni los mismos Sacerdotes Iniciados poseían*”.

Lo que precede (la letra en *itálica* es nuestra) podrá apreciarse mejor presentándolo en forma silogística:

Premisa mayor: Los antiguos *Iniciados* tenían claves y aclaraciones para sus textos esotéricos, *de los que eran los Inventores*.

Premisa menor: Nuestros orientalistas poseen *muchas* de estas claves.

Conclusión: ¡*Ergo*, los orientalistas tienen una clave que *los mismos Iniciados no poseían!*

Y preguntamos ahora: en tal caso, ¿en qué estaban iniciados los *Iniciados*? ¿Y quién inventó los velos que ocultaban ciertas verdades? Pocos orientalistas podrían contestar a esta pregunta. Somos, sin embargo, más generosos, y quizás



expongamos en páginas siguientes aquello en lo que jamás han sido iniciados nuestros modestos orientalistas, a pesar de todas sus pretendidas “claves”.

“Sea pues; descendamos y confundamos su lenguaje de manera que no puedan entenderse” (6).

Habiendo tratado ya de las ciencias físicas modernas, nos ocuparemos ahora de la filosofía y religiones occidentales. Todas ellas están igualmente basadas en el pensamiento pagano, y por otra parte *exotérico*, y de él derivan sus teorías y doctrinas. Pueden encontrarse fácilmente referencias a esto desde Schopenhauer y Herbert

Spencer, hasta el Hipnotismo y la renombrada “ciencia mental”. Los filósofos alemanes modernizan el Budismo; los ingleses se inspiran en el Vedantismo; mientras que los franceses, tomando de ambos, agregan a Platón con gorro frigio, y a veces, como hace Augusto Comte, el misterioso culto sexual o mariolatría de los antiguos extáticos y visionarios católico –romanos. Nuevos sistemas – llamados filosóficos – y nuevas sectas y sociedades surgen hoy día en cada rincón de nuestros países civilizados. Pero incluso las más elevadas entre ellas no concuerdan en ningún punto, a pesar de que todas aspiran a la supremacía. Y esto sucede porque ninguna ciencia ni filosofía, que son, como mucho, un trozo fragmentado de la Religión de la Sabiduría, puede existir por sí sola, ni ser completa en sí misma. Para que la Verdad sea completa, debe representar una continuidad ininterrumpida. No ha de tener huecos, ni han de faltar eslabones. Pero, ¿cuál de nuestras religiones, ciencias o filosofías modernas, está exenta de tales defectos? La Verdad es Una. Aun siendo como reflejo más pálido del Absoluto, no puede ser más dual que su propia condición de absoluto, no puede tener *dos* aspectos.

Pero tal verdad no es para la mayoría en este mundo de ilusión, y en especial para aquellas inteligencias que carecen del elemento *noético* (7).

Estas han de sustituir la plena y *quasi* absoluta verdad espiritual por la relativa que, teniendo dos lados o aspectos condicionados por las apariencias, conducen a nuestras “inteligencias cerebrales”, uno al intelectual materialismo científico, y el otro a la religiosidad materialista o antropomórfica. Pero al oponerse naturalmente con su contraria, incluso ese tipo de verdades no han de tener –si quieren presentar un sistema completo y coherente –ni lagunas ni contradicciones, ni eslabones perdidos o rotos, en la doctrina o sistema especial que trate de representar.

A este propósito hay que hacer aquí una pequeña diferenciación. Estamos seguros de que algunos nos dirán que es precisamente ésta la objeción hecha a



las exposiciones filosóficas, desde *Isis sin Velo* hasta *La Doctrina Secreta*. Conforme. Estamos plenamente dispuestos a confesar que esta última, en particular, aventaja en esos defectos a todas las demás obras filosóficas. Estamos prestos a reconocer las faltas que la crítica nos echa en cara: que está mal ordenada, que carece de método, que está sobrecargada de digresiones mitológicas, etc. Mas no es *un* sistema filosófico, ni tampoco *la* Doctrina, llamada secreta o esotérica, sino sólo una relación de unos cuantos hechos que dan testimonio de aquélla, jamás ha pretendido ser la exposición *completa* del sistema que defiende en su totalidad, porque como la escritora no se jacta de ser una gran Iniciada, nunca hubiese podido, por lo tanto, emprender tan gigantesca obra; y además, porque de haber sido iniciada, hubiera publicado aún menos. Nunca nos hemos propuesto formar con las Sagradas Verdades un sistema íntegro, expuesto a las rivalidades y mofas de un público profano e iconoclasta. No pretende la obra dar una serie completa de explicaciones en todos sus detalles acerca de los misterios del Ser, ni trata de ganar la consideración de un sistema especial de pensamiento, como las obras de los señores Herbert Spencer, Schopenhauer o Comte. Al contrario, *La Doctrina Secreta* simplemente afirma que existe realmente un sistema conocido bajo el nombre de Religión de la Sabiduría, obra de muchas generaciones de Adeptos y Profetas; herencia sagrada de tiempos prehistóricos, conservada hasta hoy en el mayor secreto por los actuales Iniciados; e indica que varias corroboraciones de su existencia se encuentran hasta el presente en obras antiguas y modernas. Poniendo de manifiesto sólo unos cuantos fragmentos, demuestra cómo estos explican los dogmas religiosos de la presente época, y cómo pueden servir de señales a las religiones, a la filosofía y a la ciencia de Occidente a lo largo de los senderos no hollados del descubrimiento. La obra, esencialmente fragmentaria, expone hechos diversos enseñados en las escuelas esotéricas y guardados hasta ahora en secreto, por medio de los cuales se interpreta el simbolismo antiguo de varias naciones. No da las *claves* para descifrar el misterio, sino que se limita a levantar una punta del velo que oculta algunos de sus arcanos. No se establece en *La Doctrina Secreta* una *nueva* filosofía; sólo se presenta el significado oculto de algunas de las alegorías religiosas de la Antigüedad, aclarándolas con la luz de las Ciencias Esotéricas, y se indica la fuente común de la que han brotado todas las religiones y sistemas filosóficos del mundo.

Su principal aspiración es demostrar que –por divergentes que puedan *parecer* en su aspecto externo u objetivo las doctrinas y sistemas respectivos de la Antigüedad –el acuerdo entre todos estos resulta perfecto en cuanto se examina el aspecto esotérico o *interno* de esas creencias y de su simbología, y se procede a una cuidadosa comparación.



También se afirma que sus doctrinas y ciencias, que constituyen un ciclo íntegro de hechos cósmicos universales y axiomas y verdades metafísicas, representan un sistema completo y continuo; y que el hombre que sea bastante valeroso y perseverante –que se halle dispuesto a aplastar al *animal* que lleva en sí mismo y a olvidar suyo humano y sacrificarlo a su Ego Superior – puede hallar siempre el camino que le lleve a iniciarse en estos misterios.

Esto es todo lo que sostiene La *Doctrina Secreta*. ¿No se encuentran en estos volúmenes unos cuantos hechos y verdades evidentes, –a pesar de todos los defectos literarios de la exposición – verdades que ya han sido *probadas* en la práctica en presencia de *algunas* personas, las cuales son mejores que: a) las más ingeniosas hipótesis “de Trabajo” propensas a desmoronarse en cualquier momento; b) los misterios *inexplicables* de los dogmas religiosos; c) las especulaciones filosóficas aparentemente más profundas? ¿Pueden las más imponentes de estas especulaciones ser realmente profundas, cuando desde el principio hasta el fin están limitadas y condicionadas por la mentalidad *cerebral* de su autor, y por lo tanto, empequeñecidas y mutiladas en aquel “lecho de Procrusto” (8), reducidas a las limitadas percepciones sensuales que no permiten a la inteligencia traspasar su círculo encantado? Ningún “filósofo” que considere los dominios espirituales como meras ficciones de la superstición, y las percepciones mentales del hombre simplemente como resultado de la organización del cerebro, puede ser jamás digno de ese nombre. El materialista tampoco tiene derecho al calificativo de filósofo, ya que significa “amante de la Sabiduría”; Pitágoras, que fue el que ideó este término compuesto, jamás limitó la Sabiduría a esta Tierra. El que afirma que el Universo y el Hombre son tan solo objeto de los sentidos, y encadena fatalmente el pensamiento al reino de la materia insensible, como hacen los evolucionistas darvinianos es, a lo más, un *sofíofobo*, cuando no un *filosofastro* (9), pero jamás un filósofo.

Así es que, en esta época de materialismo, agnosticismo, evolucionismo y falso idealismo, no existe sistema alguno, por más intelectualmente que sea expuesto, capaz de mantenerse en pie, o que deje de ser criticado por otra escuela igualmente materialista; el mismo Herbert Spencer, el más grande de todos, es incapaz de contestar a ciertos ataques. Muchos recordarán la gran polémica que se entabló hace algunos años en los periódicos ingleses y americanos entre los evolucionistas, por una parte, y los positivistas, por otra. El tema de la disputa fue respecto a la posición y correspondencia que la teoría evolucionista mostraba hacia la religión. F. Harrison, el apóstol del positivismo, acusó a Herbert Spencer de limitar la religión a la esfera de la razón, olvidando que es el sentimiento y no el raciocinio el que juega el papel más importante en aquélla. También sacó a relucir Harrison “la falsedad e insuficiencia” de las ideas acerca de lo “Incognoscible”, según están desarrolladas en las obras de Spencer. Consideraba *errónea* la idea



–por estar fundada en la aceptación del absoluto metafísico – y sostenía que era insuficiente, porque rebajaba la divinidad a la categoría de una abstracción vacía, desprovista de sentido (10). A esto contestó el gran escritor inglés diciendo que jamás había pensado en ofrecer su “No conocido” e “Incognoscible” como objeto de culto religioso. Entonces entraron en escena los respectivos admiradores y defensores de Spencer y de Harrison, defendiendo unos la *metafísica material* del primer Pensador –si se nos permite emplear esta definición paradójica, aunque correcta, de la filosofía de Herbert Spencer –, y los otros, los argumentos del “Catolicismo romano sin Dios ni Cristo” de Augusto Comte (11), recibiendo y dando ambos bandos duras quejas. Así, el conde d’Alviella (12) descubrió de improviso que H. Spencer era una especie de deísta oculto, y sin embargo *reverente*, y comparó a Harrison con un casuista del Escolasticismo de la Edad Media.

No citamos a los dos pensadores ingleses para discutir los méritos relativos del Evolucionismo materialista y del Positivismo, sino sólo con objeto de señalar un ejemplo de la confusión *babélica* del pensamiento moderno. Mientras los evolucionistas de la escuela de Herbert Spencer sostienen que la evolución histórica del sentimiento religioso consiste en la constante abstracción de los atributos de la Deidad –y su separación final de las primitivas concepciones concretas (la desaparición de los atributos humanos)–, los comtistas, por su parte, mantienen otra versión. Afirman que el fetichismo o culto directo de la Naturaleza, fue la religión primitiva del hombre; y que sólo después de una evolución muy larga, llegó al antropomorfismo. Su deidad es la Humanidad; y el Dios al que rinde culto es la especie humana, según creemos entenderlo. El único medio, por tanto, de poner fin a la disputa, es averiguar cuál de las dos teorías “filosóficas” y “científicas” es la menos perjudicial y la más probable. ¿Es cierto, según d’Alviella nos asegura, que lo “Incognoscible” de Spencer encierra todos los elementos necesarios de la religión; y que, como parece dar a entender aquel notable escritor, “el sentimiento religioso tiende a emanciparse de todo elemento moral”? ¿O debemos aceptar el otro extremo, y convenir con los comtistas, que la religión se irá uniendo gradualmente al *altruismo*, fundiéndose y desapareciendo en él, y en el servicio que presta a la Humanidad?

Inútil es decir que la Filosofía Esotérica –si bien rechaza el aspecto exclusivo, y por lo tanto, *limitado* de ambas ideas – puede, sin embargo, reconciliarlas, tanto en el terreno metafísico como en el práctico. No es esta ocasión oportuna para exponer el modo de llevar esto a cabo, aunque todo esoterista, familiarizado con las doctrinas fundamentales de la Filosofía Esotérica, puede hacerlo por sí mismo. Nosotros creemos en un “Incognoscible” impersonal, , y sabemos que los cultos basados en ideas antropomórficas, no se dirigen a lo Absoluto; la Filosofía Esotérica rechaza al “El” spenceriano, y lo sustituye por el pronombre impersonal



“Lo”, siempre que habla de “lo Absoluto” y de “lo Incognoscible”, y enseña que el *altruismo* y el sacrificio de sí mismo, la fraternidad y la compasión hacia cada ser viviente, es la primera y principal de todas las virtudes, sin que por esto rinda culto al hombre o a la Humanidad. Además, el Positivismo no admite el alma inmortal en los hombres, ni cree en vida futura alguna ni en la reencarnación; semejante “culto” es peor que el fetichismo: es *zoolatría*, el culto de los animales.

Porque sólo aquello que constituye el *verdadero* Hombre es, según las palabras de Carlyle, “la esencia de nuestro ser, el misterio en nosotros que se llama a sí mismo “Yo”... un soplo del Cielo; el Ser Superior se revela a sí mismo en el hombre”. Si esto se niega, el hombre no es más que un animal; “la vergüenza y el escándalo del Universo”, como dice Pascal.

Es la antiquísima historia, la lucha de la materia y del espíritu, la “supervivencia del menos capaz” por ser el más fuerte y más material. Pero el período en que la humanidad naciente –obedeciendo a la ley de la evolución natural y *dual* – descendía junto con el espíritu a la materia, ha terminado. Nosotros, la Humanidad, estamos ayudando ahora a la materia a elevarse hacia el espíritu; y para hacer esto tenemos que ayudar a la substancia a librarse de la esclavitud de los sentidos. Nosotros, hombres de la Quinta Raza –Raíz, somos los descendientes directos de la humanidad primitiva de aquella Raza; aquellos que después del Diluvio nos esforzamos, recordándolo, en salvar la Verdad y la Sabiduría antediluvianas, y fuimos derrotados en nuestro empeño por el oscuro Genio de la Tierra –el espíritu de la materia a quien los gnósticos llamaban *Ilda* – *Baoth*, los judíos *Jehovah* –; ¿Pensáis acaso, que la misma Biblia de Moisés, el libro que tan bien conocéis y entendéis tan mal, dejó de consignar su testimonio sobre tal afirmación acerca de la Antigua Doctrina? No, ciertamente no. Permitidnos examinar un pasaje que os resulta familiar, para interpretarlo en su verdadero sentido.

En un principio, o más bien en la infancia de la Quinta Raza, “toda la Tierra tenía una sola voz y un solo idioma”, dice el capítulo XI del *Génesis*. Esto leído esotéricamente, significa que la humanidad tenía una doctrina universal, una filosofía común a todos; y que los hombres estaban *ligados* por una religión, ya sea que este término se derive del verbo latino *relegare*, “reunir o estar unido” de palabra o de pensamiento, ya de *religens*, “reverenciar a los Dioses”, o de *religare* “ligar estrechamente”. Tomado en un sentido o en otro, significa indudablemente que nuestros antepasados aceptaron desde antes del Diluvio una *verdad*; esto es, que creían en el conjunto de *hechos* subjetivos y objetivos que forman el todo consistente, lógico y armónico, que llamamos *Religión de la Sabiduría*.



Ahora bien; leyendo entre líneas los nueve primeros versículos del capítulo XI, tendremos lo siguiente: Sabios en su tiempo, nuestros primitivos padres, evidentemente conocían el axioma imperecedero que enseña que “sólo en la unión está la fuerza”, tanto en la unión del pensamiento como en la de las naciones, por supuesto.

Por tanto, para no “ser esparcidos por la desunión sobre la faz de la Tierra”, y para que en consecuencia no fuese rota su Religión de la Sabiduría en mil pedazos, y para que ellos mismos –en vez de elevarse como hasta entonces hacia el Cielo, *por medio del conocimiento* – no comenzasen por causa de la *fe ciega* a gravitar hacia la Tierra, los Sabios, que “venían del Oriente” idearon un plan. En aquellos días los templos eran centros de enseñanza, no de superstición; los sacerdotes enseñaban la Sabiduría Divina, no dogmas inventados por el hombre, y la última palabra de su actividad religiosa no se *centraba* en las cajas de las limosnas, como ahora sucede. Así pues, dijeron: “*edifiquemos una ciudad y una torre*, cuya cúspide pueda alcanzar el Cielo, y pongámosle un nombre. E hicieron ladrillo cocido y lo emplearon en vez de piedra, y construyeron con él una *ciudad y una torre*”.

Esta es una historia muy antigua, tan familiar para el mendigo que acude a las escuelas dominicales, como para Gladstone. Ambos creen sinceramente que los descendientes del “maldito Ham” fueron pecadores soberbios, cuyo objeto era el mismo que el de los Titanes: insultar y destronar a *Zeus –Jehovah*, escalando el “Cielo”, su supuesta mansión. Mas desde que encontramos esta historia en las Escrituras *reveladas* (13) debemos suponer que tiene, como todo lo demás en ellas contenido, su interpretación esotérica. En esto nos ayudará el Simbolismo Oculto. Todas las expresiones que hemos escrito con itálicas, leídas en el original hebreo, y de acuerdo con los cánones del Simbolismo Esotérico, presentarán una construcción por completo diferente. Así: “Y toda la Tierra (la humanidad) sólo tenía *una voz* (es decir, proclamaba las mismas doctrinas) y unas mismas *palabras*” (no un solo “idioma” como dice la versión autorizada). Ahora bien, el sentido cabalístico de los términos “palabras” y “palabra” puede hallarse en el *Zohar* y también en el *Talmud*. “Palabras” (*Dabarim*), significa “poderes”; y “palabra” en singular, es sinónimo de “Sabiduría”. Ejemplo: “El mundo fue creado por la enunciación de *diez palabras*” (*Talmud*). Aquí las “palabras” se refieren a los diez *Sephiroth* (14), Constructores del Universo. Además: “Por la *Palabra* (Sabiduría, Logos) de YHVH (15) fueron hechos los Cielos”. “Y el hombre (16), el jefe principal, dijo a su vecino: vamos, hagamos *ladrillos* (discípulos) y *cozámoslos hasta quemarlos* (iniciémosles, llenémosles del Fuego Sagrado); construyámonos una *ciudad* (establezcamos Misterios y enseñemos *la Doctrina*) (17) y una *torre* cuya cúspide pueda llegar al Cielo” (*Ziggurrat*) (el límite más alto que se puede alcanzar en el espacio). La gran torre de Nebo, de *Nabi*, en el



templo de Bel, se llamaba “la casa de las siete esferas *del Cielo y de la Tierra*”, y “la casa de la fortaleza (o fuerza, *tagimut*) y la piedra angular del Cielo y de la Tierra”.

Muestra la Simbología Oculta, que el *cocer ladrillos para una ciudad*, significa enseñar a los discípulos la Magia; una *piedra “labrada”* significa un Iniciado *completo*. La palabra griega *Petra* y la aramea *Kephas* (que significa piedra) tienen el mismo sentido, que es “intérprete de los Misterios”, un *Hierofante* (18).

El “cocer con un gran fuego” se refería a la Iniciación Suprema. Así la sentencia de Isaías, “han caído los *ladrillos*, pero *edificaremos* (de nuevo) con piedras labradas”, resulta clara. Para la verdadera interpretación de los cuatro últimos versículos de la alegoría genesíaca acerca de la supuesta “confusión de *lenguas*”, podemos consultar la versión legendaria de los *Yezidis* (19), y leer esotéricamente los versículos 5, 6, 7 y 8 en *Gén. XI*: “Y *Adonai* (20) (el Señor) descendió y dijo: He aquí, el pueblo es uno (el pueblo está unido en pensamiento y en hecho) y todos tienen *un mismo lenguaje* (doctrina). Y ahora principian a difundirlo y nada les será impedido (tendrán poderes mágicos completos y conseguirán todo aquello que deseen por medio de ese poder, *Kriyâshakti* (21) de lo que han *imaginado*”.

Y ahora, ¿qué son los *Yezidis* y su versión, y qué es *Adonai*? *Ad* es “el Señor”, su dios ancestral; y los *Yezidis* son una secta musulmana herética, diseminados por Armenia, Siria y especialmente Mosul, el sitio preciso de Babel (véase *Chaldean Account of Genesis*), los cuales son conocidos bajo el nombre extraño de “adoradores del Diablo”.

Su profesión de fe es muy original. Reconocen dos poderes o Dioses: *Allah* y *Ad* (o *Ad –onai*); pero identifican el último con *Sheitan* o Satán. Esto es natural, puesto que Satán es también “un hijo de Dios” (22).

Según se declara en *Hibbert lectures...*, Satán el “Adversario”, era el ministro y el *ángel de Dios*. Por consiguiente, cuando se les interroga acerca de la causa del culto extraño que tributan al que ha llegado a ser la encarnación del Mal y del Negro Espíritu de la Tierra, explican la razón de ello de un modo, si bien irreverente, muy lógico. Dicen que siendo *Allah* el *Bien Supremo*, no ha de hacer daño a la más insignificante de sus criaturas. Por tanto, no necesita oraciones ni sacrificios de animales. Pero que siendo *Ad* o el Diablo, *Todo Mal*, cruel, envidioso, vengativo y orgulloso, necesitan –para su propia supervivencia– alcanzar su favor por medio de sacrificios ígneos que sean agradables a su olfato, y halagarle y adularle como quiera que sea. Preguntad a cualquier *Cheij* (23) de los *Yezidis* de Mosul qué tienen que decir respecto a la confusión de lenguas cuando *Allah* “descendió para ver la ciudad y la torre que los hijos de los hombres



habían edificado”, y os dirán que no fue *Allah*, sino *Ad*, el dios *Sheitan*, quien lo hizo. El celoso Genio de la Tierra tuvo envidia de los poderes y santidad de los hombres (de igual modo que el dios *Vishnu* envidia los grandes poderes de los *Yogis*, aun cuando sean *Daityas* (24); y por lo tanto, esa deidad de materia y concupiscencia confundió sus entendimientos, tentó a los “Constructores ” y les hizo caer en sus redes; ; y habiendo perdido así su fuerza, perdieron con ella también su saber y sus poderes mágicos; se casaron entre ellos y se “esparcieron sobre la faz de la Tierra ”.

Más lógico es esto que el atribuir a “Dios” –que es el *Bien Supremo* – travesuras tan poco divinas como las que se le imputan en la Biblia. Además, la leyenda acerca de la Torre de Babel, y la confusión *del lenguaje*, como sucede con tantas otras cosas, no es original, sino que viene de los caldeos y babilonios. George Smith encontró el original en un fragmento mutilado de las tablillas asirlas, aunque nada se dice respecto a la confusión del *lenguaje*. En *Chaldean Account of Genesis*, dice: “He traducido con desconfianza la palabra *lenguaje*, jamás he visto la palabra asiria con ese sentido”.

Cualquiera que lea la traducción fragmentaria hecha por G. Smith en el citado volumen, hallará la versión mucho más acorde con la de los *Yezidis* que con la del *Génesis*. Aquél cuyo “corazón era malo” y que era “perverso”, fue el que confundió los “designios de los hombres”, no su “lenguaje”, y quien destruyó “el Santuario... que encerraba la Sabiduría” y “ellos lloraron amargamente sobre Babel”. Y así debieran “llorar” todos los filósofos y amantes de la Antigua Sabiduría; porque desde entonces comenzaron las mil y una sustituciones exotéricas de la Doctrina Única Verdadera o *Palabra*, oscureciendo más y más la inteligencia de los hombres, y derramando sangre inocente con feroz fanatismo.

Si nuestros filósofos modernos hubiesen estudiado los antiguos libros de la Sabiduría, la *Kabalah*, por ejemplo, en vez de burlarse de ellos, habrían encontrado desvelados muchos de los secretos de la Iglesia y del Estado antiguos. Mas como no lo han hecho, el resultado es evidente.

El negro ciclo del *Kali Yuga* ha traído de nuevo una *Babel delpensamiento moderno*; la “confusión de las lenguas” nos parecerá incluso “armónica” si se compara con esta Babel.

Todo es oscuro e incierto; no existen argumentos en parte alguna; ni en las ciencias, ni en la filosofía, ni en las leyes, ni siquiera en las religiones. Mas, “desgraciados aquellos que llaman al mal bien, y al bien mal; siembran tinieblas en vez de luz, y luz en vez de tinieblas”, según dice Isaías.



Los elementos mismos parecen confundidos y cambiados los climas, como si los mismos *Diez Superiores* celestiales hubiesen perdido la cabeza. Todo lo que uno puede hacer, es sentarse tranquilamente y observar triste y resignado, mientras:

“La floja vela cambia de una banda a otra;

En el barco sin gobierno penetran las olas;

Llevado adelante, arrastrado a la ventura,

Rómpense los remos... el timón se pierde.”

NOTAS

1 Francmasón, distinguido escritor y gran simbologista, Ragón trató de retornar la Masonería a su originario estado de prístina pureza. Según se dice, poseía numerosos documentos que le habían sido entregados por el famoso conde de St. Germain, de quien adquirió sus notables conocimientos acerca de la Masonería primitiva. Escribió numerosas obras, aunque hoy en día es muy difícil conseguirlas. Ver *Glosario Teosófico*.

2 El ilustrado masón belga acertarla más, añadiendo unas pocas cifras a esos cuatro mil años.

3 Sublimes personajes a quienes fueron desvelados los himnos védicos... distinguidos por su vasto saber y santidad. A pesar de haber completado su evolución como hombres, permanecen en las regiones superfísicas en contacto con la Humanidad, a fin de ayudarla en su progreso. Ver *Glosario Teosófico*.

4 Literalmente “Periodo entre Manús”. Período de manifestación del Universo equivalente a 306.720.000 años solares. Ver *Glosario Teosófico*.

5 Literalmente “Gran Disolución”, la “Noche” que sigue al “Día de *Brahmâ*”. Es el gran reposo y sueño de toda la Naturaleza después de un período de activa manifestación. Es lo opuesto al *Mahâ –manvantara*. Ver *Glosario Teosófico*.

6 Gén. XI, 7.

7 Por facultad noética entiende Hamilton la que suministra todos aquellos conocimientos que se originan en el espíritu mismo en oposición a la dianoética, facultad discursiva, elaborada o comparativa. La facultad noética se corresponde en la terminología escolástica con la inteligencia, potencia cognoscitiva de los principios o conocimiento inmediato, a diferencia de la razón, facultad de conocer mediante el raciocinio. Ver *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Editorial Espasa –Calpe. Barcelona.

8 Monstruo mitológico, hijo de Poseidón, que robaba a los viajeros, les tendía sobre un lecho de hierro y les cortaba o estiraba las piernas si sobresalían o eran más cortas que éste. Teseo le sometió al mismo tormento y le dio muerte. “El lecho de Procrusto” se utiliza literariamente para calificar situaciones donde una persona es víctima de la violencia. Ver Pierre Grimal, *Diccionario de Mitología Griega y Romana*. Editorial Paidós. Barcelona.

9 Falso o pretencioso filósofo, que no tiene ni la instrucción ni la formación necesaria para ser considerado como tal. Ver *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Editorial Espasa Calpe. Barcelona.



10 Como lo que antecede se cita de memoria, no se pretende que sea literalmente exacto, sino presentar tan solo lo esencial del argumento.

11 El epíteto se debe a Huxley. En la conferencia que pronunció en Edimburgo el año 1868, *The Physical Basis of Life*, hizo observar que la filosofía de Comte podría describirse prácticamente como “Catolicismo menos Cristianismo”, y antagónica a la esencia misma de la ciencia.

12 Profesor de Historia Eclesiástica en la Universidad de Bruselas, en su filosófico *Ensay on the Religions Meaning of the “Unknowable”*.

13 Palabra curiosa, o mejor dicho desgraciada, significa lo diametralmente opuesto al sentido que se le da. Porque la palabra “revelar” o “revelado” es derivada del latín *revelare*, “cubrir de nuevo con un velo” (y no “revelar” de “revelación”, mostrar lo que estaba oculto), o sea de *re* “de nuevo, nuevamente”, y *velare*, “velar u ocultar alguna cosa”, que a su vez se deriva de la palabra *velum*, “velo, o cubierta”. Así Moisés, en vez de descorder el velo, lo que hizo fue velar una vez más las leyendas y alegorías teológicas de los egipcios y caldeos, en las que, como hombre «instruido en la Sabiduría de Egipto», había sido iniciado. Sin embargo, no fue Moisés el primer revelador u *ocultador*, como observa muy bien Ragón. Miles de años antes veló Hermes los misterios indos, a fin de adaptarlos a la Tierra de los Faraones. Por descontado, ya no existe actualmente autoridad clásica alguna para satisfacer al filólogo ortodoxo: mas la autoridad oculta que sostiene que originariamente la palabra *revelare* significa “velar de nuevo”, y por consiguiente, que “revelación” significa echar un velo sobre un asunto, ponerle detrás de una cortina, es positivamente fortísima.

14 Según el *Glosario Teosófico*, “es el plural de *Sephira*. Son las diez emanaciones de la Deidad... El concepto de la Deidad contenido en las diez *Sephiroth* es muy sublime, y cada *Sephira* es para el cabalista una representación de un grupo de sublimes ideas, títulos y atributos, que el nombre sólo expresa débilmente”. Para más detalles, consúltese *La Doctrina Secreta*, vol. V, págs. 171 – 173. Ed. Kier. Buenos Aires, 1981.

15 Las cuatro místicas letras del nombre de *Jehovah*. –*I(e)H(o)V(a)H*. Por el significado simbólico de cada una de ellas, forman juntas el perfecto emblema bisexual, el símbolo masculino – femenino compuesto del *lingam* y del *yoní* indos. Teniendo a Dios por inefable, los rabinos en sus escritos evitaron pronunciarlo llamándole “el Nombre único”, “*Adonai* (Señor)”. Se le llamó además, *Tetragrammaton*, por constar de cuatro letras en lengua hebrea. Su verdadera pronunciación antigua es ahora desconocida. La prohibición de pronunciar el nombre de *Jehovah* fuera de algunos casos muy excepcionales es antiquísima siendo vigente ya en el principio de la Era Cristiana. Ver *Glosario Teosófico*.

16 Esto es traducido del original hebreo. “Jefe principal” (*Rab –Mag*) significa literalmente Maestro Mago, Maestro o *Guru*, como según vemos, lo fue Daniel en Babilonia

17 Cuando se dice de algunos héroes homéricos, tales como Laomedonte, el padre de Príamo, que construyeron ciudades, lo que fundaban en realidad eran los *Misterios* e introducían la Religión de la Sabiduría en países extranjeros.

18 Literalmente “el que explica cosas sagradas” el desvelador de la Ciencia Sagrada y Jefe de los iniciados. Título perteneciente a los más elevados Adeptos en los templos de la Antigüedad e iniciadores de los Grandes Misterios finales. El Hierofante representaba al Demiurgo. Era el único expositor de las doctrinas y arcanos esotéricos. Estaba prohibido hasta pronunciar su nombre delante de un no iniciado. Residía en Oriente y llevaba como símbolo de su autoridad un globo de oro colgado al cuello. Se le denominaba también *Mistagogo*. Ver *Glosario Teosófico*.



19 Pueblo de origen kurdo que habita en las montañas de Siujar, al N. de Mesopotamia, y que se halla esparcido por Kurdistán, Armenia y Cáucaso. Su particular religión es muy similar al Zoroastrismo siendo los elementos principales el Bien y el Mal en perpetua lucha. *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Editorial Espasa –Calpe. Barcelona.

20 Significaba lo mismo que *Adonis*. Comúnmente traducido “Señor”. Astronómicamente es el Sol. Cuando en la lectura un hebreo llegaba al nombre de *IHVH*, llamado *Jehovah* hacía una pausa y los sustituía por *Adonai (Adni)*. Ver *Glosario Teosófico*.

21 Es el poder del pensamiento, una de las Siete Fuerzas de la Naturaleza. Es la potencia creadora de *los Siddhis* (poderes) de los *Yogis* perfectos. *Kriyâshakti* es aquel misterioso y divino poder latente en la *voluntad* de cada hombre, que si no es avivado y desarrollado por la práctica del Yoga, sólo uno de cada millón de hombres consigue plasmarlo. Los Antiguos sostenían que una idea cualquiera se manifestará exteriormente si la atención (y la voluntad) de uno está profundamente concentrada en ella. *Ibídem*.

22 Se ordena en el *Eclo.* XXI, 30, no maldecir a Satán, “so pena de perder la vida”. ¿Por qué? Porque en sus permutaciones “el Dios Señor”, Moisés y Satán, *son uno sólo*. El nombre que daban los judíos mientras estuvieron en Babilonia a su Dios exotérico, el sustituto del *verdadero* Dios de quien jamás hablaban, y acerca del cual nunca escribían, era el *Mosheh* asirio o *Adar*, el dios del Sol abrasador (el “Señor tu Dios, es una *llama* consumidora”) y por consiguiente, *Mosheh* o Moisés, *brillaba* también. En Egipto, *Typhon* (Satán) el *rojo* se identificaba a la vez con el asno rojo *Typhon*, llamado *Set* o *Seth* (al que rendían culto los hititas), el cual era el mismo que *El* (el Dios de los asirios y semitas, o *Jehovah*), y con Moisés, *el rojo*, también. Porque Moisés era de piel roja. Según el *Zohar*, *B'sar d'Mosheh soomaq*, es decir, la carne de Moisés era *de color rojo oscuro*, y las palabras se refieren al dicho: “La faz de Moisés era semejante a la faz del Sol”. Estos eran *los tres aspectos* del Dios manifestado (el sustituto de *Ain Soph*, la Deidad infinita) o la Naturaleza en sus tres reinos principales: el Ígneo o el Solar, el Humano o Líquido, el Animal o Terrestre. Jamás existió un *Mosheh* o Moisés antes del cautiverio y de Esdras (que compiló el *Pentateuco* hacia el 450 a. C.) el profundo cabalista; y lo que es ahora Moisés, tenía otro nombre dos mil años antes. ¿Dónde están los rollos o documentos hebreos anteriores a esa época? Además, en las *Hibbert lectures...* del Dr. Sayce, hallamos una corroboración de esto. *Adar* es el “Dios de la Guerra” asirio, o el *Señor de las Huestes*, y el mismo que *Moloch*. El equivalente asirio de *Mosheh* (Moisés) es *Masu*, el “doble” o el “gemelo”; y *Masu* es el título de *Adar*, que también significa un “héroe”. Nadie que lea con atención los discursos aludidos de Sayce, dejará de ver que *Jehovah*, *Masu* y *Adar*, con otros varios son *permutaciones*.

23 Grado superior de la casta sacerdotal de los *Yezidis*. Pueden celebrar las más elevadas ceremonias y casarse. Ver *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Editorial Espasa –Calpe. Barcelona.

24 Gigantes, Titanes, y exotéricamente demonios, pero en realidad idénticos a ciertos *Asuras*, dioses intelectuales, adversarios de los inútiles dioses del ritualismo y enemigos de los *Pújâ* o sacrificios. Ver *Glosario Teosófico*.

(COLLECTED WRITINGS –versión digital- “La Babel del pensamiento moderno”, publicado en 1891 – H.P. BLAVATSKY).



. . . ¡Mofaos, entonces, de la ciencia de las ciencias, desconociendo su primera palabra! Quizá se nos diga que éste es el derecho literario de nuestros críticos. Está bien. Si las personas hablaran exclusivamente de lo que entienden, dirían sólo la verdad, lo cual no siempre sería placentero. Cuando leo las críticas, ahora endilgadas a la Teosofía, las trivialidades y el ridículo de mal gusto que ahora se emplea contra la filosofía más grandiosa y sublime del mundo, uno de cuyos aspectos se encuentra en la ética noble de Filaleteo; me pregunto: ¿si las academias de cualquier país habrán, alguna vez, entendido la Teosofía de los Filósofos alejandrinos mejor de lo que nos entienden a nosotros, ahora? ¿Qué se sabe o qué se puede saber de la Teosofía Universal, si no se ha estudiado bajo los maestros de sabiduría? Además: ¿cómo pueden las personas ufanarse, esgrimiendo juicios sobre la neo-Teosofía del siglo XX, cuando entienden muy poco de Jámblico, Plotino y hasta Proclo, es decir la Teosofía del siglo tercero y cuarto?

Nosotros decimos que la Teosofía nos llega del Oriente lejano, el mismo lugar de precedencia de la Teosofía de Plotino, Jámblico y hasta de los misterios del antiguo Egipto. ¿Acaso Homero y Herodoto no nos dicen que los antiguos egipcios eran "los Etiópes de Oriente"? Quienes *vinieron de Lanka o Ceilan*, según sus descripciones. Ya que es admitido, generalmente, que los pueblos que estos dos autores clásicos llaman *Etiópes de Oriente* eran simplemente una colonia de arios con tez muy oscura, los dravídicos de la India del Sur, quienes llevaron consigo a Egipto una civilización ya existente. Dicha migración tuvo lugar en las eras prehistóricas que el Barón Bunson llama *pre-Menita* (antes de Menes); mas estas eras tienen su propia historia que se puede encontrar en los *archivos* antiguos de Kalouka Batta. Además y aparte de la enseñanzas esotéricas, que no se divulgan a un público escarnecedor, las investigaciones históricas del Coronel Vans Kennedy, el gran rival, en la India, del doctor Wilson en el campo del sánscrito, nos muestran que la Babilonia pre-Asiria era la morada del Brahmanismo y del sánscrito como idioma sacerdotal. Además, si el Éxodo debe ser creído, sabemos que Egipto, mucho antes del tiempo de Moisés tenía a sus adivinos, hierofantes y magos; es decir: antes de la dinastía XIX. Al final, Bruges Bey ve en muchos de los dioses egipcios, unos emigrantes de más allá del Mar Rojo y de las grandes aguas del Océano Indo.

Ya sea esto así o no, la Teosofía es la descendiente directa del gran árbol de la *Gnosis* universal, un árbol cuyas ramas lozanas se extienden sobre toda la tierra como una bóveda y bajo cuya égida se hallaban todos los templos y las naciones del globo, en una época que a la cronología bíblica le gusta llamar: "antediluviana." Esta gnosis representa el agregado de todas las ciencias, la



sabiduría acumulada de todos los dioses y semidioses que se encarnaron en tiempos anteriores en la tierra. Según algunos—y dejemos que así piensen—ellos serían los ángeles caídos y los enemigos de la humanidad; estos hijos de Dios quienes, al ver que las hijas de los hombres eran hermosas las tomaron como esposas, impartiendoles los secretos del cielo y de la tierra. Nosotros creemos en los *Avatares*, en las dinastías divinas y en la época en que había, en realidad, "gigantes en la tierra"; sin embargo rechazamos por completo la idea de los "ángeles caídos," de Satán y de su ejército.

Entonces, se nos pregunta: "¿Cuál es vuestra religión o creencia? ¿Qué preferís estudiar?"

"La Verdad," contestamos. La verdad dondequiera que la encontremos; ya que, análogamente a Amonio Sacas, nuestra más grande ambición sería reconciliar los sistemas religiosos distintos, ayudando a todo ser a encontrar la verdad en su creencia y obligándole a reconocerla en el sistema religioso de su prójimo. ¿Qué importa el nombre, si la cosa en sí es esencialmente la misma? Según se dice: Plotino, Jámblico y Apolonio de Tyana tenían la dote maravillosa de la profecía, de la clarividencia y de la curación, aunque pertenecían a tres escuelas distintas. La profecía era un arte que los esenios, los *b'ni Nebim* entre los judíos y los sacerdotes de los oráculos que los paganos cultivaron. Los discípulos de Plotino atribuían, a su maestro, poderes milagrosos; Filostrato ha afirmado lo mismo en el caso de Apolonio; mientras Jámblico tenía la reputación de haber superado a todos los otros eclécticos en la teurgia Teosófica. Según la declaración de Amonio, toda la Sabiduría moral y práctica se encontraba en los libros de Thoth o Hermes Trismegisto. Mas Thoth significa "un colegio," una escuela o asamblea y, según los *theodidactos*, las obras con este nombre eran idénticas a las doctrinas de los sabios del extremo oriente. Si Pitágoras adquirió su conocimiento en la India, (donde, hasta la fecha, se hace mención de él en antiguos manuscritos, bajo el nombre de Yavanacharya, el Maestro Griego), Platón obtuvo la suya de los libros de Thoth-Hermes. ¿Cómo aconteció que el joven Hermes, el dios de los pastores, tildado: "el buen pastor," quien presidió sobre la adivinación y la clarividencia, se volvió idéntico a Thoth (o Thot), el Sabio deificado y autor de "El Libro de los Muertos"? Sólo la doctrina esotérica puede revelarlo a los orientalistas.

Cada país tuvo sus salvadores. Aquél que disipa la oscuridad de la ignorancia con la ayuda de la antorcha de la ciencia, sacando a relucir la verdad, se merece tal título como prueba de nuestra gratitud, tanto como quien nos salva de la muerte, curando nuestro cuerpo. Este ser despierta en nuestras almas entumecidas, la facultad de distinguir lo verdadero de lo falso alumbrando una llama divina hasta



el momento ausente; por eso tiene el derecho a nuestro agradecido respeto; ya que se ha convertido en nuestro creador. ¡Qué importancia tiene el nombre o el símbolo que representa la idea abstracta, si dicha idea es siempre la misma y verídica! Si el símbolo concreto tiene un nombre u otro, si el salvador en que creemos tiene el nombre terrenal de Krishna, Buddha, Jesús o Esculapio, "llamado también el dios salvador"; hay que tener presente una cosa: los símbolos de las verdades divinas no se inventaron para el deleite del ignorante; son el *alpha* y *omega* del pensamiento filosófico.

La Teosofía es el camino que lleva a la verdad y el ocultismo es, en toda religión y ciencia, la piedra angular y el solvente universal. Es el hilo de Ariadna que el maestro da al discípulo que se aventura en el laberinto de los misterios del ser, la antorcha que le ilumina el camino a lo largo del peligroso dédalo de la vida, el enigma de la Esfinge para siempre. Sin embargo, la luz arrojada por esta antorcha puede discernirse sólo por la vista del alma despierta: nuestros sentidos espirituales. Obceca los ojos del materialista; así como el sol encandila los de la lechuza. . . (COLLECTED WRITINGS –versión digital- “La teosofía trascendental”, publicado en mayo de 1.889 – H.P. BLAVATSKY).

. . . Es posible que aun estemos lejos de llevar a cabo la hermosa utopía, el sueño del filántropo que ve como en una visión, la realización del deseo triple de la Sociedad Teosófica. Una libertad plena y completa de la conciencia humana para todos; la fraternidad imperante entre los ricos y los pobres y la igualdad entre los aristocráticos y los plebeyos, que, su reconocimiento en la teoría y en la práctica es aun quimérico y por una buena razón. Todo esto debe cumplirse natural y voluntariamente por ambos lados; el momento aun no ha llegado para que el león y el cordero duerman el uno al lado del otro. La gran reforma debe tener lugar sin temores sociales, sin verter ni una gota de sangre, lo cual es posible sólo reconociendo y estudiando la gran verdad axiomática de la filosofía oriental según la cual la gran disparidad de fortuna, grado social e intelectual se debe simplemente a los efectos del karma personal de cada ser humano. **Recogemos únicamente lo que hemos sembrado. Si el hombre físico de la *personalidad* difiere de todo otro hombre, el ser inmaterial interno o la *individualidad* inmortal, emana de la misma esencia divina que la de su prójimo. Quien se ha empapado de la verdad filosófica que todo *Ego* comienza y termina por ser el Todo indivisible, no podría amar a su prójimo menos de lo que se ama a sí mismo. Hasta que lo antes dicho se haya convertido en una verdad religiosa, ninguna reforma podrá tener lugar. Los lemas egoístas: "La**



Caridad empieza con uno mismo" y "Cada uno por sí y Dios por todos," llevarán siempre a las razas "superiores" y *crístianas* a oponerse a la introducción práctica de los siguientes proverbios paganos muy hermosos: "Cada pobre es el hijo del rico" y el otro aun más apoteósico: "Alimenta, primero, a quien tiene hambre y come sólo lo que sobra."

Llegará el momento en que esta sabiduría "bárbara" de las razas "inferiores" será más apreciada. Eso que debemos buscar, mientras esperamos, es llevar un poco de paz a la tierra de los corazones que sufren, levantando, para ellos, un rincón del velo que les oculta la verdad divina. Que los más fuertes muestren el camino a los más débiles, ayudándoles a encaramarse a lo largo de la pendiente de la existencia. Que fijen la mirada hacia el Faro que brilla al horizonte, más allá del océano misterioso y desconocido de las Ciencias teosóficas como una nueva estrella de Belén y que los desheredados de la vida recobren esperanza [...] (COLLECTED WRITINGS –versión digital- "La teosofía trascendental, 28-29", publicado en mayo de 1.889 – H.P. BLAVATSKY).

QUÉ HAY EN UN NOMBRE "por qué la revista se llama *Lucifer*"

¿Qué hay en un nombre? Muy a menudo hay en él más que lo que un profano está preparado para entender, o el místico erudito para poder explicar. Hay una invisible, secreta, pero muy potente influencia que acompaña cada nombre y "la va dejando dondequiera que va." Carlyle concibió que "no solo hay mucho, sino, casi todo, está en los nombres." Además, escribió lo siguiente: "Si yo pudiera desarrollar toda la influencia que llevan los nombres, los cuales son la más importante de todas las vestiduras, sería un segundo gran Trismegistus."

El nombre o título de una revista que comienza ya con un objeto definido, es, por consiguiente, de suma importancia; pues, ciertamente es, la semilla invisible, la cual, o bien crecerá "para convertirse en un árbol, capaz de cubrirlo todo," los frutos del cual dependerán de la naturaleza de los resultados producidos por el objeto original, o el árbol marchitará y morirá. Estas consideraciones demuestran que el nombre de la presente revista—aunque ambiguo a los oídos del Cristiano ortodoxo—no se debe a una selección descuidada, sino surgió como consecuencia de mucho pensar en un nombre apropiado, y fue adoptado como el mejor símbolo que expresa ese objeto y con esta perspectiva los resultados.

El primero y más importante, o si no el solo objeto de la revista, está expresado en la línea de la 1ra Epístola a los Corintios, en su primera página. Es para traer luz a "las cosas ocultas en la oscuridad," (iv. 5); mostrar en su verdadero aspecto



y sus significados originales y reales, cosas y nombres, hombres con sus acciones y costumbres; y finalmente luchar todo prejuicio, hipocresía y engaño en cada nación, en cada clase social, así como en cada departamento de la vida. Una tarea difícil pero no impracticable ni inútil, aunque sea un experimento.

De modo que, para una empresa de esta naturaleza, no podría encontrarse mejor título que aquel que se escogió. "Lucifer," es la clara estrella-matutina, la precursora del glorioso sol del mediodía—el "Eosphoros" de los griegos. Brilla tímidamente al amanecer para ganar fuerzas y deslumbrarnos la vista después del crepúsculo de la tarde con su propio hermano "**Hesperos**"—**la estrella vespertina, o el planeta Venus. No existe símbolo más apropiado para el presente trabajo—lanzar un rayo de la verdad sobre todo lo que está oculto por oscuros prejuicios, debido a erróneas concepciones sociales o religiosas, precisamente por esa idiota costumbre que existe, en que, una vez que alguna acción, cosa, o nombre ha sido marcado, difamado con invenciones, no obstante injustas, hace que personas vistas como respetables, decidan apartarse sin atreverse siquiera a examinarlo bajo cualquier otro aspecto, excepto ese que está sancionado por la opinión pública. De modo que ese esfuerzo, hacer que los débiles de corazón se enfrenten a la verdad, es asistido eficazmente por un título perteneciente a la categoría de nombres marcados.**

Lectores considerados como religiosos devotos pueden argüir que "Lucifer" es aceptado por todas las iglesias como uno de los numerosos nombres del Diablo. De acuerdo con la magnífica ficción de Milton, Lucifer es Satanás, el ángel "rebelde," enemigo de Dios y de los hombres. Aunque, si uno analiza la rebelión, se va a encontrar que ésta no es más que una afirmación de libre-albedrío y de libre pensamiento, igual que si Lucifer hubiese nacido en el siglo XIX. El epíteto de "rebelde" es una calumnia teológica, a la par con esa otra denigración de Dios por los Pre-destinarios, la que convierte a la deidad en un demonio "Todo-Poderoso," peor que el mismo Espíritu "rebelde." "Un Diablo Todo-Poderoso deseoso de que lo 'cumplimenten' como todo misericordioso cuando él está esforzándose en actuar con la más diabólica crueldad," como escribió J. Cotter Morison. Ambos, el pre-ordinario y pre-determinario Dios-demonio, y su subordinado agente, son una fabricación humana; son dos de los más, moralmente repulsivos y horribles dogmas teológicos, que las pesadillas de monjes, con aversión a la luz, han llegado a desarrollar alguna vez, de sus deseos inmundos.

Ellos se remontan a la edad Medieval, un período de oscurantismo mental, durante el cual casi todos los prejuicios y supersticiones presentes fueron



inculcados a la fuerza en la mente humana, de esta forma los han hecho casi imposibles de desarraigar en algunos casos, uno de los cuales es el presente prejuicio que estamos discutiendo.

Tan profundamente enraizado está el concepto formado de antemano, y la aversión al nombre Lucifer—el cual no significa nada más que "portador de la luz" (de *lux*, *lucis*, "luz", y *ferre* "traer")— aún entre las clases educadas, que por razón de adoptar el título para la revista, los editores tienen la perspectiva ante ellos de una larga lucha contra el prejuicio del público. Tan absurdo y ridículo es ese prejuicio, que parece que nadie se ha llegado a preguntar, cómo es que Satanás llegó a ser llamado un "*portador de la luz*," a menos que los rayos plateados de la estrella-matutina puedan en alguna forma sugerir el resplandor de las llamas infernales. Esto no es más que, como Henderson demostró, "una de esas perversiones vergonzosas de escritos sagrados que estos adquieren con frecuencia, y que pueden ser rastreados a una propensión a buscar en un pasaje determinado, más que lo que en realidad contiene—una disposición a ser influenciado por sonido en vez del sentido, y una fe implícita en la interpretación recibida"—la cual no es una de las debilidades de nuestra presente era. Con todo eso, el prejuicio está allí, para vergüenza de nuestro siglo. (COLLECTED WRITINGS, versión digital, "Que hay en un nombre" "Por qué la revista se llama Lucifer" en mayo de 1.889 – H.P, BLAVATSKY).

Inmensa es la presunción de la ciencia moderna y sin paralelo son sus logros. Los filósofos precristianos y medioevales pueden haber dejado algunas huellas en minas inexploradas; pero el descubrimiento del oro puro y de las joyas inestimables se debe a la labor paciente del erudito moderno. Así declaran que el conocimiento real y genuino de la naturaleza del Kosmos y del ser humano, es un fruto reciente. La lozana planta moderna ha nacido de las malas hierbas mustias de las antiguas supersticiones.

Sin embargo, los estudiantes de Teosofía no comparten lo antedicho y afirman que no es suficiente usar las invectivas de Tyndall y de otros, según los cuales: "el pasado inculto tenía concepciones insostenibles," para ocultar las minas intelectuales que contribuyeron a esculpir las reputaciones de numerosos filósofos y científicos modernos. Le corresponde a la posteridad imparcial decir cuántos de entre nuestros eximios científicos han derivado honor y crédito con simplemente embellecer las ideas de esos antiguos filósofos que siempre denigran. Sin embargo, la soberbia y la presunción han atenazado el cerebro del docto medio como dos cánceres terribles, especialmente en el caso de los



orientalistas, los estudiosos de sánscrito, los egiptólogos y los asiriólogos. A los orientalistas los guían (o quizá sólo pretenden ser guiados), por comentadores post-Mahâbhârata, mientras los asiriólogos siguen la interpretación arbitraria de papiros compulsados con lo que éste o aquél escritor griego ha dicho o ha soslayado en silencio y se valen de inscripciones cuneiformes en tablillas de arcilla semidestruidas, que los asirios copiaron de registros "acado"-babilónicos. Entre ellos, hay una plétora inclinada a olvidarse, en cada oportunidad conveniente, que los numerosos cambios idiomáticos, la fraseología alegórica y el sigilo evidente de los antiguos escritores místicos, los cuales, generalmente, se encuentran bajo la obligación de no divulgar jamás los secretos solemnes del santuario, pueden haber tristemente desviado tanto a los traductores como a los comentadores. La mayoría de nuestros orientalistas, en lugar de admitir su ignorancia, prefieren permitir a la soberbia ofuscar la lógica y los poderes del raciocinio, afirmando, con orgullo, como lo hace el profesor Sayce, que han descifrado el verdadero significado de los antiguos símbolos religiosos y pueden interpretar los textos esotéricos con más acierto que los hierofantes iniciados caldeos o egipcios. Esto equivale a decir que los antiguos hierogramáticos y los sacerdotes, los inventores de todas las alegorías que servían para velar las numerosas verdades enseñadas durante las Iniciaciones, estaban completamente a oscuras de los textos sagrados que ellos mismos recopilaron o escribieron. Esto colinda con la otra ilusión de algunos estudiosos de sánscrito quienes, aunque jamás han estado en la India, pretenden que su conocimiento del acento sánscrito, su pronunciación y también el sentido de las alegorías védicas, superan a aquel de los más letrados entre los excelentes pundits brahmánicos y eruditos sanscritistas indos.

Después de esto no hay que maravillarse si el estudiante moderno interpreta literalmente la fraseología y los velos de nuestros alquimistas y cabalistas medioevales; los eruditos en griego de las universidades de Oxford y Cambridge *corrigen* el griego y aun las ideas de Esquilo y las parábolas veladas de Platón se atribuyen a su "ignorancia." Sin embargo, si los estudiantes de los idiomas muertos algo conocen, deberían saber que en la filosofía antigua y moderna se practica el estilo del determinismo extremo; que todo lo que se nos concede saber en la tierra desde el principio de la humanidad, estaba bajo la égida segura de los Adeptos del santuario; que las diferencias en los credos y en la práctica religiosa eran sólo externas y que estos custodios de la primitiva revelación divina, los cuales habían resuelto todo problema asible por el intelecto humano, estaban unidos por una francmasonería universal de ciencia y filosofía, formando así una cadena ininterrumpida alrededor del globo. Le corresponde a la filología y a los orientalistas esforzarse por encontrar la punta del hilo. Pero si siguen buscándola sólo en una dirección que además es equivocada, nunca descubrirán la verdad ni



el hecho. Así, es el deber de la psicología y la teosofía ayudar al mundo para que alcancen la verdad y el hecho. Hay que estudiar las religiones orientales a la luz de la filosofía oriental y no occidental y si ustedes logran desatar un sólo eslabón de los antiguos sistemas religiosos, la cadena del misterio puede soltarse. Para llevar a cabo esto, no se debe concordar con los que enseñan que es antifilosófico investigar en las causas primeras y que todo lo que podemos hacer es considerar sus efectos físicos. La naturaleza física circunfiere el campo de la investigación científica, por lo tanto, una vez alcanzados los límites materiales, la investigación debe detenerse y el trabajo debe volver a empezar. Como al teósofo no le gusta caer en un círculo vicioso, debe rechazar seguir la orientación de los materialistas. Él sabe, en todo caso, que según la antigua doctrina, las revoluciones del mundo físico corresponden con revoluciones análogas en el mundo intelectual; ya que en el universo, la evolución espiritual procede de forma cíclica como la física. **¿Quizá en la historia no discernimos un alternarse regular de flujo y reflujo en la marea del progreso humano? ¿Acaso no percibimos en la historia y también en el ámbito de nuestra experiencia, que los grandes reinos del mundo, después de haber alcanzado su apogeo, vuelven a descender en armonía con la misma ley mediante la cual ascendieron? Esto acontece hasta que llegan a su punto más bajo, momento en que la humanidad se reafirma y vuelve a subir y, mediante esta ley de progreso ascendente cíclico, su pináculo es un poco superior al punto desde el cual bajó. Los reinos y los imperios están sujetos a las mismas leyes cíclicas que las plantas, las razas y toda cosa en el Kosmos.**

No es una quimera la división histórica de la humanidad en lo que los hindúes llaman Sattva, Tretya, Dvâpara y Kali Yugas, mientras los griegos los definen como "las Edades de Oro, de Plata, de Bronce y de Hierro." Lo mismo es discernible en la literatura humana. A una edad de gran inspiración y productividad espontánea, le sucede, invariablemente, una de crítica y análisis. La primera proporciona el material para el intelecto analítico y crítico de la otra. "Este es el momento idóneo para reexaminar las antiguas filosofías. Los arqueólogos, los filólogos, los astrónomos, los químicos y los físicos se están acercando más y más al punto en que se verán obligados a considerarlas. La ciencia física ya ha alcanzado sus límites de exploración y la teología dogmática se da cuenta de que los manantiales de su inspiración están secándose. Está acercándose el día en que el mundo recibirá las pruebas de que sólo las religiones antiguas estaban en armonía con la naturaleza y la ciencia de antaño abarcaba todo lo cognoscible." Volvemos a reiterar la profecía presentada en *Isis sin Velo* hace veinte años: "Los secretos mantenidos por mucho tiempo se revelarán; los libros caídos en el olvido y las artes perdidas desde hace un gran lapso, pueden sacarse nuevamente a la



luz; papiros y pergaminos de importancia inestimables aparecerán en las manos de hombres que pretenderán haberlos desplegado de las momias o haber tropezado con ellos en las criptas sepultadas; también se exhumarán e interpretarán tablillas y columnas, cuyas revelaciones esculpidas desconcertarán a los teólogos y confundirán a los científicos. ¿Quién sabe las posibilidades del futuro? Muy pronto alboreará una era de desencanto y reconstrucción, mejor dicho, ya empezó. El ciclo casi ha llegado a sus postrimerías, uno nuevo está por comenzar y las páginas futuras de la historia pueden contener la prueba tajante de lo susodicho, corroborándolo plenamente.

Desde los días que el párrafo anterior fue escrito, gran parte de su contenido se ha vuelto en una realidad: el descubrimiento de las tejas de arcilla asirias y sus archivos, han inducido a los intérpretes cristianos y librepensadores de las inscripciones cuneiformes, a alterar la edad del mundo.

Hoy, la cronología de los Purânas hindúes reproducida en *La Doctrina Secreta* es objeto de escarnio, sin embargo llegará el momento en que será aceptada universalmente. Podríamos considerar esto una simple suposición, que será tal, sólo por el momento. En rigor, es simplemente una cuestión de tiempo. El asunto de la disputa entre los defensores de la sabiduría antigua y sus detractores legos y clericales estriba en dos puntos: (a) la comprensión errónea de los antiguos filósofos por la carencia de las claves que los asiriólogos se ufanan haber encontrado y (b) las tendencias materialistas y antropomórficas de la edad. Esto no impide, para nada, que los darwinistas ni los filósofos materialistas excaven en las minas intelectuales de los antiguos, beneficiándose del caudal de ideas que ahí encuentran; ni detiene a los sacerdotes de descubrir dogmas cristianos en la filosofía platónica, llamándolos "presentimientos," como demuestra el libro del doctor Lundy: *El Cristianismo Monumental* y otras obras del género.

Toda la literatura o lo que permanece de los escritos sacerdotales de los indos, egipcios, caldeos, persas, griegos y guatemaltecos (*Popol Vuh*), está pletórica de tales "presentimientos." Las religiones primitivas, sin excepción, basándose en la misma piedra angular, los Misterios antiguos, reflejan las creencias más importantes entre las que en un tiempo eran universales, por ejemplo: un Principio impersonal, divino y universal, absoluto en su naturaleza e incognoscible para el intelecto "cerebral" o el conocimiento condicionado y limitado del ser humano. En el universo manifestado es imposible imaginarse quién pueda presenciar esto, sino la **Mente Universal, el Alma del universo. Lo que por sí solo es una prueba eterna e incesante de la existencia del Principio Uno, es la presencia de un designio innegable en el mecanismo cósmico, el nacimiento, el desarrollo, la muerte y la transformación de todo lo existente en el universo, desde las estrellas silenciosas**



e inalcanzables al humilde liquen, desde el ser humano a las vidas invisibles que ahora llamamos microbios. De aquí la aceptación universal del "Pensamiento Divino," el Anima Mundi (Alma del Mundo) de la antigüedad. Entre todas las doctrinas más antiguas ahora conocidas y creídas por la humanidad, se enumera la idea de Mahat, (el gran) Akâshâ o el aura de transformación de Brahmâ entre los hindúes, la idea de Alaya, "el Alma divina del pensamiento y de la compasión" de los místicos trans-himaláycos; la idea de la "Divinidad perpetuamente razonadora" de Platón. Por lo tanto, no se puede decir que se originaron con Platón, Pitágoras ni con ninguno de los filósofos dentro del período histórico. Los Oráculos Caldeos dicen: "Las obras de la naturaleza coexisten con la Luz intelectual y espiritual del Padre; ya que es el Alma que adornó el inmenso cielo y que lo adorna como el Padre."

"El mundo incorpóreo ya estaba completo y, teniendo su morada en la Razón Divina," dice Philo, al cual se le tilda, injustamente, de derivar su filosofía de Platón.

En la Teogonía de Mochus vemos que el Eter es el primero y después le sigue el aire, los dos principios de los cuales nace Ulom, el Dios *inteligible* (el universo visible de materia).

En los himnos Orficos, el Eros-Fanes se desenvuelve del Huevo Espiritual que los vientos etéreos fecundan. El viento es el "Espíritu de Dios" que, según se dice, se mueve en el éter, "revoloteando sobre el Caos," la "Idea" Divina. En el *Kathopanishad* hindú, Purusha, el Espíritu Divino, antecede la Materia original. De su unión nace la gran Alma del Mundo, "Mahâ-Atmâ, Brahm, el Espíritu de la Vida." Estos términos son sinónimos de Alma Universal o Anima Mundi y la Luz Astral de los Teúrgos y los Cabalistas.

Pitágoras trajo sus doctrinas de los santuarios orientales y Platón, que las había aceptado completamente, las compiló en una forma más inteligible para la mente no iniciada, que los números pitagóricos misteriosos. Por lo tanto, para Platón, el Kosmos es "el Hijo," cuyo padre y madre son el Pensamiento Divino y la Materia. El "Ser Primario" es una emanación de la Mente Universal o del Demiurgo, la cual contiene, desde la eternidad, la idea del "mundo a crear" dentro de sí, cuya idea, el Logos inmanifestado la produce de Sí. La primera Idea "nacida en la oscuridad antes de la creación del mundo," permanece en la Mente inmanifestada; la segunda es esta Idea que se desprende de la Mente (ahora el Logos manifestado), como un reflejo que se reviste de materia, asumiendo una existencia objetiva. (COLLECTED WRITINGS, versión digital, "La Mente en la Naturaleza" publicado en Lucifer, en septiembre de 1.896 – H.P, BLAVATSKY).



. . . El hecho de que las conclusiones del Pesimismo hayan sido finalmente asimiladas por una cierta clase de escritores ateístas, es un hecho notable de hoy en día, y otro signo de los tiempos. Ello ilustra el tópico de que el vacío creado por la moderna negación científica no puede jamás ser llenado por las frías perspectivas ofrecidas como *solacium* (alivio) a los optimistas. El “comtiano” *entusiasmo de la Humanidad* es un concepto lo suficientemente pobre de tal modo que, “como los fuegos solares que lentamente mueren” (si en efecto mueren de algún modo), se basa en la futura aniquilación de la Raza para contentar a la ciencia física en este momento. Si todos los dolores y sufrimientos presentes –la feroz lucha por la existencia y todos los horrores que conllevan– no sirvieran para nada, y si el Hombre fuera un mero *ephemeron* (efímero), juguete de ciegas fuerzas, ¿por qué asistir a la perpetuación de la farsa? La “incesante rutina de materia, fuerza y ley”, no hará más que precipitar a un eterno olvido, a los millones de seres humanos que pululan y finalmente no dejará huellas o vestigios del pasado, cuando las cosas retornen a la nebulosidad de la bruma de fuego de donde surgieron. La vida terrestre no es un fin en si misma. Está cubierta de tenebrosidad y miseria. No es de extrañar entonces que el “negacionista” de alma ciega prefiera el pesimismo de Schopenhauer al infundado optimismo de Strauss y de sus seguidores que, a la vista de sus enseñanzas, recuerdan la fogosidad animal de un joven asno después de una buena comida de cardos.

No obstante, una cosa es clara: la absoluta necesidad de tener alguna solución que acepte los hechos de la existencia bajo una perspectiva optimista. La sociedad moderna está saturada de un cinismo creciente y aversión a la vida. Este es el resultado de una completa ignorancia de las actuaciones del *Karma* y de la naturaleza de la evolución del Alma. El Pesimismo ha crecido indebidamente por una equivocada lealtad a los dogmas de la mecánica y falsa teoría de la evolución. Una vez que se ha comprendido el funcionamiento de la Gran Ley –¿y qué filosofía puede proporcionar mejores medios para tal comprensión y solución final, que la doctrina esotérica de los grandes sabios de la India?–, no queda *locus standi* posible para las recientes enmiendas al sistema de pensamiento schopenhaueriano o para las sutilezas metafísicas, urdidas por el “filósofo del inconsciente”. Sólo el estudio de la filosofía originaria –ahora esotérica– puede probar lo razonable de la existencia *consciente*. Y ella dice que “no hay vida ni muerte pues ambas son ilusorias; el Ser (o la Seidad) es, la única realidad”. Esta paradoja fue repetida miles de años después por uno de los mayores fisiólogos que han existido. “La Vida es Muerte”, dijo Claude Bernard. Los organismos viven porque sus partes están siempre muriendo. La supervivencia del más apto está basada seguramente en este principio. La vida



de todo lo superior requiere la muerte de lo inferior, dependiendo de la muerte de las partes y estando subordinadas a ella. Y así como la vida es muerte, la muerte es vida y todo el gran ciclo de vidas forman no más que una Existencia *cuyo peor día transcurre en nuestro Planeta*.

El que *sabe*, se impondrá. Pues hay un amanecer para cada ser; una vez liberado de la ilusión y de la ignorancia mediante el Conocimiento, proclamará en verdad y con *plena Conciencia a Mahâ-mâyâ*:

“¡DESTRUIDA ESTA TU CASA Y EL TECHO HUNDIDO!

¡LA ILUSIÓN LA FORJO!

A SALVO PARTO DE ALLÍ PARA OBTENER LA LIBERACIÓN...”

(COLLECTED WRITINGS 7, versión digital, “El origen del mal” publicado en Lucifer, en octubre de 1.887 – H.P, BLAVATSKY).

. . . De ahí que el verdadero genio tenga pocas posibilidades de recibir su reconocimiento en nuestra era de convencionalismos, hipocresía y contemporización. A medida que el mundo aumenta en civilización se expande su fiero egoísmo, y apedrea a sus verdaderos profetas y genios en beneficio de sus sombras remedadas. Sólo las agitadas masas de millones de ignorantes, el gran corazón de la gente, son capaces de sentir intuitivamente a una verdadera “gran alma” llena de amor divino por la humanidad, de compasión divina por el hombre sufriente. De aquí que sólo el pueblo llano es aún capaz de reconocer al genio, como que sin tales cualidades ningún hombre tiene derecho a ese nombre. Ningún genio puede encontrarse ahora en la Iglesia o el Estado y eso lo prueba su propia confesión. Parece que hubiese pasado mucho tiempo desde que en el siglo XIII el “Doctor Angélico”¹ desairó al Papa Inocencio IV, quien haciendo alarde de los millones obtenidos por la venta de absoluciones e indulgencias, hizo a Santo Tomás de Aquino la siguiente observación “¡la era en que la Iglesia decía: 'Plata y oro no tengo', ha pasado!” “Cierto,” fue la rápida contestación; “pero también ha pasado la era en que podía decir a un paralítico, ¡Levántate y anda!” Y sin embargo, desde aquel tiempo y desde mucho, mucho antes hasta nuestros días no ha cesado en ningún instante la crucifixión de su Maestro ideal por la Iglesia y el Estado. Mientras cada Estado cristiano rompe con sus leyes y

¹ Nombre con el que era denominado Santo Tomás de Aquino, y Escuela Angélica, la que seguían sus discípulos o tomistas. Ver José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, tomo IV, Alianza Editorial. Madrid, 1981, página 3271.



costumbres, con todo mandamiento dado en el Sermón de la Montaña, la Iglesia cristiana se justifica y aprueba esto a través de sus propios obispos que desesperadamente proclaman: “Un Estado cristiano sobre principios cristianos es *imposible*”². De ahí que no sea posible un modo de vida semejante al de Cristo (o Buddha) en los Estados civilizados.

El ocultista, entonces, para quien “el verdadero genio es sinónimo de mente auto-existente e infinita”, reflejado más o menos fielmente por el hombre, no encuentra en las definiciones modernas del término nada que se aproxime a lo correcto. Por su parte, los modernos seguramente recibirán con irrisión la interpretación esotérica. La misma idea de que cada hombre con un “alma” dentro de sí es el vehículo de un genio, parecerá supremamente absurda aun para los creyentes, mientras que los materialistas se pondrán a malas con ella llamándola “crasa superstición”. Por lo que se refiere al sentimiento popular –el único aproximadamente correcto ya que es puramente intuicional (no intelectualizado)– ni será tenido en cuenta. El mismo epíteto elástico y cómodo de “superstición” será usado, una vez más, para explicar por qué no ha habido nunca aún un genio universalmente reconocido –tanto de un tipo como de otro– sin una cierta cantidad de cuentos y leyendas misteriosas, fantásticas y, frecuentemente extraordinarias relacionadas con ese carácter tan único, acompañándolo en su vida y aun sobreviviéndole. Con todo, son sólo los no sofisticados, las denominadas masas “ignorantes”, los que –justamente a causa de esa falta de razonamiento sofisticado– cada vez que toman contacto con un carácter anormal, fuera de lo común, sienten que hay en él algo más que el mero hombre mortal de carne y atributos intelectuales. Y sintiéndose ellos mismos en presencia de lo que en la inmensa mayoría está siempre oculto, de algo incomprendible para sus mentalidades prosaicas, experimentan el mismo temor reverencial que las masas populares sintieron antiguamente cuando su fantasía, muchas veces más infalible que la razón cultivada, hizo dioses de sus héroes, enseñando:

“... Al débil a inclinarse, al orgulloso a rezar

a los poderes nunca vistos y más poderosos que ellos...”

Esto ahora se llama SUPERSTICION...

¿Pero qué es superstición? Es cierto que tenemos miedo de aquello que no nos podemos explicar claramente. Como niños a oscuras, tanto los cultos como los ignorantes, somos todos propensos a poblar esa oscuridad con fantasmas de nuestra propia creación; pero esos “fantasmas” no prueban de ningún modo, que esa “oscuridad” –que es sólo otra forma de denominar lo “invisible” y “oculto”–

² Ver “*Going to an Fro*”, primer artículo (Lucifer, nov. 1889).



está realmente vacía de cualquier *presencia* salvo la nuestra propia. De manera que si en su forma exagerada es la “superstición” un extraño íncubo³, como una creencia en las cosas “*más arriba y más allá*” de nuestros sentidos físicos, no obstante es también un modesto reconocimiento de que hay cosas en el Universo, y alrededor nuestro, de las que no sabemos nada. Bajo este sentido no se convierte la “superstición” en un sentimiento irrazonable, mitad asombro, mitad pavor, mezclado con la admiración y la reverencia, o con el miedo, según los dictados de nuestra intuición. Y esto es mucho más razonable que repetir con los sabiondos demasiado doctos: que no hay nada, “nada en absoluto en esa oscuridad”, ni puede haber nada allí ya que ellos no han acertado a percibirlo.

¡Eppur si muove! Donde hay humo, ahí debe haber fuego; donde hay vapor húmedo allí debe haber agua. Nuestra reclamación descansa sobre una verdad axiomática eterna: *nihil sine causa*. El genio y el sufrimiento inmerecido son prueba del *Ego inmortal* y de la *Reencarnación* en nuestro mundo. Por lo demás, es decir, por lo que se refiere a las calumnias y burlas con las que se encuentran tales doctrinas esotéricas, Fielding –también una suerte de genio, a su manera–, dio cuenta de nuestra respuesta un siglo antes. Nunca pronunció una verdad mayor que el día en que escribió que “Si la superstición hace del hombre un tonto, el ESCEPTICISMO LO CONVIERTE EN UN LOCO”.

(COLLECTED WRITINGS 7, versión digital, “El genio” publicado en Lucifer, en octubre de 1.889 – H.P, BLAVATSKY).

Cada religión ha subrayado el valor y la eficacia de un intento en grupo para contactar con lo Divino. El culto colectivo a la divinidad y la realización de ritos religiosos es parte de la vida pública de todas las gentes. Los ritos religiosos abren un canal de comunicación entre aquéllos que toman parte en los mismos y la inteligencia o poderes que intentan contactar. Por medio de este canal, estos poderes permiten derramar iluminación, paz o poder sobre aquéllos que se aproximan a ellos, aunque el resultado concreto depende de la capacidad de recibir del devoto. Todo el proceso es puramente científico, basado en la vibración y la dinámica.

Hay mucha controversia contra los rituales y mucha gente con buenas intenciones se considera a sí misma como que ya los han superado. Se olvidan de que los rituales y las ceremonias tienen su lugar y su valor de

³ Dícese del espíritu, diablo o demonio que, según la opinión vulgar, tiene comercio carnal con una mujer, bajo la apariencia de varón.



enseñanza cuando se usan para esclarecer y no para oscurecer. Allí donde el significado del ritual permanece oculto y no realizado tiene que haber, como consecuencia, un espíritu de indiferencia, de inutilidad y de cansancio respecto a las formas y a las ceremonias. Pero allí donde se realiza ese ritual y las ceremonias organizadas son una fuerza constructiva, entonces la cooperación se hace posible. El ritual y la adoración conducen a Dios, de la misma forma que lo hacen la naturaleza, la vida, la experiencia, las dificultades, el dolor y el instinto. (K. PARVATHI KUMAR, Nutrients for Discipleship nº 13, original en inglés).

La medicina moderna tiene planteado un problema a escala mundial: la preservación artificial de la vida. Esta preservación tiene relación con los enfermos sin remedio y frecuentemente con los inválidos inconscientes, seniles y niños con graves anomalías. Se preservan vidas que no sirven para ningún propósito útil y que la naturaleza, si se la dejara sola, extinguiría. Todo ello provoca mucho dolor y sufrimiento y es contrario a los designios de Dios. Está rompiendo enfáticamente la ley del amor y la compasión.

Si a un cuerpo que se está muriendo físicamente lo alimentamos excesivamente, si se vuelve un recipiente que requiere un cuidado indebido, puede mantener al hombre real aprisionado, desafiando a Dios, a la naturaleza y al intento del alma. Éste es un triste espectáculo para observar. El hombre enfatiza demasiado la importancia del cuerpo físico y considera la prolongación de la existencia terrenal como el objetivo más importante. Estas actitudes erróneas deben acabar.

En aquellos casos sin esperanza en los cuales hay gran sufrimiento, la vida no solamente no debe prolongarse innecesariamente, sino que, en condiciones adecuadas de seguridad, deben agilizarse los procesos que permitan la muerte del cuerpo físico. (K. PARVATHI KUMAR, Nutrients for Discipleship nº 15, original en inglés).

El misticismo es la intrínseca facultad espiritual que se ha generado en todas las personas ciertamente espirituales como el místico y el religioso. El misticismo es, ni más ni menos, la urgencia de la unión con lo divino, con el Dios en el exterior y en el interior. Es el poder de sentir, de apreciar y de amar aquello que es más grande y mejor que uno mismo, la capacidad de comprender la bondad, la belleza y la verdad, de sentir lo desconocido y lo improbable.



La humanidad, como un todo, se está volviendo mística en su orientación y consciencia. La etapa mística es una parte del desarrollo espiritual evolutivo de todo. En la inteligencia de la raza, la consciencia mística está siempre ahí, aún cuando no se reconozca o repudie. El sendero místico es el camino apropiado para la gente en una etapa temprana de evolución, siempre y cuando no le lleve hasta el punto de desequilibrio. Es un proceso útil y necesario a través del cual la aspiración espiritual empieza a ocupar el lugar del deseo y el hombre eleva su consciencia desde el cuerpo al alma, desde él mismo a Dios.

El ciclo místico se corresponde con el ciclo adolescente en la vida de los jóvenes, impulsándoles a la orientación adecuada y estableciendo ciertos estándares y valores. Tal ciclo será, sin embargo, reconocido como indeseable cuando llegue el tiempo en que un conjunto de nuevos valores más elevados y una técnica más controlada y espiritual los sustituya. Un propósito de vida, un plan reconocido y una actividad correctamente dirigida deberá, finalmente, reemplazar todas las aspiraciones, los sueños y los anhelos de los adolescentes. (K. PARVATHI KUMAR, Nutrients for Discipleship nº 16, original en inglés).

El místico es un introvertido. Tiene los defectos de su tipo –soñador, visionario, impráctico, falta de discriminación. Es pre-eminentemente emocional y trabaja de forma separativa. Es siempre una limitación del temperamento místico encontrar paz en el retiro y el aislamiento. Es raro que un místico haga un servicio determinado a la humanidad. Fracasa en llevar su sueño idealista de amor manifestado en alguna actividad a nivel de expresión física. Su intención es llegar a Dios y conseguir la rectitud, pero carece de conocimiento. Hay poco en sus escritos que satisfaga la necesidad y demanda de iluminación que tiene la humanidad. Los visionarios místicos a los que les gusta vagar en el elevado reino del pensamiento abstracto, divorciados de los asuntos humanos, no son útiles ni a Dios ni al hombre.

El místico se caracteriza por alcanzar la unidad con Dios. La meditación y el culto son su práctica y la iluminación es su petición. La palabra “revelación” se ha utilizado muy mal por parte de los místicos religiosos. El concepto implícito es que, debido a sus luchas y a su profunda búsqueda de Dios, repentinamente Dios se le revela. Pero la revelación concedida está, en realidad, relacionada con el Dios inmanente, el alma, y no con el Dios trascendente. El místico no sabe que sólo percibe algo que siempre ha estado ahí. De forma similar, estos místicos, cuyo pensamiento está enfocado en Cristo, lo visualizan en algún lugar del cielo, pero no en el interior de ellos mismos.



Las rapsodias místicas emocionales son aptas para ser la negación de toda aprensión mental. La meta de los esfuerzos del místico debería ser alcanzar un desarrollo redondeado. Es también capaz de sentir que el intelecto no le puede dar nada. Tendrá que llegar el tiempo en que el místico apreciará y seguirá el camino de la cabeza y no sólo el del corazón, ya que los objetivos de ambos métodos son la misma consciencia de la realidad y la realización de la divinidad. Tiene que desarrollar la valoración de lo concreto y alcanzar conocimiento mental. El místico se convertirá inevitablemente en ocultista, y esto tanto si le gusta el proceso como si no; no puede escapar a ello a largo plazo. Hasta que no se añada el sendero del conocimiento al sendero del amor, nunca podrá avanzar espiritualmente, ya que ello requiere un nivel superior y una mayor expansión de la mentalidad.

El místico desarrollado puede alcanzar la pura visión motivado por el intento espiritual. Se le distingue por su humildad, la falta de interés por él mismo, por su capacidad de ver a Dios en todas las fes y por su capacidad para vivir la vida espiritual. Mentalmente está centrado y está libre de control emocional y de complejo mesiánico. Combina cabeza y corazón, inteligencia y sensibilidad, además de percepción intuitiva. Los místicos que se distinguen por el conocimiento y la visión no están confinados en los tipos estrictamente religiosos. Los pensadores desinteresados que sirven de forma creativa a las necesidades del grupo en cada rama del pensamiento humano y de la actividad humana se encuentran en este grupo, incluyendo a científicos y filósofos. (K. PARVATHI KUMAR, Nutrients for Discipleship nº 17, original en inglés).

Se debe cambiar la actitud mórbida de la mayoría hacia la Ley natural de la disolución. Cristo demostró una actitud correcta y más alegre cuando reprendió a sus discípulos cuando éstos se mostraban tristes frente a la cercanía de su muerte, recordándoles que él iba junto a su padre. La muerte es el regalo de Dios a la vida y considerar el trabajo del ángel de la muerte como algo malvado es una de las grandes distorsiones de la verdad divina. El plan divino de la muerte es bello y beneficioso; es parte del proceso del crecimiento evolutivo.

Cuando el alma se reencarna toma aquello que no es ella misma o que no es suyo. Cuando el tiempo establecido por la ley finalmente llega, el alma debe restituir los bienes prestados y la asociación entre alma y cuerpo se disuelve. Cuando el alma parte, llevándose el fruto de toda la experiencia, el corazón deja de funcionar, el cerebro deja de registrar y, de esta manera, se establece el silencio. La casa está vacía. La muerte devuelve el cuerpo y el alma a sus fuentes



de origen. Devuelve la sustancia a la sustancia y el alma al reino de las almas. Esto es todo lo concerniente al así llamado misterio de la muerte. Es un misterio para el hombre común pero no para el conocedor.

La muerte no existe. El secreto eternamente encantador de la muerte es la entrada a la vida. La muerte es sólo un método de abstracción y transferencia de la energía y de la conciencia del alma, el hombre espiritual. Por un momento, somos conscientes del plano físico y un momento más tarde nos hemos retirado a otro plano en el que estamos activamente conscientes. El nacimiento en el mundo físico conduce a su vez al predestinado nacimiento en el mundo del espíritu. Éste es el segundo nacimiento del cual se habla en el Nuevo Testamento, en el que un hombre “nace de nuevo” al mundo pleno y sin límites de luz y amor. El hombre ha sido siempre y será siempre, ya sea aquí o allá. Venimos y vamos, y persistimos porque somos divinos.

Se teme a la muerte porque no se la comprende. El miedo a la muerte está basado en el terror del acto de la muerte en sí mismo, terror a lo desconocido y a lo indefinible, infelicidad al dejar atrás a los seres queridos, o al dejar atrás antiguas enseñanzas erróneas como el cielo y el infierno, la identificación con el cuerpo y no con el alma, y dudas sobre la inmortalidad. **Desde el momento en que haya una comprensión inteligente y positiva del hecho de la inmortalidad y del mundo del otro lado del velo, entonces el miedo, el malestar y la preocupación desaparecerán.**

La liberación del alma a través de la muerte no es necesariamente un hecho desgraciado. Es el alma y su propósito lo que es importante, y cuando el cuerpo resulta inadecuado para la expresión de tal propósito, o cuando el propósito se ha conseguido, la marcha del cuerpo no es un desastre. La muerte es la indicación de un trabajo consumado y de un descanso merecido y debe ser reconocida como tal. No temamos a la muerte o a aquello que está más allá. El plano físico es el verdadero purgatorio y una escuela de disciplina drástica. El sabio trabaja y sirve, pero mira con esperanza la gran aventura y el final de la fiebre, la fricción y el dolor de la existencia terrenal. (K. PARVATHI KUMAR, Nutrients for Discipleship nº 20, original inglés).

La fe y la plegaria son principios básicos que gobiernan la gran relación, el puente de conexión normal entre el hombre y Dios. De él recibimos nuestro espíritu inmortal y a él le debemos reconocimiento, lealtad, amor y servicio. La confianza en él y la comunión con Dios son mucho más que deberes religiosos; son los medios de más largo alcance para el bienestar espiritual, físico y material.



La práctica de estos principios sagrados mueve todas las cosas en la dirección correcta, permite que todas las cosas sean alcanzadas.

La fe no es credulidad, no es una creencia ciega en absurdidades no creíbles y supersticiones, no es la eliminación del sentido común y la razón, ni optimismo a ultranza o una dirigida esperanza fundada sobre la doctrina y el dogma. La fe es la evidencia en una bien fundada convicción basada en la experiencia personal. La experiencia hace innecesario confiar en la creencia; porque uno ya sabe. Los concedores han tenido muchas pruebas milagrosas de la ayuda, la protección y la bondad de Dios. La experiencia de vida de millones de personas y el testimonio de las épocas es que Dios existe. La experiencia del hombre y el testimonio de los mensajeros de Dios atestiguan el hecho de su realidad y de nuestra relación con él. (K. PARVATHI KUMAR, Nutrients for Discipleship nº 21, original inglés).

La gran verdad sobre la persistencia del alma inmortal y de su promesa se mantiene constantemente ante nosotros en el relato de la resurrección de Cristo y su aparición post-mortem ante sus discípulos. Una prueba más de la inmortalidad radica en la acumulación de testimonios y evidencias de la investigación psíquica y de los movimientos espiritualistas, en las experiencias individuales y en las convicciones internas del corazón y la mente humanos. El hecho de la persistencia y de la eternidad de la existencia ha progresado desde el terreno de lo cuestionado al campo de la certeza. No hay duda que al despojarnos del cuerpo físico todavía nos queda una entidad viva consciente que perpetúa nuestra existencia en un reino que reside más allá de lo físico. Todavía estamos vivos, despiertos y conscientes.

El sentido de la persistencia, de la vida eterna o de la inmortalidad es tan parte de la consciencia de la humanidad como lo es el instinto de auto-conservación. Con esa convicción interna nos enfrentamos a la muerte y sabemos que viviremos de nuevo. No hay idea más cultivada por el hombre que la de la resurrección. Cuando la vida parece difícil, cuando las circunstancias no conllevan motivos para la felicidad, cuando uno no afronta de manera feliz las tareas del día, cuando las horas de sueño se convierten en noches de aflicción, los pensamientos de levantarse y salir de todas estas circunstancias, de dejarlo todo atrás, de entrar en una nueva vida, todo ello conlleva consigo fuerza y esperanza.

No existe entre mucha gente una correcta comprensión de la inmortalidad del alma. La ciencia les ha dicho que no hay Dios ni espíritu dentro del hombre. De esta manera, recurren a la deificación de las cosas físicas, emocionales o



mentales, y la voz interna que da testimonio de la vida en lo sucesivo queda ahogada por el ruido y el ajetreo de los asuntos mundanos, del placer y la excitación. Cuando la vida entera se concentra en las cosas materiales y la vida del espíritu se niega, se inhibe o se suprime, entonces el verdadero objetivo de la existencia desaparece, el verdadero incentivo para vivir correctamente se pierde y las palabras "déjennos comer y beber porque mañana moriremos" caracterizan la actitud del hombre. **Sin la fe en el espíritu o la fe en la inmortalidad, la vida en la Tierra no tiene naturalmente ningún sentido.**

Existen tres respuestas diferentes a la cuestión de la persistencia eterna por parte de ciertos grupos. Los materialistas dicen que el 'Yo' muere con el cuerpo; esta actitud ignora toda evidencia de lo contrario. Algunas organizaciones religiosas sostienen la teoría de la inmortalidad condicional: que solamente aquellos que acepten sus consideraciones serán inmortales. Pero la inmortalidad es un aspecto del ser espiritual viviente y no un fin para ser alcanzado como ellos intentan hacer. El hombre no puede ser privado de su inmortalidad por la no aceptación de una doctrina. La vida de Dios impregna el alma y sobre su existencia continuada no puede haber interferencia. La última es la teoría de la reencarnación, de encarnaciones constantes hasta que se consiga la perfección. Esta teoría se ha aceptado siempre en Oriente y está obteniendo un reconocimiento popular y científico en Occidente. (K. PARVATHI KUMAR, Nutrients for Discipleship nº 23, original inglés).

La palabra 'espiritual' no se refiere exclusivamente a los temas religiosos. La enseñanza espiritual y la manera espiritual de vivir no se pueden separar de los asuntos del mundo, incluyendo los negocios y la política. La política es de gran importancia espiritual porque los gobiernos condicionan a la gente y ayudan a producir la civilización actual. Existe la más estrecha unidad entre religión, gobierno y civilización y cada acontecimiento en uno de ellos afecta al otro. De ahí que no haya ninguna razón sólida para la gente espiritual de excluir la política de su pensamiento y actividad. La razón de que exista corrupción política es que las mentes espirituales han dejado el poder en manos de líderes egoístas e indeseables. No han asumido, como su deber y responsabilidad espirituales, el liderazgo de la gente. Este verdadero trabajo espiritual es despreciado por los que se ven como superiores sobre tales asuntos.

Bajo la gran ley de síntesis, el hombre debe avanzar tanto en el plano físico como el espiritual. Todo lo que tienda a elevar y avanzar el estado de la humanidad en cualquier plano es trabajo religioso. La gente espiritual no se debe volver pasiva, inertes espectadores ante el mal humano. Deben trabajar para un mundo mejor,



para expresar las “cuatro libertades” por todas partes, para la buena voluntad cooperadora, para la aplicación práctica de los principios espirituales en la vida diaria. Deben tener en cuenta estos principios de control y no caer en el deseo ávido y una insana ambición. Tienen que oponerse a lo que no sea bueno, a aquello que es indeseable, que alimente la violencia y el odio. Las masas no deben gritarles sus problemas en voz alta sin resultado. Deben asumir la función de aliviar el sufrimiento de la humanidad y, en tal modo, ayudar a facilitar una nueva era de correctas relaciones humanas.

La vida del espiritualista es difícil, pero ¿qué más puede esperar? Además de ser competentes como ciudadanos y en sus ocupaciones, tienen que trabajar intensamente en tres campos: su misión, despliegue intelectual y auto-perfección. Su tarea es ser siempre un ejemplo para otros tal y como lo son en sus períodos más culminantes. Todas las limitaciones y obstáculos tienen que desaparecer, todos los defectos y pequeños fallos en sus hábitos de pensamiento, acción y palabra, todas las barreras raciales, religiosas y otras barreras separativas tienen que desaparecer. Los que intentan de verdad entender y beneficiarse de la enseñanza religiosa y moldearse en la semejanza a Dios deben amar a todos los hombres más profundamente y deben ver que su luz brilla en verdad aún en un lugar oscuro. El amor y el servicio son las dos alas con las cuales uno se eleva. Nadie es enteramente adecuado a las demandas de la vida espiritual; nadie se adapta enteramente a cada aspecto de su vida, a sus requisitos. **Por lo tanto, debemos preguntarnos y contestar sinceramente qué cualidades nos controlan; si hemos hecho un progreso espiritual definido en estos años, y si es así, sobre qué argumentos se basa esta creencia; cuál es nuestro obstáculo más grande para una vida espiritual eficaz; si aplicamos la espiritualidad en nuestra vida de los negocios u otras ocupaciones. Si no estamos satisfechos con la relación que hemos establecido con Dios, el hombre y con nosotros mismos, ¿qué nos proponemos hacer para rectificar esta situación?** (K. PARVATHI KUMAR, Nutrients for Discipleship nº 24, original en inglés).

La fe cura. La curación a través de la fe y la oración hace tiempo que se reconoce y se sabe que es un hecho. Pero la fe y la oración tienen poco que ver con el arte de curar. La curación depende de ciertos factores entre los cuales la fe y la oración no entran en absoluto. No hay necesidad de llamar a la ayuda divina para curar lo que la ciencia médica sabe muy bien cómo manejar. La ciencia médica es en sí misma una expresión del conocimiento dado por Dios y de la comprensión divina. La curación se lleva a cabo con los medicamentos, la cirugía y las artes afines, y mediante el uso de la psicología.



Los médicos utilizan métodos físicos para curar la enfermedad y para eliminar sus indeseables condiciones; el psicólogo intenta rectificar nuestras condiciones subjetivas. Su trabajo de mejora, paliativo y curativo se demuestra más allá de toda discusión y polémica. Sin embargo, por medio de la fe y la oración, se puede ayudar la moral general del paciente, mientras que el conocimiento médico paliativo es aplicado por un médico. La oración ayuda a las revelaciones internas. Orar intensamente por el bienestar del enfermo permite advertir las congestiones y el centro etéreo correspondiente. Las energías divinas se pueden transmitir a través de oraciones para la curación para disipar la congestión, lo cual finalmente eliminaría la enfermedad.

La oración ayuda a la transmisión del *prana* para vitalizar a la gente. Las oraciones también ayudan a elevar a los seres por encima de la preocupación, la irritación y otras enfermedades emocionales.

No hay nunca libertad alguna desde la ley del servicio. El servicio es una ley ordenada por Dios de la que no se puede escapar. La evasión trae sus penalizaciones inevitables si esa evasión es deliberada. Servir es el propósito de la existencia. A través del servicio satisfacemos nuestra tarea de la correcta relación o amor a Dios y al hombre. Da expresión práctica a nuestros ideales y a nuestra buena voluntad, amor y sabiduría. En el servicio está nuestra salvación y la salvación de los demás. Cada servidor que se esfuerza es un benefactor de la humanidad.

La necesidad de servir es una característica básica del alma, la expresión de un impulso espiritual interno. El servicio es el resultado de la operación combinada de la voluntad, del corazón y de la mente, de la energía-sacrificio y del conocimiento. El servicio hace aflorar lo mejor que hay en uno. Es el fundamento para la vida constructiva. Nos mantiene dirigidos hacia la expansión, el progreso y la perfección. El servicio comienza con el cumplimiento de todos los deberes y obligaciones. El campo del servicio y el campo de la obligación nunca deben ser excluyentes uno del otro. No nos colocan sobre el planeta para la ornamentación sino para la utilidad. Dios y el hombre necesitan a todos los ayudantes posibles, porque hay mucho trabajo y muchas duras tareas para realizar. La necesidad está allí pero no hay bastantes trabajadores para resolver la necesidad. Nuestras capacidades y energías son parte de los activos del mundo y debemos hacer nuestra parte para el bienestar y la progresión del todo. La verdadera victoria en la vida se ve en el logro constructivo. Toda la vida es en cierta manera una lucha y si nuestra vida no es una lucha para lograr algo útil, no es para nada una vida. (K. PARVATHI KUMAR, Nutrients for Discipleship nº 35-36, original en inglés).



Nuestro único valor es nuestro valor para el grupo; nuestra contribución a sus necesidades. El mundo no puede existir sin esfuerzo. El trabajador mantiene a la sociedad unida. Sin los muchos servicios rendidos por los trabajadores, la humanidad no podría vivir. Esto nos impone un reclamo, un deber recíproco para servir, que no puede eludirse con justicia. La ociosidad defrauda a la comunidad de lo que le corresponde a uno de sus miembros. Está fuera de la ley ser una carga para la humanidad, vivir una vida de juego, de facilidad, de retiro. Debemos hacer nuestra parte del trabajo en el mundo. Debemos estar dispuestos a aplicarnos sobre la utilidad que nos venga.

La actividad es continua en la creación, y por lo tanto la actividad continua es una gran ley de la naturaleza y del universo. Sin servicio, aparece un espantoso vacío y nuestra existencia pierde su significado. La inactividad del holgazán es la inactividad de un cadáver. Son los muertos vivientes. La indolencia es antinatural y daña al hombre. Sin trabajo, crecemos viejos, nos marchitamos y decaemos rápidamente en cuerpo, mente y espíritu. Detestemos una existencia sin valor, inútil y parasitaria. Tal existencia nos reduce a ser un vampiro. **Nadie debe estar contento por ser ocioso, por recibir y no dar nada a cambio y vivir del trabajo de otros. Debemos preservar la dignidad y el valor de nuestras vidas.** (K. PARVATHI KUMAR, Nutrients for Discipleship nº 37, original en inglés).